

230

e

ANT.

XIX

195

ESPAÑA EN LONDRES.

1

18 cms.

A. 71. 733



ESPAÑA
EN LÓNDRES

CORRESPONDENCIAS SOBRE

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1862

POB

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

MADRID: = 1863.

IMPRESA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

PROPIEDAD.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

REAL ÓRDEN.

La Reina (Q. D. G.), atendiendo á
se ha dignado designar á V. para que visite la Ex-
posicion de Lóndres en clase de Cronista, con encargo
de trasmitir sus impresiones sobre aquel gran certá-
men de la Industria y las Artes á la *Gaceta de Madrid*.
De orden de S. M. etc.—Dios etc.—Posada Herrera.

(Extracto.)

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

.....
The first part of the paper is devoted to a discussion of the
philosophical background of the theory of the firm.
The second part is devoted to a discussion of the
empirical evidence on the theory of the firm.
The third part is devoted to a discussion of the
policy implications of the theory of the firm.

.....
The first part of the paper is devoted to a discussion of the
philosophical background of the theory of the firm.
The second part is devoted to a discussion of the
empirical evidence on the theory of the firm.
The third part is devoted to a discussion of the
policy implications of the theory of the firm.

AL

MINISTRO DE LA GOBERNACION.

EXCMO. SEÑOR:

Desde que V. E. se sirvió comunicarme la Real orden por la cual S. M. la Reina se dignaba acceder á la designacion de mi humilde persona para que en clase de Cronista pasase á la ciudad de Lóndres con el fin de trasmitir mis impresiones sobre el gran certámen de la industria y el arte de 1862 á la *Gaceta de Madrid*, supuse que influian en el ánimo de V. E. las modernas ideas de franca expansion con que los gobiernos de ahora acostumbran á dirigirse á sus subordinados

en los asuntos de reconocido interés para los pueblos. Las instrucciones verbales de V. E. me confirmaron á seguida en este juicio mio.

Hubo un tiempo efectivamente, Excmo. Sr., en que los gobiernos, más que padres, parecian padrastros de los pueblos que gobernaban. Su voz severa y sentenciosa, no se dejaba oír sino en los graves momentos en que la reprension, el mandato ó la amenaza hacian indispensable la comunidad de relaciones escritas entre ambos. La imprenta relegada á la condicion de una mas fácil autografía, no agitaba sus prensas sino para imponer. Los papeles públicos carecian de condiciones de reciprocidad: siempre partian del uno para los otros, nunca de los otros para el uno. La palabra, si alguna vez se dirigia de superior á inferior, era la palabra dura que ordena sin comentarios, no la palabra cariñosa que al ordenar lleva la intencion de persuadir. Finalmente, la voz de un gobierno podia compararse á la voz de la tormenta: no sonaba sino seguida del pánico del alma y del temblor del cuerpo.

Han pasado ciertas épocas y con ellas muchos de sus rasgos característicos. Hoy un breve decreto exige un extenso preámbulo: las sentencias de los tribunales, concebidas en muy pocas pa-

labras, se preceden de largos razonamientos: no se promulga una ley sin acompañarla de concordancias y motivos; y por último, desde el alcalde pedáneo hasta el Monarca no expiden una orden sin expresar las razones porque la dictan.

A la oscuridad ha sucedido la luz.

¿Cuál de estos dos sistemas es preferible?

V. E. sabe mejor que yo lo que sucedía en la primera época que he indicado. Todos los actos gubernamentales participaban de la cualidad de secretos; y como muchos de ellos habían de pasar al dominio público, era necesario construir dos versiones de cada uno: la primera y legítima para los que mandaban; la segunda y poética para los que obedecían. Pero el pueblo no era tan ignorante que desconociera el torpe juego de los estadistas; y cuando ellos creían que su trascendental diplomacia embargaba los sentidos de la multitud, la multitud inventaba un adagio que decía: *Mientes más que la Gaceta*. Es decir, que ni las verdades del gobierno eran creídas por el pueblo.

Esta otra época de que hablo se significa muy diversamente por la franqueza y claridad de los documentos oficiales. El Monarca constitucional al abrir las Cámaras, el Rey absoluto al encargar

las leyes á sus Ministros, el Presidente de una República al redactar sus mensajes, y hasta el General en jefe de un ejército al publicar sus boletines, todos emplean el lenguaje esplicito de la confianza como medio el más seguro de que al hacer verosímiles las razones, adquiera sinceridad la intención con que se dictan. Hoy el carácter oficial de un escrito va siendo sinónimo de verosímil; hoy los gobiernos pueden ya gobernar fácilmente con la palabra; hoy, por lo mismo, la *Gaceta* no debe mentir. El pueblo al creerla se hace gobernable.

Descendiendo, pues, de estos elevados antecedentes hasta la exigua individualidad que ha desempeñado la comision confiada por V. E., tócame decir que en la parte que corresponde me he ceñido á la autorizacion de franco y verdadero que recibí de V. E. al emprender mi viaje á la Exposicion. — V. E. queria que aparte de los trabajos didácticos que sobre el gran certámen industrial de Lóndres habian de formar personas competentes, existiera durante el calor del concurso y cuando los ánimos se preocupan más por acontecimientos de tamaña importancia, una relacion ó crónica animada y palpitante de los sucesos que pudiera servir en algun tanto de re-

compensa á los aplicados, de estímulo á los morosos, de aviso á los indiferentes, y de útil pasatiempo al público en general. La circunstancia de poseer el gobierno un periódico diario, le impone en cierto modo obligaciones periodísticas que por otra parte á nadie le es dado cumplir mas fácilmente; y aunque la *Gaceta* no es un periódico como cualquiera otro, esa misma consideracion es causa de que los escritos que en ella hayan de ver la luz, aun cuando pertenezcan al número de los no oficiales, participen algo de ese carácter puesto que les acompaña por lo menos la aquiescencia y beneplácito de la Administracion.

Bajo este punto de vista mi tarea no era fácil, y hubiera renunciado desde luego á la honra de desempeñarla, sin los sabios consejos de V. E., y la persuasion en que estoy de que todo debe y puede decirse, sea cualquiera el punto de donde parta, siempre que al decirlo se observen las formas de la conveniencia pública que tan lejos están de la deliridad adulatora como del coraje desrazonado. — Yo, V. E. lo sabe bien, me he tomado la libertad de decirlo todo, sin omitir nada de lo que conduce á honrarnos, ni ocultar circunstancia alguna de lo que pudiera desfavorecer-

nos; y esta sinceridad, que hace valedero lo uno ante la amarga consideracion de lo otro, léjos de creerla peligrosa la conceptúo encaminada á producir el provecho de unas lecciones, cuyo unico defecto estriba seguramente en la insuficiencia de quien las da.

España vale mucho, pero no ha aprendido todavía á hacer alarde de ese valer. Los informes circunstanciados de los Comisarios especiales que S. M. envió á Lóndres con el fin de estudiar la última Exposicion, impondrán á V. E. detalladamente de lo que somos y de lo que parecemos. — Yo, en mi condicion de cronista, no he hecho mas que trasmitir impresiones de ciertos conjuntos que consideré útiles de evidenciar, procurando que la llaneza de la forma envolvese con cierta dulzura las escabrosidades del fondo. La prensa de todas las opiniones ha servido de vehículo indirecto á estos pobres juicios míos, que era uno de los propósitos de V. E.; y al no protestar de ellos como no ha protestado cuando copiaba mis cartas, probó que la verdad siempre es aceptable, áun cuando se exprese sin ciencia y sin retórica. Dichoso yo si merezco de V. E. un fallo parecido.

Adjunto es el trabajo: manifestadas quedan las razones de su indole y de su forma: V. E. con su superior criterio lo juzgará. Si se digna aprobarlo, es necesario tambien que apruebe y disimule este extraño oficio de remision en que quizá falto á las reglas de la cancillería. La costumbre de escribir cartas me ha conducido insensiblemente á escribir una carta más.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 25 de Diciembre de 1862.

EXCMO. SEÑOR.

A la fecha en que se imprime este libro, el Autor no ha recibido contestación á la precedente carta.

MATERIAS.

- I. **Apertura de la Exposicion.**—Carácter del pueblo inglés.—Observancia del domingo.—Programa del autor de esta correspondencia.—Página 17.
- II. **Aspecto del palacio de Kensington.**—Arquitectura contemporánea.—Primeras impresiones del espectador.—Pág. 50.
- III. **Visualidad del departamento español.**—Inexperiencia de nuestros expositores.—Falsa idea de los certámenes industriales.—Pág. 44.
- IV. **Breve exámen de nuestros productos.**—Lo que somos y lo que parecemos.—Lo que gastamos y lo que debemos gastar.—Pág. 58.
- V. **Las bellas artes en 1862.**—Su aparente decadencia.—El género como expresión artística del siglo.—Los cuadros españoles.—Pág. 74.
- VI. **Un paseo por las galerías de pintura.**—Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia.—Pág. 90.
- VII. **Concluye la ojeada sobre las bellas artes.**—La escultura contemporánea.—Un escultor de género.—Cuadros del Norte.—Un pintor noruego.—Pág. 109.
- VIII. **El Congreso de Beneficencia.**—Ventajas inmediatas de las Exposiciones universales.—Historia del Congreso.—Preliminares de su apertura.—Pág. 155.
- IX. **Trabajos del Congreso.**—De la enseñanza obligatoria.—Asistencia á los niños abandonados.—Pág. 155.

- X. **Un almuerzo templado.**—Excentricidades inglesas.—Carácter de la sociedad de la Temperanza.—Discursos contra el vino.—Pág. 170.
- XI. **La música en Inglaterra.**—De cómo oyen música los ingleses.—Excelencias de la música llamada sabia.—Pág. 197.
- XII. **Un concierto en el Palacio de Cristal.**—La maravilla de Inglaterra.—Disposicion musical de cuatro mil ejecutantes.—Händel y su Mesías.—Pág. 227.
- XIII. **Las armas de la guerra.**—Formidables aprestos de la época actual.—El cañon Armstrong.—Fantasmagorias diplomáticas.—Pág. 255.
- XIV. **Continúan las armas de la guerra.**—El cañon Whitworth.—Los barcos acorazados.—La civilizacion tras la barbarie.—Nuestros intereses militares.—Pág. 281.
- XV. **Las armas de la paz.**—Casas de pobres.—Cuestion de inquilinatos.—De cómo vivimos los españoles.—Pág. 502.
- XVI. **Una exposicion de agricultura.**—Armas campestres.—Impotencia de nuestra fertilidad.—Indispensable adopcion de las máquinas agricolas.—Pág. 550.
- XVII. **Una exposicion de gentes.**—Las multitudes de Inglaterra.—Jerarquias sociales.—Distribucion de premios á los expositores.—Pág. 548.
- XVIII. **Los premios de España.**—Lo que teniamos y lo que nos faltaba.—Expositores distinguidos.—Pág. 575.
- XIX. **Carácter general de la Exposicion de 1862.**—Sintesis del certámen.—Tendencias del progreso actual.—Pág. 411.

APERTURA DE LA EXPOSICION.

Tres cosas características del pueblo inglés van á servir de introduccion á esta correspondencia: primera, que la apertura del gran certámen se verificó en 1.º de Mayo, cuando realmente no pudo verificarse hasta 1.º de Junio: segunda, que debiendo abrirse á las miradas del pueblo el día 1.º de Junio las galerías del palacio, no se hizo esto hasta el dos, porque el 1.º era domingo; y tercera, que el pueblo, impaciente y casi tumultuoso desde el 1.º de Junio, refrenó sus deseos y se decidió á esperar tranquilo el día que le designaron, gracias á la intervencion de la

prensa periódica. Estos tres extremos necesitan una breve explicacion.

Todo el mundo sabe que desde hace años se viene anunciando para el de 1862 un certámen universal de la industria y de las artes, que habia de verificarse en Lóndres como consecuencia del celebrado en 1851; y todos saben tambien que la inesperada muerte del príncipe Alberto, iniciador de ambos concursos, y alma, digámoslo así, de su ejecucion, hizo pensar que el último se suspenderia, atendiendo entre otras causas al tristísimo estado en que quedaba la Reina Victoria con la cruel pérdida de su esposo. Pero los que así creyeron no comprendian toda la extension del dolor de la Reina. Un alma ménos dolorida habria pensado tranquilamente en la conveniencia de suspender la obra en que el ya difunto debia representar papel tan importante, y suspenderla con aprobacion de todos por via de duelo y luto nacional; mas el alma verdaderamente enamorada de la Princesa, léjos de seguir el dictámen de la etiqueta social y atenta solamente á los deseos y las pala-

bras del cariñoso padre de sus hijos, recordó que este se negaba á diferir por más tiempo la apertura de una nueva Exposición universal, y dió sus órdenes para que se verificase con arreglo al programa la que él mismo habia promovido y anunciado para 1862. Cumplida así religiosamente una de las voluntades del Príncipe, la Reina quedaba en libertad de no asistir á los actos que debieron solemnizar juntos; de retirarse á sus posesiones de Escocia, donde no llegara el ruido de las fiestas; de cerrar su casa á las visitas del mundo para no ser interrumpida en sus santas oraciones; que mientras la bandera inglesa entrelazada á las de los demás pueblos del globo ondease bajo las cúpulas del palacio de la Industria, en justo cumplimiento de aquella respetable voluntad, unas armas de familia enlutadas permanecerian fijas en los balcones de otro palacio (como es costumbre en la aristocracia inglesa) demostrando que reconocian un mismo origen el orgullo del imperio y el duelo de la familia imperial. Por esto se verificó en 1.º de Mayo de 1862

la apertura de la Exposicion universal. Pero las causas que quedan enunciadas produjeron cierta paralización en los preparativos, especialmente de las naciones extranjeras, las cuales, creyendo que se pensaba en una próroga, juzgando con demasiada gravedad el estado político del mundo, y sobre todo atentas á la crisis fabril de la Gran Bretaña, descuidaron, decíamos, la preparacion y remision de los objetos, en términos de que á fines de Abril, y cuando las obras del palacio se estaban terminando á toda prisa, faltaban multitud de cajas que desembarcar, multitud de andenes que construir, y la mayor parte, si no toda, la decoracion de la galería que hacer.

Esto no obstante, la Exposicion habia de abrirse el 1.º de Mayo, porque en estos países, desde donde escribimos, las órdenes que emanan de autoridad competente, se cumplen y ejecutan hasta el imposible; y á la manera que en 1855 el Emperador Napoleon mandó que en el término de quince dias se convirtiese el vasto erial que rodeaba al palacio de la

Industria francesa en amenos jardines con saltadores de agua, estátuas y obeliscos, lo cual quedó realizado ántes de espirar el plazo, — así la Reina Victoria, que en esto de poder ordenar imposibles no tiene por qué ceder al Emperador su vecino, ordenó que las obras se concluyesen para la época fijada, y las obras se concluyeron; no sin dar el extraño é inconcebible espectáculo de estarse colocando hierros y cristales en la techumbre, horadando el pavimento por mil partes diversas, introduciendo cañerías, alzando tiendas, rompiendo cajas, armando máquinas poderosas, colocando débiles objetos, haciendo escaleras y pórticos, pintando adornos é inscripciones; y todo al compás de orquesta y coros que ensayaban los himnos, de incessante martilleo en suelos, techos y paredes, de agudos silbidos escapados al vapor, de la gritería inexplicable que millares de trabajadores producen para su mútua inteligencia; y entre centenares de carros que llegan de todas partes, y existiendo alrededor edificios que se levantan, calles que se rompen, manzanas enteras cuya

configuración topográfica se varía para que armonice con el gran palacio; y por último, nueva Babel de madera y hierro, no elevada sobre sí propia, sino recostada en el inmenso espacio de un parque de Londres, dejando escapar entre aquella atmósfera de ruido las discordes palabras de cien idiomas diferentes: ¡milagros! verdaderos milagros reservados á estas grandes naciones, en cuyo seno pululan tantos artistas, tantos trabajadores, tantas fábricas, tantos talleres, tanta actividad y riqueza tanta reunidas!

Ello es que la Exposición se abrió el día 1.º de Mayo, sin poderse abrir, y que una de las disposiciones adoptadas para facilitar la terminación de los trabajos pendientes, fué encarecer el precio de entrada, alejando en consecuencia la multitud, pobre en todas partes, y quizá en ninguna tanto como en Inglaterra. Esta determinación, sin embargo, produjo efectos alarmantes. El pueblo inglés estaba disgustado; la crisis fabril producida por la guerra de los Estados-Unidos tenía á medio jornal á una gran porción de los trabajadores; y

como el pueblo cuando está disgustado toma por pretexto la primera cosa que se le viene á la mano para expresar su disgusto, tomó esta vez la carestía de la Exposicion como un insulto hecho á su pobreza, y hasta llegó á amenazar con invadir violentamente el palacio si no se ponía á su alcance el medio legítimo de visitarlo.

En otro país que éste se le ofrecian al Gobierno tres medios de aplacar la excitacion de las masas: ó acceder á sus deseos, ó engañarlas con promesas falaces, ó apelar á la intimidacion por medio de la fuerza. Ninguno de ellos fué el adoptado aquí: la prensa, que es en Inglaterra un poder que concede, un poder que engaña ó un poder que intimida, se encargó de hablar al pueblo el lenguaje de la verdad, y le dijo: — « Esta Exposicion, que se realiza á despecho de la guerra de los Estados- Unidos, á despecho de la crisis fabril que padeces y á despecho de las complicaciones políticas de Europa, se ha hecho precisamente porque hay guerra en los Estados- Unidos, porque hay crisis fabril en Ingla-

terra, porque hay complicaciones políticas en Europa; es decir, como un medio de impedir ese hambre que te amenaza, como un medio de sustituir á la actividad industrial, que no tiene suficiente exportacion, una actividad momentánea, pero abundante, que conjure tu miseria; se ha hecho, pues, por tí y para tí. Pero los que han de proporcionarte ese raudal de plata que necesitas, son los ricos de dentro y fuera del imperio: ellos son los llamados, con pretexto de una Exposicion universal, á distraer sus capitales en provecho tuyo; ellos tienen derecho á entrar delante, y tú el deber de mirarlos pasar sin inconvenientes y sin envidia. Cuando ellos hayan gozado del espectáculo que tanto dinero les cuesta y tanto dinero te ha de producir, entónces te se abrirán las puertas del palacio, que hasta entónces no es tiempo ni razon de que lo visites.»

Tal fué el lenguaje de la prensa de Londres, y creemos excusado manifestar que el pueblo lo comprendió y acató admirablemente. Treinta y dos dias mortales del mes de Mayo esperó la multitud á que la

modesta exigencia de cinco reales le permitiera visitar la maravilla levantada en el parque de Kensington.— ¡Dichoso el pueblo que así comprende su propia conveniencia!

Y hemos dicho que tuvo treinta y dos días el mes de Mayo, porque el 1.º de Junio era domingo, lo cual equivale en Inglaterra á decir que era un día imputable al mes anterior para todo lo que pudiera principiar con el siguiente. El domingo, que los ingleses llaman *dia del sol*, sin duda para que adulando al astro se digne asomarse algunos minutos por detrás de la cortina que oculta su gran ventana, es un día destinado en estas islas, á visitar los muertos ó quedarse en casa. Si alguna vez el sol se deja columbrar como una oblea en el turbio horizonte, durante ese domingo, tan deseado por todos los que trabajan como abominable para holgazanes y extráneros, puede contemplar á su buen pueblo de Lóndres la mitad esparcido en el campo, la otra mitad en el retiro de su casa ó de su iglesia. Ni teatros, ni conciertos ni bailes, ni paseos públicos, ni correos, ni te-

légrafos, ni nada. Las fraguas apagan sus chimeneas, los martillos dejan de atormentar los yunques, el agua que ha de convertirse en vapor permanece fría, las tiendas tienen sus armarios cerrados, el panadero no cuece pan, el sirviente no desempeña las comisiones de su señor. Sólo se hallan en su puesto los cocheros, los fondistas y la policía. ¡Severísimo espectáculo, aún ménos grave en Lóndres que en otras ciudades de la Gran Bretaña, por los doscientos mil forasteros que salen á contemplarlo!

Hemos dicho que se aguardaba con impaciencia el 1.º de Junio para dar entrada al pueblo en el palacio de la Exposición, y sin embargo, es tal la observancia del domingo, que ni para esta sencilla y necesaria condescendencia pudo quebrantarse la clausura. ¡Qué más, si nosotros fuimos casi arrojados de un sarao particular minutos antes de las doce de la noche anterior, para que no pisáramos con planta alegre la primera hora del día sagrado! Preciso es confesar que los ingleses no se parecen á ningun pueblo moderno en la

observancia de sus prácticas religiosas: ya tendremos ocasion de hacerlo patente en lugares oportunos, bastando por ahora consignar el dato que nos ocurre.

La Exposicion se abrió, pues, en perfecto estado de visualidad, y los espíritus observadores, así como los indiferentes y vulgares, pudieron penetrar á contemplarla. Nosotros entramos tambien, y la recorrimos toda: ¿cuál fué la impresion que nos produjo? ¿Qué es, verdaderamente hablando, la Exposicion universal de Londres en 1862? ¿Qué papel representaba en ella nuestra España?

Hé aquí la principal materia de estas sencillas cartas que comienzan hoy. Pero si para asuntos ménos complicados se acostumbra á adelantar lo que hoy se llama *profesion de fe*, permitasenos una especie de programa á guisa de prólogo ó advertencia.

España no nos ha mandado á Londres para que compongamos una fábula: tampoco nos ha mandado para que consignemos la verdad. La verdad absoluta, en materias tan vastas como las que corres-

ponden á una Exposicion universal de la industria y del arte, sólo pueden percibirla y expresarla los sabios. Sabios tiene España en Lóndres que cumplirán á maravilla este encargo. En cuanto á nosotros, pobre observador volandero, con nociones superficiales de muchas cosas, y sin profundidad ni verdadera ciencia en ninguna, representaremos á lo más el papel de ese vulgo ilustrado que mira los objetos con algo de sentido comun, áun cuando ignore los fundamentos en que apoya las doctrinas que de ellos deduce.

Alguna ventaja, sin embargo, sacará el lector de esta ignorancia nuestra. Desnudo nuestro relato de pretensiones científicas é irresponsable en punto á declaracion oficial, nos hallamos en el caso de poder decir lo que se nos antoje, lo que consideremos justo y conveniente, sin que por ello se prejuzgue cuestion alguna ni se comprometan intereses muy respetables. Nuestro fallo será á lo sumo un fallo en primera instancia que la audiencia y el tribunal supremo podrán rectificar en su dia.

Otra ventaja ofreceremos al lector: la amenidad compatible con nuestro escaso ingenio. Como estas cartas no son una Memoria, bien podemos escribirlas sin corbata blanca y al alcance del regocijo público. Nuestro objeto es hablar de todo bajo el punto de vista de un español que ha ido á Londres y cuenta lo que ve á los españoles que se quedaron.—¿Nos sucederá en alguna ocasion lo que á aquel viajero francés, que despues de informarse sobre los palos colocados en la calle Mayor de Madrid para la procesion del *Corpus*, escribió que los espárragos de España, cuando secos, tenian cuatro varas y media de largo por tres cuartas de circunferencia?

Si tal sucede, será contra nuestra voluntad.

II.

ASPECTO DEL PALACIO DE KENSINGTON.

Se ha dicho y de tantas maneras que es feo el palacio de la Exposición de Londres, que casi parece bello al que lo contempla de improviso después de informes tan desfavorables. Cualquiera creería que el ingeniero constructor ha comprado á sus detractores, para que la acritud y destemplanza de la crítica atenúen los verdaderos defectos de la obra.—El palacio no es ciertamente un Parthenon ni un templo de Diana; pero ántes de tratarlo del modo que se hace, convendría discutir si el templo de Diana y el Parthenon, como la catedral de Búrgos y el acueducto de Segovia, son

los tipos que deben tenerse presentes al construir un edificio destinado á exponer en un solo golpe de vista los productos de la industria del siglo XIX. Sin esta discusion prévia, todo cuanto se diga es ocioso, y hasta, podriamos añadir, ocasionado á recordar la célebre crítica de los ángulos del patio *Redondo* de Granada, hecha por el soldado á quien Cárlos V hubiera mandado ahorcar sin la ingénua declaracion de que *ángulo*, segun el pobre murmurador, era meterse en lo que uno no entiende.

Léjos de nosotros la vanidad de entender mucho en cuestiones tan controvertibles y controvertidas como las del buen gusto artistico, especialmente por lo que toca á la arquitectura; mas no se nos niegue el derecho de sentar que si un edificio es tanto más bueno cuanto con más exactitud corresponde al objeto á que se destina, el palacio construido en 1862, no sólo no es malo por fuera, sino que es irreprochable en su interior.—Tratemos de ponernos acordes con los críticos.

Viene diciéndose hace muchos años que el siglo actual carece de arquitectura pro-

pia; muchos hombres competentes y doctos lo dicen todavía: Napoleon á principios del siglo y Guillermo de Baviera á mediados ofrecen cuantiosas sumas al autor de un nuevo estilo. Los arquitectos se rompen la cabeza persiguiendo la fórmula, y ; cosa singular! los arquitectos viajaban sobre la fórmula misma sin verla; los arquitectos, metidos en un coche meditando en la línea griega, en el pingorote gótico, en la cúpula bizantina, en el arco romano, olvidaban que su coche de seis ruedas, deslizándose por dos barras de hierro, y atravesando montañas, saltando abismos, vadeando brazos de mar, era precisamente la fórmula de la arquitectura del siglo XIX: fórmula rudimentalmente expresada ya en la *Estacion* de donde habian salido y en los almacenes de mercancías que iban á encontrarse al término del viaje; fórmula originalísima y bella, tan notable ó acaso más que las de otros siglos privilegiados; fórmula iniciada, no por la meditacion de los hombres, sino por la conveniencia y la necesidad, que han sido siempre las iniciadoras de todos los estilos arquitectó-

nicos del mundo; fórmula, en fin, no desarrollada aún en sus últimas manifestaciones, porque el siglo es joven todavía, pero que ya tiene su clave y casi diríamos su esencial y magnífica expresión histórica en el palacio que Paxton construyó en 1851 para la primera Exposición de Londres.

Colocaos delante de la maravilla de cristal y hierro que hoy se ostenta en el pueblo de Sydenham, y decidnos si el siglo XIX carece de arquitectura. No nos preguntéis cómo habrán de ser los palacios y los templos y las casas que se construyan con arreglo á esa arquitectura: esto equivaldría á pedirnos anticipadamente el guarismo resultante de una ecuación no planteada. Lo único que podemos decir es que bajo las cúpulas del palacio de la Exposición de 1862 hemos vislumbrado nosotros la catedral de Madrid: ¡piadoso y novilísimo sueño que tantas veces nos ha hecho sonreír cuando oíamos discutirlo con seriedad! Poned debajo de aquellas cúpulas á un artista, y él os dirá, si no hoy mañana, cómo han de hacerse los templos, cómo las casas, cómo los palacios del siglo pre-

sente. Ello es que en el palacio de Sydenham hay una arquitectura, como la hubo en la Alhambra de Granada, como la hubo en la catedral de Paris.

De propósito acabamos de confundir los palacios de ambas exposiciones inglesas, porque el de Fawkes es hijo legítimo del de Paxton. A Fawkes le han dicho:—«Haznos un palacio para el mismo objeto del de 1851, pero que se diferencie bastante de aquel, porque la nueva exposicion ha de ser una novedad, y el edificio debe ser diferente; dale condiciones de permanencia al abrigo de las intemperies y de los años; aumenta en una tercera parte su extension; considéralo como parte integrante del parque en que se construye, para que parque y palacio armonicen en el mapa de Londres; rebájale en grandes sumas su precio proporcional, como si ya no fuera maravilla, sino obra soportable por los particulares que la emprenden; deduce, en una palabra, las premisas de Paxton hasta el límite de la construccion usual y beneficiosa, que con eso va á ganar la arquitectura moderna, aún cuando tú pudieras

equivocarte. — Y el capitán de ingenieros, que ya había estudiado el palacio de Cristal y su hijo segundo el palacio de la Industria de París, acomete un nuevo ensayo, más ó ménos bello por fuera, pero atrevido, gigantesco, inspirado, y en el cual han tenido que resolverse grandes cuestiones de construcción, de armonía y de belleza, que servirán, á no dudarlo, de libro experimental para construcciones sucesivas.

El nuevo palacio, pues, es una obra digna de más respeto que el que hasta hoy se le tiene; es ménos feo de lo que dicen, y es más útil de lo que creen. El tiempo resolverá.

Nosotros, á lo ménos, cuando al entrar en la gran nave del centro, limitada por las dos galerías extremas, en cuyas intersecciones se elevan las dos grandes cúpulas que caracterizan al exterior el edificio, hemos visto arrancar aquella ligera y airoso armadura que deja entre sus atrevidos arcos el mayor espacio cubierto que se conoce en el mundo, no hemos podido ménos de aplaudir la ejecución de una obra

que, sin innovaciones empíricas ni milagros de arte, que ciertamente no se repiten cada diez años, cumple el objeto á que se destina, con beneplácito de los ojos y no poca admiracion del entendimiento.

Porque cuidado que la gran nave central va á contener en perfecto equilibrio de armonía la reunion de objetos más caprichosa, variada y rica que las naciones todas presentan en mútua y noble competencia: cuidado que se trata de un salon cuyos adornos son las obras más preciadadas que cada país ha fabricado en el trascurso de diez años, apelando á las últimas especulaciones de su industria; y cuando tales y tantas cosas van á exponerse, necesario es convenir en que el espacio donde se exponen no carece de mérito, si consigue formar un conjunto tan armonioso, tan bello y sorprendente como el que presenta á la vista del espectador la nave principal del edificio. Procuremos nosotros reunir nuestras impresiones del primer dia para ver de trasmitirlas, siquiera sea imperfectamente, á aquellos que no han podido experimentarlas.

Habilísimamente colocado debajo de la primera cúpula del palacio hay un templete de regular altura que, paralelo al del lado contrario, domina y pone bajo un solo golpe de vista tres cuartas partes, por lo ménos, de toda la extension que va á recorrerse. Cuando el espectador se ha separado del bullicio incómodo que rodea la entrada; cuando acaba de abandonar unas calles llenas de fango, un sol nebuloso, una atmósfera cargada de humo, y el ruido molesto de la confluencia de gentes y carruajes que envia hácia un objeto dado el pueblo que cuenta con tres millones de habitantes; cuando el espectador ha dejado, en fin, á Lóndres á la espalda y se coloca sobre la plataforma de la primera cúpula, — una sensacion de asombro y alegría embarga su ánimo, como si convertido á los albores de la niñez, se asomase por vez primera á los cristales de una linterna mágica. Asombro alegre, sí, porque no es el asombro que causa, por ejemplo, la vista del sepulcro de Napoleon, el cual es un asombro reflexivo; ni el asombro que produce la llanura de Epsom, du-

rante las carreras de caballos del Derby con sus quinientas mil cabezas que giran gritando al compás de las inflexiones de la cabalgata, el cual es un asombro desvanecedor; ni el asombro de un incendio, que es un asombro horrible; ni el asombro del mar, que es un asombro infinito, no: es el asombro de la múltiple belleza; la suma de las cien sensaciones de placer que produciría en cien instantes diversos la vista de cien jardines diferentes; es el asombro de la ilusión pintada, de la alegría vestida de limpio.

Porque la techumbre de cristal que tiene el privilegio de dar á la luz un tinte de primavera; y la alfombra de veinte mil figuras humanas, pues una alfombra y nada más parece el concurso desde la altura; y los arcos de filigrana de hierro, de donde penden bandérolas, trofeos, armas y escudos de mil colores que matiza el oro; y el ruido jugueton de los chorros de agua que arrojan las fuentes monumentales; y las severas melodías de los órganos, mezcladas con los acordes de un sencillo piano, con el tañido de campanas

sonoras, con el lamento del armonium, ó la voz cantante de la trompeta, ecos todos repartidos en un espacio suficientemente extenso para no producir desacorde conjunto, sino grupos distintos de armónicas confusiones; y el aroma formado por un millon de objetos que no huelen, objetos, á quienes rodean macetas de verdura, y á quienes baña la atmósfera olorosa del extenso parque donde reside la mayor exposicion de flores que se ha visto jamás;— esta aglomeracion de tonos artísticos para la vista, cadenciosos para el oido, agradables para la respiracion, embriagadores para el ánimo, envuelve en apiñado panorama todas las tiendas, todos los obeliscos, todas las estátuas, todas las obras, en fin, que bajo las banderas de los pueblos civilizados parece como que se empujan para ocultar y sobreponerse á las otras en la gran lucha inmóvil de los productos de la inteligencia humana, que de golpe y como por encanto se presenta á la vista del espectador atónito y confundido.— ¡Admirable momento en que lo más pequeño de todo es el que mira, y lo único

grande el nombre de Dios inscrito en caracteres de oro sobre la cinta de la cúpula!

Pasadas las primeras impresiones, el viajero se halla en el caso de reflexionar; porque como es muy posible que venga de recorrer la Torre de Lóndres, esa antiquísima fortaleza que en el espacio de siete siglos ha presenciado tan sangrientos é interesantes dramas; edificio tambien de extraña forma como resto de la arquitectura de los normandos, convertido hoy asimismo en exposicion pública, pero exposicion del calabozo donde fueron asesinados los hijos de Eduardo, exposicion de la torre en que estuvo presa la Reina Isabel, de la en que perecieron la Condesa de Salisbury, Eduardo Seymour y el famoso Conde de Essex, cuya cuchilla de muerte se puede tener en la mano; exposicion del tajo sobre que doblaron la cabeza Ana Bolena, Catalina Howard, Juana Grey y tantas otras víctimas del execrable Enrique VIII, cuyo aposento ó palco para presenciar el degüello de sus mujeres y servidores puede contemplarse;—

cuando el viajero, decíamos, pasa del palacio de piedra, en cuyos gruesos muros se conservan las alegorías de muerte esculpidas en la roca por tantos infelices que permanecían en capilla años enteros; tocado por sí mismo los instrumentos de suplicio; espantándose delante de la máscara de hierro con anteojos que el bufon del tirano se ponía para burlarse de sus víctimas, horrorizándose al contacto de tales y tantos recuerdos históricos; cuando pasa al otro palacio de Cristal, moderna fortaleza de la inteligencia donde las artes de la paz y de la libertad humana se exponen á la contemplacion de un pueblo gobernado por leyes, garantido por la fuerza de la justicia, auxiliado y premiado por la autoridad de la ciencia, firme en su derecho mientras le asista la razon, y abiertos sus brazos para recibir á todas las naciones de la tierra; — cuando en esto se reflexiona, repetimos, no puede ménos el observador, siquiera pertenezca al número de los pesimistas y declamadores, que sentirse harto dichoso de vivir en la edad que patentiza los visibles progresos

del espíritu humano. Estas fueron, á lo ménos, nuestras reflexiones durante los momentos que permanecemos en la plataforma de entrada del palacio de Kensington.

Ahora bien, ¿habremos de decir lo que en semejante ocasion contemplaron nuestros ojos?—Ni podriamos hacerlo, ni diriamos la verdad si tal hiciéramos. Nosotros no vimos nada; no se ve nada cuando todas las naciones del mundo se ponen delante de nuestros ojos. La Gran Bretaña primero, Francia despues, España más tarde, y Portugal, Italia, Prusia, Austria, Rusia, Alemania, Turquía, ocupando la gran nave, alrededor de la cual América, Asia, la India, el Japon, la Australia y la Zelandia, los pequeños pueblos como los grandes, los próximos como los remotos, los más adelantados como los más primitivos, todos á porfia ostentan en abundante número y caprichosa combinacion los productos de su tierra ó de su taller, de sus brazos ó de sus máquinas: cuando esto sucede ¿adónde dirigir la atencion primero? ¿qué ramo, qué in-

dustria, qué país se visitará ántes que los otros?

Hé ahí lo que no podremos decir de los demás, pero sí de nosotros mismos. Nuestras miradas se fijaron sin premeditacion en España: á España fuimos, de España nos ocupamos preferentemente, y lo que de España observamos en el primer momento, es tambien lo que mas prisa tenemos de contar.

III.

VISUALIDAD DEL DEPARTAMENTO ESPAÑOL.

No sabemos cómo entenderán el patriotismo las personas en cuyas manos caiga esta correspondencia. Si por patriotismo entienden la exageración de las ventajas propias, el menosprecio de las ajenas, la hipérbole para lo que nos pertenece, la indiferencia para lo que no ha nacido entre nosotros, y todas las vulgares pasiones de que adolecen muchas gentes y no pocos pueblos, bien pueden doblar las hojas de este capítulo y no leer los conceptos que siguen, porque algo ha de sufrir la susceptibilidad nacional con las consideraciones que vamos á exponer. Debemos, no

sólo á la verdad, sino á la conveniencia para la futuro, cierta ruda franqueza que emplearemos al tratar de la impresion que causó en nuestro ánimo la primera vista de la parte española en la Exposicion del año 1862.

Fácil es adivinar que esa impresion no fué completamente buena; ni podia serlo, cuando al entrar en la gran nave del palacio donde los objetos españoles estaban colocados, pudimos conocer, por la falta de gracia en la decoracion, por el hueco de buen gusto en la dilatada y pintoresca línea, el exíguo lugar destinado á los productos de nuestra industria. Es una pena que los españoles nos cuidemos poco de la forma en asuntos que dependen esencialmente de la forma misma; y mucho más si se considera que incurrimos en ese defecto en 1851, que reincidimos en 1855, y que no hemos aprendido nada para 1862. Pobre local y modestísimo aparato distinguian á la nacion española entre el fausto y la elegancia de ingleses y franceses que nos rodeaban. Sencillos escaparates y humildes mesas contenian los objetos en mon-

ton ó como escondidos, que no parece sino que temian las miradas escudriñadoras de la multitud: y si esto se hubiese determinado intencionalmente; si el pertenecer los productos de nuestra industria á clase de general consumo y reducidos precios hubiera reclamado una exposicion acorde con la índole de la materia expuesta, todavía los viajeros habriamos oido la censura general con la indiferencia propia del que conoce la poca razon de lo censurado. Pero cuando España llevaba á la Exposicion de Lóndres sus magníficas sedas, sus exquisitos vinos, sus incomparables tabacos, sus admirables armas, y sus tejidos y sus bordados y sus encajes como las naciones más fastuosas del mundo; cuando pretendia enseñar á los otros pueblos la riqueza de sus minas, la abundancia de sus campos, el modelo de sus grandes obras, el fruto de la laboriosidad de sus hombres de ciencia, la expresion del número de sus artistas, todo, en fin, lo que los pueblos más adelantados presentan como título de gloria y de lujo nacional, la modestia, léjos de ser una virtud, era una fal-

ta, léjos de enaltecer lo expuesto, achicaba y descoloraba lo que podía sostener, y bien mirado sostenia, honrosas y envidiadas competencias.

No culpamos á nadie especialmente en la fraternal censura que hacemos de este primer aspecto de nuestra exposicion. Sus causas son antiguas y profundas; pertenecen á todos y cada uno de los que entramos de improviso á formar parte de una civilizacion y un adelanto que terribles accidentes nos habian obstruido hace mucho tiempo: somos, en la comparacion con las otras naciones, esos muchachos de grande imaginacion y travesura que pasan una adolescencia borrascosa, sin estudiar, sin aplicarse y sin pensar en sí mismos, hasta que un dia se levantan dispuestos á obedecer la voz de sus deberes, y ganan los cursos con notas de sobresaliente: saben mucho sin duda, pero se conoce que lo han aprendido de prisa.—Todos los españoles, desde el último bracero hasta el que dirige y ordena las exposiciones, carecemos de la habilidad, de la maña, digámoslo así, que presta en el ejercicio de las cosas

la costumbre y hábito de hacerlas. Atentos al fondo, que es una novedad, descuidamos y tenemos por supérflua la forma; sin considerar que la forma es un nuevo fondo desconocido con el cual se completa el fondo que ya conocemos, y sin el cual pierde mucha, sino toda su importancia el asunto en que se emplea.

Y hablamos así, porque sería injusto achacar la palidez de nuestra exposicion á los que la dirigieron y arreglaron exclusivamente. Si el conjunto de la exposicion hubiese sido bello, no lo serian ciertamente sus detalles; porque los expositores, los industriales, los artistas, no han dado todavía al grupo de sus obras agradable combinacion y visual matiz: han tejido, han forjado, han compuesto cada cual su materia del mejor modo que les era posible; pero despues las han arrojado en un cajon sin cuidarse de que aquellos objetos iban á exponerse á las miradas de todos, de que iban á palparse, que debian simular en rama las figuras que representarían confeccionados; por último, que no en vano se inventó la tienda despues de existir el

almacen, porque este no satisfacía, conteniendo los mismos géneros, la justa y natural ilusión de los compradores.

Prescindiendo, pues, de que el local concedido era pequeño; de que España no tuvo la fortuna, como Francia, de que se le cediera mayor á última hora, quizá porque no amenazó como ella con retirarse; prescindiendo de que las remesas fueron tardías, de que los operarios ingleses no trabajaron para España con la actividad y delicadeza que para su país; prescindiendo, decimos, de multitud de incidentes irremediabiles esta vez, pero que deben tenerse conjurados para otra, tiempo es ya de decirlo, la exposicion española, fea si se quiere en su conjunto, era honrosa, era digna, llamaba justamente la atención de propios y de extraños, estudiada en su variedad y en sus pormenores.

En medio de aquel hacinamiento y aquella confusion, nuestros tejidos se abrieron paso á la vista de los más hábiles tejedores del mundo. En seda, si no los primeros, estábamos á la altura de los que más: las calidades de nuestras telas de seda

merecían reprension por su consistencia y hermosura: ¿á qué (nos preguntaban los franceses y áun los ingleses mismos) conservais la pureza de las antiguas sederías, acostumbrando mal á los compradores? ¿Quiere perpetuar España el privilegio de que el puñal no traspase el vestido de sus mujeres? En lana conseguimos tambien atenciones y encomios de los Jurados: no así en algodón, cuya industria aparecía torpe, aunque en evidente progreso desde el año de 1851.

En productos naturales no podíamos temer rivalidad con nación alguna: nuestros minerales, nuestras maderas, nuestras semillas, nuestros caldos admiraban por su profusion y variedad, no ménos que por su riqueza. El cinabrio de Almaden y la plata de Hiendelaencina producian asombro; en vinos y trigos figurábamos en primer término; en pasas y tabacos los únicos.

Respecto á primeras materias manufacturadas, teníamos especies notabilísimas. Los fósforos y el chocolate, productos de consumo inmenso, figuraban en primera

línea: las armas del Estado se consideraban como lo mejor en su clase; los cañones de Trubia obtenían la aprobación unánime del Jurado, y se copiaban por los oficiales rusos para introducirlos en sus ejércitos del Cáucaso; las espadas toledanas sin rival; y los fusiles de Oviedo, nuevo sistema con caja de hierro que da consistencia al arma en su parte débil, se aceptaban como un adelanto superior.— Los fabricantes particulares exponían asimismo primores de construcción y de arte: los vascongados se llevaban la palma, no sólo en armería, sino en objetos cincelados de uso común, como forros de libros, escribanías, etc.— Por fin, la ciencia en sus aplicaciones á la industria, las artes en sus aplicaciones á la construcción, y las propias artes por lo que en sí tienen de bellas, dejaban bien puesto el nombre de la España en la Exposición de 1862.

Una cosa llamaba la atención, que no queremos dejarla para luego. Nuestros industriales no han comprendido, y creemos indispensable decírselo en todos los tonos, la verdadera índole de las exposiciones.

Tienen sin duda la equivocada idea de que exposicion y *bazar* son una misma cosa; que las exposiciones se han inventado para exhibir maravillas de lujo y de riqueza; que todo lo que no es artístico y prolijo en su confeccion, desdice de este género de certámenes; y en una palabra, que el primor y el coste son los elementos de la materia exponible.

Hay algo de cierto en todo ello; pero es cabalmente lo que constituye la falsificacion de la idea. Si las exposiciones no son todo lo útiles que pudieran ser; si el decaimiento que se nota en la actual, y de que hemos de ocuparnos despues, indica que no van á reproducirse con frecuencia ó á ser alteradas en sus bases esenciales, consiste en que un exceso de lujo y un defecto de vulgarizacion y baratura ha bastardeado el primitivo pensamiento de estos concursos. Pero las naciones que más inaccesibles objetos presentan, se apresuran tambien á intercalar obras de uso comun, de adquisicion fácil y moderada, que evidencian el progreso útil de la industria y del arte. Grecia y Roma llegaron en sus

dias á una altura de progreso tan considerable, que el mundo moderno, con todas sus maravillosas conquistas, esta quizá distante de obtener: pero el mayor avaloramiento del siglo actual con relacion á los siglos de Pericles y de Augusto, consiste en que la comodidad tiende á generalizarse; en que no es ya patrimonio de unos pocos la posible y moderada percepcion de los goces de la vida; en que el trabajo humano puede producir lo suficiente para que el hombre activo y laborioso recoja el premio de su labor y sus afanes. Las exposiciones públicas, pues, no pueden, no deben proscribir el lujo; pero el lujo no es la base de las exposiciones: la utilidad en relacion con la baratura, hé aquí su fórmula: la vulgarizacion de los objetos necesarios, hé aquí su legítima tendencia.

España ha desconocido esto casi completamente. España ha tenido como vergüenza de exponer en Lóndres multitud de objetos de su industria particular, y como si dijéramos casera, que habrian producido gran efecto en su exámen y no poco provecho á los expositores. Se notaba

en la exposicion española una tendencia á lo raro y difícil, cuando la mayor gloria de un pueblo trabajador es producir mucho con facilidad y carácter propio.

Hemos expuesto cerámica inglesa que, aunque buena, no puede sostener comparación con la de estos países, y hemos desdenado nuestros barro, tan originales como útiles y bellos, que merecian conocerse por su extraordinaria variedad y baratura. Hemos querido manifestar que somos perfumistas, sin que nos llame Dios por ese camino, y no hemos evidenciado que somos jaboneros ordinarios, cuya extensa produccion y económico consumo nos arrebatara la América. Hemos tratado de indicar que somos curtidores, con harta sonrisa de los pueblos que lo son realmente, y no nos hemos cuidado de decir que somos zapateros y guanteros tanto ó más que el primer pueblo de Europa.

¿Quién habia de creer, por ventura, que las mantas campesinas de Palencia y Granada habian de llamar la atencion en los términos que esto sucedia, y producir á

esas dos capitales un núcleo de comercio tan extenso como á ellas se les antoje? ¿Por qué no ha mandado quesos España? ¿Por qué no ha exhibido su centenar de clases de aceitunas? ¿Por qué ha tenido timidez en decir que tiene muchas pequeñas cosas con las cuales no padecen sus hijos el hambre, la desnudez y la miseria, que tan comunes son en los pueblos que enseñan, sin embargo, espejos como casas, tapices que encierran tesoros y porcelanas dignas de los museos?

Esto es lo que en nuestro sentir debe gritarse una y otra vez al oído de nuestros industriales para que sepan que, no solo mucha honra, sino provecho extraordinario, pueden sacar de sus talleres, avisando á la Europa que en ellos se produce á precios modestísimos infinidad de cosas que la Europa les pediría desde luego.

Estamos escuchando desde aquí la observacion de que una gran parte de los productos enunciados no se fabrican bien ni en cantidad suficiente para ofrecer exportaciones. Mas los que así discurran deben

saber que el consumo mejora la fabricacion, y aumenta la cantidad por gracia del interés que reporta; y que si á un pueblo no se le hace camino porque es pequeño, nunca llegará á ser grande por falta de camino para los pobladores. Vengan al extranjero ejemplares afanosamente elaborados de objetos ó sustancias útiles; que cuando se pida gran número de ellos, podrán introducirse facilidades y mejoras en su confeccion.

España, segun se ve por lo que llevamos dicho, tiene para casos como el presente una exposicion que le sobra y otra que le falta. La que le sobra es una abundancia de productos naturales, un lujo de regalos de la Providencia que merecen envanecer al que los posee, pero que no conviene mucho evidenciarlos. La que le falta, es la que persuade del bueno y extraordinario uso hecho de esos productos naturales; la que certifique de que no al acaso y por capricho divino se confiaron á los españoles tan inestimables y profusos tesoros. Un perfecto equilibrio de ambas exposiciones es lo que constituye el progreso.

Tal es, brevemente expresada, la impresion primera que en nuestro ánimo produjo una rápida visita al local destinado en Kensington para España. Veamos ahora con algun mas detenimiento la calidad y forma de nuestra materia exponible.

IV.

BREVE EXÁMEN DE NUESTROS PRODUCTOS.

Nos hemos quejado ya del desden con que nuestros industriales miraron desde luego la Exposicion de Lóndres, ó de la mala entendida modestia con que se habian abstenido una gran parte de ellos de ofrecer sus productos á la contemplacion y exámen de todas las naciones. Hicimos notar que en circunstancias como esta, objetos humildes y de escasa importancia para los naturales, solian ser muy apreciados y solicitados de los extranjeros; pero no tocamos, ni áun con la brevedad propia de esta clase de escritos, otra falta mayor que se advertia en el local de España, re-

ferente á materias y objetos que, por ser de general fabricacion y uso, es necesario exhibir, si no se quiere dar una pobre idea del país que carece de ellos.

Nos referimos á cuantos productos se fabrican con las primeras materias que en variada, rica y numerosa coleccion habiamos expuesto; y muy especialmente á los de metal que ocupan hoy rango tan superior en la industria y en las artes.

Poco importa que Hiendelaencina y Sierra-Almagrera produzcan admirables platas, y Vizcaya y Astúrias excelentes hierros, y Andalucía exquisitos cobres, y Murcia plomos inmejorables, si toda la ciencia y la industria toda se reducen á arrancar de la tierra los minerales y vendérselos al primero que se presenta á comprarlos. Esto, como deciamos, léjos de mostrarlo con orgullo, haciendo una vana ostentacion de riqueza, debe quedar reservado en casa, aguardando tiempos mejores; porque no es de un país cuerdo el pretender parecerse al avaro que se contenta con la satisfaccion de poseer, sin aspirar á la dicha de que aplaudan el buen uso que hace

de sus tesoros.—Afortunadamente España no es ese avaro que pueden figurarse los que noten la falta de los productos á que aludimos. España produce ménos que otras naciones, esto es innegable; pero entre producir ménos y no producir nada, media una mentira de que son responsables los expositores remisos ó demasiado modestos.

Pues qué, ¿no hay en Madrid, en Málaga, Barcelona y otros puntos fundiciones de hierro que surten de útiles y hermosos objetos á la industria, á la construccion y al ornato? ¿No hay plateros en Córdoba y en Castilla? ¿No hay talladores, no hay cinceladores, no hay fundidores?—¿Dónde se han hecho las puertas del Congreso? ¿Dónde las lámparas de San Francisco el Grande? ¿Dónde la custodia de la catedral de Arequipa?—Pues qué, ¿no silban en nuestros ferro-carriles locomotoras construidas en nuestras fábricas? ¿No surcan nuestros mares barcos de vapor cuyas máquinas han salido de nuestras factorías? ¿No se elevan en nuestras plazas estátuas modeladas en nuestras fundiciones? ¿No penden de las torres de nuestros templos

campanas fundidas en nuestros hornos.!

Sospechamos que se nos va á decir: —
« Nuestra industria metalúrgica está bastante atrasada con relacion á la extranjera, y nuestros productos no podrian competir con los de Inglaterra, Austria y Bélgica, por ejemplo. » — Prescindiendo de que esto no es verdad en absoluto, pues que si en muchos ramos estamos atrasados con relacion á estas naciones, en otros podemos presentar ejemplares de belleza, utilidad y baratura, hay además que tener presente la índole genuina de las exposiciones universales. No todo lo que se envia á ellas debe tener el objeto de competir ni el de admirar: no todo es certámen y lucha: hay tambien, debe haber tambien mucho de exhibicion y enseñanza. Ora sea para demostrar que ya se tiene y que no se necesita, ora sea para decir que se copia bien, ora para manifestar que se perfecciona, simplifica ó abarata, ó bien sencillamente para enseñar un conjunto, áun cuando imperfecto, que consta de alguna parte superior á las de otros paises, — las exposiciones universales deben hablarlo todo:

pieza de fundicion puede existir, groseramente trabajada, que revele una tierra de moldear inapreciable; objeto puede haber de martinete, torpemente ideado, que demuestre una habilidad extrema en el brazo de los hombres.—Por otra parte, si vuestra disculpa fuera plausible; si el temor de no competir os retrae, ¿por qué habeis enviado pianos á Lóndres, encajes á Bruselas, algodones á Manchester, sedas á Lyon, vinos al Rhin y cereales al Nilo? ¿Pensabais competir con estas especialidades?

Pues bien: vuestros pianos han merecido generales elogios por su esmerada construccion, sus buenas voces y apreciable baratura: no habeis competido con los ingleses, pero los ingleses dejan ya de contaros por tributarios en sus instrumentos de salon. Vuestras blondas, modestamente enviadas, se han colocado á la cabeza de todas: Bélgica ha sido la primera en encajes de hilo; Francia é Inglaterra en imitaciones, pero Cataluña ha reinado sin rival en las blondas. Vuestras excelentes lanas, de las cuales en 1847 importó la Ingla-

terra 424,408 libras, y en 1861, 1.000,227 (dato elocuente que contesta por sí solo á los que dicen que nuestras lanas van perdiendo desde la abolicion del honrado Concejo de la Mesta); vuestras lanerías, deciamos, que se han quedado muy por bajo de las riquisimas inglesas y francesas, han demostrado al ménos en el presente concurso, cuánto se afanan los industriales para llegar á mayor altura, y merecido por estos esfuerzos unánimes elogios de los Jurados. Vuestros algodones no han podido competir con los de Inglaterra en baratura, ni con los de Francia en buen gusto y colores; pero al clasificarlos en tercera clase, han declarado que somos de las naciones secundarias la que mejor y en más abundancia trabaja el algodón; ó lo que es lo mismo, que para confundirnos en este punto no basta ya fabricar, como sucede con otros pueblos, sino que es menester fabricar extraordinariamente barato ó extraordinariamente bien, lo cual no dista más que un paso de la emancipacion. Vuestros cáñamos y linos han quedado tambien en tercer lugar, ocupando

el primero ingleses y holandeses; pero no en razon á la calidad de los tejidos, que son muy buenos, sino atendiendo á la circunstancia de que recibís hiladas las primeras materias. Por último, vuestros caldos y vuestros frutos; áun cuando no sean modelo de elaboracion, han sido modelo de calidad, de cantidad, de hermosura; y muchos han manifestado, conquistando el primer puesto, que á poco trabajo se hallarán fuera del alcance de la competencia universal.

¿Por qué, pues, no haber intentado lo mismo con esas producciones cuya falta echamos de ménos y que en sentir de muchos no habrán venido porque no existirán? ¿Quién habia de decir que las fábricas de hierro y bronce del Gobierno español iban á distinguirse de la manera que lo han conseguido? ¿Quién imaginaba que los pocos objetos presentados por algunos particulares de Málaga y Leon iban á ocupar un puesto considerado? Tal vez hubiera sucedido lo propio con las restantes, ó al ménos una soberbia abundancia habria sido más provechosa que la modesta au-

sencia de que hemos hecho alarde. La nación que produce mucho, aunque sea imperfecto, vale más que la que no produce nada aguardando la última moda.

« Vosotros (nos dicen) que fabricais en Toledo esas magníficas espadas cuya marca falsificamos nosotros en nuestros talleres de Inglaterra (*histórico: véanse ejemplos de ello en el Museo de Artillería de Madrid*) ¿no haceis nada más con vuestro acero? Vosotros que fundís y acuñais esa hermosa moneda salida de tantas cuencas argentíferas, envidia de muchas naciones, ¿no haceis nada más con vuestra plata? Vosotros que presentais tan abundantes mármoles, tan variadas maderas, ¿no tallais, no esculpís, no fabricais muebles de lujo ó de uso comun embellecidos por la industria y el arte?»

A lo cual nos es forzoso responder:—Si batimos, sí fundimos, sí esculpimos, sí tallamos, sí fabricamos; pero nuestros industriales son muy modestos y no se atreven á mostrar sus obras, ó muy descuidados, y no dan á estas exposiciones toda la importancia que en sí tienen: perded cui-

dado para lo sucesivo, que en la primera exhibicion universal que se verifique, en la de Paris, por ejemplo, que se anuncia para el año 1865, nosotros aconsejaremos á nuestro gobierno, ó por mejor decir, nuestro gobierno apelará sin consejos de nadie, primero á la peticion oficial, despues á la persuasion privada, y en seguida á la intimidacion si es necesario; y por último, votará una suma en nuestro rico presupuesto para comprar todo lo que considere oportuno y remitirlo de muestra, como han hecho muchas de las naciones que tenéis delante. España se presentará entonces con todo lo que tiene, y tendrá veinte veces más de lo que hoy presenta; que en estos certámenes de la industria y del arte, España lo sabe bien, es donde se conquista el rango de potencia de primer orden.»

Acabábamos de escribir la frase *rico presupuesto*, y es necesario sostenerla contra la malévola sonrisa de los que, por falta de conocimientos ó sobra de ligereza, sostienen todavía lo contrario. Es menester decir en muy alta voz, y muy amenudo para que se comprenda bien, que España

es de los países que pagan ménos y producen más en toda Europa; es necesario y conveniente decir que España paga poco; que debe y tiene que pagar mucho más, aún cuando con hacerlo se arrostran impopularidades, porque la popularidad importa nada cuando puede perderse sosteniendo la razon y la justicia.—No comparemos el presupuesto de nuestro país con el presupuesto de Francia, con esa nacion que comparte el haber de los ricos con las necesidades de los pobres, que carga á la produccion onerosos tributos para proporcionar desahogo á las clases proletarias; verdadero socialismo de hecho, aún cuando se dicte en nombre de un derecho casi absoluto. No lo comparemos con el de Austria, insuficiente para las necesidades públicas, é insoportable sin embargo para la propiedad que lo paga. Ni con el de Italia, pueblo que se esquilma materialmente para reconstruirse en el órden político. Ni con el de Turquía, nacion que se descompone ante recursos que agota y exorbitantes gastos que no puede sufragar. Lo comparemos con el de la tranquila, recons-

truida, poderosa y opulenta Inglaterra.

Inglaterra, que tiene 29 millones de habitantes, es decir, solo una tercera parte más que España, percibe 320 millones de duros de sus contribuyentes, mientras que nuestro país no paga más que 100. Dos veces y cuarto más de contribucion pagan, pues, los ingleses que los españoles, y eso que los ingleses se costean por sí mismos su asistencia pública, su beneficencia, su proteccion al trabajo, sus sociedades de fomento, sus premios á la actividad, al valor, al patriotismo, sus grandes empresas nacionales, todo, en fin, lo que constituye la vida interior del país; al paso que España con sus 100 millones lo costea todo, porque el pueblo no hace nada por sí mismo. Puede, en vista de esto, asegurarse que Inglaterra paga tres veces más que España; y á la verdad que por numerosas y abundantes que sean las fuentes de su riqueza, y lo son mucho, siempre estará en proporcion el cálculo de que el inglés paga doble contribucion que el español á su gobierno, en absoluta igualdad de circunstancias.

« Pero esa enorme suma de millones (estamos oyendo que se nos dice) la emplea en su mayor parte en gastos reproductivos; con lo cual, si esquilma la propiedad por un lado, aviva por el otro los elementos de la producción.»

A esto contestaremos también que es falso el supuesto, y en su virtud todas las consecuencias. Inglaterra, que no es nación militar ni llegará á serlo nunca, gastó el año de 1861 en su ejército 80 millones de duros; en su marina militar 63, y en los intereses de su deuda 130 millones; es decir, que de los 320 que saca, invirtió 273 en esas cosas que causan la desesperación de los alarmistas españoles. Hasta en esto lleva gran ventaja nuestro supuesto al de la nación más favorecida.

Ahora bien: si nosotros reclamamos todos los días adelantos que nos pongan al nivel de las naciones más prósperas; si queremos ferro-carriles por todas partes, telégrafos eléctricos en vastísima red; correo diario entre todas las poblaciones, y trasatlánticos frecuentes; gran remuneración á la industria y gran impulso al arte;

representacion oficial en todos los países; preponderancia marítima al nivel de nuestras antiguas glorias; y en una palabra, cuanto la civilizacion ofrece de grande, cuanto la riqueza brinda de cómodo, — necesario es que lo paguemos como los demás lo pagan, ya que la naturaleza nos proporciona tantos elementos con que pagarlo. Así y todo estamos cobrando con usura lo poco que se nos pide; pues con reflexionar que solo en veinte y cinco años, despues de sacar á la riqueza territorial su interés legítimo, nos ha triplicado su valor, tendremos que convenir en que han hecho poquísimo los gobiernos con triplicar la cifra de sus gastos, que á la verdad no está triplicada.

» Pero no es eso lo alarmante (añadirán algunos en vista de estos datos irreprochables): verdad es que pagamos poco con relacion á los otros países, y que debemos y podemos gastar más; pero que no crezcan tan rápidamente los gastos como van creciendo; que no se nos pinte como ilimitada la altura, é imitemos á las otras naciones que la han limitado. — Tambien aqui te-

nemos números elocuentes que exponer; y números, que, sea dicho de paso, así como todos los que se consignan en esta correspondencia, están tomados de fuentes oficiales que cualquiera puede comprobar por sí mismo.—La Inglaterra, que en 1851, cuando la primera Exposición universal parecía que había llegado al límite de su poder, y por consecuencia de sus gastos, invirtió en el ejército 43 millones de duros: diez años después, en 1861, ha invertido 78 millones: su armada, terror de los mares en aquella época, exigía 29 millones: 63 ha exigido á los diez años; y en cambio los ingresos de las rentas públicas, las aduanas, que son el gran tributo del país, y que en 1847 produjeron 100 millones de duros, no han aumentado en el año anterior más que á la cifra de 113 y medio; enorme aumento comparado en sí mismo, pero harto débil é insignificante con relación al exceso de gastos, lo que indica que la enormísima diferencia restante se ha sacado á la propiedad en todas sus manifestaciones. —¿Qué es lo que dirán ahora los hombres que en nues-

tra patria se quejan del peso de los tributos y de la creciente subida de los gastos públicos?

Esos hombres, estamos seguros de ello, tendrán que decir lo que nosotros, que para tener es necesario gastar; que para ser grandes es preciso comprarlo.—Cuando el presupuesto español, en vez de ascender á los 100 millones de duros á que escasamente asciende hoy, suba en progresion regular hasta 200. España podrá estar y estará sin duda mejor representada en las exposiciones universales; España tendrá voto, y voto respetable, en los Consejos de Europa; España verá ondear su pabellon en dilatados horizontes como otras veces; recorrerán sus naturales la extension del territorio en pocas horas; marchará su palabra instantánea debajo de los mares para conversar con los hijos de otro hemisferio: sus armas, si no delante, irán al lado de los primeros países en las obras de la civilizacion; su idioma no será como es hoy, patrimonio exclusivo de los que lo aprenden al nacer; sus artes y sus letras se difundirán como en otros siglos

por la extension del mundo encantando á los hombres;—y todo esto sin el trabajo, sin las dificultades, sin los terribles escollos que otras naciones han tenido que vencer para iguales fines, porque España tiene en sí los elementos de su riqueza, se los debe á su clima, se los debe á su suelo, se los debe á Dios. Cuando España se convenza de estas verdades, y no escatime sus tesoros para comprar la grandeza que en el mundo moderno no se compra más que con dinero,—España sin que lo tenga que agradecer á nadie, y muy pronto si muy pronto quiere ella, recibirá el empleo y cobrará el sueldo de Potencia de primer orden. Hasta tanto, tiene que contentarse con el papel que le quieran asignar: triste es confesarlo, pero es lo cierto.

Hemos nombrado las artes hace poco; y ¿cómo estaban representadas las artes españolas en la Exposicion de 1862?

V.

LAS BELLAS ARTES EN 1862.

Para responder á la pregunta formulada ántes, se necesita qué digamos cómo estaban representadas las bellas artes de los diferentes países en el palacio de Kensington, y cuál es la síntesis filosófica que en nuestro sentir se desprende de este variadísimo certámen.

Ante todo convendrá manifestar que las obras artísticas expuestas en las galerías exteriores del palacio ascendían á seis mil; y que tan considerable número de objetos, merecedores cada cual de exámen y estudio detenido, no puede abarcarse en conjunto sino imperfectamente, mucho más

si los ojos que lo miran carecen, como sucede ahora, de la maestría necesaria para juzgar pronto y con exactitud. Ténganse, pues, los juicios que vamos á emitir por la expresion primera del viajero que mira escribiendo y escribe mirando, sobre cosas para cuyo exámen se requiere un mirar seguro y un escribir no débil, interpolados con ciencia y meditacion.

Sentado esto, preguntémonos á nosotros mismos: — Las bellas artes, tal como estaban representadas en la Exposicion de 1862, ¿revelan progreso ó decadencia?

Una mirada general á las galerías nos indujo rápidamente á decidirnos por el segundo extremo. Las bellas artes no nos parecieron en progreso durante la primera visita que hicimos á los largos salones que las contenian. ¿Qué atmósfera viciada, qué tono repulsivo pudo existir en aquel museo para que fuese esta la impresion producida por tantas obras notables, fruto escogido de la privilegiada imaginacion de cinco mil artistas, colocadas además con toda la magia del buen gusto en los salones de un palacio opulento? — Nosotros

mismos no sabemos expresarlo; pero á la manera que en un bello jardin con calles tiradas á cordel, enarenadas de brillante polvo, cruzadas por arroyos cristalinos, entoldadas por las copas de árboles simétricamente guiados, revestidas de flores vivas y olorosas, solemos no experimentar las mismas plácidas sensaciones que en un severo campo de suelo desigual, de vegetacion salvaje, de aromas sin esencia, de horizontes sin forma, de ruidos sin melodía, y á pesar de todo, en el primero no faltan ninguno de los perfiles de la belleza y del arte, — así este conjunto de primores artísticos, más bello que sublime, ménos monumental que atildado, no impresionó nuestra alma al modo que tenemos costumbre de sentir cuando penetramos en un verdadero museo, siquiera sea escaso en obras de artistas eminentes.

Y es que la visita á un conjunto de bellas artes tiene dos tiempos, breve el uno y dilatado el otro; pero dos tiempos que guardan correlacion perfecta, aunque el primero es hijo de impresiones tumultuosas, y el segundo de reflexion prudente y

tranquila. Si el observador no experimenta, en medio de un salon rodeado de pinturas ó estatuas, algo que eleve su alma á regiones desconocidas, algo que separe su imaginacion del placer ordinario que percibe ante bellezas vulgares de las que admira diariamente, bien puede asegurar que el exámen prolijo de los objetos aislados no le curará del desentono en que le hizo caer el aspecto general de la galería. Hay en los ojos que no miran una prevision asombrosa que casi nunca engaña; y así como el ciego conoce por el ruido la extension del salto que debe dar para pasar el arroyo, así el alma conoce por las primeras impresiones de la vista, la extension del placer á que va á conducirla el detenido estudio de los objetos que la sorprenden.

¿Pero cuál es la causa de esta opacidad, digámoslo así, que se notaba en la Exposicion de bellas artes de 1862?

Hace poco, y á propósito del edificio ideado por el capitan Fawques, deciamos que el siglo presente, acusado de no tener pensamiento artístico propio, lo tenia y

muy original sobre la base utilitaria que, partiendo del ferro-carril que une á todos los pueblos, hace escala en los palacios de las exhibiciones que congregan todas las inteligencias, y terminará en la fórmula concreta que satisfaga todas las necesidades y reasuma todos los gustos. — Pues bien: á la manera de la arquitectura, las otras artes, sus hermanas, tienen tambien en el siglo actual tendencia fija y pensamiento propio; solo que esta tendencia y pensamiento se hallan en vías de transición, habiéndose separado mucho del sublime antiguo, sin encontrar todavía la verdadera fórmula del sublime moderno. ¿Llegarán á encontrarlos alguna vez? ¿No existe más que un ideal para las bellas artes?

Cuestiones son estas que se agitan ahora como nunca entre las grandes inteligencias de la filosofía, y sobre las cuales no nos atrevemos á decir una palabra siquiera; pero consignemos que el carácter de la pintura contemporánea (pues la escultura no ha dado un paso ni creemos que pueda darlo) es única y exclusivamente

lo que se llama *género*. El género es la fórmula aceptada por la pintura moderna; el género es lo que agrada al público en general; el género es lo que se le pide al pintor y lo que se le paga; de género estaban llenas las galerías del palacio; género es lo que contemplaba el observador por donde quiera que tendía la vista;—y aquí queda explicado el aplanamiento, el desentono que ocasionaba el conjunto del museo aun ántes de detenerse á contemplar los cuadros. Porque género es el país, género el retrato, género la vida sencilla de los niños, de los animales y de los campos; género las acciones parciales de la milicia; género la comedia, el drama, la sensible; y como de los cuatro mil lienzos ó papeles extendidos por las paredes de Kensington, tres mil por lo ménos eran países, ó retratos, ó niños, ó labriegos, ó animales, ó flores, ó encuentros de soldados, ó tipos extravagantes de la sociedad, ó escenas de la vida doméstica, ó enfermedades desgarradoras, ó catástrofes del mundo comun; es decir, lo que se ve en la calle, en paseo, en el teatro, en visita, en el seno

del hogar, en el camino ó en la pradera, donde quiera que hay humanos y naturaleza muerta ó viva,—forzoso es que la impresion causada por estos objetos, aunque en ellos existiese la magia de la verdad, aunque el ingenio los adornase con sus grandes recursos, nunca fuera la impresion sublime que produce la historia, la religion, el patriotismo, la caridad, el entusiasmo, la fe y todos esos resortes que constituyen el inmenso, el único, el sublime ideal de las bellas artes.

Ya se ve; el público observador se ha agrandado mucho, porque se han extendido y generalizado las riquezas: hoy miran y juzgan de las obras de arte infinito número de gentes que ántes las desconocian ó desdeñaban: los ojos profanos de la multitud se fijan ahora en las artes como quien tiene el derecho de comprenderlas, aunque no tenga la obligacion de estudiarlas; y á ese público, á esa multitud casi indocta le es más fácil juzgar, le es más agradable percibir (nosotros creemos que con razon) las bellezas comparativas del mundo en que vive, el parecido del retrato,

por ejemplo, la travesura del adolescente, el cansancio del soldado, la evangélica sumision de la hermana de la caridad, el efecto de luz, el brillo de los trajes, el matiz de las flores, y cuanto constituye el género, que no la dualidad de virgen y de madre en el rostro de María, la fe ardiente é instintiva del apóstol, el alto pensamiento que se oculta bajo la frente del descubridor de un mundo, la infinita gracia que respira el rostro del mártir, los inexplicables y nunca más que por el pincel reproducidos efectos de las muchedumbres humanas que representan los pasajes de la historia.

Por otra parte, el artista contemporáneo á quien la perfectibilidad de la educacion moderna le proporciona fácilmente los medios de imitar al mundo en sus formas exteriores; el artista que cuenta hoy con el auxiliar de la fotografía, ese reductor matemático de la verdad; que cuenta con las leyes de la perspectiva, con la teoría exacta de los matices, con la historia analítica de la *manera* de los grandes pintores; que cuenta, en fin, con el caudal del gra-

bado, y por consiguiente con la posesion de los museos á poca costa; el artista que tiene bajo su mano todos los elementos del fácil hacer y un numeroso público que se contenta con eso, usa primero y abusa despues del género, sin detenerse en mayores especulaciones, ensanchando indefinidamente su esfera de accion, y acercándose tanto más al oficio y al lucro, cuanto se separa del arte y de la gloria.

¿Es esto un mal en absoluto? Nosotros creemos que sí. ¿Es esto un mal eterno é irremediable? Nosotros creémos que no.— El género ha desarrollado la pintura moderna; el género ha restaurado y generalizado la aficion de las gentes de dinero; el género es una especie de canal por donde corre ahora abundantemente lo que se estancaba y perdía por falta de circulacion; y si el género bastardea hoy el arte, si le desnaturaliza, si le pospone á otras atendibles circunstancias, él mismo se rehará insensiblemente, como en esta exposicion ya se anuncia, y constituirá una pintura, no sabemos si mejor ó peor que la antigua, si más ó ménos filosófica, si más ó ménos

grande; pero pintura especial, característica, armónica del siglo XIX; porque el siglo XIX es un gran siglo y no puede dejar de tener pintura.

Las bellas artes, lo repetimos, estaban en decadencia en la Exposición de Londres; pero en decadencia pasajera. No es que se han acabado los artistas; ahora hay más que nunca: no es que se han acabado los medios; ahora hay más que nunca: no se ha acabado tampoco la afición; ahora renace como nunca: lo que se ha acabado es una manera universalmente aceptada por sublime, sin que la sustituya inmediatamente otra manera cuya sublimidad quede reconocida y aceptada: lo que se ha acabado es el mundo antiguo, sin que aparezca todavía la fórmula genuina del mundo moderno. Ella vendrá, la exposición lo decía á voces.

España... (permitásenos la irreverencia de hablar de nuestro país ántes que de ninguno) España representaba, bajo el punto de vista á que nos hemos referido ántes, un hermoso papel en la Exposición universal de bellas artes. Sus pocos y con-

tados cuadros atraían la atención general desde el primer momento; y si el vulgo se apiñaba ante estas obras como ante otras de efecto bastardo, aunque seguro, también se apiñaba alrededor del vulgo la masa de personas inteligentes y peritas que aplaudían sin reserva en el salón, en los periódicos y en las correspondencias públicas.—El viajero español que al visitar el museo de Burdeos, recientemente enriquecido con la magnífica galería Duffourdubergier; el viajero español que al visitar los museos de París, recientemente enriquecidos con la soberbia galería Campana; el viajero español que al visitar los museos de Londres, recientemente enriquecidos con los donativos extraordinarios de todos los ingleses, ve el culto, la admiración, el entusiasmo con que se exponen las obras de Zurbarán, el pintor de lo profundo; de Murillo, el pintor de lo santo; de Ribera, el pintor de lo fuerte; de Velazquez, el pintor de lo irrepresentable, y conoce desde lejos cuáles son los cuadros de su país, por la magnitud de los grupos que los cercan; el viajero español, decimos,

no perdía esa agradable y patriótica emoción al visitar tampoco las galerías del Museo contemporáneo de Kensington.— Hemos titubeado mucho y meditado bastante ántes de sentar la atrevida proposición que vamos á emitir; pero el deber y la justicia, que no el patriotismo ó el amor propio, nos aconsejan consignarla:— España era la nación mejor representada en las galerías de bellas artes de Londres.

No quiere decir esto que consideremos sus cuadros los mejores; no quiere decir tampoco que las demás naciones estuviesen mal representadas: lo que quiere decir es que su pensamiento era el más puro, su tendencia la más saludable, su giro el más provechoso, su presente el más artístico, su porvenir el más evidente y consolador. España mostraba estar ménos inficionada que las otras naciones del mercantilismo del arte; anunciaba que sus jóvenes pintores estudian los gloriosos modelos de su historia artística, desdeñando hasta donde es posible el realismo grosero de la materia; España hacia presente con pocos pero buenos modelos, que sabe aprove-

charse de la instruccion de hoy para amalgamarla con el genio de ayer; que mira al porvenir sin olvidar las tradiciones del pasado; que no cree establecer solucion de continuidad entre lo bueno que admiraron nuestros padres y lo bueno que deben admirar nuestros hijos. España dibuja, España compone, España entona; y sin embargo, España no incurre en la torpeza de copiar lo dibujado, compuesto y entonado antiguamente, ni en la extravagancia de dibujar, componer y entonar de una manera reformista que puede entretener á los ojos, pero que no contenta al entendimiento. — Por eso España era apreciada por los inteligentes, visitada por el vulgo y encarecida por los escritores. Por eso nosotros estamos tan contentos del papel que nuestra patria representó en la Exposicion de bellas artes, y por eso autorizamos á los artistas, siquiera la autorizacion emane de potencia harto débil, á que estén orgullosos por haber contribuido con sus obras á esta verdadera gloria de la nacion.

Los treinta y un cuadros españoles que aparecian colgados, no revelaban cierta-

mente la fecundidad por su número (de lo cual tendremos ocasion de quejarnos pronto); pero revelaban la fecundidad de los géneros y de los pintores, porque abrazaban toda la extension del arte pictórica.— La pintura sagrada, representada por Montañés en su *Samuel*, por Madrazo (D. Luis) en su *Santa Cecilia*, y por Lozano en su *San Pablo*: la pagana, exhibida por German Hernandez en su *Sócrates y Alcibiades*, y por Casado en su *Semiramis*: la histórica, mostrada por Gisbert en sus *Comuneros y Principe D. Carlos*, por Casado en sus *Carvajales*, por Cano en su *D. Alvaro de Luna*, y por Manzano en sus *Reyes Católicos*: la de paisaje, sostenida por Haes en su *Campo de Andalucía*, y por Martí y Alsina en su *Campo de Cataluña*: la de género dramático, presentada por Manzano en su *¡Adios para siempre!*: la de género cómico, remitida por Fierros en su *Muñeira*, y por Martinez Espinosa en sus *Gallegos de la Virgen del Puerto*: la de retrato, representada por Lopez (D. Vicente) en su *Canónigo Varela*, por Fierros en su *Moratin*, y por Bayer en su *Señorita*: la bucólica, mostrada por Mira-

bent y por Mensaque en sus *Flores y Frutos*; y por último, la arquitectónica, expuesta por Gonzalvo en su *Catedral de Toledo* y en su *Cláustro de San Juan de los Reyes*, y por Tomé en su *Interior de San Isidro*;—todas estas obras, y algunas más que la memoria ha podido perdernos, así como las de Maella y Goya, que con más gloria que oportunidad se han sacado al público, revelaban, como decíamos, que España, sin desdeñar los géneros, cultiva en todos lo que considera digno de cultivo, y por el camino y modo más en armonía con los progresos del arte.

Esta ha sido la verdadera muestra de fecundidad que los inteligentes han alabado, y que coloca en tan buen puesto al arte de nuestro país. ¡Lástima que á un tan bello ramillete no se hubiese reunido lo mucho bueno que faltaba, y lo mucho excelente que, sin saber nosotros por qué, habia dejado de procurarse! Porque España necesitaba exhibir, á la vez que el fruto de sus jóvenes, el fruto tambien de los maestros, como han hecho las demás naciones; y sobre todo, necesitaba número



que, aún cuando mediano, abrigase y coleccionase lo mejor, para que la magnitud del conjunto no arrinconara, como esta vez sucedía, las obras españolas en los sobran-tes de galerías extranjeras.

Si pocas y mal colocadas gustaban tanto, ¿qué hubiera sucedido reuniendo muchas y exponiéndolas espléndidamente?—No se necesita gran perspicacia para presumirlo.

VI.

UN PASEO POR LAS GALERÍAS DE PINTURA.

Hemos dicho ya que las obras expuestas en los salones de bellas artes ascendian próximamente á seis mil: ahora diremos que de este número, más de la mitad pertenecian á Inglaterra; y las restantes, mitad á Francia y Alemania y la otra mitad al resto de Europa, exceptuando un corto contingente que el Brasil y los Estados-Unidos habian mandado como muestra del arte americano. Tal desproporcion se explica perfectamente, no solo por circunstancias de vecindaje y facilidades de trasporte, como por la mayor ó menor idea que de estos públicos certámenes se

tiene concebida en los diferentes países del mundo.

Alemania y Francia, por ejemplo, que comprenden la inmensa importancia que para su renombre y grandeza existe en la manera de presentar muchos y notables productos, enviaron todos cuantos poseían referentes así á la industria y fabricacion como á las bellas artes. El nuevo reino de Italia que comprendió asimismo un interés análogo, seguía á estas naciones en su abundancia y belleza de exposicion. Bélgica, Suiza, Holanda y hasta Rusia se presentaban en Lóndres armadas de cuanto poseen para terciar poderosamente en la lucha; y solo aquellas naciones que como la nuestra miran con más interés lo de casa que lo de fuera, cuando lo de fuera es mucho más interesante que lo de casa, y cuando á lo ménos no existe antagonismo en que marchen acordes lo uno y lo otro; solo estas naciones, decimos, son las que ó se retrajeron completamente, ó mandaron poco, porque no tenían más, ó no mandaron todo lo que podían, por creer sin razon que con algu-

nas muestras tenían de sobra. — Así vemos que pequeñas naciones remiten como Bélgica 169 obras de arte, Holanda 127, Dinamarca 116, Suiza 118 y Roma mismo, la pobre Roma, reducida hoy á sus muros desmembrados, expone 217; mientras que España, mayor que todas ellas, triple que algunas, rica como pocas, fecunda comparativamente como la que más, exhibe solo 47, y de estas 16 en papel, lo cual reducía los lienzos á 31.

Para nosotros, que en Octubre de 1862 recorriamos los salones del Ministerio de Fomento, rodeados de 50 obras notables, de otras tantas medianas y 200 más como las que vemos tapizando las cornisas de las galerías de Kensington; para nosotros, que conocemos los cuadros que de diez años á esta parte han adquirido la Corona, los Príncipes y el Gobierno español; para nosotros, que casi podríamos señalar uno por uno los lienzos bellos que nuestros particulares han comprado á pintores del país, dignos de figurar en la Exposición de Lóndres, es grandemente triste que la escasez del número nos redujera á

una condicion estadística insignificante, cuya trascendencia es mayor de lo que á primera vista parece. El número, en efecto, da ideas materiales de grandeza que no las da la calidad; forma campo extenso y propio donde se destaquen las obras privilegiadas, como se destacan las flores en un campo de verdura; limita y señala radicalmente los productos de un país entre la confusa aglomeracion de muchos; y sobre todo, lo largo es más que lo corto, lo grande es más que lo pequeño.—El extranjero que visitase una casa de Madrid, y encontrara en ella cuatro docenas de mujeres bonitas, se iria diciendo á su país que hay casas en España donde ninguna mujer es fea; pero si esas mismas cuatro docenas de mujeres las ve paseando por el Prado, confundidas con la muchedumbre, se va diciendo que en España todas las mujeres son hermosas.

La cuestion de número perjudicó mucho á las obras artísticas de nuestro país, porque no siendo suficientes para formar sala ni seccion propia, tuvieron que pedir alojamiento prestado á otras naciones y

otras escuelas, lo cual entre mayores males, produjo el no pequeño de que un cronista entendido del Gobierno ruso escribiese al *Diario de Petersburgo* que la España no ha mandado bellas artes á la Exposición de Lóndres. Lo que le sucedió á ese cronista pudo sucederle á muchos, porque las cuarenta y siete obras españolas estaban colocadas en cuatro lugares diferentes: obra artística habia revuelta entre los cacharros de la industria; otras en un rincon de la sala de Roma, otras en un rincon de la sala de Rusia, y otras debió haber en alguna otra parte que nosotros no encontramos jamás. No es de extrañar así que los indiferentes, al ser atraídos por la multitud ante el cuadro de *Los Comunes*, que estaba colocado en la galería de Roma, creyeran que aquello que tanto les admiraba fuese obra de un romano, como los *Carvajales*, como el *Alcibiades*, como el *Adios para siempre*, como otros que se encontraban en semejante caso: no es de extrañar que el mismo ruso, á cuyos ojos no habian llegado los cuadros españoles, creyese que la *Santa Cecilia*, colocada en-

tre las obras religiosas de su país (y por cierto mejor que muchas de ellas), fuese obra de un compatriota suyo, como los *Reyes Católicos*, á quien sucedia lo mismo, fuesen obra de un polaco y así de los demás.

Hemos cometido, pues, una torpeza insigne en no mandar doscientos cuadros que desahogadamente pudiéramos haber escogido entre los pintados de diez años á esta parte (que son los que se admitian), y acusa algo de desconocimiento en la verdadera situacion de las bellas artes en Europa esa meticulosidad con que hemos andado en elegir obras, no con completo acuerdo ciertamente, como si las otras naciones estuvieran tan distantes de nosotros en el arte, como lo están en la industria y la fabricacion.—Es necesario decirlo claro, y nadie más á propósito que nosotros, que no tememos perder nuestra reputacion artística: así como el tiempo aumenta las figuras, la distancia agranda las reputaciones; y celebridad artística hay en Europa que nosotros admiramos candidamente desde nuestros casinos y nuestros cafés, cuyas obras tienen inaprecia-

bles bellezas, pero tambien algunas vulgaridades y no pocas tonterías. Raro es el artista contemporáneo, al ménos de los que estaban representados en la Exposicion de Lóndres (y habia muchos célebres) cuyas obras no se presten á una crítica dura y á las veces sangrienta, como las de cualquiera otro mortal. Raro es el cuadro, por consiguiente, que nosotros hubiéramos arrancado de aquellas paredes para colocarlo en uno de nuestros museos. ¿Á qué, pues, nuestra meticulosidad? ¿Era que desconocíamos lo que pasa en Europa?

Inglaterra, que era el país favorecido esta vez, porque estaba en su casa, expuso tres mil obras: de ellas dos mil doscientas eran de papel, y solo las ochocientas de lienzo. ¿Qué han pintado, se dirá en tan considerable número de papeles? — Sabido es que los ingleses son acuarelistas de primer órden, dibujantes, grabadores, todo lo que se hace con las manos, todo lo que se consigue con el estudio, todo lo que se obtiene con la perseverancia. ¿Constan á la misma altura en lo que se debe á la

inspiración y al genio? Ellos creerán que sí; nosotros lo dudamos; la opinion general lo niega.

La primera galería de la escuela inglesa parecia un almacén de quincalla; nada habia feo, nada malo, nada que no fuese agradable y en ocasiones artístico; pero ¿y la inspiración? ¿Y el genio?—La casita de campo, el jardín, las ovejas, el molino, el peñon, la ermita, la zagala, todo lo que se hace con las manos, todo lo que se hace con la academia. La segunda galería (y adviértase que no guardamos rigorismo local, sino divisiones arbitrarias para ser comprendidos) la galería del paisaje era una galería fotográfica de los hermosos campos de Inglaterra; y la prueba de su exactitud material es que parecia intachable en cuanto la naturaleza de las islas posee de bueno, y era vulgar ó pecaminosa en cuanto al Reino-Unido tuvo por conveniente negarle Dios. ¡Qué cielos, Virgen Santa; qué nubes, qué atmósferas tan deplorables! País habia, de gran mérito sin duda, á quien no hubiera sido herético partirlo por la mitad y arrojar la de arriba

á la chimenea. Ellos no tienen cielo, copian lo que ven, y no sienten un mejor ni áun cuando lo miran representado en la pintura antigua y en la moderna de otras naciones. Achaque es de todos los pueblos pintar su cielo; pero el cielo que no se mueve, el cielo que no tiene colores, el cielo que es de plomo, á nadie se le ha ocurrido pintarlo mas que á los ingleses; y lo peor de todo es cuando lo poetizan é inventan á la manera de su fantasía, ¡qué azules, qué encarnados, qué menestras!

Ante estos cuadros concibe uno lo que se cuenta de un embajador español, que al despedir para España á uno de sus agregados, le dijo:—«Dad mis memorias al sol, y disculpadme con él por el mucho tiempo que no le he visto,»—ó lo que se refiere del persa que recién llegado á Londres escribía á su país:—«He notado que los ingleses no gastan sol;»—hasta el correo inmediato en que se apresuró á rectificar:—«Sí lo gastan, pero es otro del nuestro.»

Viene despues la galería de género, y en ella se advertia la misma exactitud, la

misma copia de la naturaleza inglesa. Los campesinos, las muchachas, y sobre todo los niños, estaban pintados de una manera prodigiosa. Nadie ignora la belleza del rostro británico; y cuando esa belleza no ha de ir acompañada de la esbeltez de la forma y de la finura de los extremos, como sucede con los campesinos y mujeres del pueblo, el artista inglés no encuentra tropezos en su imaginacion, y casi podemos decir que es intachable. En cuanto á los niños toda ponderacion es poca, porque Inglaterra es el país de los niños, ó por mejor decir, el país de los ángeles. Esos muchachos que nos venden en nuestras tiendas de juguetes y que creemos pintados á capricho porque no concebimos la existencia de criaturas tan preciosas, son pálido remedo de los muchachos que llevan por los paseos ó que juegan en los *esquares*.¹ Murillo adivinó los muchachos

¹ Plazas que se encuentran á cada paso en Lóndres y principales ciudades de Inglaterra, por el estilo de la de Oriente de Madrid. Los jardines cercados de estas plazas son de aprovechamiento exclusivo de los vecinos del barrio, los cuales mandan á jugar sus hijos con seguridad, y sin perderlos de vista desde las ventanas.

ingleses en sus glorias; y no hay pintor en este país que no se acerque algo, cuando pinta niños, al coloso sevillano.— Por lo demás, los cuadros de género de Inglaterra no respiran todavía el aire melodramático y sentimentalista que tan de moda se ha hecho en Francia: los ingleses cultivan el género, más con la naturaleza tranquila, que con la sociedad agitada; por lo que á nuestro ver conservan en ellos con mayor pureza la tradicion legítima de las bellas artes.

Francia, que tambien exponia dibujos y acuarelas de gran mérito, es quizá la nacion que relativamente ha llevado mayor número de lienzos á las galerías de Londres. Aparte de las obras ya conocidas de artistas renombrados, algunos de los cuales pertenecen á la historia más que al mundo actual, la exposicion francesa puede decirse que estaba reducida al género en todas sus manifestaciones; pero con especialidad al género de circunstancias, al que se recibe y aprecia en el mercado, á la moda que sujeta y encauza la inspiracion de los artistas.— Mucho retrato de Empe-

perador y familia imperial, mucho retrato de mariscales, mucho retrato de banqueros, mucho episodio de las armas francesas, mucha tisis, alguna que otra escena del *demi-monde*, y tal cual efecto de luz y conatos de solución de problemas pictóricos.

Esto no quiere decir que dejara de ser muy notable la exposición francesa, como que la consideramos la más completa, la más variada, la más rica de todas; aquella cuya armonía general desdecía ménos de la armonía propia de los museos. Lo que quiere decir es que los numerosos y excelentes pintores nuestros vecinos, se ven precisados á hacer el comercio del arte con preferencia al arte mismo; porque el arte que no se plega á los caprichos de la moda, es arte de poca salida, y por consiguiente mísera para el autor.—Francia, cuya revolución social y política, que data desde principios del siglo, ha visto renovarse casi radicalmente su aristocracia, y cuya revolución mercantil, que data de pocos años, ha presenciado ruinas de fortunas antiguas é improvisación de fortunas

nuevas; Francia, que por consiguiente se halla en ese período de cultivo fresco, que por lozano que sea no ha echado todavía las profundas raíces de una sociedad regenerada, ofrece para las bellas artes el espectáculo de un gran mercado abundante de dinero, pero en el cual el comprador pone la ley del género, sin permitir al fabricante libertad absoluta de pensamiento, como se requiere para lustre y adelanto de la fabricacion. Francia, pues, necesita satisfacer los gustos de sus nobles soldados, de esos soldados que, según la expresión del gran guerrero, llevan todos en la mochila el baston de mariscal; necesita satisfacer los gustos de sus opulentos comerciantes, de esos comerciantes que, gracias á la teoría de Pitt, han convertido las fábricas de papel de tina en *Eldorados* y *Potosies*, en *Californias* y *Australias*; necesita satisfacer los gustos de sus elegantes y advenedizas damas, de esas damas que de la mañana á la tarde heredan sin prévia defuncion las fortunas de los lores ingleses y de los príncipes rusos: todo esto tienen que preverlo los artistas de Francia.

ántes de derramar el aceite en su paleta. Y como esos artistas, por otra parte, disfrutan en alto grado el privilegio, casi exclusivo en los franceses, de amoldar su accion al deseo y capricho del que la demanda; como además sienten, componen y ejecutan el género de una manera superior al género mismo, la pintura francesa se ha maleado, con más culpa de la Francia que de los pintores; y si en ello hay crimen, crimen es de la sociedad, que no del arte.

La exposicion francesa en su generalidad era bella; tocaba en ocasiones al sublime, porque lo hemos dicho ya, contenia obras de celebridades europeas no contaminadas con la tendencia novísima, y entre sus jóvenes pintores se destacan figuras importantes que van guiando al género por el legítimo cauce á que le llama la idea reformista del siglo.—Cuadros de género habia en la galería francesa que hablaban más al alma y al entendimiento que á los sentidos: retratos habia que, haciendo la posible abstraccion de la cara, parece como que persiguen el bello ideal

de los retratistas antiguos; y sobre todo, el estudio del color va haciendo tan rápidos progresos que no dudamos ver añadir dentro de poco, á los muchos títulos legítimos de los pintores franceses, el dictado de coloristas que se les negaba generalmente hasta ahora.

Sus hermanos los belgas son en este punto los que mayores muestras dan quizá de la armonía pictórica. El salon belga, verdadero retrato del pueblo que lo ocupaba era un salon armonioso y entonado, cuya variedad estaba en relacion con la que se advertia en todos los otros lugares donde los súbditos del bondadoso rey Leopoldo expusieron los productos de su tierra, de su industria y fabricacion.—Porque nada tan bello, nada tan interesante como ese pequeño país, ese palmo de tierra enclavado en el riñon de Europa, sin agua para ser marino, sin montañas para ser terrestre, sin poblacion para ser fabril, sin historia poética para ser artista, sin vida propia para ser independiente; y que sin embargo, en fuerza de constancia, de actividad y genio, mirando aquí y tomando

de allá, analizando, discurriendo, trabajando, y ora con la profundidad alemana, ora con la severidad inglesa, con el calor de italianos y españoles, ó con el *espiritualismo* francés, se hace marino y soldado y fabricante é industrial y artista, y sobre todo belga, que es lo más difícil para un pueblo á quien no le han dejado nunca que sea lo que sus naturales aspiraban á ser.

La nacion belga, cuyo papel en el certámen de Lóndres era importantísimo; cuyos productos de todos géneros se hombreaban con los de Inglaterra, Francia y Alemania; cuya cantidad de premios compitió con los de estas grandes naciones, y cuyo sello peculiar de belleza, pulcritud y elegancia le asemeja á una preciosa muchacha que con la modestia del talento, la sencillez de la hermosura propia y la coquetería de quien sabe la extension de su fuerza, se pasease tranquilamente por entre severos y temidos varones sin miedo de que ellos atenten á su pequeñez, sino ántes bien aguardando un requiebro de su boca, — la nacion belga, decíamos, estaba

representada en las galerías de bellas artes á la manera que lo estaba en las de la industria y de las máquinas. No se distinguía por un sistema especial de pintura, ni por un género privilegiado de cultivo, ni siquiera por su gran superioridad sobre otras naciones: sus 169 cuadros pertenecían á todos los gustos, estaban tratados con análoga inteligencia; y así como en manufactura no son los belgas ni maquinistas, ni fundidores, ni tejedores, ni *bisuterios* únicamente, sino que hacen máquinas, y funden y tallan, y tejen seda, cáñamo, algodón y lino, y labran la tierra y explotan las minas, siendo en algo los primeros, en mucho iguales, en poco inferiores á los otros países, — así en bellas artes, ecléticos en la forma y en el fondo, pintan la historia sagrada, la profana, la poética, el género, el país, el retrato, el bodegon, ya con recuerdos flamencos, ya italianos, franceses ó españoles, pero siempre con un *saber hacer* (perdónensenos este y otros galicismos), con una manera tan agradable y entonada, que si tienen pocas obras por las cuales debieran sacrificarse

grandes sumas, en cambio tienen muchas ménos que merezcan desden ó pobre paga.

Y nos ha llamado esto tanto más la atencion, cuanto que Italia, que viene detrás, nos dejó muy poco satisfechos en proporcion á las grandes esperanzas que su solo nombre nos hacia concebir. Italia y Roma, es decir, toda la Península por un lado y un poquito de Península por el otro, con sus 390 obras la primera, con 217 la segunda, no constituian en nuestro humilde juicio un museo capaz de ser codiciado por los *amadores*. ¿Qué le pasa á Italia que tanto dibuja, que tanto compone, tanto pinta, y sin embargo, sus obras no dejan completamente satisfecho al observador? ¿Será que apegada al mundo antiguo é imbuida sin quererlo en ideas modernas, ni copia con exactitud los grandes modelos de ántes, ni ha hallado todavía la fórmula de ahora? — Quizá. Pero consista en esta pobre razon que á nosotros se nos ocurre, sea otra más elevada y científica, el hecho es que su dibujo nos parecia recortado, su composicion amanerada y tiesa, su color aporcelanado.

Posible es que los grandes artistas italianos no hubiesen concurrido á Londres; posible es que estuvieran allí patentes, y nosotros, sin embargo, no los viéramos, que harto tupido suele ser el velo que pone sobre los ojos la ignorancia; pero vayan allá las impresiones que se nos ocurren lisa y llanamente expresadas, que así como así Italia es la cuna de las artes, es además el refugio eterno de las artes mismas, y toda lenidad sería para ella inútil, así como toda acritud debe serle completamente insignificante.

Asomémonos al Norte, á Holanda, Suecia, Dinamarca, Alemania, Austria, Noruega, Rusia; á Portugal, Suiza y Grecia por un lado; al Brasil y los Estados- Unidos por otro; digamos todavía algo de España..., pero esta es ya demasiada tarea para hoy, y bueno es medir por el cansancio nuestro el cansancio probable de nuestros lectores.

VII.

CONCLUYE LA OJEADA SOBRE LAS BELLAS ARTES.

Si Italia no nos pareció dignamente representada en su seccion de pintura, en cambio la consideramos á la cabeza de las demás naciones en las obras que se producen con el cincel. De 700 esculturas colocadas en la extension del palacio de Kensington, 200 eran italianas, 270 inglesas, y 230 pertenecian á los otros países; de modo que Italia sola ha remitido á Londres casi tantas esculturas como todos los pueblos de Europa juntos.

Y no es únicamente el número lo que daba á Italia esta supremacía, sino que sus obras, de gran importancia artística las

más, eran también las que se destacaban de entre el confuso laberinto de objetos en que estaba colocada la estatuaria. El local de la Exposición no permitía aislar ni menos exhibir en sitio conveniente las esculturas, y por eso, así como para no causar monotonía en su aspecto, se dedicaron á adorno de las galerías de la industria, distribuyéndolas respectivamente en los países de su procedencia. Esto que proporcionaba gran visualidad y belleza al conjunto, perjudicaba no poco á los artistas expositores; porque sus obras, confundidas con multitud de objetos de tamaños y colores diferentes, no dejaban á los ojos la calma necesaria para contemplar y sentir las delicadas líneas del mármol. Así se explica cómo muchos aficionados preguntaban por autores de nombradía, cuyas obras, sin embargo, se hallaban colocadas en primer término, y ante las cuales se pasaba con indiferencia, á la vez que algunas de escaso mérito atraían la mirada de todos por las condiciones especiales de su colocación. Jamás la escultura se ha visto representada con más discorde com-

pañía. Una Vénus ó un Apolo decoraban el obelisco de velas de Austria ó el trofeo de lápiz de Rusia ó el arco de lana de Nueva-Brunswick; la apoteosis de la aplicacion descansaba sobre ovillos de seda; el ángel del sueño tenía espadas y puñales por pedestal; Cleopatra figuraba en medio de almendras y judías; Víctor Manuel estaba al lado de botellas y vasos de vidrio; Sardanápalo se bañaba en algodón; Cástor y Polux presidian una batería de cañones rayados; el ideal, en fin, de las bellas artes se confundía, se oscurecía y como que se materializaba entre los productos del arte fabricado; era la serpiente del humano ingenio que, enroscándose, juntaba su cabeza con su cola. ¿Cómo, pues, los ojos que miran la industria en sus múltiples y extravagantes manifestaciones habían de templarse repentinamente para apreciar con tranquilas miradas los dulces é imperceptibles rasgos de la escultura?

Sea por esto, sea porque nuestra imperfecta organizacion privada no nos permite comprender en toda su verdad el di-

vino arte de Praxiteles, nosotros, lo confesamos con lisura, hasta desconocíamos el gran número de obras y de autores que habian concurrido á la Exposicion, ántes de estudiar esta parte de ella con ánimo de trasmitir nuestro juicio á los lectores.

Porque, á nuestro modo de ver, la escultura es el único arte que se niega á los progresos del mundo, ó por mejor decir, es un arte muerta: la escultura nació y vivió el tiempo indispensable para copiar al hombre desnudo, para idealizar la última y más perfecta obra de la creacion. El hombre cubierto, esto es, el alma humana desprovista de carne no pertenece á la escultura más que por relaciones craneoscópicas; es patrimonio exclusivo de la pintura, que es el arte vivo de la humanidad. La escultura no puede representar á un sabio como no sea hermoso, ni á un guerero como no sea grande, ni á un héroe como no sea varonil. Todos los misterios divinos que se encierran en un cuerpo heroico, endeble, en un cuerpo de sabio, feo, en una figura de conquistador, raquítica, son obstáculos insuperables para el

cincel y el mármol. La escultura ha de ser la mentira absoluta para que guarde relaciones con la verdad relativa: la anatomía y el alma han de caminar en ella armónicamente, en términos que si se desequilibran, como acontece por lo comun en el mundo real, el arte está perdida y sin recursos.

La escultura, pues, dijo hace dos mil años su última palabra. Cuando el hombre andaba desnudo, y cuando su cuerpo se perfeccionó á la vez que su inteligencia, los escultores copiaron al hombre esculpiéndole fotográficamente en los mármoles de Grecia y de Italia. Desde entónces el hombre ó se reprodujo en la misma forma ó perdió belleza física, sin adquirir por esto bellezas morales de nuevo orden; y así la escultura, ó copia las obras de los antiguos, ó da lastimosas caídas en cuanto quiere adoptar diversas combinaciones. Fidias colgó la péñola sobre la columnata del Parthenon, y todo el que la toca, si no es malandrín, es temerario. — ¿No pasa ya por corruptor el jefe de la segunda época artística del mundo? ¿No deliran los

que siguen las huellas de Miguel Angel?

Por eso pertenecemos á la escuela de los que tienen la escultura por arte inmóvil y tradicional; ni trabajamos ni creemos en su progreso; nos bastan las obras que nos dejó el mundo antiguo para gozar de este espectáculo del arte; aplaudimos los que copian bien, y admiramos los que interpretan fielmente los grandes modelos, sin aspirar á creaciones que no existen; y vivimos en la íntima persuasión de que á la escultura no le queda más progreso que servir de auxiliar á la industria artística, esto es, dirigir por buen camino las artes de especulacion.

Equivocada ó razonable esta manera de apreciar la escultura, ella nos ha llevado á no ver en la Exposicion de 1862 nada que no tuviéramos previsto, con muy contadas excepciones. — Nosotros, que pasábamos los dias en el Museo Británico de Lóndres, donde la temeridad, la riqueza, la avaricia artística de los ingleses han reunido todo lo grande y bello que al comenzar el siglo se conservaba de la escultura antigua, no podíamos impresionarnos

despues ante las buenas obras de la Exposicion que son pálida copia de aquellas, y ménos ante las vulgares ó reformistas que revelan en su generalidad más delirio que inspiracion, más atrevimiento que estudio. Es cierto que en las galerías del último palacio figuraban un Canova y un Thorvaldsen al lado de algunos otros célebres y celebrados artistas; pero ¿cuál es en estos su mayor gloria? ¿No lo es sin duda la de respetar con religioso culto, no solo las máximas, sino la manera de los antiguos maestros? ¿No se repite á cada viajero que visita la sala griega del Museo Británico el entusiasmo, la locura, el frenesí con que se abrazó Canova á los restos preciosos de la antigüedad cuando contempló por vez primera aquellos tesoros?

Diverso debe ser el pensamiento de la mayoría de los escultores contemporáneos por lo que puede juzgarse en la Exposicion de 1862. Si algunos han respetado la tradicion antigua, muchos son los que la bastardean á pretexto de seguir la corriente de los progresos del mundo. Rebeldes á la idea de inmovilidad, lo cual les honra

hasta cierto punto, intentan abrir nuevos caminos al arte mudo de la estatuaria, como si no fuera una inocente fábula el beso de Prometeo. Unos apelan al melodrama, otros se esfuerzan por vencer dificultades de ejecucion cubriendo las figuras con un velo, algunos recurren á la metafísica para expresar ideas que solo caben en la imaginacion de los que las conciben; y no faltan quiénes, aglomerando objetos alrededor de las figuras ó haciéndolas campo de piedra y de colores, pretendan dar vida y movimiento á lo que no puede ni quiere hablar. — Confesemos, sin embargo, que estos esfuerzos no son completamente estériles ni dejan de producir algo, siquiera sea en mínima parte, y sin que se resienta por ello la belleza clásica. Varias obras italianas, y entre otras una que hemos nombrado recientemente, llamaban bajo este concepto la atencion del público.

Habia un escultor con quien vamos á particularizarnos, que, innovando hasta cierto punto la estatuaria, ha salido airoosamente de su empresa. — Una muchacha

como de doce años, á quien se supone presa de la pasion á la lectura, se hà levantado de la cama, y sentándose de medio lado en una silla tosca, devora los conceptos de un libro con profundo arrobaamiento en la soledad de su vivienda. — El asunto, como se ve, era peligroso, porque el desnudo social no es como el desnudo histórico: Vénus puede aparecer desnuda sin que se resienta por ello el pudor público; pero una señorita de nuestro tiempo no puede aparecer ni á mediõ vestir. La idea, además, de que se abandone el lecho para leer sin que preceda compostura de forma y traje, estaba muy cerca del ridículo. La situacion, en fin, era embarazosa en cuanto al arte, porque una estatua sentada, y en silla de nuestros dias, y casi desnuda, ofrece tantos inconvenientes materiales y de líneas como del órden moral y estético. El artista, sin embargo, lo ha superado todo con el talento múltiple del genio superior, y su estatua es armónica en el conjunto, clara para la comprension pública, honesta cuanto permite la desnudez, sencilla é interesante en su significa-

cion moral, y esta además modelada con un gusto exquisito que recuerda las bellas creaciones del arte. Una figura de mujer, si desnuda, hubiera sido obstáculo á la decencia; si vestida, hubiera sido obstáculo á la representacion artistica; pero una pobre muchacha de pocos años, cuyas formas solo tienen el atractivo de la dulzura, cuya inocencia es compatible con el abandono en la soledad, cuya presunta persecucion le autoriza para robar al sueño los instantes que desea dedicar al libro; y todo esto manejado con esa finura de accidentes propia de la verdad embellecida, con ese tacto del sentido recto, con esa facilidad difícil del ingenio privilegiado, constituyen, sin duda alguna, una obra que con justicia se veia constantemente rodeada y favorecida del público.

No quiere decir esto que la estatua de Pietro Magni fuera la mejor de la Exposicion de Lóndres: lo que pretendemos, al fijar sobre ella especialmente la vista, es colocarla á la cabeza del arte reformador; sacarla de entre la turba de las románticas para evidenciar un progreso de la escul-

tura, que si no nuevo camino, como algunos pretenden, es sí un sazonado fruto entre verdes y amargas yerbas. Porque aparte de una docena de obras, quizá no más, que sin novedad notable en su invencion, pero ejecutadas con maestría, presentaban media docena de artistas, todas las demás parecian propias del lugar de la industria en que estaban colocadas, con preferencia al arte que se propusieron sus autores. Solo Italia, y sobre Italia, Roma, presentaba un conjunto agradable que induce á suponer en esa parte de Europa un refugio á la escultura, donde si no crezca y fructifique, lo cual no creemos fácil, conserve al menos antiguas tradiciones amalgamadas, hasta donde consienta el arte, con las ideas de la moderna civilizacion.

Hecho ya este paréntesis, que exigia de nosotros la dureza con que tratamos á Italia en la pintura, pero que no es una revista de estatuaria, prosigamos el examen de las naciones que nos quedaban por recorrer en el paseo dado á lo largo de las galerías de bellas artes.

Austria, que figuraba por separado de todo el resto de Alemania con 149 obras, y las 542 que la Confederacion germánica reunida presentaba, ofrecian, para ojos meridionales, un museo en donde habia mucho más para aprender que para admirar. Los alemanes de hoy consideran la pintura como todas las demás cosas, como un resultado de la filosofía. Ellos han descubierto las leyes de la estética, ellos han clasificado la índole de la historia, han establecido las reglas de las costumbres, han ordenado los elementos de la produccion general; así en asuntos morales como en físicos: su teoría de los colores es la primera, sus fundamentos de perspectiva son los exactos, su método de composicion es el único ajustado á las condiciones de los sentidos: todo lo tienen los alemanes, todo lo saben, poseen el instrumento de hacerlo todo; y solo les falta que con esas recetas puedan fabricarse artistas, que con esos elementos resulten cuadros.—No pertenecemos nosotros al número de los que niegan la importancia del saber con relacion á las bellas artes, ni de los que creen

que el genio desbordado é ignorante vale y aprovecha más que el corregido por la instruccion y el método; al contrario, creemos que Rubens, por ejemplo, valdria mucho más si no vistiera de terciopelo y galon de oro á los *Reyes Magos*, así como Pablo Veronés seria pintor más respetado si sus asistentes á las *Bodas de Canaam* no gastasen trusas; pero sí somos de los que están persuadidos de que con la filosofía pictórica no se fabricarán nunca artistas que excedan de la categoría de medianos, mientras que sin ella se pintaron el *Jacob*, de Ribera, la *Santa Isabel*, de Murillo y las *Lanzas*, de Velazquez.

¿Poseen los alemanes cuadros que revelen la próxima esperanza de pintores á la manera de los que hemos nombrado?—En la Exposicion de 1862 no los hallamos. Habia en ella multitud de brillantes jóvenes que retratan bien, que sienten bien la naturaleza, que conocen bien la historia; pero que con una frialdad tan parecida á la ciencia como distante de la inspiracion, resfrian al concurso sin conseguir atraer sus miradas ni por la extravagancia ni

por el entusiasmo. — Los alemanes, además, son de los que con mayor empeño tienden á vencer dificultades de paleta. Muchos de sus cuadros parece que no tienen otro objeto que robar la luz al sol, ensayar efectos de luz, presentar figuras en violentas posiciones, amontonar contrastes, y cuanto en las academias y colegios constituye el bello ideal de imberbes artistas. Fuerza es decir que esto lo han conseguido algunos de una manera sorprendente, y que pocos se han engañado en sus pretensiones. Se conoce que la ciencia en este punto corresponde á los resultados que se apetecen, aunque ellos no sean bastantes para establecer una escuela verdaderamente progresista. Y que en Alemania se busca esta escuela no puede dudarse, porque lo primero que se percibia en su numerosa exposicion de pinturas, era la escasez de países, la escasez del género antiguo aleman, la escasez de especialidades germánicas, que contra la prevision del observador, se han refugiado en Bélgica principalmente, en Suecia, Dinamarca y Noruega, cuyos lienzos á lo tabla,

cuyos tripticos á lo Alberto Durero, de gran mérito algunos, estaban reclamando una diferente paternidad.—¿Será estéril para las bellas artes del siglo XIX el afan escudriñador de los alemanes?—Creemos que no.

Y para probarlo, nos bastará decir que en la pintura de género de que han remitido bastantes muestras, se notaba una tendencia elevada, un carácter filosófico serio, que recogido ya por un inspirado hombre del Norte, patentiza el para nosotros verdadero progreso de la pintura moderna.

Habia en la Exposicion de Lóndres de 1862 un pintor de costumbres, un admirable ingenio, un coloso (para valernos de la expresion que exige nuestro entusiasmo), al cual no dudamos en conceder el primer puesto entre los presuntos reformadores de las bellas artes. Este pintor, á quien no conociamos, de quien nadie nos habia hablado anticipadamente, cuyos cuadros se expusieron sin pompa, cuya fama ha venido á nosotros por intuicion, y á quien, segun hemos sabido despues, se le prodiga ya en todas partes el respeto de

bido á los grandes hombres, es noruego y se llama Tidemand.

Tidemand es un pintor de pequeños cuadros de costumbres, con figuras de tercera parte del natural; ni más compositor, ni más colorista, ni más dibujante, ni más fotógrafo, ni más artificioso que lo que se necesita para realizar las ideas que concibe. Hombre serio y reflexivo, no pinta las costumbres más que bajo el prisma de la elevación: moral y religioso en extremo, no pinta más que lo honesto y santo; patriota, pinta á su país; artista, pinta lo bello; hombre de bien, pinta lo honrado; poeta y prosista á la vez, pinta lo ideal y lo posible; talento distinguido además, pinta lo útil, lo asimilable, lo provechoso: con su ciencia llama al sabio, con su atractivo á la mujer, con su gracia al vulgo; y en una palabra, si nuestra ignorancia no nos ofusca los sentidos, él es el que daba la fórmula de la pintura del siglo XIX en el palacio de Kensington.

Expliquemos algo de la razón de este entusiasmo nuestro: ello disculpará los errores en que podamos incurrir.

Hubo un tiempo en que las bellas artes eran patrimonio de muy pocas personas en cuanto á su adquisicion, y de muchas ménos en cuanto á su cultivo. La configuracion social del mundo encerraba á las artes en el estrecho círculo de los poderosos y de los sabios, porque sólo ellos podian adquirirlas y comprenderlas. La clase media no estaba educada para estos manjares del entendimiento; el vulgo ni los gustaba ni los conocia: ser pintor era por consiguiente recibir inspiraciones de los dioses, lo cual estaba reservado á pocos, y trasmitirlas á los magnates, lo cual quedaba entre pequeño número tambien. Los artistas podian y debian, pues, adoptar el lenguaje culto de la ciencia, la figura enigmática de la filosofía, la parábola misteriosa de la religion, el emblema simbólico de la fábula, sin miedo de incurrir en confusiones para consigo mismos, ni de quedar incomprensibles para el público: hablar confusamente, era hablar claro: no detenerse á explicar nada, era explicarlo todo. —Pero pasan los siglos, y el espíritu humano recibe un ensanche prodigioso; la

ciencia se difunde por sí propia, la comprensión se propaga entre mayor número de individuos, la riqueza se adquiere por muchedumbre de personas, la enseñanza se generaliza en extremo, el entendimiento de la multitud se despeja indefinidamente; y al modo que se multiplican las sociedades por el acrecentamiento de la especie, se multiplican también los ingenios productores y consumidores por el acrecentamiento de la humana razón. Fijarse, pues, en las manifestaciones de la primera época para hablar á esta segunda, elevarse en el punto de partida cuando ese punto ha irradiado inmensamente sus resplandores, es no sólo un atraso, no sólo una falta, sino que es la obcecación absurda del que pretendiese explicar la doctrina de Jesucristo en hebreo antiguo á las sociedades modernas, porque el antiguo hebreo había sido el idioma del Hijo de Dios.

¿Qué es de lo que aquí se trata principalmente? ¿Del fondo ó de la forma? ¿Cuál es la misión del artista, si tiene alguna? ¿Pintar figuras de esta ó la otra especie, ó revelar este y el otro pensamiento de la

manera más bella, más comprensible y más filosófica?—Pues bien: si en el mundo pagano se representaba á Júpiter desnudo como emblema de una falsa religion, y á las bacantes y las gracias como emblema de una falsa sociedad; si en el mundo cristiano se representaba á Jesús como emblema de una verdadera religion, y á los ángeles y las vírgenes como emblema de una verdadera sociedad moral; si proscrito despues el paganismo y fructificada la palabra divina, se representaron los mártires, los héroes y los santos; si andando el tiempo se generaliza la moral, se emancipa al siervo, se llama al hombre hermano, se constituye la familia, se extiende la caridad y se aspira al perfeccionamiento posible del hombre-espíritu y á la lucha posible tambien contra el hombre-materia, ¿qué extraña, qué inusitada, qué absurda ha de ser la idea de exigir nuevas manifestaciones, no á doctrinas nuevas, sino á consecuencias, á frutos, á resultados tangibles de antiguas y venerandas doctrinas? ¿Por qué no ha de ser clásico y sublime y bello, casi tanto como el Hombre-Dios, el hom-

bre regenerado á imágen y semejanza de Dios mismo? ¿Por qué Jesucristo y la Virgen María y el Angel de la Guarda no han de poder representarse, áun con la imperfeccion natural humana, en un hombre, en una mujer y en un niño?

Estos han sido los razonamientos de Tidemand, este el norte de su doctrina, esta la manera artística adoptada en sus cuadros.—Y ¿cuál es el medio de realizar tales portentos? se preguntará, ¿qué nuevas figuras fabrica? ¿en qué lugares hace representar sus dramas? ¿qué dramas son esos?

Un establo en donde yacen varios enfermos, en época de epidemia probablemente, y reciben la Eucaristía de manos de un anciano sacerdote, á quien acompaña el pueblo, hé aquí un cuadro de Tidemand.—La cocina de un cortijo ó casa de campo donde un jóven agricultor, que va á ordenarse quizá, lee y comenta los libros santos una tarde de fiesta á sus parientes y convecinos, hé aquí otro cuadro de Tidemand.—Una sala donde dos ancianos se despiden de su hijo casado, á quien el acre-

centamiento de su propia familia llama á otros lugares, como la rama fresca de un árbol viejo se trasplanta para que el bosque no se pierda, hé aquí otro cuadro de Tidemand.—Unos novios que atraviesan el lago en una barca para que sus amigos del pueblo cercano les saluden y tomen parte en su infinita alegría, hé ahí otro cuadro de Tidemand.—No apela el pintor á otros recursos, no exige otro teatro, no inventa otras figuras que las figuras, el teatro y los recursos de su propio país; los que le presta la sencillez del pueblo, el encanto de la moral y la múltiple fisonomía del alma humana asomada á dos ojos de una cara. Hé ahí toda su trascendental filosofía; hé ahí todo su magnífico arte.

Pero Tidemand no toma la paleta como Bellini no tomaba el pentágono sin sentir en su númen el calor divino de la inspiracion, y sin tener á la mano ese raudal de savia desconocida que constituye el fondo de los grandes artistas. Él hace del pobre sacerdote de aldea una Providencia, del jóven moribundo un mártir resignado, del lector campesino un apóstol,

de la doncella que escucha una santa : él arregla que un perro , fiel quizá , pero sin discernimiento , dé la medida de la ingratitud tirando de su amo á quien el abuelo besa la frente , porque para el animal aquella separacion equivale á un paseo : él desgarrá el corazon con la alegria de un chiquitin que sobre los hombros de su madre apenas hace caso de la abuela , que llena de lágrimas sus manecitas : él hace palpar , digámoslo así , los sentimientos íntimos de una muchacha adolescente , que al oír las primeras predicaciones de su hermano , coloca la cara tapada sobre sus rodillas , en esa primera lucha de la frivolidad con el pensamiento , y muestra toda un alma no enseñando más que las trenzas de su pelo : él hace , en fin , del tonto un desgraciado , del ignorante un objeto de lástima , del enfermo un aviso , del sabio una enseñanza , del feliz un encanto , del indiferente una repension ; y para encerrar en una fórmula concreta toda su teoría artística , él pinta lo sensible sin congoja , lo santo sin afectacion , lo ridiculo sin burla , lo vulgar sin amaneramiento ,

el alma y el cuerpo unidos, Dios y el hombre en su enlace directo sobre la tierra.

¿Hay aquí ciertamente, como nosotros creemos, una escuela de arte digna de ser estudiada y proseguida?

Si no bastase nuestra convicción para juzgarlo así, vendrían en nuestro apoyo Holanda, Dinamarca, Rusia, Suiza y demás pueblos que más ó ménos extensamente han llevado á Lóndres sus pinturas.—Los artistas del Norte están casi reducidos al país: los holandeses, sobre todo, no se distinguen por otra cosa; y aún cuando ella es muy buena, no añadirá un quilate á la antigua fama de su patria, ni en cambio prestará servicio alguno á las otras escuelas cuyo cultivo y adelanto reclama la sociedad moderna. El país, el bodegon y aún el género de costumbres vulgares, de que tantos ejemplos bellos mostraban Suecia, Dinamarca y Suiza, no es más que la pintura secundaria, el arte mudo, un entretenimiento placetero de la vista que no despierta ideas elevadas, ni dulcifica ásperas costumbres, ni eleva el ánimo á ilusiones ó

propósitos como los que las bellas artes están llamadas á producir. Además, el país se pinta ya bien en todas partes: siempre un paisajista eminente será un pintor de primer orden: nosotros lo reconocemos así; pero un paisajista bueno, á la manera de los muchos que se veían en Lóndres, no lleva ni un grano de arena al gran monumento del arte, donde pueden trabajar con fruto artistas secundarios de otros géneros.

Rusia se aparta de esta senda en la regeneracion artística que ha emprendido. Sus pintores, que viajan mucho, que poseen el don de asimilar gustos meridionales como si no hubieran nacido entre la nieve, presentaban al lado de extraños países ideados en las montañas polares, obras de muy diversos gustos, ya retratos históricos á la manera florentina, ya bustos que recuerdan al mismo Velazquez, ya cuadros de género con el calor de la escuela sevillana, ó bien lienzos religiosos é históricos que parecen ejecutados por la mano de Poussin.—Y es que los rusos añaden á la constancia y aplicacion sobre

todo lo que se aprende, la facilidad, como hemos dicho, de amoldarse al carácter de otras naciones y adquirir de ellas estilo prestado, que algun dia ha de servirles para crear un bello estilo propio. Ellos, que aprenden los idiomas con incomparable presteza, que se llevan la música de todas partes para refundirla en la suya, y mandan jóvenes artistas á todas las naciones, concluirán tal vez pronto por tener en el confin helado de Europa un manantial de calor artístico que envidien sus vecinos más meridionales.

¿Y qué diremos ahora de los 40 cuadros de Grecia, los 24 de la Unión-Americana, los 14 de Portugal, los 9 del Brasil y algunos de Turquía, todos ellos apreciables y dignos de mencion señalada, áun cuando no formaran conjunto capaz de prestarse á consideraciones generales?

Diremos lo que de las obras artísticas aplicables á la industria que ocupaban un salon del palacio de Kensington, y lo que de la pintura arquitectural de todos los pueblos que cubria extension enorme, y lo que de las secciones de pastel y gra-

bado que eran muchas, y lo que del dibujo profesional ó sea aplicable á la enseñanza de jóvenes y academias, y lo que de tantas otras obras pertenecientes á las bellas artes como poblaban aquellas interminables paredes, y perturbaban la vista con su variedad, y ofuscaban el entendimiento con su divergencia, y rendian de fatiga con su somera y rápida contemplacion: diremos, interpretando los deseos del lector, que basta de bellas artes por ahora; que tiempo es de ocuparse en otros asuntos de los muchos á que Londres se presta; y sobre todo que para hablar de lo que no se entiende, hemos hablado más de lo que la osadía y la ignorancia permiten en esta parte de nuestro discurso.

VIII.

EL CONGRESO DE BENEFICENCIA.

Si las Exposiciones universales que se verifican en los grandes pueblos no tuvieran más ventaja que la de reunir en un punto dado considerable número de personas distinguidas de los diversos países, para que se conozcan, estimen y cambien entre sí los caudales de su experiencia particular, constituyendo una experiencia común, esta sola ventaja compensaría suficientemente las incomodidades y dispendios que ocasiona el aglomerar en una nación y sitio determinado los productos y representantes de todo el universo.—Es tal la condición humana, que ni los libros,

ni los periódicos, ni los viajeros ordinarios consiguen nunca, áun cayendo cerca de personas ilustradas é imparciales, rectificar los errores que respecto á todos los demás países se tienen comunmente en cada uno de los que se examinan. El hombre más cuerdo y de mejor sentido, que lamenta la facilidad con que se propagan en otras naciones los absurdos referentes á la suya, no opone el menor obstáculo á creer los absurdos que se cuentan de las demás, ni á propalarlos con ligereza igual á la que lamenta; siendo de advertir que hasta despues de rectificado el juicio, se siente como pena de renunciar á tan sabrosas murmuraciones.

Sólo con motivo de esos grandes certámenes de la inteligencia, en que no ya viajeros aislados, sino caravanas enteras de hombres distinguidos, de sabios, de escritores, de artistas, confluyen á uno de los focos de la ilustracion pública, acompañados de los comprobantes morales y físicos que determinan el grado de aptitud, de aplicacion, de ciencia, de costumbres en que se halla el pueblo de donde proce-

den; solo en estos certámenes se aprende y se enseña á rectificar lo errado, á negar lo que se afirmaba, y á medir con exacto criterio la verdad de las cosas, anublada ó pervertida ántes por la distancia y la comunicacion. — Entónces se ve que todos los países de Europa, así como los de otros hemisferios adonde ha llegado la mano civilizadora del progreso humano, todos, cuál más, cuál ménos, se parecen mucho, piensan acordes en la mayor parte de las cuestiones generales, aspiran á fines análogos, y sólo se diferencian en leves perfiles de forma, hijos de su clima, de su tierra ó de su historia.

Por eso los que manejan estos concursos universales, en razon á su mayor adelanto ó mayor riqueza, convocan para cuando ellos se verifican asambleas ó congresos destinados á controvertir asuntos de interés universal, donde se oyen todas las opiniones, se examinan todos los sistemas, se exhiben los resultados de la práctica, y lo que es más útil aún, se adoptan fórmulas aplicables á todos los países.

Uno de estos congresos, el más importante sin duda de cuantos se han verificado con motivo de la Exposición de Londres, ha sido el Congreso internacional de Beneficencia.

Hace pocos años, en 1855, la *Sociedad Caritativa de París* resolvió, por indicaciones de su Presidente el señor vizconde de Melun, aprovechar la favorable ocasión que ofrecía la Exposición universal de la industria y de las artes para proponer una conferencia de bienhechores de todos los países bajo el título de *Reunion internacional de Caridad*. La idea mereció el apoyo de cuantas personas se hallaban en el caso de prestar sus servicios á tan humanitario pensamiento; y la conferencia, ó por mejor decir, las conferencias se celebraron con no poco provecho de la humanidad menesterosa, pues se discutieron y acordaron bases para instituciones tan benéficas como asilos de lactancia, socorros mútuos, cajas de ahorros para compra al por mayor de sustancias alimenticias, protectorado á los niños trabajadores, casamiento de indigentes y otras muchas de las que

reclama el estado de la civilizacion, á la vez que la necesidad de las clases desacomodadas.

Un año despues el Sr. Ducpetiaux, Inspector general de prisiones y establecimientos benéficos de Bélgica, propuso coordinar los trabajos de la reunion francesa, darles carácter permanente, convocar en períodos fijos reuniones generales á que fuesen llamados todos los países, y por último, celebrar desde luego en Bruselas el primer Congreso internacional de Beneficencia bajo los auspicios del rey Leopoldo, presidido por el ministro del Interior. Esta vez el carácter de la Sociedad fué completamente público, no tanto por la circunstancia de que un Rey y un Ministro tomaban parte en sus trabajos, cuanto porque todas las naciones mandaron á ella sus representantes officiosos. Nuestra España comisionó á los señores La-Sagra y Villaboa; los cuales, sea dicho en su honor, alternaron dignamente con notabilidades científicas y administrativas de toda Europa, en cuestiones de tanto interés como el mejoramiento de habitacio-

nes, mobiliario y traje de las clases trabajadoras; invenciones para perfeccionar el trabajo manual, sanificar las profesiones é impedir accidentes desgraciados, con otras de análoga importancia y de prácticos é inmediatos frutos.

Por fin, en 1857, Francfort-Sur-le-Main fué el punto designado para un segundo Congreso, á que asistió en nuestro nombre el Secretario perpétuo de la Academia de Medicina de Madrid Sr. D. Matías Nieto y Serrano, en el que ya se discutieron asuntos referentes á beneficencia, educación y reformas penitenciarias; se acordaron bases para leyes que tuvieran por objeto uniformar en todas partes los socorros para idénticas desdichas; se encargó á los comisionados influir con sus gobiernos en pro de la adopción de aquellas y posteriores reformas; se iniciaron problemas de árdua resolución, y últimamente, se convino que el 4 de Junio de 1862 se reuniera por tercera vez el Congreso internacional de Beneficencia en la ciudad de Londres, con motivo de la tercera Exposición universal.

Fácil es concebir el incremento que constancia tan señalada habia proporcionado á la asociacion, y el impulso que, del programa convenido, de la importancia del lugar y de los individuos que iban á tomar parte, se esperaba de esta nueva convocatoria. Y en efecto, las naciones designaron mayor número de representantes; Príncipes y magnates ofrecieron crecidas subvenciones; una respetable sociedad inglesa, la *Asociacion para promover el progreso de las ciencias sociales*, puso á disposicion de la asamblea benéfica el local de sus sesiones; multitud de bienhechores de ambos sexos se inscribieron para pagar las cuotas necesarias al sostenimiento y propagacion de los trabajos en que se ocupase el Congreso; en una palabra, lo que siete años antes habia nacido humilde y privadamente en el seno de una conferencia particular, recibia ahora sancion unánime de gobiernos y pueblos, augurando un porvenir harto más directo y beneficioso que el que se pretende obtener con declamaciones vacías y cómicos apóstrofes que envenenan la conciencia del

menesteroso, perturban su razon, extravían su juicio y le dan por resultado hambre y muerte en cambio de una tranquila sencillez que le roban, no gentes criminales pero sí obcecadas.

Y á la verdad que es admirable el ver cómo, por misteriosos resortes de esa civilizacion moderna tan combatida, y en gracia de la paz que los partidos medios tan calumniados proporcionan, se reunen á una hora dada una porcion de individuos que han dejado su hemisferio, su nacion y su casa para conferenciar con otros hombres, casi sus antípodas, sobre la manera de remediar la desgracia, prevenir la miseria, socorrer al paciente, morigerar al extraviado, corregir al réprobo, ilustrar al ignorante; y todo por los medios sencillos de la predicacion, del escrito, de la dádiva; sin exigir retribucion ni agradecimiento, sin imponer condiciones humillantes, en contraposicion de aquellos tiempos en que tambien se difundia la cultura, pero con la invasion, con la conquista, con las armas; llevando en una mano el pan y en la otra la espada,

en un bolsillo el dinero y en el otro la pólvora, en un vaso el maná y en el otro la muerte.

Hoy (y aún no ha llegado ni con mucho la época del posible perfeccionamiento) acuden estrellas errantes hácia un pequeño astro que se ilumina y agranda por la discusión, el comercio de ideas, el cambio de observaciones; sol que irradia despues pacíficamente á la circunferencia del globo en humildes asientos de ferro-carril, llevando luz y calor y vida, á los ciegos, á los haraposos y á los moribundos.— Porque en el Congreso de Beneficencia de 1862 no estaban representadas solamente las cultas naciones de Europa y América, sino que habia representantes de la India, de la Persia, del Japon, y mogoleses y africanos y turcos, que no con sus ideas, pero sí con su atencion y su voluntad, oian, estudiaban, comprendian, se preparaban á llevar á sus remotos y atrasados países la luz de la ciencia, la palanca del bienestar, los elementos de la verdadera vida humana; previniendo con pasmoso instinto la contingencia de que

fuese necesario un día, vista su desidia ó terquedad, hacerles oír la palabra del mundo moderno con la asoladora voz de los cañones.

El gobierno español había mandado diferentes representantes á la asamblea: los unos en nombre de la beneficencia y sanidad, eran el mismo Sr. Nieto y Serrano, que ya estuvo en Francfort, y el Sr. D. Nicolás de Alfaro, á quien sus particulares aficiones y estudios hacían á propósito para el objeto, en su doble circunstancia de antiguo profesor y residir largos años en Inglaterra y Francia: los otros, designados por la presidencia del Consejo de Ministros como miembros de la Junta general de Estadística, eran el Exmo. Sr. D. Francisco de Luxán, y los Sres. D. José Emilio de Santos y conde de Ripalda, á los cuales se agregaron voluntariamente varios españoles deseosos de contribuir con su limosna, si no con su activa cooperación, al benéfico instituto; siendo el último de todos el que escribe estas líneas, quien por circunstancias especiales no era ajeno completamente á los antecedentes de la obra.

España, pues, tenia numerosa y digna representacion en aquella pacífica asamblea; lo cual no dejó de notarse por los que, acostumbrados á prescindir de ella durante mucho tiempo para todo lo que no fuese murmurar de su atraso ó lamentar sus contiendas civiles, veian ahora que en su reciente y rápida regeneracion, si ganaba batallas en Africa, si contribuia en Asia al triunfo de las luces y si conquistaba con el ejemplo y la fraternidad ricos territorios en América, tenia tambien para Europa armas que llevar á sus consejos, algunas de las cuales, como por ejemplo, veinte y dos libros de Estadística que depositó en la mesa del Congreso con asombro é incredulidad de los que aún no los habian visto, demostraban lo mucho que, sin vanos alardes y al amor de una paz bien administrada, crecia nuestro país en aplicacion, en ciencia y en recursos.

Con mucha anticipacion se hallaban reunidos en Lóndres los comisionados de todos los pueblos; así que, para el dia del comienzo de los trabajos, es decir, para el dia de la fiesta religiosa, ya se conocian y

trataban la mayor parte, ó se habian ratificado antiguas relaciones de correspondencia.—Los ingleses principian todos sus actos como los cristianos viejos principiaban los suyos, esto es, impetrando las luces del Altísimo por medio de ceremonias religiosas. La que debia servir de base al Congreso de que hablamos estaba citada para la histórica Abadía de Westminster, templo el más caracterizado de Lóndres, quizá porque perteneciendo algun dia al culto católico, cuyo título conserva aún el Cardenal jefe de nuestra Iglesia, habia pasado á ser el asiento principal del protestantismo metropolitano.

A las once de la mañana del dia 4 de Junio se hallaban congregados en la sala de Jerusalem, próxima á la nave del templo, los miembros de la asamblea caritativa, algunos de los cuales, como los mogoleses y persas, conservaban en la cabeza la extraña mitra de su país, no sabemos si protestando en su interior como protestábamos los católicos de asistir á aquel acto por mera cortesía, y en atencion á ser un mismo Dios aquel á quien

iban á dirigirse las plegarias.—El obispo de Lóndres, que recibia el cortejo, estaba saludando individualmente á todos los que llegaban, cuando de improviso se dejó sentir sobre el entarimado de la estancia un clamor sordo, pero solemne, producido por el golpeteo de la gran mayoría de los circunstantes. Era que lord Brougham, el anciano y venerable presidente interino de la Asociacion, habia llegado á la puerta. Los ingleses profesan un respeto profundo, una glorificacion constante á los hombres de mérito, á quienes en vida saludan siempre con entusiasmo, prodigan todo género de distinciones, colman de todo linaje de prebendas, y á su muerte perpetúan su memoria en los anales de la nacion, y su cuerpo en las estátuas públicas de las calles.

Este lord Brougham, patricio eminente, orador distinguido, publicista insigne y hombre de bien, recibia en el último tercio de su vida la satisfaccion inapreciable de que sus contemporáneos saludasen su vista interpretando el clamor de la posteridad.—En Inglaterra no estorba la vida,

como entre nosotros, para ser apreciado y favorecido.

El noble lord entregó su mano á cuantos le rodeaban, y acompañado del obispo de Lóndres nos condujo al templo.

Un oficio protestante de vísperas es casi idéntico al mismo oficio católico en su forma y en sus oraciones, si se exceptúa lo que directa ó indirectamente alude á la Silla de San Pedro, y el llamar á la Madre de Dios solo la Santa Maria, por no ser para ellos artículo de fe (áun cuando tampoco la nieguen) la virginal pureza despues del parto. El modo cómo se canta y la manera sublime con que se oye, ya tendremos ocasion de consignarlo cuando en próximas cartas hablemos de la música y de la religiosidad del pueblo inglés. Únicamente diremos ahora que el respetable abad de Westminster, á quien nosotros habiamos preguntado en la puerta del templo por la direccion de la sala de Jerusalem, bien ajenos de que fuese una dignidad de la Iglesia porque vestido como nosotros daba el brazo á su mujer y á su hija; el respetable cura, deciamos, subió al púlpito

y recitó con el papel delante una plática alusiva á la caridad y á la beneficencia.

Para nosotros los católicos, acostumbrados al celibato de los sacerdotes, no hay nada en la religion protestante que nos extrañe tanto como ver á los curas de almas vestidos de levita y con chalina blanca (única distincion de los seglares) dar el brazo á sus mujeres y colocarlas en el coro de la catedral, como si fuesen parte integrante, y ciertamente lo son, de la dignidad que ellos representan. Muchas dotes deben reunir estos ministros para que se les respete con tan vulgares apariencias de secularizacion; y, en efecto, un cura protestante ó un obispo (áun cuando ya los obispos no se casan, pero suele sorprenderles el obispado con mujer y con hijos) un sacerdote del culto anglicano estaria muy propenso á la desatencion y falta de respeto público, si no sustituyese, como lo hacen, lo que les falta de formas exteriores con ser modelo de esposos, de padres y de ciudadanos, hasta donde prescriben las más escrupulosas exigencias.

Concluido el sermón y cantado un *Te-*

Deum, los lores asistentes y los ministros de la catedral despidieron al concurso, no sin permitir á todos que visitasen los históricos sepulcros, las joyas de arte y de piedad que encierra la Abadía, deteniéndose á explicar por sí mismos los innumerables objetos que en aquel gótico recinto requieren particular mencion; acto delicado de exquisita sociabilidad, que desmiente, como todos los que observa el viajero, la injusta fama de poco hospitalarios con que motejan á los ingleses los que viajan con *cicerone* y maleta, sin asomar los ojos á la patria del agasajo, de la urbanidad privada y del orden doméstico.

Una nueva reunion preliminar convocó la Junta instaladora del Congreso ántes de declarar abiertas sus sesiones. Tratóse en ella del orden de discusion, de las candidaturas para los cargos, del método que habia de emplearse en las sesiones, y sobre todo de estrechar las amistades de los miembros; reunion de que nos ocupamos porque ofreció de notable la circunstancia de que un lord de las principales familias de Inglaterra, un hombre político de re-

conocida altura, el conde Shaftesbury, solicitase por escrito la honra de presidir las sesiones de la asamblea, puesto que lord Brougham habia de presidir las de otra que funcionaba independientemente á la vez. Y es que los ingleses no disimulan con hipócrita modestia sus deseos de figurar en las posiciones importantes, ni tienen miedo á la discusion de su renombre cuando lo han adquirido en públicas y legítimas lides; ántes, por el contrario, salen á la calle, se rodean de la multitud, la exhortan, piden gracia al pueblo para su persona, exponen sus méritos y su programa, sufren las invectivas de los enemigos, se captan si es posible la voluntad de sus propios detractores; y cuando se sientan despues en un sillón, saben que lo han conquistado, no por una gracia ministerial ó por una intriga política, sino por el voto más ó ménos cuerdo, más ó ménos acertado, pero siempre unánime, de las personas á quienes van á dirigir ó aconsejar. El conde de Shaftesbury, pues, se sentó en la presidencia del Congreso de Beneficencia porque todos quisimos que se

sentara; porque los extranjeros allí presentes, sin carácter ni fuero alguno legal, tuvimos la condescendencia, el gusto, la voluntad de que se sentase; porque los convidados, en fin, permitimos que se colocase á la cabecera de la mesa el dueño de la casa.

Tales fueron los antecedentes de la tercera reunion del Congreso internacional de Beneficencia convocada en Lóndres.

IX.

TRABAJOS DEL CONGRESO.

Las cuestiones sometidas á la discusion del Congreso eran las siguientes :

Primera : — ¿ Conviene conceder al Estado la facultad de separar de sus padres á los hijos moralmente abandonados , encargándose de su educacion , y si necesario fuese de todas sus necesidades ?

Segunda . — ¿ Conviene que la asistencia á las escuelas públicas sea obligatoria ; y en este caso , bajo qué forma y con qué límites debe establecerse semejante obligacion ?

Como se ve , ambas cuestiones son quizá las más interesantes de cuantas se agitan

en el mundo de la inteligencia y á los ojos de la filosofía práctica del siglo XIX.— Todos los pensadores están persuadidos y han logrado llevar al ánimo público la convicción de que el hombre moral, esencialmente bueno por naturaleza, se pervierte por la falta de educación, ó modifica y refrena sus malos instintos, si los tiene, por medio de la educación misma; lo que equivale á decir que hay en el mundo moderno una palanca poderosa para perfeccionar al género humano hasta el límite donde es posible su mejoramiento. Todos los pensadores conocen también que la educación, reducida ya hoy á proporciones sencillísimas y de fácil ejercicio, podría en un corto espacio de tiempo regular las sociedades, ilustrando convenientemente á todos sus individuos con arreglo á las facultades mentales de cada uno, y sin otro desnivel que el natural y necesario para el equilibrio perfecto de la máquina social, organizada por la experiencia de los siglos. Existen, pues, al alcance del hombre, debajo de la mano del hombre, todos los medios para conseguir en

un día dado la realización del bello ideal que por tantas generaciones se ha perseguido; y bajo este punto de vista no es cuestionable ni nadie querría oponerse á su adopción, facultando á los Gobiernos para separar de sus parientes á los niños descuidados en su cultura moral, para educarlos, para sostenerlos, para obligar á la ilustración comun sin límites de ninguna especie, y, en una palabra, para cambiar la faz del mundo con sencillez y brevedad comparables á las que emplean los reglamentos de policía urbana para cambiar el aspecto de las poblaciones.

Tal es el estado teórico de la cuestión más trascendental del mundo moderno; y sin embargo, su práctica ofrece un número de contrariedades, se presta á tanta copia de razones discordes, que no parece sino que la felicidad de la tierra está siempre tocándose á la vista del hombre, pero como la sombra que, sin huir completamente, no se pone nunca bajo el alcance de la mano. — ¿Quién es el que va á escoger los niños abandonados en su cultura moral? ¿Qué clase y forma de policía va

á establecerse para no separar de la familia más que á los niños cuya descuidada educacion induzca á presumir que serán con el tiempo nocivos á la sociedad pública? ¿Qué garantías conservará el hogar doméstico una vez establecidas estas pesquisas morales? Y por otra parte. ¿No tiende esta medida á aumentar el número de abandonados? ¿No será una especulacion lucrativa y poco cruel para el hombre de escasa fortuna, el abandonar á sus hijos para que el Estado los sostenga, instruya y dé colocacion en el mundo, como jamás pudieran darle los que solo poseen un nombre y una miseria? ¿No seria esto además la abolicion oficial de la familia, ya que no fuera tambien la ruina del Estado?

Y en cuanto á la enseñanza obligatoria, ¿dónde están los medios para otorgar la enseñanza en todas las localidades en que se necesita? ¿Cuál va á ser el método que se emplee para otorgar esta enseñanza con relacion á la fortuna y probable destino de la criatura á quien se le da por fuerza? ¿Quién compensa al niño de la

parte de peculio é instruccion mecánica que pierde durante el tiempo, nunca demasiado breve, que ha de emplear en su educacion literaria? ¿Quién y cómo se compensa á los padres de la ayuda directa é indirecta que pueden prestarle sus hijos menores para reunir entre todos la suma suficiente á remediar el hambre y la desnudez de todos? ¿Va el Estado, no pudiendo recoger á los niños, á recoger toda la familia? ¿Van los gobiernos que apenas pueden ser tutores, á convertirse en padres de la clase proletaria, que es tambien la más numerosa de las naciones? Y por último, ¿en nombre de qué revelacion divina ó humana puede ejercer el Estado la tiranía de que se eduquen todos los hombres de una misma manera, y cuáles van á ser los castigos que imponga á las innumerables familias que se niegan á la educacion de sus hijos?

Hé aquí las diferentes tésis que en primer término se destacan de estas importantes cuestiones; á ninguna de las cuales se las ve solucion y límite cuando se escuchan los razonamientos de las diversas es-

cuelas analizadoras. Consolador es, sin embargo, que los partidarios de la libertad absoluta, los sustentadores de todas las libertades públicas y casi de las privadas, sean también los que con más calor defiendan la tiranía de la enseñanza; lo cual demuestra que en las cuestiones de instrucción tienen un fin análogo, aunque en puntos de vista ejecutivos discorden, la mayor parte, si no la totalidad, de los que dedican su atención á la marcha progresiva de las sociedades.

Nadie niega la importancia de la primera educación, nadie se opone á que esta se impulse y generalice hasta el último extremo; y solo en la manera de conseguirlo, en si ha de hacerse pronto y á la fuerza, ó poco á poco y por medios indirectos, es en lo que varían las opiniones de los hombres que se ocupan activamente en el asunto. — Nosotros estaríamos dispuestos á formar allado de los que quieren la enseñanza obligatoria, si alguno de los argumentos que oímos nos hubiese persuadido de que esta enseñanza era posible en el estado actual de las sociedades; porque profesamos

en muchos puntos la doctrina (que asustará sin duda á los modernos economistas) de que á la libertad puede llegarse muy pronto por medio de ciertos despotismos, así como á la ilustracion se llega infalible y prontamente por la tiranía del cepo con que nos amenazan en la escuela. Pero al ver que los partidarios de este bello proyecto no hacen más que declamar brillantísimamente sobre la base de un mundo que debiera existir, olvidando el mundo que existe, confesamos que las razones expuestas por los individuos de la mayoría del Congreso nos hicieron más fuerza; y aunque no halagaban tanto á nuestro entusiasmo, halagaban mucho más á nuestro entendimiento.

Mandar una cosa irrealizable, sobre ser ridículo, puede producir efectos contrarios á los que se desean. Decir á un padre que eduque á su hijo sin ponerle la escuela á la puerta de su casa; decir á una viuda que se desprenda de sus muchachos, con el trabajo de los cuales reúne afanosamente el jornal del marido que se murió; decir á unos huérfanos abandonados que

en lugar de aprendices de taller se pongan á pupilos de un colegio, no solo es ridículo, volvemos á decir, sino ocasionado á que la ilustracion se mire como enemiga en vez de buscarse como hermana. Encarcelar además á los parientes de un niño porque no le envian á la escuela (pues multas no han de sacarse á los que por absoluta pobreza no educan á sus hijos); armarse de Códigos y policia para hacer la felicidad del género humano, y luego no contar con recursos para alcanzarla, es el colmo del delirio, por no decir de la insensatez. — Declárese en buen hora obligatoria la educacion para todo el que pueda adquirirla; ensánchese ilimitadamente el número de las escuelas públicas; establézcanse en los cuarteles, en las cárceles, en las fábricas, en las minas y en toda clase de establecimientos que dependan del Estado; arbitrense ingeniosos premios, como por ejemplo, el de la rebaja en el servicio militar á cuantos sepan leer y escribir con correccion (poderosa palanca que en nuestro país produciria en diez años una suma de ilustracion mayor

que cuantas leyes obligatorias pudieran inventarse); introdúzcase, en fin, y esto es lo principal, en las costumbres públicas la idea de que la educación debe ser obligatoria, y los esfuerzos de la colectividad serán más fructuosos que los del individuo ley.

Francia, que es la nación más administrada y reglamentada del mundo, está viendo con dolor los escasísimos aumentos de su enseñanza popular; mientras Inglaterra, que es de las naciones menos propensas á mezclarse en la suerte especial del individuo, toca consoladores progresos en la educación de sus clases trabajadoras. ¿Y por qué? Porque en Inglaterra las costumbres públicas han dispuesto que fábricas, talleres y tiendas se cierren á una hora cómoda del día para que los dependientes, y sobre todo los muchachos, puedan instruirse sin dejar de adquirir el sustento; porque no hay establecimiento público ó privado de que la educación deje de formar parte muy principal; porque no sale de las casas de corrección, ni de las de beneficencia, ni de las

de asilo, persona alguna que no haya adquirido con más ó ménos latitud los elementos del saber necesario; porque los amos exigen educacion de sus criados, la milicia exige educacion de los militares, la Iglesia exige educacion de sus feligreses; porque el pueblo todo está convencido de que la educacion es el primero y principal tributo que el individuo debe pagar al Estado; y cuando un pueblo se propone una cosa, la consigue con mayor facilidad y á ménos coste que la legislacion más sábia ó ménos contemplativa.

Nosotros creemos, pues, que la enseñanza debe ser obligatoria, pero que no puede ser violenta: las obligaciones, como la de ser religioso, no se han alcanzado nunca violentamente, y épocas de verdadera religiosidad han visto las naciones. Armado el administrador, armado el dueño, armado el jefe de la garantía obligatoria que la ley debe proporcionarle para la instruccion del pueblo, no hay otro camino, en el estado actual del mundo, que hacer por medios indirectos y hábiles lo que la desidia, la pobreza y la ignorancia

se oponen siempre á realizar. Un cura de parroquia, un alcalde de pueblo, un propietario de tierras, pueden hacer más por la instruccion de sus feligreses, convecinos y colonos que la Guardia civil ó el Juez de primera instancia; advirtiendole que los que así obren obran en su provecho, pues no hay feligresía más fácil de conducir, ni vecindario más sencillito de administrar, ni colonia más susceptible de florecer que aquellas de que la oscuridad se destierra, y en que la aplicacion ó el entretenimiento de la enseñanza sustituye á los viciosos hábitos de la pereza.

Esto es próximamente lo que el Congreso de Lóndres ha venido á decidir en el medio término propuesto interinamente para conciliar las opiniones encontradas que, áun siendo calorosas, tendian unánimes, sin embargo, al objeto comun del ensanche indefinido de la enseñanza.

En cuanto al socorro y asistencia de los niños moralmente abandonados, ha prevalecido en el Congreso una opinion hija de las circunstancias especiales del país donde se sustentaba. Inglaterra observa un mé-

todo para el amparo de los niños, diferente del de la mayoría de las naciones. Los ex-
pósitos, por ejemplo, no pueden deposi-
tarse con la absoluta reserva que se con-
cede en las inclusas de nuestro país: hay
que llevarlos á cara descubierta y justifi-
car las causas del abandono, ó lo que es
lo mismo, hay que confesar un crimen, á
no ser que para ocultarlo se cometa otro
infinitamente mayor. Hasta qué punto sea
este método beneficioso para la sociedad,
no es esta la ocasion de discutirlo; bas-
tando exponer, como de paso, las dudas
que nos asaltan de que la moral pierda
con la práctica, lo que gane con la inten-
cion de la idea. No podrá decirse de los
ingleses lo que se dice de nosotros, así
como de muchas otras naciones, que pro-
tegemos el abandono con la eficacia y
comodidad del amparo; pero sí podrá de-
cirse de ellos que provocan crímenes hor-
ribles con su sistema de investigacion y
publicidad. — Así se explica cómo ha pre-
valecido en el Congreso la idea de la in-
vestigacion sobre el abandono moral ántes
de remediarlo; esto es, el empleo de la

policia doméstica anterior al socorro público de los niños. Mas como la adopcion de semejante método, sobre ser impracticable en el hecho, es falaz en las apreciaciones, resulta que el asunto ha quedado intacto, porque efectivamente es irresoluble por ahora.

Antes de adoptar sobre este punto medidas legales, se necesita resolver la cuestion prévia de cuál es la línea divisoria entre la correccion y la beneficencia; dónde acaba la caridad que se ejerce con el abandonado, y dónde principia el castigo que se impone al que es por su ignorancia víctima de un abandono.—Todos lamentamos que en las plazas y en los caminos pululen multitud de adolescentes, cuyas familias se desconocen, entregados á todo linaje de corrupcion y de escándalo; todos sabemos que esto necesita remedio, y todos deseamos que lo tenga; pero este remedio ¿ha de ser una prision ó un refugio? ¿ha de ser un castigo ó una caridad? Si lo segundo, es infructuoso, porque el muchacho viaciado no querrá sujetarse al estudio y trabajo que se le impongan, á más de que lo

cómodo del asilo podrá producir, como manifestamos ántes, abandonos numerosos por especulacion: si lo primero, ¿cuál es el derecho en que se pueden fundar castigos para faltas ó crímenes presuntos? ¿Adónde nos llevaria el sistema de las inducciones probables? ¿Qué legislador aprueba, ni aún concibe, las leyes de los sospechosos?

Asunto es este que á nuestro humilde entender merecia la publicacion de un concurso científico bien premiado, por si de la pluralidad de pensamientos resulta uno capaz de conciliar prácticamente los extremos contradictorios del problema; y ningun país como el nuestro exige con tanta perentoriedad solucion satisfactoria sobre él, porque ninguno tiene tan abandonado el abandono moral de los niños pobres.

Bien se nos alcanza que cuando todo se encomienda á los gobiernos, ni todo puede hacerse de una vez, ni algunas cosas pueden hacerse nunca por falta de recursos para plantearlas. Es imposible que la colectividad, representada por el Estado, ejecute lo que que seria muy sencillo á la

colectividad representada por ella misma. Si el gobierno inglés tuviera á su cargo la Beneficencia, no habria en Lóndres seguramente como hay hospitales para enfermos de la vista, hospitales para tísicos, hospitales para cancerosos, para dementes, para maniacos, para imbéciles, para cducos, para todas, en fin, las generales y especiales desdichas. Pero en Inglaterra el pueblo se encarga de sus necesidades; y á la manera que en nuestra patria la suma de devociones aisladas hácia determinadas imágenes constituye un culto religioso esplendente y universal, así en esta nacion la suma de aficiones aisladas, digámoslo así, hácia determinados objetos benéficos, constituye una beneficencia tan vasta y rica como al Tesoro público, áun siendo tan opulento, no le seria posible sufragar.

Si en todas las casas donde hay numerosa familia se hiciese la caridad de enseñar educacion primaria á los criados (fórmula tan propia de nuestras francas costumbres domésticas); si léjos de mirar indiferentemente, como lo hacemos, al chico aban-

donado en la calle, contentándonos todo lo más con murmurar del gobierno que lo consiente, habláramos á ese chico, sondeáramos su especial instinto y sus aptitudes, induciéndole á buscar ó buscándole por nosotros mismos un empleo á su actividad, un alimento á su inteligencia; si en vez de compadecer en silencio á la pobre muchacha que principia á ejercer un miserable tráfico, cuya pobreza la expone á cambiarlo por otro vergonzoso más adelante, hiciésemos algo por iluminar su razón para que pudiera emplearla en menos peligrosa tarea ó contener las funestas contingencias de la ignorancia, es bien seguro que á los gobiernos no les quedaria ya más cuidado que vigilar ó corregir la depravacion voluntaria é intencionada, para lo cual sobran medios sencillísimos que no implican cuestiones legales ni árduos problemas de filosofía.

Pero querer abandonar las cosas del espíritu á los administradores de la materia pública, y exigir que todo se haga pronto, barato y bien, es en algun modo equivalente á dejar abierta la puerta de la casa

en la confianza de que el sereno de la calle no va á dormirse, y que áun despierto podrá él solo contener el ataque de una numerosa banda de salteadores.

Grave es ciertamente el asunto que el Congreso tomó por principal tema de sus trabajos; mas no es menos grave el tono que nosotros hemos tomado al exponerlo, y esto nos induce á dejar para otro capítulo diversos particulares, y entre ellos la relacion sabrosa é interesante del convite que á los miembros extranjeros dió en el primer momento de sus reuniones, la sociedad inglesa de la *Templanza*.

X.

UN ALMUERZO TEMPLADO.

Un observador que estudiara á Londres en cada uno de los ingleses que lo pueblan, diria que Inglaterra es una jaula de locos; al paso que otro observador que estudiase á los ingleses en el conjunto que puebla á Londres, diria que Inglaterra era el país más cuerdo y de mejor sentido imaginable. Y es que aún cuando todos los ingleses parecen locos, y quizá lo están, la locura de cada uno constituye la grandeza y el buen sentido de la nacion.

Porque en efecto, apenas hay inglés que no padezca una monomanía llevada hasta sus últimas consecuencias; monomanía

que le hace pensar día y noche en un objeto dado; trabajar incesantemente en él; procurar adeptos para que fructifique; conquistar preeminencias en su favor, y en una palabra, vivir y morir para aquel objeto. Sumadas estas manías, estas excentricidades, estas verdaderas locuras, se forma una masa tal de pensamientos, de trabajo, de investigación, de vida, que no solo sería imposible describir, sino que es también imposible de imitar á no colocarse en idénticas ó parecidas circunstancias. — Así se explica perfectamente por qué los ingleses son por lo comun tipos caricaturables y hasta risibles, cuando se estudian en especialidades aisladas; mientras que todos juntos constituyen, á la vista del observador ménos benévolo, el pueblo más respetable y serio de la tierra.

El inglés distribuye su vida en tres partes esenciales: una para su trabajo ordinario, otra para comer y beber y otra para la especialidad á que se dedica. Inglés hay (y cuenta que no vamos á designar ninguna especie que no tenga en Londres conocidísimos representantes), inglés

hay que se propone reunir libros castellanos, y con no ser más que un modesto almacenista de géneros ultramarinos, enseña á los españoles una coleccion que no tiene la Biblioteca nacional de Madrid, ni aún la muy rica y célebre ya de don Pascual Gayangos: inglés hay que se propone reunir conchas y producciones submarinas, y con no ser más que un antiguo militar, enseña á cuantos quieren examinarla una coleccion tan numerosa y completa, que atrae sobre sí la envidia del Museo británico de Lóndres, quien le ofrece por ella 60.000 libras esterlinas, ó sean seis millones de reales: inglés hay que se propone reunir papeletas de muerto, y sostiene con todas las naciones del mundo una activa correspondencia para que le proporcionen esquelas de defuncion de personas notables, con las que á esta hora tiene reunido el diccionario necrológico más variado é interesante que es posible imaginar, donde no faltan nombres españoles, como los del sabio Martinez de la Rosa y del intrépido torero *Pepete*, á las pocas semanas de ser enterrados en Madrid: inglés hay....,

pero ¿á qué llenar papel con las variadas, infinitas, extravagantes ó útiles aficiones de los ingleses, cuando la imaginacion del lector puede extenderse allí por donde se le antoje, desde lo mas trivial á lo más sublime, en la evidencia de que, no solo existen las manías que sueña, sino otras muchas de las que ni aún soñando se le pueden ocurrir?

Nosotros hemos visto un libro, perfectamente impreso y con preciosos grabados, en el que se dilucida la gran cuestion de la forma que deben tener los zapatos de nuestros dias, para lo cual el respetable autor hace la historia del calzado desde el coturno griego hasta la bota francesa; analiza anatómicamente la configuracion del pié, explicando su *tarso* y su *metatarso*; entra en consideraciones de belleza invocando la Vénus de Milo, y el Apolo de Bellvedere; estudia la proyeccion humana con arreglo á los adelantos fisico-matemáticos, y todo para declararse en contra del tacon de las botas de las mujeres, cuya considerable altura le alarma hasta el punto de fundar en ella una gran calamidad para la espe-

cie, aparte de otras consideraciones morales á que conduce el satánico *tic tac* del menudo taconeo mujeril, que ha venido desgraciadamente á unirse con el ya es-peluznante y nunca bien anatematizado crugir de la seda.

El tal autor habrá procurado despues de escribir su libro, estamos seguro de ello, convocar un número de adeptos que constituyan sociedad propagandista, los cuales habrán jurado tronchar por sí mismos los tacones de sus hijas y mujeres, predicar el exterminio de la mentida estatura de las damas; ensordecer el coqueton ruidito de sus pasos; construir calzado-modelo, cuya planta, á la manera de los círculos excéntricos del mapa-mundi, guarde relacion con el que, segun historiadores griegos embellecia las extremidades de Cleopatra; y en fin, esa sociedad tendrá varios periódicos y Junta directiva, y corresponsales, y *club*, y dará banquetes anuales, y otorgará premios de emulacion, con otras mil particularidades que en asuntos de esta especie son de rigor en la Gran-Bretaña.

Y lo aseguramos así, porque nosotros tenemos á la vista, y ponemos desde luego á disposicion de quien nos los pida, los estatutos de una sociedad inglesa establecida para propagar la construccion de templos protestantes, en el seno de la cual surgió un cisma con motivo de si los referidos templos habian de hacerse de ladrillo, como opinaban unos, ó de piedra, como otros querian; hasta que un tercer partido se pronunció por la amalgama de ambos materiales, y formó el brazo tercero de la sociedad, que hoy existe en tres grupos, y sostiene tres diversos géneros de propaganda, y publica tres clases de periódicos, y aún no sabemos si reza tambien tres distintas especies de oraciones.

¿Qué extraño es, pues, que nosotros creamos, aún sin conocerla, en la existencia de una sociedad *antitaconista*, ni que ya juzguemos necesario prolongar estos preliminares para dar cuenta de la otra sociedad titulada *Templanza*, ó de los aguadores, como la llaman algunos, ó propagadora de la hidropesía, como otros le dicen, y

que con la frugalidad por medio, la abstinencia por dogma, el agua por símbolo, predica contra el alcohol y el éter, persigue tabernas y cafés, tiende á la minoracion de los productos del riquísimo impuesto inglés sobre las bebidas, costea periódicos, convoca *meetings*, establece fuentes públicas, y últimamente, obsequia con un almuerzo á los miembros extranjeros del Congreso internacional de Beneficencia?

Antes de entrar en materia, sin embargo, es preciso deshacer una equivocacion en que se incurre comunmente al hablar de ligero sobre la glotonería proverbial de los ingleses. Cierto es que los ingleses comen mucho, y que su mesa, como hemos dicho ántes, constituye una parte de su vida; pero no es esta la razon que les asiste para tratar todas las cosas en el comedor, ni para reducir á banquetes el mayor número de sus solemnidades y obsequios. Donde ménos comen y beben seguramente los ingleses es en estas fiestas semi-públicas, que exigen de ellos la cabeza muy despejada para pronunciar dis-

cursos, recibir y despedir con extraordinaria galantería á los convidados, estar en los menores detalles de cuanto ocurre para que no se bastardee el objeto de la reunion, y ser, en una palabra, esclavos de la idea á que se contrae el festin. No se reúnen para comer, como creen algunos: comen y beben para reunirse; porque como cada cual tiene asuntos y negocios particulares que le embargan la atencion muchas horas del dia, solo á las destinadas para comer es cuando pueden dedicarse á asuntos generales sin menoscabo de los propios; y por esto, así como por la mayor intimidad, el mayor aliciente y placer que la mesa proporciona, es por lo que citan siempre para la mesa con preferencia al salon, donde tienen la seguridad de que no falta ninguno, pues todos, por grandes que sean sus ocupaciones, habian de abandonarlas á la hora de comer.

Los diputados españoles, por ejemplo, no pueden tener más oficio que el de diputados, porque entre la asistencia á las sesiones públicas y particulares invierten todo el dia y gran parte de la noche; pero

si siguieran la costumbre de los ingleses y tratasen los asuntos que no son esencialmente públicos á las horas de almorzar y de comer, en vez de encerrarse para ello, como es la costumbre, tendrían tiempo de sobra para ser empleados ó comerciantes, ó labradores, ó artistas, sin dejar de representar eficazísimamente á la nación. Bien es verdad que esto exigiria un estado de holgura muy diferente del de la clase media española, y parecido al de la inglesa, cuya cocina, léjos de sobrecargarse con los banquetes, parece que se aligera de un peso que le estorba con repetirlos y prodigarlos todos los días. Ya diremos en ocasion oportuna de qué manera comen los ingleses, los chicos y los grandes : ahora lo que nos urge decir es cómo nos dieron de almorzar los individuos de la sociedad de la *Templanza*.

Para las nueve de una mañana de Junio estaba citado el almuerzo; porque no es razon que tratándose de almorzar, aunque sea con un objeto público ó ceremonioso, deje de hacerse á la hora de costumbre. Y esta costumbre de almorzar á las nueve, cuando

los ingleses nunca se presentan á la mesa como no sea muy vestidos y arreglados en su persona, indica bien que ellos, y sobre todo ellas, deben levantarse al amanecer para ocuparse del adorno propio, pues ni por casualidad se las encuentra nunca, por temprano que sea, en otra disposicion que la que indica largas y laboriosas horas de tocador.

Excusado es decir que á las nueve menos cuarto ya se hallaban reunidos casi todos los comensales; que el almuerzo se verificaba como es costumbre, en traje de color ó de confianza; que habia convidados de ambos sexos; que la entrega del billete personal facilitaba á un maestro-de-hotel ó mayordomo, vestido de etiqueta, el pronunciar en alta voz el nombre del recién llegado; que se cometieron muchas heregías con los nombres extranjeros; que el presidente de la *Templanza* se adelantaba á estrechar la mano del entrante, dándole las gracias por su asistencia, y presentándole á sus colegas de la Junta directiva; y en fin, que el local de la fiesta no era otro que una de esas tabernas tan comunes en

Lóndres, donde se come, se bebe y se alquilan magníficos salones, primorosamente adornados, para usos semejantes al de que ahora venimos dando cuenta.

Los asistentes al almuerzo de la sociedad de la *Templanza* éramos próximamente sesenta y cinco; y las mesas, excepto la presidencial, que era elíptica, estaban colocadas perpendicularmente del fondo á la entrada del salon, en términos de que, por numeroso que fuera el concurso, pudiesen todos comunicarse entre sí como en familia. Esta circunstancia es muy esencial en los convites ingleses, porque lo más importante de ellos es lo que se habla.

Un sacerdote asociado, de los varios que allí estaban presentes, se levantó á las nueve en punto y rezó las oraciones de ántes de comer, concluidas las cuales cada cual ocupó el puesto que se le habia asignado, y el presidente hizo la señal de que se comenzara á servir, no sin dar previamente á los extranjeros las gracias por su galantería en aceptar aquella modesta invitacion, y á los asociados la enhorabuena por hallarse entre tan ilustre compañía.

Debemos decir, por si luego lo necesitamos para algo, que los españoles fuimos colocados todos en la mesa de la presidencia, sin duda por casualidad; que á la derecha del presidente habia un puesto vacío, y que á nuestro lado particular se hallaba sentado un extranjero de rarísimo aspecto, cuyo color verdoso, pelos crespos y cortos, boca saliente y mirar vago, le daban la apariencia de un ilota.—El almuerzo se principió á servir, ó mejor dicho, se sirvió de una vez sin gran trabajo; porque ¡forzoso es declararlo! por modesto que se lo figuren los lectores, por *templado* que aparezca en la imaginacion de los que conocen la sociedad, todavía los hechos eran más escasos que las presunciones: aquello no era templanza, sino frio; más que almuerzo parecia una introduccion para preparar á cada uno á que almorzase en su casa.—Un poco de buey fiambre, un poco de jamon fiambre tambien, un pescadito en salsa blanca, y mucha agua en forma de té, en forma de leche, y en forma de agua pura, hé aquí todo el servicio que, alternando con fragmentos in-

visibles de pan no muy tierno, constituia el *menu* de aquellos verdaderos abstinentes.

Sentimos un íntimo pesar al exponer en público la excesiva modestia de nuestros anfitriones; pero la lealtad que debemos á quien nos lee, unida á la consideracion de que en Inglaterra no se habla nuestra lengua, ni se examinan nuestros periódicos, ni hay librería donde se vendan nuestros libros (aunque todo esto lo desean los ingleses) y por lo tanto que no hay miedo de que se nos tenga por estómago desagradecido á los ojos de quienes creyeron acariciárnoslo en abundancia, nos mueve á decir en último término que á las nueve y diez minutos poco más ya estaban los asociados en disposicion de comenzar los discursos.

El primero que se pronunció fué el del presidente de la sociedad, quien ya se ponía de pié con un vaso de agua en la mano, cuando la llegada de un nuevo personaje atrajo hácia la puerta la atencion general por el gran ruido con que los aplausos del concurso saludaban su en-

trada. — Era el reciénvenido un hombre excesivamente alto, pero proporcionalmente lleno de carnes para presentar una figura esbelta: representaba esos cincuenta años que suelen ser jóvenes por la frescura de la tez, por la animación de los ojos, por la esmerada compostura del traje, y más que todo, por la placentera sonrisa de la ingenuidad. Vestía de negro y blanco, porque su ancho rostro aparecía tan brillante y claro como la espaciosa pechera de su camisa. Cualquiera hubiese creído que era un sacerdote, á no convenirse, después de saberlo, de que era un coronel de caballería. Saludó á los congregados con franca elegancia y fué á sentarse en el lugar vacío á la derecha del presidente.

Este habló por fin, y habló muy bien. Su breve y fácil discurso produjo gran contento y duplicado número de aplausos; porque sus palabras, así como las de los otros, se decían dos veces, en atención á que, siendo extranjero el concurso, se aprovechaba la rara habilidad de uno de los socios, colocado en el centro del salón,

el cual repetía fielmente y con pasmosa prontitud, ya en inglés, ya en francés, los conceptos que en uno ú otro idioma se habían pronunciado. Por el discurso del presidente supimos que la sociedad de la *Templanza*, nacida entre las sonrisas de la multitud, contaba ya 65.000 adeptos; que sostenía tres periódicos dentro de Inglaterra, escritos en la diversa forma que exigía la diversidad de gentes á quienes iban dirigidos; que en varias naciones extranjeras se aceptaba el pensamiento de la sociedad con tan visibles progresos como en la Gran-Bretaña; que no solo se predicaba la abstinencia de los licores y bebidas espirituosas, sino que achacando en gran parte su abuso, entre ciertas gentes del pueblo, á la escasez y mala calidad de las aguas que los trabajadores y trajineros encontraban en las calles, se habían establecido en todas las ciudades numerosas fuentes de agua cristalina, provistas de los vasos necesarios, para el uso gratuito y comun, como todo el mundo podía observar en Lóndres; que, gracias á esto, las limpias y elegantes fuentes, regalo

expléndido algunas de ellas de opulentos magnates, compartian ahora la concurrencia de la muchedumbre con las tabernas y cervecerías, lo cual justificaba la prevision de la sociedad; y por último que como medio de propaganda, no se perdía ocasion de suceso alguno notable, tal como la venida á Inglaterra de tantos ilustres extranjeros, para rogar que, entre las medidas de prevision y beneficencia adoptadas en todos los países, se tuvieran presentes las muy trascendentales que conducen á extirpar en lo posible, ó moderar hasta donde alcance, los perniciosos y terribles efectos de la embriaguez.

Una, dos y tres salvas de aplausos y de *hurras* coronaron el discurso del presidente, cuya imperfecta idea acabamos de emitir, y á seguida un caballero francés, otro americano, otro aleman, otro belga, y no recordamos si algunos más de los restantes países, pronunciaron palabras elocuentes en honor de la sociedad de la *Templanza*, así como consoladoras ofertas de contribuir á la extension de un bené-

fico instituto que á nadie ofendia y que á muchos en cambio podia salvar. — Excusado parece advertir la benevolencia y galante entusiasmo con que eran acogidas las palabras de los extranjeros; tanto más, cuanto que todas ellas respiraban justa admiracion por un país que de todo se ocupaba, á todo atendia, en todo gastaba su dinero, y daba á los otros la norma de un progreso político hermanado con el industrial, económico y administrativo, sin olvidar en medio de ello los intereses morales de los hombres.

Muy aplaudidos fueron, efectivamente, los discursos hasta entonces pronunciados; pero de aquí adelante se terciaron incidentes oratorios de mucho mayor éxito, á los cuales es preciso conceder más espacio en nuestra reseña. Porque, á la verdad, es para aplaudir el apóstrofe de un jóven irlandés, cuyo nombre y calidad desconecemos, pero que, instado á tomar la palabra, dijo, entre otras cosas, dirigiéndose á los extranjeros: — « ¿ Veis esas damas que se sientan en medio de vosotros? Pues á vuestra elevada inteligencia dejo el con-

siderar que no representan aquí la necesidad de la templanza propia, porque las damas inglesas son harto continentales y templadas, mal que le pese á la vulgar calumnia que ninguno cree, pero que muchos repiten por costumbre: esas damas forman en nuestras filas con gran provecho de la idea, porque la mujer hace más con sus consejos y su influencia doméstica, que el hombre más poderoso con su talento ó con sus armas: ellas se afilian á la *Templanza*, para templar á sus padres, á sus esposos, á sus hijos; para templar á las mismas desgraciadas mujeres que aquí, como en todas partes, y más que en algunas por circunstancias especiales, se entregan á los vicios que proporcionan las grandes riquezas y las grandes miserias de un pueblo grande: á ellas encomendamos la porción más fructífera de nuestra tarea, y á ellas os aconsejamos que encomendeis siempre todo lo que se roce con el progreso moral de las sociedades.

En el discurso de este jóven se habia aludido desfavorablemente á España, no con intencion de ofenderla, sino consig-

nando el hecho de la intemperancia de nuestro pueblo bajo, el cual, como las estadísticas criminales dicen, comete casi todos sus delitos en medio y por la sola causa de la embriaguez. — Hablar de España delante de tantos españoles sin que ninguno se levantase á replicar, era imposible: así que el conde de Ripalda, á quien su saber y reconocida respetabilidad entre los presentes hacian muy á propósito para el caso, se levantó, y con sencilla modestia dijo:

«Yo doy las gracias al que me ha proporcionado la ocasion de expresar algunas ideas sobre mi país, y á mi país la enhorabuena, porque lo poco y mal que exprese, sea recogido en tan ilustradas inteligencias como las que ahora escuchan. Es cierto que los menestrales españoles, por efecto de la baratura de los vinos y licores espirituosos, por efecto de la frugalidad de los alimentos que debilita su estómago, y por otras causas comunes á todos los pueblos, comete la mayor parte de sus crímenes á impulsos de la embriaguez, lo cual prueba que sin ella, así como es mo-

delo de sobriedad, seria modelo de morigeracion. Pero de la misma manera que el honorable preopinante se dolia de que muchas gentes de Europa repitan, sin creerlas, calumniosas alusiones á la intemperancia del pueblo inglés, permitidme que yo me duela tambien de las vulgaridades extendidas en este y otros países sobre el pueblo español, á quien se pinta poco ménos que en traje de bandido, á quien se supone haragan, de cuyas mujeres se dice que gastan navaja y fuman cigarrillos de papel, con otros inocentes disparates que el buen sentido rechaza y la justicia condena. Ya estais viendo que los españoles somos, poco más ó ménos, como vosotros; y aquellos que habeis viajado por España sabeis tambien que nuestras damas y nuestras mujeres son como las de cualesquiera otros países; que el pueblo en general es trabajador y honrado; que los vicios existen solamente en las gentes viciosas, y que estas (por eso me he levantado á hablar) progresan de un modo visible y consolador en el camino de la templanza. Presentes estamos individuos de las provincias de

España que más desgraciadamente se distinguen por los delitos contra las personas: no podemos ni queremos negarlo; pero sí os aseguramos que en esas mismas provincias se notan adelantos considerables; que muchas de esas fiestas, en que ántes corria la sangre, que vosotros recordais, se celebran ahora en paz y tranquilidad comparativas; que al vino y al aguardiente se le ha quitado mucho lugar con el café y la cerveza floja que no embriaga; y en fin, que ya que le concedéis al pueblo español las cualidades de valiente y generoso y noble, como el mismo orador á quien contesto ha dicho entre vuestros aplausos, le concedais tambien un progreso moral en la continencia, porque así lo atestiguan, no mis pobres palabras, sino la estadística criminal que hemos tenido el honor de entregar hace pocas horas al Presidente del Congreso de Beneficencia.»

Los últimos acentos del conde de Ripalda fueron ahogados por los aplausos del concurso; aplausos que se repitieron doblemente cuando el sócio que hacia de intérprete vertió al inglés las ideas que

nuestro compatriota habia expresado en un francés puro y elegante.— Hay efectivamente en el pueblo inglés grandes preocupaciones con respecto á nuestro país, pero no tienen los ingleses malevolencia para España; al contrario, parece que se complacen en oír que progresamos y adelantamos mucho, como nos complaceria á cualquiera de nosotros el progreso y adelanto del amigo á quien pensáramos casar con nuestra hermana. Desde la guerra de Marruecos, sobre todo, guerra que las mezquinas pasiones de partido podrán hacer que se presente por algunos en España como una calamidad pública, pero que en Inglaterra se juzga de un modo que llena de orgullo al que tiene alma y corazón verdaderamente castellanos; desde la guerra de Marruecos, deciamos, los ingleses han tocado en la práctica una porcion de consecuencias que no podian partir de las premisas erróneas á que la malevolencia y el desconocimiento hácia nuestro país les habia acostumbrado.

Ellos, que poseen indudablemente un gran fondo de justicia, á la vez que son

avaros de la conveniencia propia, conocen que deben ser amigos de una nacion, bastante altanera para no pedirles nada, y bastante fuerte para que su amistad deje de ser inútil, y en ocasiones decisiva. Así es que durante la Exposicion, y con motivo de la afluencia de españoles á Lóndres, no perdonaron medio de obsequiarnos y distinguirnos con algo de preferente y casi officiosa atencion.

Pero volviendo á nuestro asunto, el hombre aquel que dijimos era nuestro *ad latere*, esa especie de Ham de Islandia que nos habia tocado por compañero, viendo sin duda que no perteneciamos al número de los aplaudidores, nos dijo:

—¿Qué es eso? ¿No os parecen bien las palabras de ese extranjero?

—Sí que nos lo parecen (le contestamos); pero un sentimiento de urbanidad nos impide aplaudir lo que dicen nuestros compatriotas: eso os toca á vosotros.

—¡Luego sois español! (exclamó con cierto asombro y dilatando lo posible sus pequeños ojos por debajo de la enorme arcada de sus cejas). Pues haced cuenta

(añadió mirándonos frente á frente) que sois el primer español con quien hablo en mi vida.

Y el hombre nos miraba con aquella rara atencion mezclada de placer con que delante de cierta jaula en el jardin Zoológico de Londres, decimos: — «Hé ahí el primer oso blanco que se me pone á tiro.»

Este pequeño incidente, que consignamos para demostrar lo necesario é imprescindible de los concursos públicos en que tomen parte los hombres de todas las naciones, nos sirvió despues para averiguar las calidades de aquel noruego ilustre, cuya ciencia le habia valido la eleccion de su gobierno para representarlo en Londres, y á pesar de la cual, llevaba sesenta años de su vida sin haber tropezado con ningun español. ¿Qué ideas podrán tener en Noruega de nosotros?

Cerca de cuatro horas iban pasadas desde que se principió el almuerzo, y ya los discursos iban fatigando la atencion de la colonia extranjera (pues á los ingleses no les cansan jamás), cuando una explosion de vítores y bravos, revueltos con

taconadas y crugir de tenedores contra los platos, indicó que se levantaba por fin á hablar el coronel de caballería.

«Señores (dijo extendiendo sus anchos brazos sobre la concurrencia para conciliar el silencio): hace algunas horas que escucho desde aquí magníficos discursos que la ciencia os ha enseñado á decir, pero que á mí la experiencia no me ha enseñado todavía á admirar en lo que valen. Soy un pobre soldado, sin más títulos que mi espada, ni más oratoria que la del campamento. Yo atravesé una borrascosa juventud: la falta de freno y la sobra de amistades perniciosas me lanzaron en todo linaje de desórdenes, y más que nada en el abuso del vino. Yo bebía mucho, señores, mucho, mucho: bebía hasta la insensatez, bebía hasta la deshonra, casi hasta el crimen. Efecto de esta intemperancia me ví atrasado en mi carrera, comprometido en mi fortuna; ruinoso en mi salud: yo destruía á la vez mi apellido, mi alma y mi cuerpo. Un día que estaba al borde de la desesperacion oí los consejos de la templanza; y dudando de que solo la absti-

nencia de un acto insignificante de la vida obrase los milagros que se decían, me decidí á seguirlo como prueba, y dejé de beber. Doce años hace no más de esto que os refiero, y ya lo veis: mi posición social es distinguida, mi patrimonio me proporciona una existencia independiente, mi salud casi os causará envidia: ¡yo soy un milagro patente de este magnífico talisman!...

Y diciendo así, levantó en alto una botella de agua que abarcaba con facilidad suma por su parte más ancha, y la paseó en triunfo, acompañado de la locura, el frenesí de los circunstantes, quienes á escuchárseles desde afuera se habria creído que terminaban con esto una furiosa bacanal, en que hubiesen quedado temblando las bodegas de Jerez y del Marne.

La reunion estaba á punto de disolverse, los convidados principiaban á cambiar entre sí los saludos y ofrecimientos de estilo; circunstancia que aprovechamos algunos españoles para salir á la calle á fumar, (que ni en las tabernas se fuma en Londres). — En resolución, pues, debemos

decir de esta fiesta lo que debe decirse de cuantas celebran los ingleses: que la forma es siempre armónica con el fondo; que no dicen una cosa y hacen otra, sino lo que dicen lo hacen; que el inocente fué el que llevaba ilusiones de almorzar bien en la *Templanza*; y por último, que nosotros nos levantamos de allí, como es justo levantarse de una mesa frugal y cristiana; esto es, con hambre, pero satisfechos.

XI.

LA MÚSICA EN INGLATERRA.

Hablemos hoy un poquito de música.

La música recientemente introducida, y como por caridad, en el número de las bellas artes, cuando si no es la primera de todas es la más agradable al alma y al cuerpo de consuno, bien merece un capítulo por sí sola, en esta breve revista que á los conocimientos humanos venimos pasando con motivo de su exposicion universal en el palacio de Kensington.

Hace algun tiempo que se disputan el mejor cultivo de la música diferentes naciones, ó más bien diferente número de localidades. Italia pretende ser, no solo la

cuna sino el legítimo asiento del arte y progreso musical. Alemania tiene análogas pretensiones, aunque para sustentirlas apela al desden de la música italiana, lo cual no es sino el pobre recurso de quien teniendo delante un poderoso y casi inexpugnable enemigo, prefiere injuriarle en vez de combatirlo. Francia, que se ha dado á sí propia, y tal vez no sin mucho de justicia, el nombre de centro de la civilización del mundo, quiere también monopolizar el culto de la música, propasándose hasta creer en un arte propio, que no excluye, sin embargo, los aclamados en el resto de Europa. Bélgica y Holanda, Suiza y Escocia, por su afinidad las unas con los pueblos musicales del Norte, por su índole especialísima las otras como países privilegiados por la armónica naturaleza, pretenden asimismo cultivar el divino arte con pureza superior á las otras naciones, ya que no contribuir en primera línea á su producción y acrecentamiento. Es imposible, pues, hablar de música en la mesa redonda de un hotel extranjero, sin que se levanten por lo ménos diez voces recla-

mandó para diez países distintos la palma de la victoria musical.

Solo Inglaterra se separa voluntariamente de esta lid, porque no tiene títulos con que aspirar á un lauro que todo el empeño de los hombres no basta á establecer cuando se carece de base en qué fundarlo; y á pesar de ello, Inglaterra es quizá el país donde mejor puede hablarse de música; porque á más de su extraordinaria y universal afición al arte, reúne los elementos necesarios para que dentro de Londres se ejecuten en una misma semana el *Don Juan*, de Mozart, por Mario; el *Guillermo*, de Rosini, por Tamberlik; el *Owerron*, de Weber, por Penco; la *Sonámbula*, de Bellini, por Gardoni; y el *Fidelio*, de Beethoven, y el *Roberto*, de Meyeerber, y la *Martha*, de Flottow, y el *Hijo Pródigo*, de Auber, y el *Trovador*, de Verdi, por cuantos artistas renombrados hay; sin perjuicio de que para aficiones distintas que las dramáticas, haya no uno, sino muchos locales en que se canten las melodías religiosas de Cherubini, ó los conciertos sacros de Händel, ó las lecciones

instrumentales de Mendelssohn, ó simplemente sonatas y corales, ya de las montañas del Norte, ya de los valles del Mediodía, bien por solistas de los más célebres de Europa, bien por enormes masas de ejecutantes, como en ningun otro punto pudieran reunirse.

Londres es sin duda alguna la patria adoptiva de la música, no á la manera que lo es del té de China y de la azúcar de América y de la cochinilla de la India, en razon á los inmensos diques de su Támesis, sino porque á la incomparable riqueza de los propietarios de esos diques unen estos una afición tan señalada, un gusto tan ejemplar por el arte de la música, que bien puede decirse que la convierten en una parte del alimento diario que sustituye á los resplandores de un sol que ven á duras penas, ó al oxígeno que les roba de la atmósfera el humo de la industria.

No es, por consiguiente, Londres un mal punto para hablar de música, ni el eclecticismo musical de los ingleses el peor termómetro para regular los movimientos

del arte; pues tanto más imparciales pueden ser los juicios, según que se emitan con mayor número de datos y sin la presión tiránica de escuelas exclusivistas. — Pero antes de decir cómo se toca y se canta la música en Inglaterra, nos parece conveniente manifestar cómo oyen la música los ingleses, por si nuestras pobres palabras y el ejemplo de un tan culto país, influyen algo en la manera poco armónica con que escuchamos la música los españoles. El público nos perdonará ciertas francas libertades.

En primer lugar, la música para los ingleses es una cosa seria. Los espectáculos y reuniones de que ella constituye la principal parte, más que sitios á donde se va á ver y ser vistos, son lugares á donde se va á oír y no ser oídos. La urbanidad, de que con justicia se enorgullece el pueblo inglés, no se observa nunca tanto como en los salones ó teatros de música. Todos los que van á la fiesta tienen cuidado de estar presentes en sus puestos ántes del principio; por manera que cuando el director de orquesta aparece en la sala y toca el tim-

bre, ya quedan poquísimos sombreros en las cabezas de los hombres (á las señoras no se les permite sombrero en ningun espectáculo donde puede haber detrás otra cabeza á quien incomoden) y poquísimas figuras que turben el aspecto ordenado de la reunion. La sinfonía, la obertura, los primeros acordes de la pieza primera, se oyen tan clara y distintamente por todos como el pasaje más renombrado del centro ó las más vulgares y ruidosas notas del final. Si alguien se ha retrasado en la hora, léjos de hacer alarde de su atraso, como quien tiene en poco la fiesta á que concurren los restantes, entra de puntillas en el salon, y haciendo los menores visajes posibles, para no distraer el ánimo de los demás, siempre respetable. Las miradas de inteligencia y los tiros de gemelos se guardan ordinariamente para los entreactos: no se tose, no se rie, no se habla, no se canta; no se hace, en fin, nada de lo que no debe hacerse en la sociedad privada de una visita de etiqueta, porque aquello es ciertamente una visita de más etiqueta que ninguna. Y tanto la conside-

ran así, que por eso las señoras se presentan vestidas de baile y los caballeros de frac y corbata blanca, con lo que dan un tono á la reunion que por sí solo retrae al gran número de extranjeros, siempre presentes, de cometer esas pequeñas inconveniencias á que italianos, españoles y hasta franceses suelen estar acostumbrados.

El que tiene verdadera aficion á la música; el que ve en ella una sucesion de letras, sílabas y palabras que componen frases dirigidas al alma, y sin cuya absoluta y detallada percepcion los conceptos se oscurecen, las ideas se rompen y los discursos quedan ininteligibles, debe estar muy satisfecho en un concierto inglés, ó en donde se toque y se cante la música á la inglesa. — Porque esa mezcla absurda de teatro y de casino; ese querer combinar las percepciones del oido con el desate de la lengua; ese movimiento constante, ese aplaudir inoportuno, ese disputar sobre lo que está sonando, ese haber oido otras veces, pero nunca oir ahora, de nuestros teatros y conciertos en general, — eso no

es música para quien la sabe sentir, no es música para quien la quiere escuchar; eso á lo sumo es una moneda falsa muy bien hecha que, á falta de dinero legítimo, suele correr en los mercados donde hay muchos cortos de vista.

La música ó no es nada, ó es una cosa que embarga las potencias, en términos de no dejar espacio á sensaciones diferentes de las que ella misma produce, por medio de esos resortes misteriosos que se llaman sonidos armónicos. Cuando dentro de la mente del espectador hay lugar para otras emociones diversas, ó para discurrir sobre asuntos ajenos á la apacible conversacion de las notas sonoras, entónces la música es, como dicen que decia un rey estúpido, el ruido ménos desagradable que han inventado los hombres. Es necesario, pues, que se acabe la moda de no escuchar la música con religiosa atencion; y por el contrario, que se establezca como costumbre elegante y de buen tono el comprender sus divinos conceptos, áun cuando real y verdaderamente no se entiendan. Los ingleses llevan hasta tal punto su exa-

geracion en esta teoría, que muchos, y sobre todo, muchas señoras que no comprenden el valor de los signos musicales, se pasan la noche del teatro ó del concierto con la *partitura* delante de los ojos y llevando el compás sobre el libro, con una atencion semejante á la de aquel que se ponía las gafas para leer lo que no habia aprendido en la escuela.

Entre ambas ridiculeces, por ignorancia la una, por exceso de aficion la otra, nosotros preferimos esta, que á lo ménos revela un culto hácia lo maravilloso, siempre preferible al desden del soberbio ó del mal educado. Sí, hemos escrito la palabra y no queremos retirarla ya: hacer gala de no comprender la música, es hacer gala de la falta de un perfil de buena educacion. Si los hombres pensaran en esto, no habria muchos y muy graves y muy instruidos, que tuviesen como á excentricidad de alta trascendencia el desconocer los goces del arte; tanto más, cuanto que para conocerlos no se necesita estudiar la música, como creen algunos, ni producir sonidos en un instrumento.

La música, que no es más que la reglamentación humana, digámoslo así, de los sonidos matrices de la naturaleza, puede y debe comprenderse por cuantos sientan algo con el ruido de las hojas del bosque, con el murmullo de la fuente, con el silbar del viento, con el gorjeo de las aves, con el bramido de las olas, con el imponente concierto de la tempestad. No hay nada en la música, reservado para la suprema ciencia, que no esté al alcance del aficionado indocto, para cuanto tiene relación con los goces del alma, y hasta casi podríamos decir de la materia. Porque la música, al impregnar de un placer bien la imaginación, al destruir todas las nubes que ofuscan el entendimiento humano en las horas amargas de la vida, concede también al cuerpo plácido reposo que templará las excitaciones materiales, no de otra manera que si á la vez de agente moral, fuese un bálsamo tangible que deramara la salud por los órganos enfermos.

Y ¡son tan escasos en la vida del hombre los recursos que producen tanta dicha! ¡Es tan breve el repertorio de goces salu-

dables y legítimos, que bien merece la pena de que nos eduquemos para disfrutarlos, cuando la sola educacion de la costumbre obra el milagro de la comprensibilidad!—¿Qué daría el hombre por saber leer si llegase á la edad del raciocinio y de la percepcion del mundo civilizado, sin poder traducir á su entendimiento las ideas de los libros?—Pues todo lo que diese por leer, y mucho ménos, pues para comprender la música no se necesita, como hemos dicho, estudiar sus letras, todo debe darlo por ese goce, ménos trascendental ciertamente, pero más agradable que la lectura.

En Inglaterra el goce de la música está al alcance de la generalidad. No solo las clases elevadas sino hasta las humildes gustan de la música, con una afición que en ocasiones podría llamarse exceso: en todos los espectáculos de cualquier especie, en casa, en la calle, en el templo, la música se deja oír preferentemente, atrayendo el concurso, el dinero y los aplausos de la multitud. Pero la parte escogida, y por lo regular opulenta de la sociedad, es

quien, á más de goce, parece como se hace un deber del cultivo de la música.

Sin contar los dos grandes teatros de ópera italiana que reúnen en Lóndres durante la estación del verano los mejores cantantes de Europa en la totalidad de su número; aparte también de los teatros en que se representa la ópera inglesa, y los en que se canta el *vaudeville* francés; no contando asimismo con los innumerables cafés cantantes que en salones y jardines ejecutan diariamente todos los géneros de música ligera; prescindiendo de los conciertos particulares que son la distracción favorita y casi exclusiva de la sociedad; desentendiéndose de la muchedumbre de instrumentistas, buenos algunos, que pululan por las calles con beneplácito de los transeúntes, y de las bandas militares que á expensas de la autoridad tocan en los parques y sitios públicos,—todavía hay en Lóndres muestras más evidentes de la afición y buen gusto por la música, en otros lugares destinados expresamente á hacerla ejecutar en su más simple expresión, ó sea sin género alguno de espectáculo.

No es sólo Londres el pueblo donde esto sucede: Paris da muchos y buenos ejemplos de su afición; en Bruselas tambien abundan los lucidos conciertos; las córtes de Alemania son en este punto modelo de entusiasmo por el más esplendoroso cultivo del arte musical; pero lo que ni en Alemania, ni en Bélgica, ni en Francia sucede, es que todos los dias del año se abran por lo ménos cuatro salones capaces cada uno para dos mil personas, y alguno para muchas más, donde se toque y se cante música clásica, música religiosa y orígenes sabios de la música, siempre con concurso extraordinario, siempre con atención suma, siempre con juicio recto, y no ciertamente de balde, pues que se exigen en las puertas una porción de reales por la entrada. Condiciones de localidad, condiciones de abundancia, condiciones numéricas de poblacion producen sin duda estos efectos; pero ello es que los efectos existen, y por eso decimos que no hay capital en el mundo capaz de ofrecer espectáculos semejantes, aún concediendo que haya otras de mayor sentimiento artístico.

Conviene advertir que no son profesores músicos los que asisten á estas fiestas, ni tampoco un considerable número de extranjeros: la mayor parte de las personas que pueblan diariamente los grandes salones de *San James*, de *Exeter* y otros, son ingleses de Lóndres que despues de haberse ocupado todo el dia en sus asuntos particulares, vienen por la noche á descansar en medio de una sociedad culta, y á los armoniosos acordes de una orquesta y unas voces poco numerosas, pero escogidas y brillantes.

Los salones de música clásica son por lo general una gran nave cuadrilonga, á cuyo extremo inferior se eleva una tribuna que, en forma de gradería semicircular, ofrece colocacion á instrumentistas y cantantes. El público está colocado en el patio, de la misma manera que en los teatros; y á excepcion de una galería superior que rodea la sala, todos los asistentes ven y oyen con parecida comodidad, á pesar de que los precios de los asientos varían en las funciones ordinarias de cincuenta hasta cinco reales: enorme desproporcion

que solo se concibe en Inglaterra, donde la diferencia de clases, nunca ni por ningun concepto alterada, impide que cada cual ocupe puesto distinto del que por su gerarquía ó riquezas cree corresponderle. Puede asegurarse que ningun inglés tomará asiento de cinco reales, si juzga que su posicion exige uno de cincuenta.

Los músicos y cantantes asisten á estas funciones vestidos de sério; y en cuanto á los concurrentes, las señoras llevan traje de sociedad con adornos caprichosos en la cabeza y ramitos de flores frescas en la mano, y los caballeros visten de frac y corbata blanca (como sean ingleses de pura sangre), llevan una banderola al pecho, de la cual pende la enorme caja de unos grandes gemelos, y tienen delante de sí el programa de la funcion, el libreto explicativo de las piezas ó la partitura misma, que se vende abreviada para solaz de aficionados y guia de profesores.—Un inglés gasta, por consiguiente, en su rato de música, el precio de la entrada, el del coche que necesariamente ha de traerlo y llevarlo, el de las flores de la señora, el

del libreto ó partitura, y el de los sorbetes que se toman en el asiento mismo durante la funcion; lo cual duplica por lo ménos el primitivo gasto, siendo de advertir que en las fiestas extraordinarias, frecuentísimas por cierto, es doble y á veces triple la tarifa de los sillones.

Y hacemos notar de paso esta circunstancia, porque necesitamos ir acostumbrando al lector para que crea en su dia todo lo que le digamos acerca de la inconcebible opulencia en que vive el pueblo inglés.

Los conciertos se ejecutan ordinariamente por una orquesta poco numerosa, pero de instrumentistas escogidos, y un coro de voces escogidas tambien, que sirven de acompañamiento á los solistas, así vocales como instrumentales, más celebrados del mundo. Las empresas de estos conciertos no tienen compañía de planta, digámoslo así, sino que buscan las notabilidades donde quiera que existen, y les dan fabulosos estipendios por dejarse oír la noche ó noches que los necesitan. Así sucede que la variedad constituye el pri-

mer aliciente de estos espectáculos, donde se tiene por seguro que al cabo de poco tiempo se habrán oído todas las notabilidades musicales en las mejores piezas que acostumbran á tocar ó cantar. No importa que se hallen á grandes distancias, ni que estén escrituradas en los mismos teatros de Londres, ni aún que se hayan retirado de la escena; pues la mágica varilla de los opulentos empresarios, les hace atravesar los mares ó abandonar momentáneamente las compañías, ó dejar el retiro de la vida privada.

Hemos podido, pues, oír en una misma semana, sin salir de uno de estos locales, á damas como Penco, Patti, Tityens, Battú, Miolan, Treveli, Didieé y hasta Jenny Lind, el célebre ruiseñor que ha cambiado la escena por un palacio, y dedica sus asombrosos derechos de artista á obras de caridad. En cuanto á hombres, Mario, Tamberlik, Vialetti, Tagliafico, Grazziani, Gardoni, Formes, Giraldoni, Giuglini, Zelguer, y cuantos poseen el raro privilegio de conmover ó entusiasmar al público, todos concurren, con excelentes can-

tantes ingleses, á la mayor variedad y atractivo de los conciertos; en medio de los cuales, instrumentistas consumados, á la altura de Thalgeber y Vieuxtemps, por ejemplo, amenizan el espectáculo con las maravillas de su ejecución particular.

No es extraño, en vista de esto, que los billetes para las funciones extraordinarias cuesten una guinea (100 reales próximamente) y que no se puedan adquirir ni aún pagando á veces escandalosas primas á los comerciantes. Porque es de advertir (y sirva esto de aviso á los que se quejan de nuestros revendedores) que en los teatros y salones-conciertos de Londres se venden poquísimos billetes; pues con grande anticipación se apoderan de ellos los comerciantes de música, quienes les ponen el precio que les agrada, no siendo nunca menor la subida de diez reales por asiento, y elevándola comunmente á la mitad y al duplo de su valor.

Con una orquesta como la que hemos manifestado, con un coro á quien se educa para la buena música exclusivamente, con solistas como los dichos, y con público

semejante al que tanto y con tanta presteza paga, bien puede ejecutarse con el primor y buen gusto con que se ejecuta, esa música clásica, llamada sábia por algunos, para excusarse de entenderla, fría y soñolienta para otros, porque no quieren educar el oído á su sencillísima comprensión; pero música que en nuestro sentir es la creacion humana que más acerca al hombre á la Divinidad, el paso mayor que desde la tierra ha dado el entendimiento del hombre hácia el cielo. — Cimarossa, Stradella, Gluk, Haydn, Monteverde, Spohr, y esa docena de nombres más que han hecho de la música un arte superior á la poesía, pues que sus notas pertenecen á la lengua universal humana; un arte superior á la pintura, pues que á la vez de maravilla para el espíritu sirve de lenitivo á la materia; un arte superior á todas las otras, pues ninguna puede adquirirse á ménos coste;—esos maestros, decimos, surten con su vasto repertorio estos conciertos de que hablamos, en los cuales la vida es bella, la sociabilidad se hace encantadora, se embotan los pesares

del mundo, y hasta parece que se respira una ancha atmósfera de oxígeno moral, que anima á las grandes empresas, á la conquista de la gloria, al logro supremo del renombre histórico.

Sí; *la música no solo á las fieras domestica*, como en tan malos versos, pero con tan buen sentido, dijo el gran poeta Zorrilla;

Y en nuestro corazon, de las pasiones
los salvajes instintos dulcifica,

sino que á los que no tienen alma feroz, ni instintos salvajes que dulcificar, les conduce á un orden de ideas, á una sucesion de pensamientos nobles y elevados, que ningun otro agente de la tierra posee la facultad de producir. No en balde el poema heróico se recitaba al son de la música, y no en balde nuestros guerreros van con música á la pelea; y con música se conmemoran los grandes hechos de la historia, y la música constituye el principal resorte de los regocijos públicos, y por medio de la música se ruega á Dios. — Pero la música, como todas las bellas artes, tiene un sublime, y este sublime,

como en todas las bellas artes sucede tambien, es el que obra los milagros de imaginacion á que aludimos, es el que puede domesticar las fieras, es el que puede dulcificar los instintos salvajes; es, por consiguiente, el que se debe perseguir y conquistar. El pueblo que cultiva con gusto la música sublime, tiene un gran argumento que exponer en favor de su cultura; así como la tiene el jóven estudioso que lee con delicia y preferente atencion las historias de Herodoto, de Tácito y de Xenofonte. El pueblo en cambio que desdeña esta música ó no procura comprenderla ó se resiste á escucharla, sobre estar atrasado en el camino de su ilustracion, se pareceria al jóven que arrojase las historias de Xenofonte y de Tácito y de Herodoto por leer las historias de Alejandro Dumas.

Entre nosotros la música que ha estado olvidada mucho tiempo, principia á renacer como verdadero fénix de sus propias cenizas; porque España ha sido patria de músicos sublimes que en varios géneros, y principalmente en el religioso y sagrado,

elevaron el arte á una altura de que se conservan tan numerosas como inapreciables memorias en los archivos de nuestras catedrales.—Gracias á los recientes esfuerzos de un ilustrado y antiguo maestro, el de la Real capilla de S. M., estos tesoros principian á difundirse; pero para estudio y encanto de profesores, no para uso ordinario, como debiera ser, de orquestas y capillas particulares. Apenas hay ramo más desatendido en España que el de la música religiosa y, triste es confesarlo, si la piedad y el fervor católico no estuvieran tan arraigados en el corazón de nuestros compatriotas, la música que se toca y canta en nuestras iglesias bastaria para alejar la devoción de los fieles, ó apartar su entendimiento de las nobles ideas á que se le debe elevar en la casa de Dios.

Con leves, aunque honrosas excepciones, la música sagrada que constituye el principal elemento de la forma exterior del culto, es en nuestras iglesias una *charranquería* extravagante y profana, que ni áun el mérito tiene de la maldad. Enco-

mendadas las capillas á gente indocta, que cree tener por oficio el regocijar á los fieles, arreglan y componen con trozos robados de malas óperas, y á veces de cantares de torpe origen, unos engendros de trompetería y voces desafortadas que convierten el templo no en un teatro, lo cual seria pasable si el teatro era bueno, sino en lugar á que por respeto al asunto no damos nombre. Y ¡ejerce tal influencia en el ánimo de la multitud esa música bastarda, que casi nos atrevemos á hacer consistir en ella la falta de composura con que una parte de nuestro pueblo asiste á las ceremonias religiosas! Porque convida ciertamente á vestir trajes profanos, y á tomar posturas indolentes, y á hacer ruido con la palabra ó con los piés, y distraer la vista con curiosa impertinencia, ese alegre y estrepitoso cantarrear que nos recuerda, en vez de los misterios de la religion que imponen, las escenas divertidas de los espectáculos que recrean.

Si en el templo español se cantase y tocase como en el templo inglés, donde una

capilla de voces, poco numerosa, pero hábilmente escogida, compuesta por mitad de hombres y niños, y acompañada del órgano ó á lo más de instrumentos de cuerda, ejecuta las obras místicas de los grandes maestros, con solemne y estudiada correccion, sin el amaneramiento del oficio, y reproduciendo solo las notas sabias con todos los perfiles de la sabiduría; el pueblo español, que es más ideal aún y más creyente que el pueblo inglés, observaria la admirable compostura y recogimiento que éste presenta á la vista del observador atónito que frecuenta las iglesias de Lóndres.

Nosotros hemos asistido á un oficio de la Abadía de Westminster, que es protestante, y á varios de la de los jesuitas de la calle de Farm, que es católica, y en ambas hemos admirado la influencia de la música en el culto, como ya diferentes veces nos la habia hecho admirar en Madrid el sabio maestro Eslava en sus fiestas de la Capilla real y más aún en los aniversarios de la muerte de Cervantes.— Cuando en la iglesia de los jesuitas que

hemos nombrado, y que observa los ritos con primitiva pureza, sin las libertades y corruptelas introducidas en otras partes, se acerca, durante el sacrificio, el supremo instante de la consagracion; cuando el templo se llena de luces y el altar de asistentes, y el pueblo se arrodilla y se prosterna, y el silencio absoluto de la multitud deja percibir claramente los chasquidos de las cadenas de plata de los incensarios; cuando el aroma de la mirra que arde se difunde por la nave de la iglesia, confundándose con el otro aroma sonoro que desde la tribuna invisible de los cantores exhalan estos á media voz, traduciendo una melodía de Cherubini ó de Mozart, acompañada de los registros dulces del órgano que deja abiertas sus *contras* subterráneas; cuando á la primera genuflexion del sacerdote inspirado crujen las campanillas de los acólitos y el pueblo se golpea de pechos, y la sonora campana de la torre tañe con acompasados sonos, avisando, (gracias á la reciente condescendencia del pueblo inglés) que debajo de aquellas bóvedas celebran los católicos el terrible mis-

terio; cuando la expresion material de todo esto se ha confiado á la armonía como el medio más á propósito de hacer llegar á nuestra ruda inteligencia las vibraciones sagradas del cielo, entónces hemos comprendido nosotros la solemne, la trascendental influencia del versículo que dice: *Laudate Deum in cimbalo et in choro, laudate Deum in cordis et organo.*

Y si, pues, debe hablarse á Dios con las voces de las campanas y del coro, y con los sonidos de las cuerdas y del órgano, ¿habremos de confiar la composicion del divino diccionario y las reglas de esa celestial gramática á osados ganapanes que apenas saben leer y escribir el idioma vulgar de las multitudes?

Así todas las cosas pudieran arreglarse como esta. Una simple órden del ministro de Gracia y Justicia y la ilustracion de los prelados, bastarian para regularizar el servicio de la música sagrada en veinte y cuatro horas. Porque como la Iglesia tiene disciplina, y no es libre pensadora, y nada de lo que existe en ella pertenece al órden de la industria, un poquito de tira-

nia en este punto tal vez no hallase oposicion ni aún entre los modernos economistas, que nos harian el favor de perdonarnos el cercen de la libertad de los comerciantes de notas.

Pero volvamos á la música profana. Tambien sobre esta se ha despertado grandemente la aficion del pueblo español, habiendo comarcas, como la privilegiada Cataluña, en que constituye una base de la educacion popular. La conocida inteligencia de los catalanes y su loable aficion por la música, así como los esfuerzos que en estos últimos años hacen para difundirla entre la masa de sus trabajadores, es garantía suficiente de que, sin excitaciones ajenas, y siguiendo los impulsos dados, lleguen ántes de mucho á tocar las ventajas de la educacion filarmónica. Ya hoy puede decirse de ellos que su progresiva cultura se refleja en su progresiva aficion musical.

En Madrid, asimismo, aún cuando no hay sociedades orfeónicas, ni abundan los conciertos populares, ni aún siquiera se obliga á las bandas de la milicia á que to-

quen en los jardines y paseos un par de veces por semana, como sucede en todas las capitales de Europa; en Madrid, sin embargo, existe una gran afición entre las clases elevadas, que puede llegar pronto á trascender al pueblo. No faltan en Madrid, ni entusiasmo, ni buen juicio, ni dinero para emplearlos en música; lo que falta un poquito (los interesados nos perdonen) es inteligencia, erudición musical. Dos jóvenes profesores, á quienes nunca encomiaremos bastante, los maestros Barbieri y Gaztambide, tienen la gloria de haber dado los primeros pasos en la regeneración filarmónica de la corte de España. A ellos se debe el que la música de salón, reducida ántes á los estrechos límites de cuatro gabinetes, donde los aficionados la oíamos ejecutada por inteligencias superiores (á algunas de las cuales le enviamos en estas líneas la expresión de nuestro reconocimiento), á ellos se debe el que haya principiado á salir al público de una manera brillante, que casi envidiarían pueblos muy adelantados en el arte de hacerla. Y el público ha gustado de esa música,

y el público da pruebas de que quiere costear sus grandes gastos, y de que quiere aclimatar su cultivo; por lo cual ya es tiempo de que la industria abra sus brazos á la idea, y construya un salon á propósito para conciertos, donde la costumbre de oír, unida al buen juicio para juzgar, traerá pronto la inteligencia y erudicion que faltan á los que nunca tuvieron ni ocasion ni pretexto para adquirirla.

Tal vez habrá quien crea al vernos dedicar tan largo capítulo y tenaz resistencia al humilde asunto de siete puntos negros, que una privada afición ó loca manía hácia este ramo de las bellas artes nos induce á exagerar su importancia; pero si los que tal piensen se hubieran asomado al palacio de la Exposicion de Lóndres y visto el extenso local que ocupaban las numerosas colecciones que cada país exhibia de instrumentos músicos; si vieran la preferente atencion que los gobiernos han dedicado al premio y estímulo de los constructores; si meditaran que el primer objeto expuesto y premiado en este gran certámen fué un libro de música en que se

habian escrito composiciones para tocarlas en el momento de la apertura; si reflexionasen que los reyes, los legisladores y los magnates son los que en todos los países promueven y se colocan á la cabeza de las sociedades orfeónicas; si palpasen por sí mismos el gran interés que los pensadores modernos dedican á cuanto tiene relacion con el arte, — comprenderian dos cosas, una agradable para todos, otra triste para nosotros: primera, que la música es un gran agente moral que puede oponerse contra ciertos agentes perniciosos que acarrea el progreso material de las sociedades; segunda, que España no ha sacado en Lóndres más que una mencion honorífica por instrumentos de música, y esa sobre cuerdas de guitarra, es decir, sobre las tripas que la mano del Creador quiso poner en el vientre de ciertos animales de nuestro país.

Estamos, pues, muy al principio: veamos cómo se encuentran los que tocan el límite de la afición, para lo cual asistiremos á un concierto de 4.000 ejecutantes, que se verifica en el palacio de Cristal.

XII.

UN CONCIERTO EN EL PALACIO DE CRISTAL.

Anualmente se celebra en Lóndres, con el título de *Händel Festival*, una série de funciones líricas en honor del primer músico de Inglaterra. El respeto y glorificación á los grandes hombres de la patria, que con tanto ardor se tributa por todos, alcanza, y no en pequeña parte, para el modesto artista dedicado al divino aunque intrascendental arte de la armonía. Estas fiestas, ordinariamente en número de tres, y á las que el público asiste con placer señalado, recibieron con motivo de la Exposición universal colosales proporciones, como para transmitir con mayor fuerza al

ánimo de los extranjeros el entusiasmo de que en ellas se hallan poseidos los naturales. A cuatro mil ascendia la cifra de los ejecutantes, y la cita estaba dada para el *Palacio de Cristal*, á las doce de la mañana del 23 de Junio de 1862.

Conviene advertir, ante todo, que la verdadera maravilla de Lóndres, la que no tiene semejante en ningun país, ni puede tenerlo sin duda alguna, es el palacio de Sydenham. Todo el mundo lo ha visto pintado, y cada uno puede formar de él la idea que se le antoje, bien seguro de que su vista real le ha de sorprender siempre lo mismo, y de que nadie ha acertado ni acertará á describir de una manera satisfactoria ese enorme edificio de filigrana, endeble unas veces cuando se le considera con los ojos entornados, y fuertísimo cuando se le palpa ó contempla cargado de gentes y de objetos que harian temblar el palacio de nuestra Reina; edificio semejante al que fabricaran los pájaros para vivir juntos, pero que han fabricado los ingleses para encerrar en él un modelo de todo lo grande, majestuoso, sublime y

bello que ha existido en el mundo desde la creacion hasta ahora; con cuyo aliciente congregan cada dia ocho ó diez mil visitantes por término medio, que absortos y enajenados ante tantas ilusiones realizadas, proclaman á Inglaterra el país más grande del universo.

No se tome á exageracion nada de lo que decimos, pues nos proponemos ser parcos en cálculos y alabanzas, seguros de que lo maravilloso ha de resultar en los hechos. Es muy comun que cuantos entran en el palacio, y que son viajeros acostumbrados á visitar cosas extraordinarias, digan que ya no desean ver nada más, ni quieran conservar superiores recuerdos de nada de lo que han visitado; pues lo cierto es que allí está todo, y que está todo de la manera más bella imaginable.

La historia del palacio da quizá mejor idea de su grandeza que las descripciones más meditadas. Construido, como todos saben, dentro de Londres para la Exposicion de 1851, se acordó derribarlo y destruirlo pasada aquella, con ánimo de que fuese eternamente memorable su memoria

en la imaginacion de los que se figuraran su existencia ante las láminas que iban á quedar; y áun cuando este pensamiento no deja de ser grande en sí mismo, el pueblo inglés significó no aprobarlo, por los medios naturales de su prensa y sus reuniones públicas. — « Si se quiere conservar la memoria (decian), que se conserve el palacio. » — Pero como en Inglaterra todo lo hacen los particulares, y sobre ellos no tiene fuerza alguna el gobierno, la empresa propietaria habia contado al hacer la Exposicion con el producto de los restos del palacio que se elevaba á cuarenta millones; y este producto, puesto que el palacio se construyó con intencion de derribarlo, constituia casi toda la ganancia de los especuladores asociados.

En tal situacion, y cuando el público no sabia lo que pensaban resolver, una tarde se presentó á la comision régia, reunida en el palacio, un caballero de aspecto vulgar, que solicitó decir cuatro palabras al presidente, conde de Granville.

— Desearia saber, milord (le dijo), qué pensais hacer de este palacio.

El conde, que era de los que opinaban por que se conservase, contestó:

—Se ha aprobado la vandálica idea de destruirlo.

—Pues entónces (repuso el caballero) haced cuenta de que yo lo he comprado.

Al oír esto, todos los miembros de la comision se quedaron atónitos, y alguno se atrevió á advertir que solo el aprovechamiento estaba tasado en 400,000 libras esterlinas, ó sean cuarenta millones de reales. El desconocido sacó un libro, escribió algunas líneas, y cortando la hoja se la entregó al lord Granville diciéndole:

—Tened la bondad de enviar ese bono al Banco de Londres; y si mi cuenta corriente alcanza para que lo paguen, será señal de que el palacio es mio.

La comision mandó en efecto el bono al Banco, cuyo tenedor de libros contestó que la persona firmante podia girar algunos bonos como aquel y serian pagados en el acto. El comprador no era otro que uno de tantos comerciantes como hay en Londres, á quienes apenas conoce nadie personalmente, y cuyo nombre no tras-

pasa las tapias de la *City*.—Dueño del palacio, publicó una operacion de crédito garantida por él, para reunir 700,000 libras en pequeñas acciones con objeto de llevarse el palacio por suscripcion nacional fuera de Lóndres, y fundar en él una Exposicion permanente.—Las acciones se colocaron en seguida: todo el mundo queria tomar parte en esta obra, las grandes como las pequeñas fortunas. Las señoras se presentaban á pedir acciones en su nombre: hubo accion que se colocó entre tres ó cuatro personas, ninguna de las cuales tenía dinero para comprar una entera.

Y á todo esto la especulacion era tan ruïnosa, como que con las 700,000 libras no habia bastante para arrancar el palacio y trasportarlo á Sydenham.—El arquitecto Owen Jones, que se habia encargado de interpretar el pensamiento de Paxton, y que vió la ocasion de levantar su ya celebrado nombre á la altura de los grandes ingenios, tan pronto como contó con dinero y con entusiasmo público, reformó sus estudios, aumentó y perfeccionó la maravillosa idea, embelleció las partes que

consideraba endeble, principió, en una palabra, á realizar sus sueños de artista, lo que equivale á decir que arruinó á la empresa. — Se pidió un segundo empréstito, y un tercero y un cuarto y un quinto, sin que nadie murmurara, sino ántes bien alentando todos para que la grande obra fuese digna de Inglaterra; y por fin, despues de cuatro años de trabajos constantes y de ciento setenta millones invertidos, se abrió al público el palacio de Cristal á cinco reales la entrada.

Allí habian colocado el museo viviente de la humanidad. Monumentos celtas, egipcios, griegos, babilónicos, árabes, romanos, persas, en toda la extension de su tamaño comparativo: reproduccion natural de todas las bellezas, de todas las maravillas que desde los primeros dias del hombre se habian concebido y ejecutado por los ingenios y con los tesoros más importantes: copias y trasuntos exactos de las estátuas, arcos, fuentes, obeliscos, palacios de todos los tiempos y de todos los países más celebrados del mundo: animales corpóreos desde el origen conocido

de la creacion hasta las investigaciones modernas del microscopio; desde el mastodonte hasta la araña: flores, plantas y frutas; peces, aves y pájaros de las regiones más apartadas; tierra, piedra y minerales; algas, conchas y cristalizaciones de todas las montañas y de todos los mares: la civilizacion en sus obras y la barbárie en sus personas, con grupos de familias salvajes de África y de América, con cacerías de osos blancos del polo, con armas, embarcaciones, trajes, muebles, y cuanto pudiera dar idea de la historia, de las vicisitudes y de la manera de ser del universo antiguo y moderno: el mundo que anda, el que vuela, el que nada, el que siente, el que yace, todos los mundos sincopados, toda la humanidad viva y muerta: eso trajeron; eso colocaron en el palacio de Cristal. — Y cuando á su falda han establecido los jardines más bellos de Inglaterra; y cuando ya han mandado artistas á todas partes para copiar ó traerse lo que exista de bueno, de raro ó de estudiable en donde quiera que lo encuentren; y cuando ya sus saltos de agua, sus plan-

taciones de cedros, y sus gimnasios de mil clases, y sus museos vivos y muertos van llegando al límite de lo posible y de lo nuevo; cuando apenas hay nada que desear, inventan y realizan conciertos como éste para añadir á una exposicion que calla, otra exposicion que grita por cuatro mil instrumentos afinados.

Hemos querido decir algo del palacio de Sydenham para que se sepa el sitio del concierto, porque siempre es bueno, cuando se habla de espectáculos, conocer el teatro donde se representan. Ahora diremos cómo estaba dispuesto ese teatro.

El palacio de Cristal, descrito vulgarmente, es una enorme galería de hierro y vidrios, como su título indica, cortada en sus extremos y centro por tres galerías transversales. Colocad sobre una mesa una cinta, cortad otra cinta igual en tres porciones, poned un pedazo en cada punta y otro en medio, y tendreis la planta arquitectónica del palacio. Estas cuatro galerías, que realmente no son más que una sola, porque se comunican por galerías laterales de más baja techumbre que cor-

ren paralelas con la gran nave longitudinal, constituyen el espacio hueco del palacio, visible en su interior casi todo, con especialidad desde el medio, donde la vista abarca entre multitud de sutiles alambres la extension completa del cuadrilongo. — El concierto se verificó en la galería que corta el centro de la nave principal, de modo que los espectadores tenían á su frente el escenario, á su espalda el resto de la galería que da al centro de los jardines, y á derecha é izquierda los dos brazos de la nave, ingreso el uno y término el otro del edificio. Ya es tiempo de decir que los espectadores sentados éramos diez y seis mil, y á más los que pululaban por las galerías, cuyo precio de entrada habia sido mucho menor. Los ejecutantes se acercaban á cuatro mil y estaban colocados en la forma que vamos á explicar.

El escenario, que llamaremos así, aunque no se parece más que en la forma general á los escenarios de los teatros, es un semicírculo casi completo, poblado de una gradería que se eleva desde la línea de las cabezas del público hasta la altura

superior del que tambien nombraremos salon, aunque ni lo es ni lo parece. Como los espectáculos que en él se verifican son de dia, y la luz entra en este raro palacio por todas partes, no tiene lucernas ni quinqués, así como tambien carece de telones, cortinas y otros adornos completamente absurdos en aquel sitio. Toda su decoracion es una pared de madera, pintada de un color aplomado artistico, la cual le asemeja á un inmenso tornavoz, que es precisamente lo que se necesita: las demás decoraciones se las proporcionan la naturaleza misma del espectáculo; los trajes de las mujeres, sus adornos y cintas; los fraques de los hombres, sus blancas pecheras encerradas en el marco negro del chaleco y la corbata; los papeles de música que se mueven, los instrumentos que relumbran, las cabezas que oscilan, todo el matiz, en una palabra, ó todos los matices de media plaza de toros de Madrid (que es por cierto el tamaño y poblacion de aquel escenario) cuyas tintas no pudieran nunca trasladar al lienzo ni Philastre ni Aranda con todo el poder de

sus pinceles.—La colocacion de los ejecutantes no es ya asunto de topografía, sino de arte musical; y por eso, así como por las soluciones acústicas y de ritmo que lleva en sí, necesitamos hacerla preceder de las oportunas clasificaciones.

Habia 98 primeros violines, 96 segundos, 75 violas, 75 violonchelos, 75 contrabajos y 86 instrumentos de metal y madera, ó sea 505 instrumentistas. Habia 810 tiples, 810 contraltos, 750 tenores, 750 bajos, nueve solistas y un director, los cuales suman 3.635 ejecutantes, que unidos á los subdirectores, oficiales de órdenes, repartidores de papeles y otros oficios, elevan el número á los 4.000 expresados anteriormente.—Aquí conviene advertir que este concierto es el primero y único en su clase que se ha ejecutado hasta ahora; pues aún cuando se oye decir que en Alemania, Suiza y en Francia mismo se han celebrado cantatas en que tomaron parte algunos miles de personas, hay que tener presente que estos no son conciertos en la legítima acepcion de la palabra, sino corales, ó sea reunion de

voces que expresan con más ó ménos combinacion armónica un himno, un canto popular ó cualquiera otra pieza escrita y arreglada *ad hoc*, lo cual está muy lejos de una ópera, y más lejos todavía de un oratorio sacro en tres partes, como el que el 23 de Junio se ha ejecutado. Lo primero lo resuelve la paciencia, y se resuelve en los pueblos filarmónicos, como se va resolviendo en Barcelona; lo segundo depende de la ciencia, del arte y de los recursos; circunstancias todas imposibles de encontrar en otro pueblo que Lóndres, porque ninguno tiene tal número de instrumentistas hábiles, ninguno posee tal muchedumbre de voces educadas, ninguno cuenta con escenario como el palacio de Cristal, y ninguno, y esto es lo más importante, concibe siquiera la idea de que diez y seis mil espectadores se dejen ochenta mil duros á la puerta para escuchar dos horas de música clásica. ¿Dónde tanta afición? ¿Dónde tanta gente? ¿Dónde tanto dinero?

Estamos describiendo, pues, el mayor y más notable concierto dado jamás. A la

vista tenemos la estadística de los grandes conciertos ingleses que se han celebrado: el primero, que data de 1784 y se verificó en la Abadía de Westminster, lo compusieron 525 ejecutantes; fué el asombro de su siglo: el último, celebrado en el mismo palacio de Cristal, tuvo 1.650 actores, entre los cuales se contaban 150 músicos de regimiento, que ahora no cambian, porque la índole de la música reclamaba la preponderancia de la cuerda sobre el metal. Repetimos, por consiguiente, que esta combinación armónica es tan nueva, que bien merece la proligidad con que vamos á exponer su colocacion y método directivo. Para ello nos valdremos de frases vulgares, pero persuasivas.

Se trata de una batalla musical con todos los incidentes de las grandes batallas; debemos, por lo mismo, decir en primer lugar que hubo unidad de mando. Mr. Costa, maestro italiano de origen, inglés por adopción, fué el general en jefe; tenia generales de division en todo el campo; estos á su vez edecanes de órdenes; habia un jefe de estado mayor, señales

eléctricas, ordenanzas, y para que nada falte al símil, hasta cornetas que en tonos preventivos dirigian ó modificaban ciertos movimientos parciales. Nos explicaremos.

Figuraos medio embudo, que es la verdadera semejanza del escenario: en la parte céntrica superior el órgano; más abajo, y en línea recta, el bombo; por debajo del bombo los timbales, y en la parte estrecha del medio embudo, el director de pié con la batuta en la mano. Esta era la línea principal de direccion: timbalero y bombista miraban al director de cara, porque Mr. Costa daba espaldas al público; pero como el organista tambien la daba, porque el órgano de Davison (el mayor que se ha construido hasta el dia) se toca de frente, un gran espejo colocado sobre los registros ponía en comunicacion exacta al general con su jefe de estado mayor, en términos de que ámbos eran una sola voluntad desde tan larga distancia. — A la derecha de esta línea, es decir, á la derecha del órgano estaban colocadas las tiples; á la derecha de las tiples los barítonos; á la izquierda del órgano los tenores; á la

izquierda de los tenores los bajos, y á modo de una faja que se extendia inferiormente desde los bajos de la izquierda hasta los barítonos de la derecha, estaban colocados los contraltos. Hasta aquí las voces, que ocupaban dos terceras partes de la línea general.

Por bajo de las voces se extendian los instrumentos en esta forma: á la derecha, esto es, debajo de los barítonos, los primeros violines y las primeras violas; á la izquierda, ó sea en relacion con los bajos, los segundos violines y violas; más hácia el centro, por ámbos lados, el metal fuerte; y en el centro mismo el metal cantante y la madera.

Ahora necesitamos valernos de otra figura grotesca para expresarnos mejor. Los ejecutantes formaban un abanico abierto; la parte de la vitela los coros; los huecos de las varillas la orquesta; en el clavo el director; y para seguir el símil, porque es exacto, las varillas las ocupaban los contrabajos y violonchelos en su parte visible, pues la escondida entre la vitela estaba representada por trombones y cor-

netas que de trecho en trecho continuaban los radios hasta la curva superior, confundidos con los coristas. — Habia, pues, una línea general de direccion y varias subalternas. La general ya hemos dicho que principiaba en el maestro, y pasando por los timbales y el bombo terminaba en el órgano; las subalternas, partiendo del director mismo, se extendian por contrabajos y violonchelos hasta perderse en los trombones que tocaban la curva maxima; y de esta manera, abrigadas las voces por los instrumentos y los instrumentos por sus compasistas, el brazo de Mr. Costa se dejaba sentir en todas partes, imprimiendo á su arbitrio el movimiento que las circunstancias requerian, como si en vez de un numeroso ejército de combatientes manejase un peloton de reclutas. A esto se debe que el concierto en sus cuatro horas de música no tuviera una sola falta; que jamás un acorde saliera barbudo; que ni por acaso entrasen ántes ó despues los diversos grupos de coristas, y, en fin, que pudiera dejarse á los cantantes espacio libre para sus *fermatas* y *fioriture*,

sin miedo de que la masa vocal é instrumental, que no los veia porque estaban colocados debajo de todos en ala delante del director, les atropellase ó pisase las notas, como hasta en un miserable teatro donde cantan cuarenta suele ocurrir frecuentemente. — No sabemos si esta disposicion de las masas sonoras, que llamaremos estrategia musical, será la última palabra del arte ó sufrirá modificaciones, especialmente en Alemania: ignoramos la opinion de los mariscales alemanes, que son los primeros estratégicos de la música; pero allá va nuestra opinion.

La música es un puro efecto, no tiene causa; por eso no se sabe dónde están los fundamentos de su belleza: la mision de la música es la armonía, y sin embargo hay modulaciones inarmónicas que en circunstancias especiales producen efectos maravillosos: Beethoven y Mozart, como antiguos; Rossini, Bellini y Meyerber, como modernos, nos dan á cada paso ejemplos de esta verdad. — Siendo la música un puro efecto, es necesario prescindir de toda teoría estética *à priori* para venir á

parar en resultados prácticos *à posteriori*. El sabio maestro de Bellini decia, hablando de la *Norma*: — « ¡ Qué lástima que ese muchacho haya escrito una ópera contra todas las reglas del arte, y sin embargo es preciso confesar que algunas piezas suenan bien! » — El pobre fraile, que se revelaba contra el método, no podia revelarse contra el oido. — Pues bien: para conquistar el efecto del sonido, la disposicion de Mr. Costa nos parece irreprochable. Otro director ménos experto habria procurado, ó la interpolacion absoluta, que es la más lógica, ó la sucesion relativa, que es la natural; habria hecho salir la masa sonora de la multitud mezclada, ó habria colocado primero los bajos profundos, despues los cantantes, despues los barítonos, en seguida los contraltos, más allá los tenores, y cerrando el círculo las tiple, como acontece en los teatros. Pero ¿ qué sucederia? La gran masa vocal hubiera tenido cabeza y cola, principio y fin, máximo y mínimo, con lo cual en la enorme extension del coro habria parecido que se cantaba en dos lugares distintos; y mién-

tras los espectadores de la izquierda se atronaban con los bajos, los de la derecha sentirían lastimado su oído con la agudeza áspera de las tiple. La disposición de Mr. Costa es un cuadro mirado de frente, cuyo marco son bajos y barítonos; su primer término contraltos, y su lontananza central tiple y tenores; disposición completamente acorde con la de la orquesta, pues mientras á los bajos y barítonos que atruenan se les abrigaba con los violines y violas que cantan, á los tenores y tiple que cantan se les envolvía con el metal ruidoso y la cuerda fuerte que acompaña; dejando en el centro y lugar más bajo á los contraltos que melodizan, confundidos con el metal y madera suaves, que como ya hemos dicho ocupaban el comedio del embudo, frente por frente del espectador. Así dispuestas las cosas, los primeros acordes del *Dios salve á la Reina* con que principió el concierto, electrizaron á los oyentes, quienes mientras duró el famoso himno pareció que ni respiraron siquiera.

Tiempo es ya de decir algo sobre la obra ejecutada.—Händel, como nadie ignora,

es un músico clásico del siglo pasado, que á la circunstancia de haber recibido su educacion y escrito en Inglaterra debe el que, áun cuando oriundo de Alemania, los ingleses le tengan por su maestro histórico. Händel es el ídolo de los aficionados británicos. Maestro de condiciones severas, é intransigente con la música profana, sus principales y numerosas obras son oratorios, ó sean óperas sacras, que deberian ejecutarse en la iglesia si la iglesia fuera un teatro, siquiera le llamasen sagrado. Pero á falta de esta imposible condicion, los ingleses han hecho unos locales sin nombre propio, en los que bajo el aspecto severo de un templo, aunque con perfiles muy *confortables*, se toca y canta la música sagrada, y con particularidad y aplauso ruidoso la de Händel. Las obras de este están vaciadas en moldes de los libros santos: *Sanson*, *Judas Macabeo*, *Israel en Egipto*, *Mesias* etc., son títulos que indican bien su género y su estilo. La division de ellas es por lo comun de tres partes; su ideal la grandeza, su expresion más adecuada el cuarteto de cámara ó la

capilla de una catedral, sin embargo de que se prestan grandemente á la extension que la idolatria inglesa ha querido darles, arreglándolas para conciertos mónstruos. Su estilo, siempre clásico, las hace duras; su melodía, imitativa de las palabras más que de las ideas genéricas, se hace algo monótona, como monótonas son las palabras, que no los conceptos de la Biblia. Para nuestro pobre juicio, y perdonénnos los ingleses, Händel tiene escaso númen, aunque infinita ciencia, y sus obras no alcanzarán en el mundo musical ni ahora ni nunca el general aplauso del Príncipe de los alemanes. Ellos dicen, por ejemplo, que su *Moisés en Egipto*, que en Inglaterra gusta poco, va cien años delante de la civilizacion musical del país; y así, lo que tiene de más agradable se lo aplauden de presente, y lo que tiene de más insípido se lo aplauden en nombre del porvenir.

En suma, los ingleses necesitaban un músico como han necesitado un guerrero: Francia tuvo un Napoleon; ellos han hecho un Welington: Alemania tuvo un Beethoven; ellos han hecho un Händel; pero

en nuestro concepto hay una idéntica diferencia para el resto de Europa entre Händel y Beethoven, como entre Welington y Napoleon. — Bien recordamos la frase que se atribuye al público de Ariosto: — «El poeta está loco; no lo entendemos,» — y librenos Dios de decir que Händel es mal músico, porque no llega á nuestra comprension; pero permítasenos decir: Händel es un sabio; á nosotros no nos gusta.

La obra verificada el 23 de Junio fué *El Mesias*. — ¿Qué podremos decir, profanos como somos en el arte de leer las partitas de mosca del pentágrama, sobre los pormenores de este oratorio? Bastante haremos con consignar que tiene tres partes y consta de cincuenta y siete números; que sus armonías son celestiales; que hay en él arranques de un ingenio privilegiado; que nos parece muy superior en los coros á los solos; y en fin, que su música, generalmente hablando, se presta por la solemnidad, por la acentuacion, por el espíritu, á que se exprese en esos pasmosos conjuntos. Las fugas, sobre todo, están

tratadas de una manera magistral. Sin jugarse con ellas á títeres de sonido, como solia acontecer con los músicos del siglo pasado, semejan admirablemente las impresiones de un pueblo que se espanta, de una multitud que llora, de grandes muchedumbres que se alegran (*alleluya*), ó que corroboran y aprueban los votos del inspirado (*amen*).—Nada tan asombroso como oír en el concierto de que hablamos, gracias á la disposicion de sus partes, la expresion dolorida de las mujeres, templada con el valor y entereza de los hombres; el canto de las vírgenes y el himno de los guerreros; las plegarias ó los denuestos en confuso pero armónico son manifestados; y seguir con la vista á la par del oído las ondulaciones melódicas que desde los bajos se fugan á las tiples, y de estas van á morir á los barítonos, dulcificadas por la media voz de los contraltos; atmósfera sonora semejante á una banda de ruisseñores, gilgueros y oropéndolas que se entretuviesen en subir y bajar á nuestra vista planos inclinados del horizonte, expresando con sus trinos y gor-

jeos la imponente y bella majestad de una mañana de primavera embalsamada con el aroma de los campos! — Y en medio de todo, cuando las tres mil voces del coro callan de repente con un *tutti* magnífico dejando suspenso al espectador, oír del centro de la masa sonora las flautas y los pícolos, el corneo y el oboe que preludian una melodía de transición, como si los pájaros de la selva callasen de improviso acobardados por el lejano eco de las trompas de caza, terminado el cual, volviesen tímidamente á ensayar poco á poco sus apagados acentos, hasta que la confianza del peligro pasado les resuelve á provocar la explosión de su ruidosa canturía!

¡Lástima grande que con tan extraordinarios elementos de acción no asomase de vez en cuando por entre los números de *El Mesías* la tierna inspiración de un Mozart, el potente número de un Beethoven, ó la sabiduría, la gracia y la inventiva juntas de un Rossini!

Pero no asoma, ó al ménos nuestro oído meridional no lo percibe. Händel extiende cuatro horas de música sobre un tema de

dudosa originalidad, y glosándolo hasta la exageracion que permite la ciencia, se duerme sobre los laureles del contrapunto.

A nosotros se nos figura uno de esos expositores de los Santos Padres, que con haber desleído y difundido la santidad más que ellos, no alcanzan sin embargo la gloria eterna. — Los ingleses dicen que sí: quizá tengan razon: á los maestros les toca juzgar.

Nosotros juzgamos del concierto como juzgan los que pagan una guinea á la puerta y creen adquirir con ella el derecho de insurreccion de la misma manera que el de asombro. Antes de insurreccionarnos nos hemos asombrado del lago de preciosas cabezas con coronas de flores que se extendia por el salon del concierto; nos hemos asombrado de la magnificencia con que 4.000 voces dicen el himno nacional y 16.000 figuras lo escuchan de pié con respetuoso silencio; nos hemos asombrado de aquella montaña de trajes blancos con cintas azules y rosadas, divididas por marcos negros, que produce todo género de sonidos, como si obedeciese

á los impulsos de la inspiracion rimada; nos hemos asombrado de aquel brazo de director, déspota cariñoso que reglamenta con increíble habilidad y constancia una república de aves canoras; nos hemos asombrado del pueblo que posee semejante palacio, semejante conjunto de instrumentistas y cantores, y tan numeroso, tan distinguido, tan opulento concurso; nos hemos asombrado, en fin, de escuchar música grandiosa y sábia en un local que tiene por alfombra flores, por ambiente las maravillas del mundo y por techumbre el cielo:—¿puede pedírse nos más asombro? ¿Hemos conquistado el derecho de anublar, siquiera sea ligeramente, los resplandores de este hermoso dia exigiendo un último perfil que hemos echado de ménos?

Es posible que sí, con tanta más razon, cuanto que los ingleses mismos sentirian saber que habia quedado alguien completamente satisfecho; porque ellos en su afan incesante de engrandecerse y engrandecer su pais, no miran las cosas grandes más que como un escalon para llegar á

mayores alturas; y es natural que mediten, para una otra Exposicion que convoquen, algun concierto en que tomen parte los ejércitos de Darío, cuyo escenario se construya en los desiertos de Zahara.

XIII.

LAS ARMAS DE LA GUERRA.

Una de las circunstancias que hacian esperar con mayor impaciencia la Exposicion de 1862, era la de saber hasta qué punto habia adelantado la sociedad pacífica del siglo XIX en las armas y pertrechos de la guerra.

Todo el mundo sabe que desde que el Emperador Napoleon III de Francia habia dicho al alcalde de Burdeos en una ocasion célebre que *el Imperio era la paz*, los pueblos, entendiendo la frase como el caricaturista de París, que cambió la pronunciacion de *la paix* por la de *l'épée*, es decir, temiendo que el Imperio fuese la espada,

optaron por la pacífica tarea de armarse hasta los dientes, y promovieron ó contribuyeron á crear una situacion de calma, apenas interrumpida por alguna que otra reyerta de escasa monta.—Porque, en efecto; durante la época trascurrída desde que la frase fué pronunciada, y á excepcion de una guerra de conquista en Argel, y otra guerra de exterminio en Oriente, y otra guerra religiosa en Annam, y otra guerra de preponderancia en Austria, y otra guerra de vecindaje en Marruecos, y otra guerra de invasion en China, y otra guerra revolucionaria en Italia, y otra guerra civil en los Estados-Unidos, y otra guerra de protectorado en Méjico, y algunas pequeñas guerras más en determinados puntos subalternos, como el Cáucaso, el Montenegro, la Siria etc., etc.; á excepcion de estos leves disgustos entre la familia humana, deciamos, el mundo no ha tenido que temer en los diez últimos años más que por su seguridad general, si un soplo de maléfico viento facilitaba la ocasion á Rusia de echarse sobre Turquía, á Francia de echarse sobre Inglaterra, á

Prusia de echarse sobre Austria, á Austria de echarse sobre Cerdeña, á Cerdeña de echarse sobre Roma, á España de echarse sobre Africa, á Sur-América de echarse sobre Cuba, á las Repúblicas trasatlánticas de echarse las unas sobre las otras; y por lo que hace al interior de los pueblos, á que las clases bajas se viniesen á las manos con las altas, en esa enorme lucha social que los modernísimos agitadores están provocando inadvertida pero violentamente desde la época citada.

Solo estos leves motivos de recelo aconsejaban á la Europa culta no dejarse dormir sobre los laureles de la paz proclamada en Burdeos; y ellos bastaron para que la ciencia y el arte aprestasen los inmensos recursos de que disponen, ofreciéndose propicios á gobiernos y reyes en ayuda del armamento general más espantoso que siglos y generaciones pudieron nunca discurrir.

El palacio de Kensington era el palenque esperado por los hombres de la moral y de la filosofía para contemplar la inventiva destructora de los hombres del álge-

bra y la electricidad. Allí iban á reunirse en torno de los pacíficos instrumentos de la labranza de los campos, las terribles máquinas asoladoras de las ciudades; allí, junto al telar del paño barato y fuerte que defiende el cuerpo del hombre desnudo, iba á colocarse el instrumento homicida que taladra con mayor facilidad el cuerpo del hombre vestido; allí figurarian en extraño consorcio los útiles para hacer productiva la tierra, y los útiles para esterilizarla con más prontitud; á un lado del mecanismo con que el barco mercante atraviesa veloz el Océano cambiando la vida de los pueblos, se colocaria el mecanismo con que el barco militar bloquea las costas para impedir la comunicacion humana; y, por último, allí habian de darse el brazo la civilizacion y la barbárie, lo que restaura y lo que destruye, las armas de Dios y las del diablo.

Legítima era, pues, la curiosidad de los observadores, y tanto más si se atiende á que de muchos años ántes venian anunciándose en son de amenaza descubrimientos é invenciones terribles que cada día

compraban secretamente los Gobiernos poderosos, para exhibirlas en ocasion oportuna como espanto de rivales y antemural de conquistadores.

A propósito de estas compras secretas de los gobiernos, el lector va á permitirnos una digresion que, así es oportuna en el momento que hablamos, como provechosa puede ser para los que en nuestra patria tienen el encargo de distribuir las partidas del presupuesto.

Nadie habrá olvidado, por escasa que sea su memoria, los mil anuncios de destructoras máquinas, formidables proyectiles y tremendos mecanismos de guerra con que se venia asustando al mundo desde la paz de 1815; ora como reserva del francés contra la malevolencia del británico, ora como recurso de este contra la imperial insidia de su vecino, ora como elucubracion salvadora del filosofismo aleman contra los materialistas occidentales, ya, en fin, como magia del ruso ó vanguardia del norte-americano. Cada semestre por lo ménos anunciaban los periódicos militares de esos países la comprobacion oficial de

un descubrimiento capaz de destruir las defensas existentes, sin daño ni aún peligro de los destructores. Una vez era el cañon el encargado de alcanzar no sabemos cuántas leguas, y extender la desolacion y la muerte entre los desprevenidos adversarios, sin que pudiera calcularse el punto desde donde se les atacaba. Otras veces una bomba particular, arrojada por el mortero más portentoso, servia primeramente de bala para herir, despues de ariete para derribar, de luminaria luego para encender almacenes y campos, de metralla, por último, para difundir la alarma entre el enemigo, cuando no para exterminarlo por completo. El rifle hoy, la carabina mañana, la pistola otro dia, el secreto siempre, eran la cancion perdurable de los hombres de guerra de todos los países, quienes, al modo de niñera que asusta al rebelde pequeño, pasaban la vida diciéndose unos á otros: — « ¡que viene el bú!»

Y el *bú* venia, con efecto; porque ganosos los pueblos de la paz, firmes ya en la creencia de que medio siglo de no pegarse bastaria para enriquecer é impulsar

á las naciones hasta un punto de prosperidad fabulosa, todos juzgándose fuertes en su casa y haciéndose temer de la ajena, contribuian á sostener un pacífico equilibrio, alterado únicamente por las voces alarmantes de nuevas invenciones y descubrimientos. — Pero el reparto de la Turquía, preparado para el mediar del siglo, y frustrado sin duda por la desmedida ambicion de los repartidores, provocó en 1852 esa espantosa campaña, la más formidable y sangrienta de los tiempos modernos, en que cinco naciones poderosas se empeñaron en una lid de exterminio, cuyo primer resultado fué necesariamente el armamento general de los otros pueblos.

Sonó, pues, la hora de las misteriosas exhibiciones. La tierra enemiga apenas podia sostener el peso de los combatientes y de sus máquinas de combate: el mar parecia pequeño para contener las flotas aliadas, que en prodigioso número y con inusitados aprestos se lanzaban á la pelea: por todas partes se esperaban maravillas del arte militar, ó como si dijéramos, títeres de muerte: y ¿qué sucedió? — Nadie

lo habrá olvidado. Los hombres se mataban en Crimea como se mataban ántes en otros sitios: una escuadra numerosa y fuerte destruyó á otra pequeña y débil por los métodos ordinarios: un ejército de 400.000 hombres puso sitio á una plaza, que al cabo de veinte y tres meses se asaltó en la forma de los asaltos comunes: la flota mayor que ha azotado las aguas, bombardeó lisa y llanamente ciudades de las costas, y bloqueó, hasta donde el número de embarcaciones pudo alcanzar, las zonas enemigas. Esto en cuanto á resultados públicos: que por lo que hace á los secretos, las revelaciones últimas de la Administracion y Almirantazgo de Inglaterra nos han demostrado que los ejércitos de las primeras potencias casi se murieron de hambre, y que sus buques novísimos se hubieran ido á pique si la necesidad les hubiese obligado á disparar sus cañones. —¿Dónde estaban, pues, aquellas armas extrañas, aquellos procedimientos mágicos, aquellas misteriosas adquisiciones que habian de asombrar al mundo?—Nosotros lo diremos delante de la Exposicion

de Londres, y con los ojos de la filosofía. Para ser poderosos en la tierra no se necesita más que una de dos cosas; ó serlo ó parecerlo: ó disponer verdaderamente de recursos superiores á los de los demás, ó conseguir que todo el mundo crea que se dispone de ellos. Este método, que en la vida del individuo hace de un hombre medianamente acaudalado un banquero opulento, de un militar vulgar un héroe, de un profesor estudioso un sabio, y á veces hasta de un malvado un varon justo, y de un ignorante un genio;—este método, aplicado á la vida de las naciones, puede hacer poderosa á la que no es más que respetable, invencible á la que no fué más que vencedora, y hasta dar el predominio del mundo á quien con dificultad conservaria en ocasiones difíciles el predominio de su casa. La cuestion de este método está en la prueba; y como la prueba en asuntos que la generalidad de las gentes cree probados es punto poco ménos que imposible, de aquí el que, una vez conseguida la fama, sustituya esta perfectamente á los verdaderos fundamentos so-

bre que debió asentarse , y sean los recursos , que llamaremos de ilusion , recursos tan útiles como los de hecho.

Además , los pueblos para ser grandes necesitan , como los individuos , principiari por parecerse grandes á sí propios ; de manera que uno de los elementos principales de la grandeza de las naciones consiste en conservar dentro de la nacion misma cierta dosis de infatuacion , cierta atmósfera de soberbia y confianza en los recursos , que induzca á los hombres á no temer los peligros ó arrojarse ciegamente en ellos , confiados en la superioridad , siquiera sea ilusoria , de su poder. — No otra cosa es en tésis filosófica el principio de autoridad , entre cuyas prerogativas vemos la de que un solo hombre , de carne y hueso como los otros , adquiera tal predominio sobre todos , que no solo los gobierne y dirija á la manera de su antojo , sino que á veces los tiranice y destruya en alas de una despótica barbárie , sin que haya quien le oponga más correctivo que el de la humilde murmuracion en el secreto íntimo de su conciencia.

Pues bien: los hombres de entendimiento superior, esos hombres que gobiernan el mundo sin que el mundo sospeche que es gobernado por ellos; esos hombres á quienes las multitudes suelen no admirar bastante, porque las multitudes no conciben las infinitas distancias que median desde una vulgar inteligencia á otra inspirada y sublime; esos hombres saben producir, con una sola palabra, con una leve idea, efectos extraordinarios que, revestidos despues de formas públicas, adquieren el carácter de cualidades generales de los pueblos. Una frase, al parecer insignificante, un accidente exterior, basta en ciertas ocasiones para dirigir masas humanas hácia un punto de que ellas permanecerian distantes, ó para hacerles creer que nace de pensamientos propios la resolucion tomada por extraños pensamientos. Así los agitadores políticos y los grandes guerreros, desde Demóstenes hasta Napoleon, desde César hasta O'Connell, enloquecieron siempre á su auditorio y arrastraron las masas hasta donde sus cálculos las querian llevar, con sutiles é inge-

niosos conceptos expresados en ocasiones criticas como eco de los mismos á quienes real y verdaderamente imponian.

El hombre, por otra parte, y esto es lo principal en la ocasion presente, posee una irresistible tendencia á lo maravilloso, que permite jugar con su entendimiento, áun cuando este sea claro y agudo, en términos de que basta un tinte de sobrenatural vislumbre para desvanecer la vista más acostumbrada á lógicas percepciones. Y si ello es fácil cuando se trata del hombre aislado, mucho más sencillo es todavía cuando se trata de fanatizar á la multitud, ávida siempre de ideas que traspasen los límites de lo ordinario; tanto más si las ideas halagan sus instintos patrióticos ó contribuyen á promover un elevado concepto nacional.

Hemos discurrido así para que no se extrañen las conclusiones que del somero exámen de las armas de la guerra vamos á deducir, guiados del espíritu imparcial que nos proporciona nuestra levita de paisano, y el escaso calor que nos comunican siempre los asuntos en que se tercia la

fantasmagoría. Ante todo necesitamos referir un poquito de historia.

Hace poco tiempo que los ingenieros franceses, ó el emperador Napoleon mismo en persona, que esto importa nada, concibieron el proyecto de construir un barco de guerra cubierto con enormes planchas de hierro que le hicieran impenetrable á las balas, y provisto de un arte destructor que, sin alterar las condiciones marineras del buque, le permitiese arrojarse sobre un barco ordinario y hacerlo trizas al solo impulso de su fuerza material. *La Gloire*, que este era el nombre del nuevo buque, se puso por obra en el instante; pero como los ingleses habian desdeñado ya ideas parecidas, y el barco á mayor abundamiento se construia en Francia; es decir, como la idea despues de no ser inglesa era francesa, que son las dos grandes faltas que para los isleños puede tener cualquiera idea, se desataron mil voces, científicas las unas, políticas las otras, y voces altas todas, anatematizando un proyecto que tachaban de oneroso, de irrealizable y de bárbaro. *La Gloria* se iria á pique al

botarla al agua; la *Gloria* no andaria; la *Gloria* no podria disparar tiros; la *Gloria* seria vulnerable; la *Gloria* no destrozaria los buques enemigos; la *Gloria* costaria tesoros inmensos; la *Gloria*, en fin, era un disparate. Pero la fragata *Gloria*, construida en brevisimo tiempo, cayó al agua y no se partió; encendió sus calderas y anduvo bien; recibió balas rasas y se rió de ellas; enfiló por el costado á un navio de línea, y lo hizo dos pedazos como rebanada de queso; salió por fin á los mares y cantó victoria.—Entónces la escena varió de improviso para los ingleses. La minoría, que ántes apadrinaba proyectos parecidos al francés, gritó ahora desafortadamente contra el torpe gobierno que tenía oídos y no habia querido oír, que tenía ojos y no habia querido ver. Inglaterra estaba desarmada, vencida, humillada, y lo que es peor, escarnecida por Francia, quien á su predominio de la tierra habia conseguido unir el predominio sobre el mar. Ese desembarco de zuavos argelinos con que los ingleses sueñan todas las noches, era ya justificado é inminente: el

ministerio se habia hecho reo de alta traicion.

Los ecos de la opinion pública, expresados con tal violencia, se dejaron oír, como sucede siempre, primero en el gobierno, despues en el Almirantazgo: los arsenales de Inglaterra recibieron órdenes de improvisar escuadras blindadas; los armadores particulares encargo para construir; los ingenieros y proyectistas estímulo para inventar. Era menester que los navíos ingleses, á más de tres en número para cada francés, tuvieran excelencias nunca soñadas ni realizables por los galos: era preciso que la ilusion perdida se reconquistase; que el desaliento naciente se convirtiera en pujante y ardoroso brio. Se votaron crecidas sumas; se hicieron dispendiosas ofertas; se restableció la tranquilidad y la confianza.

Pero apenas los efectos de esta reaccion principiaban á tocarse, un nuevo golpe vino á herir la susceptibilidad marítima de Inglaterra. Un ingeniero inglés, poco atendido y considerado en su patria, puso al servicio del gobierno anglo-americano,

á la sazón ya en guerra civil, cierto mecanismo diabólico, por medio del cual un buque de hierro casi sumergido partía veloz las ondas, y yendo contra los más fuertes navíos, los echaba á pique sin recibir por su parte lesión alguna. Mister Ericsson destruía instantáneamente con su *Monitor* nada ménos que al famoso *Merrimac*, como si dijéramos, la *Gloria* de Francia ó el *Invencible* de Inglaterra.— Nuevo desaliento, nuevo clamor, nuevos reproches. Una nación nacida ayer mañana y otra capaz apenas para la bisutería y objetos de tocador, ponían en tortura á la temible, á la grande, á la sin igual Inglaterra; y ¿en qué ramo precisamente? En el que nadie se hubiera atrevido á disputarle jamás. ¿Qué hacer en medio de semejantes complicaciones? ¿Qué partido tomar contra los extraños? ¿Á qué expediente recurrir en favor de los propios?— El gobierno inglés, perplejo ante una situación verdaderamente difícil y comprometida; el gobierno inglés de frac negro y corbata blanca; el gobierno inglés hábil y diplomático, decimos, no el militar ni

marino, se vió en la precision de inventar alguna cosa, é inventó el cañon Armstrong.

El cañon Armstrong, pues, no es más que el arma moral de que se ha valido el gobierno de Inglaterra para contrarestar el imponente influjo que de poco tiempo á esta parte venian ejerciendo sobre la política de su país las invenciones militares de los demás pueblos del mundo. El cañon Armstrong no existe.

Atrevida parecerá, y es en efecto, la proposicion que acabamos de escribir; pero á poco de paciencia que el lector nos otorgue, esperamos satisfacer todos sus escrúpulos de incredulidad.

Principiaremos por decir que hemos tenido el honor de conocer personalmente á Mister Armstrong, que hemos visto el modelo de sus cañones, que conocemos su fábrica, que hemos tocado sus armas enteras y partidas, que hemos contemplado el escudo de nobleza que el gobierno de su país le ha concedido, que hemos visto su semi-palacio y sus trenes; y, por último, que una circunstancia casual nos

hizo compartir con él la atención entusiasta de la mejor sociedad inglesa, cuando, al entrar juntos en un gran baile, el vocinglero pronunció su nombre.

No tendremos, por consiguiente, necesidad de explicar el sentido en que hemos dicho que esos célebres cañones no existen, y mucho ménos de encarecer la inmensa importancia que el gobierno y los hombres de Inglaterra han concedido al afortunado inventor de las grandes armas de combate.

El arma Armstrong (y cuenta que no vamos á describir en son de artillero las máquinas de guerra) es un cañon enorme, liso cuando se imaginó, rayado despues, que se carga por detrás y despide á considerable distancia, merced á dos arrobas de pólvora, un enorme proyectil macizo que destruye puertos como el de Cherburgo, fortificaciones como la de Amberes, corazas como la de la *Gloria* y torres giratorias como la del *Monitor*. — Mister Armstrong es un ingeniero civil de gran talento, de profunda instruccion, de envidiable inventiva, que se propuso desde el retiro de su gabinete salvar á Inglaterra en esa lucha

de pugilato militar á que las naciones se presentaban dispuestas durante estos últimos años. Hasta qué punto lo ha conseguido, los hombres de la ciencia están contestes en afirmarlo: su cañon es ingenioso, el mecanismo fácil, la exactitud suma, la fuerza considerable, la cualidad destructora infinita: nada le falta al cañon para ser lo que él ha dicho que es, lo que el pueblo inglés se figura, lo que el arte de la guerra esperaba. Lord Palmerston (que es de quien verdaderamente debia llevar el nombre esta mortífera máquina) no ha hecho traicion á sus compatriotas anunciándoles que la Inglaterra posee el talisman de su antiguo poder, ni en otorgar al inventor preeminencias, ni en concederle subvenciones como hasta ahora que exceden de diez millones de reales; sino que, por el contrario, merece el título que el vulgo inglés le da de rey-Palmerston, por el sagaz instinto con que se agarró al arma dichosa desde el instante en que la vió batida. — ¿Cómo amalgamar entónces, se dirá, estas y las anteriores especies? ¿Existe ese cañon ó no existe? ¿Vale ó no vale?

Hé aquí los verdaderos términos del problema. — El cañon Armstrong es un arma de precision matemática que necesita proyectil especial, pólvora especial, base de sustentacion especial, artilleros especiales y objeto especial donde dirigir sus tiros. Faltándole alguna de estas circunstancias, es, no solamente inútil, sino temible y embarazosa.

El cañon Armstrong exige un costo inmenso por su construccion primeramente, por sus pertrechos despues, por la enorme masa movible que representa, por la brevedad con que se gasta y por la frecuencia con que se destruye. Un arma de estas, cuyo precio no baja de diez mil duros, puede calcularse que se eleva al quintuplo cuando desechadas dos de cada tres, y destruidas una de cada dos en las pruebas, queda un cañon de cinco, lo cual, sea dicho de paso, no se ha conseguido hasta ahora.

El cañon Armstrong no puede reponerse con otro de reserva atendidos su volúmen y peso; de modo que, ó se dispara hasta que reviente y causa á los propios mayores perjuicios que á los extraños, ó hay

que renunciar cuidadosamente á sus fuegos en la ocasion tal vez más perentoria. Una diversion estratégica, por lo mismo, haria que la más endeble cañonera de mar se burlase de una fragata Armstrong con solo dejarla inutilizar sus cañones.

El cañon Armstrong no puede ser recompuesto ni arreglado cuando se desperfecciona; y así como los cañones vulgares despues de desmontados y aún mutilados, ofrecen el recurso de variar su forma de posicion y seguir prestando servicio, el Armstrong tiene tanto que temer de sus artilleros como de los contrarios; y una vez alterada su matemática exactitud, no sirve más que de estorbo.

A estas nulidades de primer orden hay que añadir las que no por ser de ménos bulto deben dejarse de tomar en cuenta. — La multiplicacion del volúmen y peso del arma Armstrong puede llegar sin duda á producir grandes efectos de destruccion; pero como el arma ha de usarse especialmente en el mar, y las construcciones navales tienen un límite de tamaño y de resistencia, hay que disminuir el número

de armas á medida que se aumente su poder. Un navío moderno de los más fuertes no puede llevar hoy más que dos cañones Armstrong en batería, y claro es que hay mayor peligro en que se inutilicen dos armas delicadas que 131 groseras. El barco que admitiese (los marinos ingleses se niegan á admitirlos) cañones Armstrong en sus puentes, no llevaria ya el peligro de las tempestades, ni el de los escollos, ni el de los enemigos, sino el de los cañones.— «Dadnos enemigos sanguinarios y poderosos que combatir (dicen los marinos de guerra); pero no nos metais el enemigo Armstrong dentro de nuestra débil casa.»

En efecto, cada vez que revienta un cañon de esta clase en las infinitas y costosas experiencias que de tres años á esta parte vienen haciéndose, espantan los destrozos de hombres y de objetos que ocasiona. Ello es verdad que cuando sale el tiro taladra las planchas de los buques, destroza las fortificaciones, arrasaria los ejércitos; pero ¿hay seguridad de que el tiro salga? ¿No taladra tambien, cuando deja de salir, la plancha del barco propio,

y destroza las fortificaciones que defiende, y arrasa los ejércitos que acaudilla?

En el arsenal de Woolwich se enseña todavía á los curiosos el famoso mortero de Mallet, que fué construido con un gasto de ocho millones, para arrojar bombas de veinte y seis quintales de peso; el cual inutilizado á las primeras pruebas, no sirvió más que para hacer ruido en el mundo político y para causar espanto hoy á las multitudes ignorantes que formaban corro á la bomba en el palacio de la Exposicion.— Una cosa semejante nos tememos nosotros que suceda con el cañon Armstrong, con ese bú del gobierno inglés, en cuya laboriosa composicion se llevan gastados quince millones de duros sin que apenas existan todavía arriba de quince piezas disponibles.

El cañon Armstrong, repetimos, es un cañon moral que lord Palmerston tiene sobre la mesa de su gabinete para no permitir que se envalentonen Francia con su *Gloria*, América con su *Monitor*, Austria con su cuadrilátero, y Prusia, Italia y España con sus cazadores. El cañon Arms-

trong es un cañon moral que lord Palmerston enseña todas las mañanas á los ingleses para que tengan confianza en sí mismos, para que desprecien las bravatas de las naciones rivales, para que en un dia dado se arrojen á las armas, como se arrojarían todos indudablemente, en defensa de esa isla tan codiciada, tan temida y tan poco apreciada por la Europa. — El agitador Kossuth hacia leer por la noche á sus húngaros de 1848 la historia de la independencia de España para que al amanecer se echasen sobre los austriacos: el diplomático lord Palmerston hace oír por las mañanas á los voluntarios de Lóndres los disparos del cañon monstruo, para que á la tarde se acuesten tranquilos; y aquella lectura y este tronar son la misma cosa.

Ahora bien: mientras el arma primordial del que llamaremos moderno romanticismo de la guerra sea, como nosotros creemos firmemente, y con nosotros los hombres entendidos en la materia, — esa brillante juventud que el gobierno español tiene en Lóndres observando los movimientos del arte militar terrestre y maríti-

mo; —mientras el arma modelo de todas sea, decimos, un descubrimiento que, á pesar de los tesoros y el tiempo trascurrido, no pasa todavía de la categoría de ensayo; mientras se hacen evoluciones científicas é industriales para afinar un cañon que hoy no se parece en nada al cañon que nos asustó tres años hace, lo cual prueba que el susto fué perfectamente gratuito; mientras otras razones de más peso que las diplomáticas y de efecto moral no justifiquen las ventajas que los armamentos novísimos puedan tener para el ataque y defensa de las naciones, ¿será cuerdo, será prudente, será patriótico invertir los recursos del presupuesto, separar de las empresas útiles y reproductivas los enormes capitales que exigen esos decantados inventos, nacidos tal vez hoy para morir mañana? ¿Habrá hombre reflexivo y prudente que se deje arrastrar por la falsa conveniencia de una idea emitida allí donde hace falta, aclimatada donde es útil, sostenida á toda costa en los únicos países donde puede ser necesaria, pero absolutamente estéril para las nacio-

nes que ni llevan ni les acomoda llevar la primacia en los destinos del mundo?

Tales son las consideraciones sobre que nosotros queremos hacer fijar la atención con este estudio, que ahora vamos ya á suspender, no sin reservarnos el exámen de las otras armas de la guerra, y lo mucho que puede y debe decirse sobre la magna cuestion económica de los armamentos navales.

XIV.

CONTINUAN LAS ARMAS DE LA GUERRA.

La libertad absoluta de la industria, que es una de las grandes conquistas del siglo presente, ha traído consigo otra gran conquista, peculiar también de este mismo siglo, que es la libertad absoluta de mentir. Como todo el que inventa y construye alguna cosa es libre de entregarla al mercado y uso de las gentes sin exámen ni aprobacion alguna, todos los constructores é inventores, por consecuencia, necesitan proveerse de una dosis de charlatanería y embaucamiento, adecuados á la invencion que pretenden propagar. Como en los países esencialmente libres, Inglaterra y los Es-

tados-Unidos, por ejemplo, se permite además que un maestro de obra prima se dedique á constructor de buques, por aquello de que no deja de haber analogías entre un zapato y el casco de una fragata, es preciso también que el zapatero aguace su magin á modo de lesna, y corte su pluma con el fino respunteado de una chinela de baile, para persuadir al público de que barcos y zapatillas son sinónimos, y de que así puede andarse con las segundas por tierra, como volar por los Océanos á bordo de los primeros. Como la libre discusion y el libre exámen, en fin, han traído entre sus infinitas é inapreciables ventajas la gran contra de que todo el mundo pueda discutir y examinar, cuente ó no con los elementos necesarios para ello, apenas hay absurdo ó majadería que no halle fácil defensa, cómoda propaganda y numerosa hueste de admiradores. Todo lo cual, si bien traerá consigo, como aseguran los filósofos del porvenir, una era de claridad y recto juicio cual nunca ha conocido la historia, produce hoy, para los pensadores del presente, confusion y embrollo de tal

magnitud, que en la mayor parte de las cuestiones se camina sin brújula, ó como dice el vulgo, sin saber á qué carta quedarse.

No en otra cosa consiste el furor desatado de algun tiempo á esta parte entre ingleses de acá y allá por exhibir armas y pertrechos de guerra que asombren á propios y confundan á extraños; porque como la mercancía está de moda y produce gran cantidad de doblones, menester es aprovecharse de las circunstancias en uso de los derechos imprescriptibles de la libertad de la industria. Es, pues, infinito el número de industriales que en la Exposicion de Londres han presentado sus armas. La gran mayoría ofrecen una plancha y un cañon: el cañon destroza todas las planchas conocidas, y la plancha no puede ser destrozada por ningun cañon de los existentes. Tal es el tema.—Poco importa que las matemáticas y la química y la mecánica no tomen parte en estas invenciones ó reclamen la posicion fiscal contra anuncios imposibles; el hecho es que la plancha aparece destrozada, el cañon

erguido como telescopio formidable, y la multitud cercando el trofeo con los ojos espantados, creyendo de buena fe que el que compre aquella terrible máquina reinará sin rival en mares y campamentos.

Entre los muchos predicadores de la destrucción eficaz del género humano, descuella ciertamente un hombre superior, á quien la industria debe útiles y bellísimos descubrimientos, el cual, dedicado ahora á *Júpiter* de Inglaterra, que es el oficio más lucrativo y la denominación que consideramos más adecuada, presenta un cañon á que ha dado su nombre: se llama Whitworth. — Mister Whitworth ha asombrado al mundo científico con sus proyectiles y sus cañones. Mecánico insigne que va quizá á la cabeza de los constructores de hierro de nuestros días, reúne á su especial ingenio para la innovación, un arte singularísimo de manufactura que nadie se atrevería á disputarle. De sus talleres ha salido una plancha de hierro que admiran inteligentes y profanos, la cual tiene suspendido en el aire un taco del mismo metal, cuya superficie superior al ponerse en contacto

con la inferior de la plancha produce el vacío absoluto, y por consiguiente la cohesión de ámbos cuerpos como si fuesen uno solo. La exactitud de sus tornos, la proligridad de sus limas, el inconcebible bruñir de sus niveles, ha realizado en el órden de la mecánica el milagro que se refiere de Mahoma; y al suspender los cuerpos por la nivelacion de sus superficies, ha suspendido el ánimo de sabios é ignorantes que lo contemplan.

Pues bien: ese hombre ha inventado, ó por mejor decir perfeccionado, porque Whitworth inventa poco, el mejor cañon de todos los cañones. Su alcance es prodigioso, su fuerza colosal, su condicion destructora increíble: no adolece de los defectos del cañon Armstrong en cuanto á la contingencia de reventarse; su mecanismo de construccion es más sencillo, sus pruebas responden todas á los ofrecimientos del autor. Pero ¿servirá para algo la máquina Whitworth? Esto es lo que niegan los hombres de la práctica, á pesar de la admiracion de los hombres de la ciencia.

El cañon Whitworth es un cañon mate-

mático, un arma de precision no ménos delicada que cualesquiera de esos instrumentos geodésicos ó astronómicos. La más leve desperfeccion, una rozadura, un pequeño obstáculo que se tercie en la carga, un golpe, inutilizan este portento del arte mecánico. Los azares de la guerra serian azares para el arma; una fábrica, un taller y un ingeniero deberian ir detrás de cada pieza si se queria responder del uso de estos cañones. El arte de pelear contra ellos podria reducirse á sobornar á uno de los mozos que llevan las balas, ó á destruir cualquiera instrumento de los auxiliares: poner fuera de combate al director del fuego, equivaldria á clavar una batería de sitio. Whitworth, para decirlo de una vez, ha inventado, no un cañon, sino una verdadera máquina balística para tirar proyectiles en un campo de pruebas, y producir el asombro, el terror y la admiracion de los circunstantes. Bajo el punto de vista moral, el cañon-Whitworth excede en condiciones al cañon-Armstrong: bajo el punto de vista práctico, es quizá el segundo superior con ventajas sobre el primero.

¿Qué importa, pues, dados estos antecedentes, que uno y otro cañon, así como los que les imitan, rompan planchas de hierro de cinco pulgadas de espesor, y derriben blancos á considerables distancias, y echen á pique navíos podridos en los puertos? ¿Han variado por esto todavía las condiciones de la guerra? ¿Se debe temer hoy por hoy la destruccion de las armadas y los ejércitos antiguos? ¿Será prudente arrojarse con infantil ceguedad á exponer la fortuna pública en ensayos que maldicen secretamente los mismos que los están haciendo?

Y ahora que nombramos la fortuna pública, será conveniente que nos ocupemos de la gran sangría que han inventado hacerla los modernos innovadores de la marina militar.

Conocido es de todos el inmenso coste de los nuevos barcos de guerra; sabida la aficion que se ha despertado por construirlos; vulgar la creencia de que las naciones deben poseer muchos y bien acondicionados buques de esta clase, así como las fábricas y talleres necesarios para produ-

cir los elementos de su construccion. De extrañar será, por lo mismo, que nosotros al volver de Chatham y de Woolwich, donde con un ardor verdaderamente *vulcánico* se están haciendo á docenas, no participemos de esa febril ansiedad con que los hombres políticos claman por que todos los Estados de Europa como de América, medianos y pequeños, influyentes y retraídos, se provean de estas fortificaciones flotantes, aunque para ello haya que distraer de la agricultura y de la industria, de la instruccion y del fomento públicos, los fabulosos capitales que se necesitan.—Hombre hay que considera inútiles todos los barcos conocidos ante la incógnita fantasma de los que están en la mente del innovador: político conocemos que cree de buena fe en la necesidad de quemar nuestras naves, destruir nuestros astilleros, cerrar nuestras escuelas náuticas, deshacer nuestros diques, y fijar exclusivamente la atencion en las naves, astilleros, diques y escuelas donde se fabrican los barcos acorazados.

Mentira parece que el oropel deslum-

bre los ojos y el entusiasmo ofusque el entendimiento hasta el punto que en estas cuestiones los vemos deslumbrante y ofuscador. — ¿Qué es un barco acorazado? (preguntamos nosotros). ¿Es acaso una invención tan nueva y tan extraña que no haya objeto humano con que pueda comparársale? ¿Es algo tan agudo y sutil que se resista al exámen filosófico, y sea menester juzgar de ello por impresiones? ¿Participa de tales cualidades técnicas, que el profano en las armas y en los mares no pueda juzgar de su presente ni prever tampoco su porvenir? — Meditemos un poco sobre esto.

El barco acorazado, ó como si dijéramos, el barco de la civilizacion, tiene su historia escrita en el hombre de la barbarie. Jamás se ha prestado al estudio un paralelo semejante al que ofrecen el hombre primitivo que pelea, y el último barco que la ciencia ofrece al combate de las naciones.

Cuando los hombres pelearon por la primera vez, que fué sin duda á poco de encontrarse, uno fué el agresor, otro ne-

cesariamente el acometido. Desnudos ambos, las manos hubieron de bastarles, á este para detener la agresion, á aquel para herir con sus propias uñas á su rival. Viéndose herido, por ejemplo en el pecho, que es lo más presumible, arrancó cortezas de los árboles y se las colocó en el sitio flaco á guisa de coraza; lo cual, visto por el agresor, le indujo acto continuo á cortar una rama del mismo árbol y sacarle punta para poder taladrar con ella la coraza y el pecho de su contrario. Ineficaz entónces la corteza leñosa, el hombre de la defensa inventó cubrirse el pecho con lajas de pedernal entrelazadas en pieles de animales; y entónces asimismo el hombre de la agresion cambió la punta en porra, y contundió las carnes de su vecino. Agúzase el ingenio, el hombre trabaja los metales y se cubre de hierro; pero el que ántes atacaba, coge tambien el hierro en forma de dardo, y asesta tiros eficaces al corazon del que nunca se juzgó más seguro. Anda el tiempo, y con él la industria de pelear: el guerrero lleva sobre la carne cota de malla, sobre la malla armadura,

bajo la armadura piel, en las piernas botas escamadas, en las manos guanteletes, sobre la cara una reja, sobre el colodrillo crin: el cuerpo humano se hace invulnerable por el cuchillo, por la espada, por la lanza, casi por todo; y entónces, no un hombre, sino la necesidad, inventa la pólvora. Todavía el genio de la defensa concibe nuevas industrias de seguridad, y viste de hierro al caballo, y redobla el grueso de la armadura, y funde el casco y los perniles, y las manoplas y la celada: presenta un blanco indestructible al montante, al hacha, al mosquete: el hombre del ataque se ve perdido en sus recursos, recibe ofensas y no puede contestarlas, es atacado á su vez y no puede defenderse; pero reflexiona, estudia, observa; y meditando los movimientos de su rival, calculando su peso, deduciendo su resistencia, y sumadas las probabilidades de un ataque formal con las de un ataque estratégico, resuelve no enristrar la lanza, ni esgrimir el montante, ni encender el mosquete, sino otra cosa más obvia y más ligera: ponerle una paja delante de los piés

al adversario, hacerle caer y reírse á carcajadas de su impotencia.

Tal es la historia viva y clara de la guerra del hombre, desde el principio del mundo hasta nuestros días; en los cuales la industria, que ha llegado á una perfeccion asombrosa, el arte á un adelanto sorprendente, los recursos á una altura increíble, han venido á dar por término que el soldado de á caballo se quite el casco y la coraza para pelear, el granadero la gorra de pelo, el cazador las polainas, el general el sombrero y la espada, que se ponga sitio á las ciudades aproximando los cuerpos á sus muros, y por último, que se tomen las plazas fuertes con escalas de cordel y á la bayoneta.

Pues bien: el hombre que sabe perfectamente esta historia; el político que se rie de las costosas é inútiles evoluciones verificadas en los siglos bárbaros para conseguir fines que hoy alcanza un papel bien escrito; el filósofo que no concibe la ceguera de una época en que se fiaba á la fuerza resistente más que á la fuerza de acción el triunfo de las ideas trascenden-

tales; todos los que en mayor ó menor escala anatematizan con un libro en la mano los torpes recursos de la infancia del arte militar, son los que hoy, tratándose de barcos, defienden la teoría y realizan la idea de vestir primero al combatiente con cortezas de árbol; entrelazarle pedernales despues; cubrirle de hierro más tarde pecho y espalda; fundirle casco por último, y proveerle de calzas escamadas para las piernas, y guantes de doble acero para las manos, y crines para el colodrillo, y rejjas para los ojos, y enorme peso por toda la circunferencia; olvidando la caza del elefante á quien el indio no persigue ya ni con el dardo, ni con la lanza, sino cortando durante el dia el tronco donde ha de echarse por la noche, y viniendo despues á cogerle en el suelo boca arriba é inerme, abrumado por la pesadumbre de sus lomos y la falta de juego en sus articulaciones.

Risa nos causaba á nosotros el asomarnos al puente del *Hércules*, de ese navío de 90 cañones que los ingleses construyen en Chatham; navío todo de hierro que ha

de montar máquina de 1.500 á 2.000 caballos, y llevará planchas exteriores de cinco pulgadas de grueso, alma de roble de cuatro piés y medio de espesor y otra plancha de cinco pulgadas detrás; monstruo famélico que se traga millones de reales como virutas de hierro arroja al construirle; creacion vertiginosa de la soberbia ó del miedo del hombre, que ambas ideas suelen ir siempre juntas, acordada para envalentonamiento de naturales y terror de extraños; enorme tributo pagado á la populachería de los tiempos modernos, que exigen títeres á la mecánica y á la física y á la astronomía, como si la astronomía y la física y la mecánica fueran cosas de broma; titán de la marina militar inglesa, ideado para asombro del emperador de Francia, y apaga-brios de los zuavos de Argel; pero titán de quien creemos firmemente, porque así lo dice la historia y la filosofía y el sentido comun, que ha de poderse burlar en su tiempo un queche marín de la matrícula de Cataluña armado en corso.

Sí: es imposible que lo que fué mentira

en el siglo x sea verdad en el siglo xx; es imposible que á la astucia, á la pericia, al valor del hombre civilizado, se opongan con ventaja el muro de hierro, el baluarte de los pinchos, el ariete de la mole de piedra. Ha pasado la ocasion y el lugar de encastillarse para reñir: hoy, á pesar de los Sebastopol y de los Cuadrilátero, se deciden las cuestiones en Inkerman y Solferino, cara á cara y cuerpo á cuerpo, con los despachos y notas primeramente, con la intervencion oficiosa despues, con el paso de ataque y la bayoneta en último extremo. Figurarse que hay amalgama posible entre la franqueza de ahora y el monastiquismo militar de entónces, es un disparate: creer que será mas fuerte el que lleve más hierro, es una inocentada.

Pero ¿es que se han vuelto locos ingleses, franceses y norte-americanos? ¿Es que nadie ve las cuestiones claras más que los que sostenemos esta opinion?—Lo primero es increíble; lo segundo seria harto soberbio. Debemos explicarnos.

Hay dos clases de naciones: las que van delante en el progreso del mundo y las que

van detrás aprovechándose del progreso. Las primeras tienen ciertos deberes dispendiosos, por lo mismo que disfrutan de grandes ventajas satisfactorias; y entre esos deberes, de conveniencia además, es el mayor de todos no perder punto de cuanto pueda contribuir directa ó indirectamente á sostener la bandera del adelanto, que es á la vez la enseña del predominio. Si este adelanto es útil en su primer instante, las naciones favorecidas lo saborean primero como con indisputable razones corresponde; pero si no produce frutos inmediatos; si léjos de ello ocasiona molestias y sacrificios onerosos, las naciones favorecidas son tambien quienes exclusivamente deben sufrirlos, que al fin se llevarán la gloria del intento y los mayores productos del resultado.

La cuestion, pues, debe reducirse á punto de partida: ¿se trata de una nacion de primer orden? Entónces es preciso arrojarse ciegamente en el dédalo de los cálculos y proyectos extravagantes; emplear la fortuna hasta con la evidencia de que va á perderse; soñar con la acalorada fantasía

de los visionarios, y hacer creer que se participa de su fe; deslizar, en fin, la mano en el globo de las treinta mil bolas, por si se toca más tarde ó más temprano con el premio grande. — Pero ¿se trata de una nacion rezagada? Entónces el deber, la conveniencia y hasta el cálculo exigen que se espere á pié firme el resultado de ajenas investigaciones; que se pesen con calma el bien y el mal que resulta á los otros en el confuso laberinto de sus proyectos; que se reciba, en una palabra, la leccion aprendida, pues si al cabo dirán que ellos la enseñaron, justo es no estudiarla sino con los puntos y comas puestos en su lugar.

Por otra parte, las naciones saben anticipadamente cuándo y con quién han de combatir: las guerras no cogen de sorpresa más que al vulgo; y el hombre de gobierno, que tiene en la mano el timon de los intereses de su país, conoce bien las armas que le bastan para defenderse. — España, por ejemplo, ¿espera en este siglo una guerra marítima? De ningun modo. No es fácil hablar sobre estas cuestiones; pero el buen sentido del lector suplirá nombres

propios y verá que los españoles no podemos tener guerra sino con enemigos débiles, á quienes dominaríamos de cualquier manera, ó con enemigos fuertes, en cuya tarea seríamos ayudados por el mar. Nuestra nacion, á quien han dado en llamar de memoria esencialmente marítima, no es en este siglo sino esencialmente terrestre: la marina española ha de ser abrigo y locomocion de nuestros soldados, pero no maquinaria de combate: el combate marítimo se lo disputarán exclusivamente tres pueblos de la tierra durante mucho tiempo; y los demás tendrán hartos que hacer con sacar partido de estas luchas, y defender su inmovilidad con naves de transporte y tropas de desembarco. Esto es lo cierto.

Hay, pues, naciones que necesitan oropel de armas, ruido de barcos, fantasma de fortalezas; pero es por que hay otras naciones que propenderian á arrancar el cetro de sus rivales, desde el momento en que los vieran dormirse en la confianza de antiguo y consuetudinario poderío. Otros países mientras tanto necesitan equilibrar

su poder con los que les son iguales ó inferiores en fuerza por idénticas razones de las dichas; pero de esto, que es lo razonable, á querer competir con quien posee un rango diferente en el orden gerárquico de los pueblos, media una distancia que la reflexion permite medir con claridad.

Dejemos á los pueblos privilegiados el costoso deber de derramar su hacienda en fábricas y astilleros fantasmagóricos. Más de dos millones de duros cuesta cualquier barco blindado: con esa suma se construyen próximamente tres fragatas de primera clase. El uso de aquellos es exclusivamente el de la guerra activa y de cañonazos; no el uso del respeto (porque hasta ahora infunden poco), no el uso del transporte, no el uso del auxilio, no el uso de la defensa pasiva: horadar ó ser horadado, hé aquí el uso probable de esos mónstruos. En cambio las naves regulares perfeccionadas, esas naves que cortan la distancia con celeridad, que llevan las provisiones en gran número, que conducen las tropas con holgura, que defienden los intereses con eficacia, que enseñan el pabellon con prontitud,

que abrigan al comercio con paternal interés, — esas naves ni son viejas ahora, ni lo serán nunca; ni son débiles al presente, ni lo serán tampoco en el porvenir.

No nos oponemos á que nuestra patria cuente, como cuenta ya, con elementos para formar dentro de poco una escuadra á la moda: ni ¿cómo habiamos de oponernos si la corriente arrastra, y el patriotismo aconseja no quedarse atrás en la duda de si se anda? Pero á lo que tienden estas observaciones, salidas de poco autorizado conducto, mas no de ligera impresionabilidad, es á dar la voz de alerta ante un escollo en que pueden tropezar y estrellarse los más rectos propósitos, á distraer la fortuna pública en una sima donde se están hundiendo los tesoros de naciones poderosas, á destruir la errónea creencia de que muchos cañones grandes y muchos barcos de hierro empujarán á España en su rápido camino de progreso; pues abrigamos la convicción, por el contrario, de que España correrá su admirable y progresiva carrera con muchos cañoncitos como los que de Trubia habia en la Ex-

posicion de Londres, y con muchas fragatas de roble como las que diariamente se desprenden de nuestros arsenales.

Este es al ménos nuestro leal saber y entender, sobre una materia de la que, en verdad, sabemos y entendemos muy poco.

XV.

LAS ARMAS DE LA PAZ.

Acabamos de recomendar á España mucha parsimonia en sus aprestos de guerra, así terrestres como marítimos, para que no se vea en el lamentable caso de otras naciones á quienes la avaricia de preponderancia militar tiene hoy en graves apuros económicos, á más de los apuros no insignificantes de la vergüenza pública. Recomendábamos cañones pequeños de hierro y barcos grandes de madera, como recurso probado para salir de las actuales empresas y prepararse á las mayores que debe exigir nuestro engrandecimiento; cuidándonos muy poco de esas decantadas y

célebres invenciones que da á luz cada dia la industria diplomática, sin que el éxito justifique los dispendios que ocasionan, ni los tremendos resultados que se vociferan. No lo hemos dicho todo, ciertamente, pues hay materias que exigen mayores proporciones y tono distinto del de una correspondencia epistolar; pero á lo ménos hemos sentado las bases de un raciocinio extenso sobre el asunto, que otros con mejor conocimiento de causa podrán exponer á la consideracion de quien corresponda, si es que se necesita.

Antes de olvidar este tema, sin embargo, queremos decir algunas palabras sobre las fortificaciones de fronteras y costas, así como sobre otros particulares de guerra que se han presentado en la Exposicion. Hecho esto, hablaremos de las armas de la paz.

Las fortificaciones permanentes son uno de los gastos mayores que se recomiendan hoy al presupuesto de los Estados. Siempre fué la defensa material motivo de dispendios considerables, áun en las épocas que la debilidad del acometimiento facili-

taba los recursos del defensor; mas ahora que el ataque ha redoblado sus bríos y la estrategia alcanzado puesto entre las ciencias casi exactas, es inconcebible el coste de las fortificaciones permanentes, así como dudoso el éxito y utilidad de los grandes trabajos que reclaman. En efecto, la historia militar nos muestra dos datos elocuentísimos que deben servir de guía á los encargados de sostener la integridad de las naciones: primero que no hay fortificación que deje de necesitar reconstruirse en las épocas de su defensa, lo que equivale á decir que tras de la dudosa conveniencia de que existan el mayor número de las fortificaciones, viene la aún más dudosa utilidad de que sea fructífero el dinero que se emplee en conservarlas listas para el servicio. Añadamos á esto que diariamente se modifican los recursos de ataque en términos de quedar en ridículo para tal proyectil ó escalamiento la fortificación que se hizo para tales otros, y tendremos mucho que pensar ántes de decidirnos á invertir la fortuna pública en este género de seguridades.

España especialmente no ha recogido nunca el fruto de sus parapetos de piedra: ellos han servido ó para fortalecer á extraños ó para amenaza y sacrificio de los propios. Gibraltar amurallado está en poder de los ingleses: en cambio Zaragoza abierta hizo temblar á los ejércitos de Bonaparte. Pasemos, pues, por alto una idea para la cual nos falta competencia, así como nos sobrarian seguramente adversarios, y fijémonos en los proyectos de la Exposición.

Dos son los principales presentados, y ámbos á dos ofrecen mucho de notable, el uno porque tiene por novedad la defensa de los fosos con casamatas subterráneas para artillería, lo cual, al decir de los jóvenes ingenieros, sería muy conveniente si la pólvora no hiciera humo y ahogase á los sirvientes de las piezas, por cuya razón se ha desistido de ello siempre que se ha intentado; y el otro, más original y más aceptable, pero lleno de dificultades hasta ahora. Consiste este en reforzar con hierro los muros para hacer los fuertes inatacables como los barcos; sistema que acepta-

ron con frenesí los Comisarios de la defensa británica, si bien no han conseguido realizar por los obstáculos materiales que se oponen á su adopción. Y es que en los papeles se presentaba muy fácil y muy seguro; pero al llegar á la práctica, ni el hierro resiste á los cañones, ni la construcción presenta la solidez necesaria para el rudo servicio de las baterías. Los fuertes fronterizos á la isla de Wight y las fortificaciones de Plymouth, donde á la hora esta se verifican los ensayos, están siendo el cementerio de gran cantidad de oro, que en este último punto acaba de perderse por cuarta vez en solo un año.

Tan exiguas y dudosas como vemos son las novedades de fortificación presentadas en el concurso de Lóndres; pero así y todo, demuestran que hallándose en vías de reforma radical, es aventurado por lo ménos decidirse á perseverar en lo antiguo, tanto como arrojarse en innovaciones que hasta el día no producen más que dispendios considerables.

Util ó no el sistema de defensa de piedra, y nosotros lo creemos poco, hay que

andarse con tanto tiento sobre él como sobre los cañones y los barcos, y dejar á los países ricos que nos enseñen á costa de su dinero. ¿No tenemos nosotros interinamente para acudir á cualquiera eventualidad fortificaciones de navarros y aragoneses, de catalanes y vascongados? Ellos han suplido con ventaja más de una vez los desmoronados parapetos y las desmanteladas fortalezas, y en último caso son á los que hay que fiar la defensa de la patria invadida, ó la dignidad del honor ultrajado. Si por desgracia esto nos faltase, todo lo demás nos estaría de sobra.

No miraremos ciertamente con la misma indiferencia ni los modelos de diques flotantes que tambien hubo en la Exposicion, ni el procedimiento por el cual se cambia en acero el hierro para los usos de la guerra. La primera de estas innovaciones tenemos el honor de que haya sido hecha para nosotros; pues aunque antes de los diques de Cartagena y de Ferrol ya se habia construido alguno para otra parte, su éxito fué desgraciado por carecer de las condiciones de la experiencia; mientras

que los nuestros, provocando la atención pública, han merecido los celos del Almirantazgo inglés, que en estos momentos los adopta para uso de sus arsenales. El magnífico dique de Ferrol, siquiera ejecutado por mano extranjera, es una obra que honrará siempre al país que la encarga, tanto como al pueblo que la ejecuta; y el voto unánime de los hombres estudiosos que cercaban el modelo de España, debe satisfacer sobradamente al introductor de este gran adelanto de la industria naval.—En cuanto al acero, Prusia es quien ha presentado los más hermosos ejemplares, y aunque materia cara y de no sencilla elaboración, ofrece tales condiciones de tenacidad, flexibilidad, dureza y lisura, que nadie ha vacilado en adoptarla, no siendo nosotros los últimos que la tengamos, pues es posible que á la hora presente se esté trabajando ya en las fábricas de Trubia.

Pero dejemos á un lado las armas de la guerra para tratar un poco de las de la paz, que son el principal fundamento de estas líneas: quizá el lector está echando

de ménos los contrastes, y áun deseoso de saber á qué llamamos nosotros armas pacíficas.

No dentro del palacio de Kensington, porque esto era imposible, pero sí al lado del palacio mismo, junto á su fachada del E., han existido en constante exposicion dos objetos de gran tamaño y visibilidad, cuya importancia casi nos atrevemos á encarecer como de primer orden entre las más trascendentales del concurso. Eran dos casas.

Hace bastantes años que en Inglaterra, como en todas partes, se agitaba sordamente una cuestion, de pacífico aspecto al parecer, mas á la que están ligados, no solo los intereses de la mayoría de los individuos que constituyen una nacion, sino la calma y el orden social de la nacion misma; y esta cuestion es la de inquietos. Por extrañas causas, que no son del momento presente, la tendencia del mundo moderno se dirige á constituir grandes centros de poblacion que recojan la vitalidad productora de todo el Estado;

como si los hombres hubiesen comprendido que la suma general de actividades reunidas, al paso que produce mayor cantidad de masa aprovechable, la produce también con menor esfuerzo y sacrificio. Así es que las poblaciones de orden secundario se van quedando desiertas; los campos se hacen mansión duplicada del propietario, que los cultiva por sí mismo y los habita también en períodos convenientes; el bracero se retira de las soledades, arrojado por las máquinas que simplifican las operaciones campestres, y atraído por las máquinas que centuplican la industria urbana; el hijo del labrador se replega á la ciudad en busca de la ciencia; el colono de escasos recursos vende su propiedad á los grandes cultivadores, para imponer su lote en más productivas empresas; la mujer sigue al hombre donde quiera que éste se refugia; el desvalido corre tras la opulencia, y hasta el haragan y el petardista huyen de los pequeños centros para hallar en los grandes cómodo campo á su vida insolente y regalona. Unido esto á la presteza y baratura de las comunicaciones,

á la frecuencia del correo, á la instantaneidad del telégrafo y á otras cien causas que han reducido y concentrado la actividad é inteligencia humanas,—ello es que el mundo parece que propende á formar naciones de un solo pueblo cuyas calles sean los caminos, cuyas posadas transitorias sean los campos, y cuyos puntos de enlace con los demás países sean los puertos que ofrezcan mayores ventajas topográficas para el comercio y la navegacion.

La prueba infalible de lo que venimos diciendo, está en que no siendo la acrecentacion de la especie mayor ahora que en otros siglos, y sí menor en muchas ocasiones, los pueblos centrales crecen, sin embargo, de una manera prodigiosa como la estadística del censo nos lo revela diariamente; lo cual no puede hacerse de otro modo que concentrando á expensas de despoblar, ó sea retirándose la poblacion sedentaria de la circunferencia al centro activo, de donde parte á su vez una poblacion activa que cubre ilusoriamente los campos en las épocas especiales de la labranza.—Madrid, Petersburgo, Viena,

Berlin, París, y sobre todo Lóndres, nos explican palpablemente esta tendencia moderna; Lóndres, que á pesar de la emigracion alarmante de Inglaterra en estos últimos años, ha crecido sin embargo, á razon de 30.000 casas en algunos de ellos!

Tan prodigiosa acumulacion de habitantes en un solo punto ha dado por inmediato efecto la carestía ficticia é injusta de los terrenos próximos á las capitales: un pedazo de tierra, que se vendia por fanegas para sembradura, se vende de improviso por palmos para edificacion; el pequeño propietario de pan-llevar se encuentra de repente capitalista urbano; los centros de las ciudades suben de precio al tenor del ensanche de la circunferencia; los recursos afluyen al mayor movimiento del artículo *casa*; la afluencia del numerario sobre una determinada especulacion no deprecia por el pronto la mercancia, sino antes bien la avalora y encarece con el ruido de la fama; todo, en fin, se conjura contra el pobre inquilino que no es libre de vivir ó dejar de vivir en poblado, y mucho ménos de escoger la poblacion ó

punto de su vivienda. Se establece, pues, una verdadera tiranía del propietario sobre el habitador, tanto más cruel cuanto que el uno invoca el sagrado derecho de propietario, mientras el otro no puede invocar el derecho no ménos respetable de la clientela industrial ó artística que consuetudinariamente acudia á su casa. Las clases proletarias duermen al descubierto ó en una pocilga; las clases ricas distraen la mayor parte de su renta en el estipendio de su habitacion; y en cuanto á las clases medias, esto es, la mayoría ó casi universalidad del país, ó carecen de todo por habitar casa decente, ó son llevadas de tiempo en tiempo á los tribunales por atrasos en la renta de inquilinato.

Verdad es que los economistas dicen á esto que la perturbacion es transitoria, y que el afan de edificar á que conduce la codicia del lucro, nivela en su dia la oferta y la demanda á los justos límites de la conveniencia pública. Pero el pueblo, que tiene una lógica más estrecha que los economistas, dice que áun cuando no duda de esa próxima nivelacion, le importa sin

embargo un bledo, siempre que dure el desequilibrio la época en que él necesita casa; por lo cual, agotado el sufrimiento, se lanza á las calles á pedirla en el son que el pueblo acostumbra usar cuando pide las cosas en la calle.

Hé aquí lo que los ingleses se apresuraron hace mucho tiempo á prevenir, con ese admirable instinto que distingue su política previsora y contemplativa. Ellos conocieron que el pueblo de Lóndres estaba amenazado de una crisis de viviendas, tanto más alarmante, cuanto más rápidamente crecía el precio de los inquilinatos. Las nuevas construcciones no satisfacían más necesidad que la de aumento de huecos, porque arregladas á las cláusulas modernas de comodidad y ornato, era forzoso alquilarlas á mayores precios que las antiguas. La clase media no podía costear casa: la proletaria se encontraba en la calle: muchas mujeres de buena vida contraían amistades perniciosas por proporcionarse albergue en la estacion de los hielos: la caridad se veía tan apurada como la policía para recoger de noche á los indi-

gentes desamparados: el cielo era demasiado ancha cubierta para cobijar á los que no tenían otra. Sentíase, pues, un malestar individual que estaba muy cerca de convertirse en calamidad pública.

¿Qué hacer?—Inglaterra no es un país donde se destapa el presupuesto para cubrir calamidades particulares. El estado proporciona impulsos indirectos que la nación está en el caso de aprovechar ó desperdiciar, según sus instintos de orden y trabajo. Allí no se estila acostarse á dormir y murmurar por la mañana del gobierno porque no ha traído pan á nuestra casa; y el que adopta esta moda se muere de hambre. Pero hay en cambio una aristocracia, un clero y una banca que van delante de todas las reformas, promoviendo empresas, prestando su cooperación personal para realizarlas, y entregando su dinero siempre que se necesita. El gobierno proporcionó elementos indirectos, tales como relevo de tributos, franquicia de derechos, remoción de obstáculos administrativos y otros del mismo orden, que fueron recogidos inmediatamente por quie-

nes tienen el deber y la posibilidad de recogerlos. El Príncipe consorte, esa gran actividad y esa gran inteligencia que la Inglaterra ha perdido cuando la estimaba más y cuando mayor falta hacia, se puso á la cabeza de una asociacion para construir edificios habitables, cuyo usufructo y propiedad recayesen luego en las medianas é ínfimas fortunas. No se iba á dar limosna, porque esto es un vicio de la caridad; ni á hacerle la casa á nadie, porque esto es un vicio de la administracion: se iba á facilitar el medio de que cada uno se hiciera la casa que necesitaba, y llegase á poseerla pagándola.

Una levísima cuota bastó á los asociados para abrir concursos de formacion de proyectos, elaboracion de materiales, sistema de acarreo y fabricacion, métodos administrativos, facilidades de reembolso, y cuanto exige un plan nuevo, basado en la economía y aprovechamiento de muchas pequeñas fuerzas que conspiran á un solo fin. Puestas á prueba de este modo las inteligencias de la nacion, se trató ya de excitar la codicia de los especuladores ofre-

ciendo llevar las casas á los terrenos que se ofreciesen por ménos precio, así como adjudicar los servicios de construccion á quienes los proporcionasen más baratos y en mayor abundancia. Despues se trató de la base moral sobre que debia erigirse aquel monumento, levantado en honor de las clases que trabajan y en justa compensacion de los desperfectos que acarrea la nueva forma que el progreso imprime á la humanidad.

Hay un proverbio inglés que dice:—*Tal será el pueblo como sea su vivienda*, y bajo esta enseña filosófica se acordaron los pormenores de la edificacion.—El pueblo se educa mal porque no vive bien: es descuidado en sus intereses porque no tiene fortuna que guardar; es poco culto en sus relaciones de familia, porque la familia ha sido para él una manada de seres humanos; es sucio porque no tiene agua; es enfermizo porque no tiene aire; es turbulento porque no tiene independéncia; es envidioso porque carece de lo que le sobra á los demás. Démosle, pues, una casa sola para vivir; aislemos los sexos y los estados; separe-

mos las familias en busca de emulacion; creemos tierra de cultivo para estimular el trabajo; procuremos los medios de salubridad aireando las viviendas, calentándolas en la estacion fria, surtiéndolas de aguas sanas; corrijamos las costumbres estableciendo independendia en los servicios domésticos; que la cocina esté lejos del dormitorio; que la habitacion de los padres no sea la misma de los hijos; que el lavadero no esté á la intemperie; que el secador facilite la ocasion de lavar la ropa. — Y el Principe Alberto y los Lores y las Ledys y los obispos y los comerciantes acaudalados discutian estos pormenores, que quizá estén produciendo risa en muchos de los que nos leen, con la detencion, con la copia de datos, con el gran pulso que por su trascendencia é importancia requiere cada cual.

A todo esto, los miembros de la asociacion no tenian que dar más que cinco duros cada año, ó mil reales por una sola vez, pues estos milagros se hacen con la inteligencia, con la voluntad, con el crédito.— Escogido el punto donde ha de levantarse un

barrio, la administracion lleva allí aguas limpias, desagües inmundos, gas, empedrados, aceras y policia ; este es su deber. La sociedad protectora lleva respetabilidad para que todos se fien de sus contratos, dibujos topográficos y de construccion, planos, presupuestos y muestras de materiales, vigilancia para la pureza de las labores, solucion para todos los problemas, facilidades para todos los inconvenientes, protectorado, en fin ; esta es su única necesidad. El pueblo lleva garantías fundadas en su trabajo ; oferta de pagar los alquileres comunes como pagaba ántes, obligacion de cuidar su casa y sembrar su jardin, renuncia de empeñarla ni venderla, obediencia al que le protege, gratitud, si quiere, al que le regala ; estos son sus dispendios.

Armonizados tales elementos, el oro viene despues á impulsos de este órden. Porque lo admirable del pensamiento, lo sencillo de la cuestion está en que el jornalero pagaba por dos veces lo menos, durante su vida, el precio de su casa ; y la sociedad no ha hecho hoy más que acogerse á

esta idea y utilizarla en bien del jornalero mismo, haciéndole que no pague más que una y que reserve despues los títulos de propiedad. El terrateniente, el fabricante de materiales, el constructor y el propietario son ahora el inquilino: él, al pagar el cánon de la antigua renta diaria, paga ahora un pedazo de tierra, seis ladrillos, un décimo de jornal y un centésimo de interés por el capital que no tuvo: el terrateniente provisional, el fabricante de materiales y el constructor, cobran en grandes masas ánuas el justiprecio de su trabajo ó de su hacienda; sirven á una colectividad representada por la asociacion y la sirven con lucro y con seguridad; prestan un oficio semejante al que se presta al comercio cuando se le ofrecen mercancías á noventa dias, á seis meses ó á un año fecha, con acumulacion del interés que corresponde. Nadie da nada, nadie recibe nada, nadie se perjudica en nada: solo la inteligencia es la que ha trabajado; la filantropía es la que debe envanecerse; la actividad y el celo son los que se regalan á montones.

Poco más de diez años cuenta de exis-

tencia la primera sociedad de esta clase establecida en Londres, y ya son infinitos los barrios que en toda Inglaterra se han construido para habitacion, no solo de obreros y trabajadores, sino para gentes de la clase media que viven hoy, gracias á método tan sencillo, con la mayor comodidad y baratura. Las sociedades se multiplican á la vista de estos hechos, y todo el mundo piensa en agenciarse un techo y un hogar; las ideas cunden con perfeccion nueva cada dia, y los pensamientos se ensanchan al tenor de las crecientes exigencias del mundo; no siendo la menor de todas las ventajas, esta de que las familias depositen su ahorro en una propiedad inmueble, que les da consideracion como jamás pudieron obtenerla.

Cuatro especies de casas se construyen por ahora: su precio varía desde desde 16,200 reales hasta 22,000; todas están aisladas unas de otras y son capaces para dos familias; todas tambien tienen su jardin, que no es menor que el perímetro del edificio. Su aspecto es decente y hasta bello; constan de planta baja y piso princi-

pal; las paredes son de ladrillo raspado, y las vigas de hierro fundido. La circunstancia de contener dos familias cada casa es inherente á la baratura de construccion, pero ambas viviendas son como dos casas distintas, sin otra comunidad que el vecindaje. Por 11,000 reales, pues, adquiere una familia la propiedad de un edificio habitable, bien repartido y ventilado, con jardin para verdura y para aves, sin vecinos que le estorben ó le fiscalicen, con condiciones de aseo y salubridad, en un barrio ordenado y pintoresco, con cuantas condiciones, en fin, puede apetecer, no un menestral de escasos recursos, sino un hombre que atraviese la vida con desahogo y abundancia.

Esto es lo que ha proporcionado la sociedad con el pequeño sacrificio de cien reales que cobra á sus miembros cada año: estudio de proyectos, afinacion de materiales, baratura de construccion, industrias de ornato, todo lo que se necesita para reunir un gran conjunto que pueda utilizarse con recíproca economía en pequeñas proporciones. Baste decir que á los

que desean edificar en terreno propio ó por su cuenta, se les facilitan los planos y proyectos arquitectónicos por veinte y cinco reales solamente, teniendo además un museo abierto y una administracion facultativa á sus órdenes para resolver todas las dudas, dar todas las noticias, y expedir todos los auxilios que sean necesarios al logro de su empresa.

Véase si con razon decíamos ántes que las casitas colocadas al E. del palacio de Kensington eran uno de los más preciosos ejemplares que la industria moderna habia llevado á la Exposicion de Lóndres; y si el asunto es digno de estudio á la vez que de la más pronta y ejecutiva imitacion por los que en España ocupan puestos equivalentes á los del duque de Marlborough y el arzobispo de Cantorbery, que son los que han sustituido al Príncipe Alberto en la direccion de la sociedad.

Porque si los ingleses han considerado que sus clases medias necesitan viviendas que las regenerasen; si ellos han tenido por inminente el riesgo de una colision entre inquilinos y propietarios; si ellos han

proclamado la perentoria obligacion en que todo el mundo está de contribuir á que se resuelvan estas cuestiones, —¿qué podremos decir nosotros, míseros habitantes de esa estantería llamada casas, inquilinos apocilgados de esos compartimientos de cascote que se cotizan á real el pié, víctimas de la indiferencia de la administracion, de la desidia propia y de la codicia ajena? ¿Qué diremos nosotros de nuestras clases proletarias que viven, ó por mejor decir, mueren á teja vana, con 40 grados de diferencia en la temperatura de seis meses, guisando donde duermen y durmiendo los unos sobre los otros, atormentados por el casero que se lleva la mitad de su jornal, comidos de vichos y miseria, embrutecidos en la vida impudorosa del revoltillo, y amenazados de la infeccion, del incendio y de las inundaciones?

Es necesario subir á los quintos pisos de las casas céntricas de Madrid, y entrar en los corrales de vecinos de los barrios bajos (que son un símil de las casas y barrios de nuestras provincias populares), es menester, decimos, examinar personal-

mente las viviendas de nuestro pueblo, para comprender toda la urgencia con que esta cuestion de inquilinatos llama á las puertas de la sociedad. Es menester saber que casi nadie puede pagar la habitacion en que vive, y que casi nadie vive con decencia y desahogo correspondientes, para avergonzarse del atraso con que caminamos y de la crasa ignorancia que tenemos acerca de las condiciones sociales y domésticas.—*Tal será el pueblo como sea la casa en que vive*, dice el adagio inglés; y los ingleses hicieron este refran porque ellos viven cómoda y decentemente, cada uno en su casa, cada casa compartida en el órden que la familia requiere para su aposentamiento, cada individuo aislado, y todos juntos en las ocasiones propias de la sociabilidad. Al verse ellos en posesion de estas preeminencias que ningun pueblo puede disputarles, volvieron la cara á sus trabajadores y gentes desacomodadas, cuya suerte era bien distinta; y entonces comprendiendo la hiel que podria crearse con las comparaciones, ya que no el deber caritativo en que estaban de equilibrar

hasta lo posible al productor con el propietario, emprendieron esa magnífica tarea en que se ocupan con tanta perseverancia de dotar de habitaciones sanas, espaciosas y baratas á su pueblo indigente y trabajador.

Pero nosotros estamos al principio en estas cosas como en tantas otras; y no solo tenemos que volver la cara al pueblo pobre, sino que la crisis amenaza lo mismo al pueblo rico. La cuestion de inquilinatos es hoy en Madrid una cuestion de vida ó muerte. Pocos saben, áun cuando muchos lo experimentan con dolor, que las casas de Madrid cuestan más que en Lóndres; aquí, donde un capitán de artillería tiene 12,000 reales, equivalentes, segun dicen, á los 30 que cobran allí. Una casa principal en Lóndres, en un barrio aristocrático y en buena calle, con tres pisos de alzada y otro subterráneo, con jardín espacioso, con agua corriente, y decorada con un lujo y comodidad interior de que en España no tenemos idea, cuesta de 20 á 30,000 reales al año. Una casa semejante en Madrid, si la hubiera, serviría para seis fa-

milias por lo ménos, y rentaria de 40 á 50,000 reales. No hay tienda en Londres que gane por hueco lo que ganan las tiendas de la Puerta del Sol. Pero ¿á qué cansarnos? ¿Qué embajador podria vivir en Madrid en una casa de 20,000 reales como la vive en Londres el Ministro de España?

Desde hace algun tiempo se agita ya la opinion pública entre nosotros sobre esta cuestion; pero todos permanecemos con los brazos cruzados esperando que caiga el maná del cielo. Los más activos suelen escribir una gacetilla excitando al Gobierno á que remedie el asunto. Pero el Gobierno no puede hacer nada en esto y desgraciado el dia en que, imitando á la Administracion francesa, providencie sobre lo que no puede providenciarse. El Gobierno lo que puede hacer, y ya lo ha hecho, es ensanchar los límites de la poblacion; puede hacer todavía llevar el agua hasta los nuevos límites, llevar el alumbrado, llevar la vía pública y los recursos municipales; puede hacer hasta lo que hacen las sociedades inglesas, llevar una iglesia y un establecimiento público para que sir-

van de apoyo á la poblacion. Pero ni áun así se harán nuevas construcciones; pues mientras dentro del perímetro antiguo de Madrid haya madrigueras de un piso que, gastando en ellas unos cuantos miles y á merced de elevarlas hasta el cielo, produzcan el 25 por 100 del capital, ni habrá construcciones ni habrá ensanche.—La cuestion es patriótica, y cuando el patriotismo y el interés se encuentran, no hay que preguntar por el vencedor: deliran los que intenten conducir al interés por la via del patriotismo; más lógico nos parece encauzar al patriotismo por la senda del interés.

La iniciativa ha de partir del público, formando sociedades y suscribiéndose á ellas, para que cada uno que cuente con algun recurso, pueda construir la casa de su habitacion. No haya miedo de que el punto sea distante: donde se vaya la gente, allí está el pueblo; donde haya desahogo y belleza y comodidad, allí estará Madrid.—Entonces desaparecerá la usura de los caseros; entonces bajarán sus pretensiones al compás del miedo que les infundan las

sociedades; entonces tendrán que contentarse por fuerza con la módica ganancia que es de ley; entonces podrá tenerse casa propia, abonando poco más de lo que hoy se abona por inquilinato; entonces Madrid dejará de ser una coleccion de jaulas; para ser una ciudad industrial en el centro y habitable en sus extremidades; entonces, por último, no podrá decir un inglés, como dice hoy cuando nos visita:—¿Tal es la vivienda? Tal será el pueblo.

XVI.

UNA EXPOSICION DE AGRICULTURA.

Un publicista francés, criticando la gran revista que el gobierno provisional de la República pasó en el campo de Marte de París en 1848, revista que, según el cálculo de los mariscales, ascendió á más de 400.000 hombres, decia que hubiera comprendido semejante multitud de armados si en vez de fusiles, bayonetas y sables como ostentaban todos, hubiesen hecho gala de pasear por delante de los reformadores modernos una coleccion de instrumentos industriales y agrícolas. Este espectáculo le parecia más propio de la revolucion del siglo XIX.

Y en efecto, para los que consideren paradógica la frase del publicista francés, por dudar, entre otras cosas, de que existieran arsenales donde proveer de armas pacíficas á tal muchedumbre de trabajadores, no habria sino asomarles al parque de Battersea en Lóndres durante los últimos dias de Junio, para que se maravillasen de la prodigiosa cantidad de máquinas y utensilios con que la inagotable inventiva del hombre ha dotado en estos últimos años á la agricultura. Allí [habia instrumentos, no para armar á 400.000 hombres, sino á dos terceras partes de los humanos; pues aún cuando el extenso recinto dedicado á esta especial exhibicion no contenia más que los modelos de los artículos que se habian inventado, con decir que estos eran 5,064 de diferentes géneros y aplicaciones, se habrá dicho las cantidades en reserva que tendrian inventores y fabricantes para ofrecer al inmediato uso del labrador.

¡Cinco mil sesenta y cuatro especies diferentes de máquinas y utensilios de labranza! ¡Pasmoso guarismo que apenas

figura, sin embargo, en la aritmética de los agricultores españoles!

En este arsenal de armas pacíficas es donde nosotros nos hemos acordado más de nuestra patria. — «¿Será posible (decíamos) que aquel hermoso país, tan rico en zonas fructíferas, tan abundante en terrenos privilegiados, tan fastuoso á veces en producciones de la naturaleza, no necesite ninguna de estas máquinas? ¿Será posible que estén tan equivocados estos ó aquellos labradores, los unos para no saber moverse sin estos utensilios, los otros para no poder moverse cuando los toman en la mano? ¿Será posible que las labores practicadas con estos instrumentos no sean mejores, más abundantes y más baratas que las que se practican con los primitivos y toscos de nuestro país, como cree la generalidad de nuestra gente del campo?»

Y nuestra imaginacion se perdía en conjeturas, meditando á veces en si toda aquella inmensa pradera cubierta de ingeniosísimas y sorprendentes máquinas, sería uno de estos *bazares* de juguetes de niños, abiertos al público para codicia de

padres y encanto de pequeñuelos, que la fantasía agrandaba por existir en medio de tan gran ciudad.—Pero recordábamos despues que al pasar por los campos de Picardia en Francia, de Folkestone en Inglaterra, de Waterloo en Bélgica, y generalmente por todos los campos de todas partes desde la vertiente del Pirineo, los labradores de aquellas comarcas, á más de diferentes á los nuestros por su traje, eran diferentes tambien por la forma de sus acciones sobre la tierra, por el utensilio que tenian en la mano, por la direccion que daban á sus movimientos.

De vez en cuando un peloton de mujeres cercaban una cosa como á modo de carro que se movia sin bueyes ni mulas, tras del cual los haces de mies brincaban del suelo para ir á caer dentro del vehículo. Otras veces una ráfaga de humo espeso se dibujaba por el campo, corriendo en direcciones oblicuas tras de un trabajador que parecia montado en la chimenea de una estufa. Al borde del camino, dos chicuelos jugaban como á pasearse el uno al otro sobre unas tablas, debajo de las cuales

desaparecían las matas secas de los rastrojos, como si una mano oculta se las llevase con mágica presteza. Aquí, una especie de manga regaba la semilla; allá, una especie de sable degollaba el fruto: por todas partes, decíamos, las acciones y los movimientos eran extraños; pero ¡cosa rara! los campos parecían jardines; la vegetación potente y vigorosa contrastaba con lo endeble y pálido del terreno; ni una colina, ni un bache, ni una ladera dejaban de pagar su tributo de producción al dueño de la heredad; los animales campestres, circunscritos al lugar en que no eran dañosos, pacían con absoluta independencia de árboles y sembrados; las tablas de frutos diferentes estaban cortadas con la vistosa simetría y estudiada igualdad con que los malos pintores dibujan los países; más de una vez nos hicieron la ilusión aquellos campos, de que una señorita salía por la mañana con sus tijeras á igualar las puntas de las matas, mientras otra detrás les sacaba lustre con un pañuelo de *nipis*.

Y no hay que burlarse de nuestra figu-

racion, pues es preciso ver los campos de Inglaterra, observar su cultivo, seguir las inflexiones de su laboriosa compostura para poder formarse idea de lo que la civilizacion, el trabajo y los medios mecánicos producen sobre la tosca y accidentada corteza del globo.— «Si estos hombres (volviamos á decirnos), en vez de un terreno ingrato y de naturaleza casi estéril; en vez de un clima cruel, cuyas intemperies son igualmente hostiles á criaturas y sembrados; en vez de esa capa de zinc que les cubre el cielo, obligándoles á fabricar el sol con esponjas subterráneas y braseros de carbon de piedra, tuviesen tahullas como las de Murcia, fanegas como las de Castilla, hazas como las de Andalucía, robadas como las de Navarra, y un sol, un aire y una luz como los de España toda, ¿qué harian? ¿qué producirian? ¿qué tesoros no extraerian del seno de la tierra?»

Adelantémonos á protestar contra un dicho de origen bárbaro que anda de boca en boca para contestacion de esas preguntas.— «Si ellos tuvieran ese sol y ese campo y esa riqueza madre (dice el vulgo) harian

poco más ó ménos lo que nosotros: tenderse á la bartola mientras nace la fruta, y comérsela despues para dormir en seguida.»

Pero ¡qué error tan grave encierra esa vulgar proposicion!—Nosotros hemos podido oirla desde hace mucho tiempo sin protestar enérgicamente contra ella, porque estábamos incomunicados con el resto del mundo; y el mundo que no paraba mientes en nosotros, lo cual, léjos de envanecernos por lo que ello tiene de independencia, debe más bien lastimarnos por lo que significa de desden, dejaba que existiéramos como los países amurallados, que, en cambio de una tranquilidad ignorante, gozan al parecer de una falaz abundancia. Pero en cuanto el comercio de la civilizacion y las comunicaciones de la cultura social rompen las murallas de los pueblos, como se han roto nuestras murallas; en cuanto el visible progreso de nuestro país nos llama á la comunion de las naciones prósperas y opulentas, lo cual, si tiene mucho de placentero, tiene más todavía de útil y beneficioso;—entonces vienen de fuera á llevarse esa hermosa fruta que

les falta para consumirla en cambio de otros productos, ó mejorarla y volvérsela á traer en cambio de nuestro propio dinero; cualquiera de cuyas extracciones minora la existencia y encarece el precio, dando por resultado que quien un dia pudo dormir en la confianza de que al despertar se encontraria la fruta pendiente del árbol sobre su boca, despierta hoy con la sorpresa de que entre su boca y la fruta está el cesto del comerciante, que se la lleva toda entera á donde la pagan.

No, no hay riqueza donde hay abundancia, ni es nacion rica la nacion fértil, como esta abundancia y fertilidad no estén acompañadas del trabajo del hombre. El trabajo es la única riqueza positiva, tanto más, cuanto en mejores condiciones se emplee sin duda alguna, pero el trabajo siempre; pues la abundancia y la fertilidad sin él no constituyen la teoría de la civilizacion, sino la teoría de los africanos que comen harina y beben leche, la teoría de los asiáticos que comen arroz y mascan ópío, la teoría de los pampas de América que enlazan una rés y luego no tienen sal

para condimentarla. La Europa con ser ménos fértil que las otras partes del mundo, es la más rica porque trabaja más. España, con ser la nacion más fértil de Europa, es la más pobre porque trabaja ménos.

Un dia pudo decirse: «no trabajemos más de lo que necesitamos,» pero era porque estábamos solos: ahora estamos acompañados del concierto europeo y queremos disfrutar sus ventajas y consumir sus productos, y usar sus manufacturas, y obtener sus comodidades, y vivir con su desahogo, todo lo cual nos cuesta nuestro dinero ó nuestro fruto que es la misma cosa. —Hace veinte años que una fanega de trigo en Castilla valia 20 rs.: ahora vale 40 cuando está barato, y 50 y 60 y más en años de mediana cosecha: en cambio entonces el agricultor ganaba dos reales y medio y dormia en el establo, y ahora gana 10 reales y duerme en colchon de lana. Dentro de poco el trigo encarecerá más en Castilla, y el agricultor comerá carne todos los dias, y usará camisa blanca de algodón y pantalones de paño fino, y man-

dará á sus hijos á la escuela, para todo lo que necesitará 16 ó 20 reales de jornal; la abundancia del trabajo sostendrá estos precios; los brazos escasearán por consiguiente como ya escasean; se harán nuevas roturaciones y se necesitarán más brazos; se llevarán de Castilla mayor cantidad de trigo; vendrán de fuera mayores cantidades de dinero; crecerá, en fin, considerablemente la abundancia y la fertilidad, pero habrá un desequilibrio entre el precio de la mano de obra y el precio máximo del valor de las mercancías: ¿qué hacer entonces? ¿Devastaremos las tierras? ¿Cegaremos los canales que se están abriendo? ¿Pondremos una muralla en las fronteras para que los extranjeros no nos traigan la felicidad?

Entonces lloraremos por no tener máquinas, entonces maldeciremos de esa frase que se pronuncia hoy con la sonrisa de la satisfacción: — «¿Para qué trabajar si la naturaleza produce mucho?»

Las máquinas han venido en auxilio del hombre para proporcionarle ese aumento de trabajo que él necesita sobre el suyo

propio, con el fin de satisfacer sus necesidades. Al paso que una ayuda prodigiosa, son un nivelador justísimo de las exigencias extremadas: cuando el hombre ha pedido mucho por trabajar, viene una máquina que modera sus pretensiones; y nunca hay ni habrá más máquinas que las que se necesiten para esta nivelacion, porque el hombre no descubre nada hasta que lo necesita. Las máquinas, por consiguiente, no ofenden á nadie más que á la injusticia, ni producen daño alguno al trabajador; ántes bien le facilitan el trabajo y rinden mayores utilidades al dueño para que pague mejor ese trabajo mismo. Oponerse á las máquinas es una barbarie; no usarlas es un suicidio.

¿Por qué, pues, nuestros agricultores no las usan?

Apenas habrá país de Europa que presente fenómenos cosmológicos más variados que la península española. El célebre botánico valenciano Rojas-Clemente encontró en una distancia de pocas leguas desde Sierra-Nevada hasta Motril, en la provincia de Granada, casi todas las plan-

tas más notables de las regiones tropicales y de las alpinas. En ese mismo punto, y dando salida al riquísimo manantial mineralógico de Lanjaron, hay una montaña de muy mediana altura, en cuya cúspide crecen el castaño y el roble, y á cuya falda se cultivan el naranjo y el limonero. Un famoso profesor de la escuela de montes de Sajonia, Mr. Willkomm, que ha estudiado últimamente el sistema forestal de nuestra patria, admira en su informe la infinita variedad de climas, temperamentos y accidentes que ha notado en su viaje por España. La Junta general de Estadística, ese gran progreso administrativo de nuestro país, á quien tanto principia á debérsele, ha publicado en el Anuario de 1858 tres reseñas, geológica, geográfica y agrícola, suscritas por los señores Luxan, Coello y Pascual, cuya lectura basta para formar cabal idea de lo excepcionales, variadas y hasta absurdas, si nos es permitido valernos de esta palabra, que son las condiciones cosmológicas de la península, sobre todo para su aplicacion respecto á la agricultura.— Mientras las pro-

vincias del Mediodía y del litoral cultivan las plantas subtropicales, como la batata, la palma y aún el azúcar, las provincias del Norte tienen pobladas sus montañas de coníferas, de boj y de pastos. En cada una de estas regiones, además, las cordilleras subdividen los climas y por consiguiente los productos cosechables, alterando así mismo las prácticas y la época de las labores. Todo el país en general presenta tales diversidades agrícolas, que un código sobre la materia sería solo comparable á la empresa de confundir y amalgamar en uno solo todos los códigos y costumbres civiles de la nación. No en balde estos últimos son en tanto número, y no en balde también son tantos los dialectos de la palabra española.

Exponemos estos antecedentes para venir á parar en la única razón que dan nuestros agricultores cuando se les increpa porque no usan las máquinas.—«Las máquinas no nos sirven»—contestan sencillamente á la pregunta. Y en verdad que tienen razón; porque como no los hemos educado, como no saben nada más que la



práctica rutinaria de su trabajo antiguo, como no leen, como no viajan, como lo ignoran todo,—el más listo, el más codicioso ó el más revolucionario ha mandado por una máquina al extranjero, y si es de trillar no le trilla, si es de sembrar no le siembra, si es de escardar no le escarda.— «La máquina no me sirve (repite), yo gasto el dinero y no lo produce; mis capataces no la entienden, mis peones la estropean, mis colonos abandonan las tierras si les obligo á usarlas.»— Pero ¿por qué sucede esto? Ellos necesitaron una máquina para monte, y la recibieron para llanura; ellos necesitaron máquina para tierra fuerte, y la recibieron para floja; necesitaron máquina para Andalucía, y la recibieron para Galicia: no se teje lo mismo el esparto que la seda, es verdad; ¿pero acaso será mala máquina la de hacer esteras porque no hace pañuelos de *cachemira*?

Por otra parte le dais al hombre rudo que maneja el arado de Cincinato y la podadera de Noé una máquina que por sencilla y clara que ella sea es una máquina al fin, y quereis que sin preparacion ni es-

tudio, sin aprendizaje tranquilo y remunerado se marche con ella (bajándole el jornal quizá desde el primer día á pretexto de que trabajará ménos), se marche con ella al campo y os produzca una nueva maravilla de *pan y peces*! ¿Es así como se introducen las reformas? ¿Es esta la manera de variar las condiciones sociales y laboriosas del pueblo?

Es falso que las máquinas no os sirven: lo que es verdad es que vosotros no queréis aprender á servirlos de ellas. En 5,064 clases de máquinas que habia en la Exposición de Lóndres estaba la que vosotros necesitáis; la que os haria el trabajo de diez hombres con el jornal de uno; la que produciria un doble cultivo de vuestra tierra con la décima parte del esfuerzo y en la décima parte de las horas; la que no os desperdiciaria simiente ni labor, aumentando por este solo hecho los productos; la que os dejaria libres las bestias para el acarreo; la que os duplicaria el número de palmos laborables sin duplicaros el valor de los hombres, que no encontrareis en adelante disponibles para el trabajo; la

que os proporcionaria la satisfaccion de pagar bien al bracero, á quien pagais hoy mal; la que conjuraria, por último, y esto es lo más grave para vosotros, esa crisis de salario que os amenaza con el incremento de la industria, de las obras públicas y de la fabricacion.

En Londres están esas máquinas. Nosotros no sabemos decirnos cuáles son las que debeis adoptar, porque nosotros no somos en esta ocasion más que una trompeta que ha conseguido hacerse oír y que aprovecha los momentos favorables para tocar al oído de los sordos: tal es nuestra empresa. Pero el Gobierno ha tenido en Londres una excelente comision agrícola, presidida por el noble é instruido agricultor, marqués de Perales, la cual os dirá cuanto os concierne y cuanto debe interesaros. Ella ha comparado, con conocimiento de los climas y de los terrenos de la Península, diferentes clases de arados, máquinas para trillar y para segar, ventiladores, cribas etc., todo lo que se pondrá inmediatamente á disposicion de cuantos, con presencia de estos modelos y de los

mecanismos de su uso, deseen adelantar en el más importante de los trabajos del hombre, en el de labrar la tierra.

Nosotros no somos más que un observador malicioso, que al ver en el parque de Battersea más de cinco mil modelos de utensilios de campo, cincuenta de los cuales provistos de máquinas de vapor hacían mover á un tiempo trilladoras, corta-pajas, corta-raíces, ventiladoras y otros cien artefactos que desempeñaban su cometido pronta y maravillosamente, y compararlos en la imaginación con la pesada tabla que sostiene á un hombre en nivel milagroso, arrastrado por tres poderosas bestias que quebrantan con pesadez la espiga; al compararlos con la turba de jayanes que doblados sobre el barbecho arrancan en fuerza de sudor, horas y jornales, la yerba que una maquinilla barre con pasmosa celeridad; al compararlos con la pesada y ruda tarea del arador castellano, bíblico personaje, ante el cual la paciencia, la meditación y el aislamiento tendrían envidia, pero nunca la actividad y el progreso; al comparar unos que tanto se mue-

ven con otros que tan poco andan, nos hemos dicho en el instante:—«Estos ó aquellos están locos.»—Pero al observar despues que de aquel lado habia detestables tierras metidas en buen cultivo, campos cenagosos produciendo admirables frutos, comarcas desheredadas hace cuatro dias de la historia, abundantes y casi opulentas hoy;—mientras que de este lado existen hermosos terrenos que dan miserable renta, inmensos eriales que en otro tiempo tuvieron vegetacion, cordilleras húmedas y verdes colonizadas por los lobos, praderas que no se siembran, arroyos que no mojan nada, y una poblacion campesina, pobre, sucia y casi mendiga, nos hemos dicho tambien: «—Suponiendo que de aquel lado esté la locura, ¡ay de los que no sigan las locuras industriales del siglo XIX!»

XVII.

UNA EXPOSICION DE GENTES.

Así como, á más de la Exposicion universal de la industria y las artes, habia en Lóndres una exposicion especial de objetos antiguos, y otra exposicion especial de agricultura, y otra exposicion especial de caballos, y otra exposicion de perros, y otra de flores y otras mil exposiciones que en más ó ménos extension se referian á asuntos de interés público para extranjeros y nacionales, así tambien hubo un dia destinado á la exposicion especial de gentes. Este dia fué el establecido para la distribucion de premios á los expositores.

El lector sabe ya, y si no nosotros se lo decimos ahora, que el palacio de Kensing-

ton, edificado en el parque del mismo nombre, y frente al gran Museo que lleva su título, tenia por desahogo, ó como si dijéramos patio de recreo, el jardin de la Sociedad Real de Horticultura, que es, no solo el mayor, sino el más elegante, el más espacioso, el más rico y el más monumental de los jardines de Lóndres.— A este jardin se entraba en los dias ordinarios por el precio mismo de la Exposicion; los dias extraordinarios exigian una leve cuota por su ingreso; los sábados se pagaba veinticinco reales, y el gran dia del jardin, esto es, el dia que llamamos nosotros de la *Exposicion de gentes*, se hallaba libre para todo el mundo, merced al alto precio que se habia establecido para la contemplacion general de la ceremonia. En este jardin y al aire libre es, con efecto, donde iba á celebrarse el acto solemne de recompensar al ingenio humano en sus legítimos representantes los expositores más notables de todos los países cultos.

Se engañan mucho, ó por mejor decir, hablan de memoria los que niegan en general el buen gusto de los ingleses. Cierto

es que existe otra nacion en Europa cuya coquetería y gracia se reflejan desde el aspecto de sus ciudades hasta el pormenor del más insignificante de sus utensilios domésticos; y que esa nacion, comparada, no diremos con Inglaterra, sino con todas las restantes del globo, sobresale siempre en materias de buen gusto, y casi monopoliza el *savoir-faire*, como ellos mismos llaman al agradable atractivo de sus obras. Pero si Inglaterra está despues de Francia en el menudeo de la belleza (á pesar de lo mucho que ha adelantado en este sentido durante los últimos años), no lo está seguramente en cuanto á la forma y disposicion de esos conjuntos gigantescos en los cuales se atiende ménos á la gracia del perfil que á la armonía, severidad y buen aire, digámoslo así, de la composicion. Bajo este punto de vista no tiene nada que envidiar á pueblo alguno.

Tratábase ahora de congregar para un mismo acto á príncipes y magnates de todas las naciones; á sabios, industriales, artistas, escritores; curiosos opulentos de todos los países; altezas individuales á

quienes su excesivo número convertia en muchedumbre, pero muchedumbre especial, cualquiera de cuyos ejemplares significaba en su ramo, en su patria, en su centro de accion tanto por lo ménos como los que en congregaciones particulares merecen solios, y exigen preeminencias de localidad, y agasajo en la forma de recibirlos. ¿Dónde, pues, congregar esta masa de gentes distinguidas? ¿cuáles sus asientos y colocaciones? ¿quién el receptor de tan extraño, numeroso y espléndido concurso?

Los ingleses lo resolvieron de esta manera: para salon el campo; para techumbre el cielo; para alfombra el césped y las flores; sobre una cascada un trono; para receptor la sombra de la Reina; para órden gerárquico el abecedario de las naciones; para emblema de la festividad banderolas industriales; para agasajo músicos y armonías de todos los países presentes; para esplendidez de la ceremonia 70.000 espectadores atraidos por la novedad de la misma. Tal y no otro fué el programa. Véase sí con razon decimos que aquello,

más que una solemnidad propiamente dicha, era una exposicion de gentes. ¡Pero qué gentes!

Hay en las multitudes de Inglaterra mucho más que observar que en las multitudes de ninguna parte. La organizacion social del pueblo inglés, ya lo hemos dicho antes de ahora, establece profundas divisiones de gerarquía que trascienden hasta la plaza pública, cuanto más en los límites de un concurso cualquiera. Las aristocracias, no solo se separan de las democracias, sino que ellas mismas se alejan entre sí por ramos y condiciones, como si nada tuvieran que ver las unas con las otras. El pueblo obrero no se mezcla nunca con el pueblo comercial, ni el pueblo comercial con el pueblo pensador, ni el pueblo pensador con el pueblo rico, ni el pueblo rico con el pueblo ilustre. Si alguna vez la índole de la reunion convocada exige la presencia de clases distintas, como sucede comunmente en los asuntos públicos, esas clases, sin embargo, se ven allí divididas por ciertas vallas sociales que si imperceptibles para la generalidad de las

gentes, no lo son para el observador prevenido. Parece que cada inglés tiene la medida exacta de su valer y la conciencia justa del rango que le corresponde, para no incurrir en desigualdades que le depriman ó le enaltezcan más de lo necesario. De este respeto á la autoridad privada proviene el respeto á la autoridad pública, y ámbos son causa manifiesta del orden admirable que se observa siempre en todos los concursos.

— Parece mentira que un pueblo como Londres, cuya vecindad se eleva á tres millones de habitantes, esté gobernado por 8.000 *policías* que no gastan espada ni baston. Este fenómeno, que admira á cuantos tienen noticia de él, merece bien estudiarse más de lo que se estudia, porque acontece en un país que no se distingue por lo dócil, ni por lo morigerado, ni por lo culto de sus clases inferiores. La mayor parte de los extranjeros que van á Londres se contentan con admirarse del fenómeno y achacarlo todo lo más á casualidad ó milagro; pero en el mundo no hay milagros ni casualidades cuando dependen de los hom-

bres: en el mundo de la humanidad no hay más que matemáticas.

¿Por qué es tan fácil de gobernar el pueblo inglés?

Porque su gobernacion no depende tanto del gobierno como del pueblo mismo; porque hay clases, y las clases se gobiernan las unas á las otras; porque hay jerarquías, y las jerarquías sirven de antemural á la licencia; porque hay desigualdad social, y la desigualdad social es el fundamento y el emblema de la igualdad moral; porque hay, en fin, despotismo individual, y el despotismo individual (vamos á escribir una frase tremenda), el despotismo individual es la única base de la libertad pública.

Aquellos que se escandalicen de ciertas palabras porque no están acostumbrados á leerlas en el diccionario corriente de la politiquería contemporánea, pueden esperar un rato si gustan para informarse de lo que vamos á decir. Porque precisamente hablamos de un país en donde son verdad las libertades posibles; en donde existe la libertad individual, y la libertad del tra-

bajo, y la de la industria, y la de la vida, y la de las costumbres, y la de las palabras, y hasta de la conciencia. Porque cabalmente Inglaterra es el único pueblo, antiguo y moderno donde el hombre de bien puede acostarse diciendo: «Nadie me levantará como yo no quiera;» el único país donde el hombre activo puede decir: «Yo seré rico si me da la gana;» el único país donde el hombre sabio puede decir: «Yo seré escuchado de todos como me empeñe en serlo;» el único país donde el hombre de gran entendimiento, de gran instrucción, de gran moralidad y de gran patriotismo puede decir: «Mi padre fué un cochero, yo seré casi tanto como un rey.»— Y cuando se habla con admiración de un país de esta especie, y sin embargo se sientan proposiciones como la que nosotros hemos sentado, parece que se tiene cierto derecho á refutar acreditadas teorías, sin incurrir en la nota de oscurante ó feudalista con que ya nos habrá anatematizado más de uno.

Engañan miserablemente al pueblo los que le explican la igualdad de la manera

que se explica en nuestros días. Se engañan miserablemente á sí mismos los que predicán una igualdad social que no existe filosóficamente, que no debe existir de hecho, que no creen ni practican los más democráticos predicadores. No hay más igualdad que la igualdad moral, aquella por la que los hombres deben ser gobernados; la igualdad de la justicia, la igualdad de la recompensa, la igualdad del derecho. Pero esa otra igualdad (y es la que se proclama comunmente, la que se quiere y la que se acepta), que consiste en la confusión de los entendimientos, de las actividades y de las virtudes; esa otra igualdad que tiende á la subversión de todo orden jerárquico, al desprecio de todas las preeminencias justas, al grosero repudio de toda clase de autoridades; ese principio perturbador que se va inoculando lentamente en las entrañas del pueblo, por el cual, á pretexto de derribar los ídolos, se derriban las imágenes; á pretexto de destruir innatas noblezas, se destruyen noblezas propias; á pretexto de barrer odiosos privilegios, se barren y ensucian

privilegios sagrados que tienen por origen el saber, la actividad, la virtud, el valor ó el patriotismo; y todo en nombre de una igualdad casi física, igualdad, como si dijéramos, de estatura, de bolsa y comedor; igualdad repugnante que confunde al sucio con el limpio, al cortés con el incivil, al bueno con el malo, al que debe aprender con el que ha de enseñar, al que trabaja con el que duerme, al que tiene conciencia con el que carece de ella, al que vive á costa de los demás con el que produce para muchos,—esa igualdad es un crimen predicarla, es una insensatez sentirla, es una abdicacion reconocerla.

Los ingleses no la han reconocido nunca, no la reconocen ahora ni llevan trazas de reconocerla jamás. Y cuenta que no es el gobierno quien lo prohíbe, porque allí, como hemos dicho muchas veces, el gobierno casi se mete en nada; son los ingleses mismos quienes lo rechazan; son las clases las que se circunscriben; son las jerarquías las que se parapetan; es, como enunciamos antes, un despotismo individual el que produce la suma de libertades

públicas.—Cada inglés, teniendo á gala el no elevarse y á desdoro el rehundirse, aprende lo que debe á los altos por la cantidad que exige á los pequeños; y la suma de exigencias de arriba á abajo con la de respetos de abajo á arriba, constituye ese equilibrio social, nunca interrumpido por débiles condescendencias, que hace gobernable á un pueblo cuya docilidad, repetimos, cuya cultura y morigeracion están muy lejos de la exactitud.

Ahora se comprenderá cómo un pueblo de tres millones de habitantes se gobierna con 8.000 salvaguardias sin espada ni baston; porque se comprenderá tambien que esa fuerza no es escasa como parece, sino antes bien la más numerosa del mundo, toda vez que la policía de levita azul y galones blancos en la manga es la más insignificante, habiendo como hay una policía social que consta de 2.999.000 salvaguardias para cada inglés de los que transitan por Lóndres.

Si este despotismo jerárquico fuera instaladable, se convertiria seguramente en un despotismo político muy odioso; pero

como todo ciudadano tiene el derecho de roturar esas clases y esas jerarquías; como los caminos públicos están abiertos, y un tendero de comestibles pasa á *Baronet* y á ministro si sus méritos y su trabajo lo justifican, nadie tiene derecho á quejarse de opresion; y á la verdad nadie se queja, sino por el contrario, todos persisten en la invulnerabilidad de su clase, seguros de que en ella estriba el gran principio del respeto y dignidad humanas.

Tan lejos de ser un despotismo odioso, es la base del progreso, del orden y de la libertad.— Las diferencias son el alma de la emulacion; y á la manera que un muchacho desaliñado y sucio á quien sus padres no pueden ver decente ni por consejos ni reprensiones, se convierte en atildado lechuguino desde el momento en que se enamora de una muchacha y aspira á ser preferido de ella; del mismo modo, áun cuando la comparacion parezca extravagante, los hombres se esmeran y trabajan por obtener un grado superior distinguido, desde el instante en que ese grado se alcanza á fuerza de méritos ejempla-

res. Es tambien la base del órden, porque el órden depende del respeto mútuo, sin el cual una confianza hoy, una imprudencia más tarde, una agresion despues, conducen naturalmente á ese estado de anarquía social en que, á pretexto de patriarcales franquezas, se incurre en insufribles vejaciones. Y por último, es la base de la libertad, porque no hay libertad sin derechos y sin deberes, ninguno de los cuales se ajustan más al carácter independiente del hombre, como el deber de no molestar á nadie, y el derecho de no ser molestado por los otros.— Y no se diga que en un pueblo constituido de jerarquías, la última es la que sufre la pesadumbre de las demás; pues al contrario, allí donde por convencimiento y por costumbre se respeten todas las clases, es donde puede ser respetada la que no tiene que alegar otros títulos de consideracion que su trabajo y su pobreza, poco ó nada respetados comunmente sin duda alguna.

Vive, pues, el pueblo de Inglaterra en la persuasion de ser más libre que ninguno, porque se hace voluntariamente es-

clavo de las leyes sociales que embarazan la accion de todos los malos instintos y facilitan el ejercicio de todos los buenos; respeta por cálculo la supremacia de los poderosos, en la esperanza de llegar fácilmente al punto del respeto, y en la certidumbre de ser á su vez respetado lo mismo de los que le superan que de los que le siguen en fortuna; conserva, por fin, el órden con perseverante exactitud, porque la experiencia le ha enseñado que en el órden existe la posibilidad de ser atendido, mientras que el desórden provoca las violencias y permite los desafueros tumultuarios de que él seria ciertamente la primera víctima como en todas partes sucede.

Ahora bien: la costumbre por un lado, el convencimiento por otro, establecen la division de clases, sin que ninguno se resienta de ella ni trate de alterarla; pues como todos tienen á orgullo pertenecer á alguna, nadie se considera sino en su puesto al dejar de alternar con las restantes. A esto se debe el extraño aspecto que las multitudes presentan á los ojos del observador en aquel torbellino de Londres.—

Nada más raro, efectivamente, para el viajero como penetrar á las doce de la mañana en Hyde-Park, creyéndolo solitario, y encontrarse un mundo de elegancia y de belleza que á pié los unos, en coche la mayor parte, á caballo infinitos, más bien que pasear el día en que se les ve, parece que pasean la madrugada de una noche de insomnio. Se hace increíble cómo la aristocracia tradicional que en otros países duerme á aquellas horas el cansancio de la noche precedente, esté dispuesta en Londres para lucir sus mejores trenes, para correr sus más bellos caballos, para evidenciarse toda entera ante el puñado de extranjeros, que atraídos por la curiosidad invaden el parque. Y es que la aristocracia de apellido aprovecha la ocasion de una hora intempestiva y de un día ordinario para poblar sola aquella enorme extension de campo, que despues de todo es el único paseo oficial, digámoslo así, de la gran metrópoli. Seguid el parque arriba por espacio de dos horas, y á la vuelta encontrais asimismo las avenidas cuajadas de gentes, de carruajes y caballos;

pero ya no conocéis á nadie de los que visteis poco há: han desaparecido sin saber cómo, y les sustituye otra multitud no ménos opulenta y vistosa, que despues de las dos de la tarde viene, no sabemos si á arrojar la primera, ó á invadir el terreno que aquella deja libre en la huida que emprende de la segunda. Es la banca y la alta propiedad, que escogen su hora más cómoda de paseo, antes que el tumulto de la clase media se desborde por las avenidas del parque, como sucede infaliblemente desde las cuatro; hora en que la banca se retira á su vez, no sin hallarse en el camino al pueblo trabajador, que en muchedumbres compactas acude á disfrutar del campo desde las seis en adelante.

Pocos momentos se necesitan, pues, para observar las profundas divisiones del pueblo de Inglaterra en sus relaciones y trato público sin moverse de un mismo paraje. Pero hay otros sitios donde se nota con mayor evidencia este apartamiento de las categorías que da aspectos tan variados á las multitudes. La sociedad, el teatro, el concierto, la iglesia, el mercado,

todo local circunscrito donde la vista puede posarse con detencion, ofrece espacio á este género de observaciones, sin que una vez conocida la clave, haya lugar á dudas respecto al grupo de que se compone cada una de las partes concurrentes. Si es un baile al que se asiste, y la aristocracia de la sangre está sentada, la aristocracia del dinero pasea: si es la ópera el punto de observacion, el pueblo no figura en ninguna parte: si la sala de música, los inteligentes y aficionados se reunen en puesto distinto de la generalidad: si la iglesia, segun la hora puede adivinarse el concurso: si el almacén, no compran unos ni en el barrio, ni en la calle, ni en la tienda donde compran los otros. Hasta el traje varia en gran manera, áun dados idénticos tipos de posicion y bienes de fortuna, porque no es la moda de unas clases la misma que agrada y se acepta por las demás.

Tenemos así que el aspecto íntimo de Lóndres difiere tanto del de todas las capitales de Europa. Madrid, París, por ejemplo, no pueden dividirse más que en dos categorías personales: pobres y ricos.

Todos los pobres se parecen en sus costumbres, en sus trajes, en sus aficiones: todos los ricos son iguales en su modo de vestir, en su modo de gastar, en la forma con que se presentan reunidos. La mujer al hacerse un traje, el hombre al comprarse una levita, no tienen que decir quienes son, sino el dinero que pueden ó quieren invertir: no hay más que una moda, una elegancia, un tipo; siendo muy comun que, así como en la Fuente Castellana y en el Bosque de Bolonia se co-dean indistintamente todas las clases y se tropiezan los más lujosos trenes de la aristocracia con el desvencijado carricoche de alquiler, así tambien las galas y prendas de más lujo no sean siempre los primeros en lucirlas potentados y damas de conocida alcurnia, quienes por el contrario suelen gastarlas despues del efecto que con ellas han producido mujeres de ayer mañana y hombres de muy vulgar ó dudosa procedencia. Del mismo modo las multitudes de París y Madrid presentan de ordinario aspectos semejantes, como resultados que son de la mezcla de todas las

clases; cuyas diferencias son imperceptibles, cuyos respetos no se significan las unas á las otras, cuya cortesía, por lo mismo, suele no percibirse en el confuso aglomeramiento de la colectividad una y soberana.

Partiendo de esta base, el lector comprenderá perfectamente cuán inusitado sea el golpe de vista que debe ofrecer, á extranjeros ojos sobre todo, una multitud fastuosa de Lóndres cuando las aristocracias la compone casi exclusivamente. Y esto es lo que sucedía la mañana de que hablamos.

A más de que el precio de entrada en el palacio de la Exposición era, como dijimos ántes, muy elevado, mediaba esta vez la circunstancia de que allí no iba á verificarse ningun acontecimiento de resultados prácticos que indujese al pueblo en general á invertir una suma respetable en paseo. Los objetos de la Exposición de la industria se habían arrinconado, para dejar anchas vías al círculo de la gente; las máquinas no andaban, los utensilios de curiosa visualidad estaban postergados, no

sonaban los instrumentos músicos, no se hacían experiencias, no se daba razón de las cosas como los otros días; y sólo una fuente que arrojaba caños de azahar y un jardín poblado de flores olorosas, y tal cual adorno en los escudos de las naciones, y muchas bandas de música de diversos países tocando aires nacionales, incomprendibles casi todos para cada uno de los que los oían,—no eran aliciente bastante, repetimos, para traer otro concurso que el concurso elegante y deslumbrador. Componíase este de los expositores premiados; de los comisarios de todos los pueblos; extranjeros ilustres; portadores de billetes de estación ó sea entrada perpétua en el palacio; príncipes concurrentes á la solemnidad venidos de Francia, Bélgica, Alemania, Italia, Egipto y aun más remotas tierras; miembros del gobierno de las naciones colindantes; embajadores y ministros acreditados; representantes de la prensa del mundo, de los centros sabios, academias, institutos y corporaciones pensadoras; todos los cuerpos del Estado inglés; toda la corte, toda la representación pú-

blica, todo lo opulento, en fin, del más opulento de los pueblos, matizado por diez doce, veinte mil damas (nosotros no podemos ni calcular su número) que habían dado cita de belleza, de ostentacion, de brillo y hermosura para aquel encantado lugar á cuantas mujeres pudiesen ostentárlas.

Son infinitos los españoles que aquel día estaban presentes en Kensington, y el que dude, por creer exagerado nuestro dicho, puede volverse al que tenga al lado y preguntarle si esas multitudes ideales de que nos hablan las historias antiguas, si esas comarcas en que la mujer, más que criatura parece ángel, no son todas pálidas relaciones y quimeras poéticas ante el cuadro del Jardin Real de Horticultura el 15 de Julio de 1862.—Proverbial es la belleza del tipo británico, de ese tipo que posee tez de nácar, y cabellos de oro, y dientes de marfil; pero no el marfil, oro y nácar de las églogas bucólicas que tan parecidos son al hueso, estambre y harina de arroz de la vida práctica, sino oro, marfil y nácar tan puros, tan tersos y trasparentes

como los que producen los arroyos del Missouri ó las profundidades del Océano indico. Proverbiales son la esbeltez de la forma, la riqueza del tocado, la severidad del ademan, la exquisita pulcritud del conjunto que distingue á la señora inglesa sobre todas las damas de todas partes; y hasta el proverbial defecto tambien de su excesiva rigidez, de su aire poco expansivo, de su trato rigorista y grave en demasía, hasta esos mismos defectos individuales se comprende ya que conspiran á un conjunto imponente y deslumbrador, distante quizá de la gracia española y de la coquetería francesa, pero severo como corresponde á la magnífica ceremonia de recompensar el ingenio humano en la metrópoli mayor del universo. Aquellas damas, efectivamente, eran allí un adorno, una exposicion, un certámen en que hubiera sido imposible la adjudicacion del premio de las Espérides; eran el cortejo que hacia Inglaterra al industrial, al pensador, al filósofo, al artista que habian llevado los productos de su númen á Kensington; eran el emblema humano de

aquellos otros símbolos materiales de palmas, de laurel, de mirto y encina con que se habian adornado los trofeos de las naciones premiadas en el concurso.

El duque de Cambridge, en su cualidad de representante de la Reina (porque la Reina Victoria queria llorar al principe Alberto mientras todos los países cantasen himnos en su honor), el duque de Cambridge, rodeado de los altos dignatarios de la nacion inglesa, de los comisarios reales de la Exposicion, de la compañía promotora del certámen, de los principes, ministros y embajadores de los diversos pueblos, apareció sobre la plataforma del trono que, como hemos dicho, se habia elevado en la cúspide de una montaña de agua; y allí, actor único del inmenso teatro que tenia por lucerna el sol, por espectadores el concurso enunciado, por orquesta la disonante asonancia de cien bandas que desde puntos tan diversos habian venido á entonar en aquel instante el *Dios salve al Rey*, que allí significaba *Dios salve á la autoridad de donde emana todo lo que vemos*;—el duque de Cambridge, despues de

las ceremonias de estilo, autorizó, sancionó y publicó los juicios del jurado contenidos en un gran volúmen impreso que instantáneamente se comenzó á vender por entre la apiñada concurrencia; la cual, sin otro motivo de estupefaccion que el simplísimo que acabamos de referir, habia permanecido, sin embargo, muda, encantada, inmóvil, como lo demuestra la exacta fotografia del acto que pudo sacarse desde una de las cúpulas del coloso de Kensington. ¡Tan asombrada habia quedado de sí misma y de la idea que solemnizaba allí!

Despues desfiló por delante del trono, ascendiendo y descendiendo alternativamente por dos anchas graderías laterales, la procesion más extraña que puede imaginarse; porque al son de una marcha triunfal y con acompañamiento tan deslumbrante ó más acaso que los que refiere Suetonio de Calígula y Claudio, no pasaban despojos de la guerra, ni trofeos de victorias, ni sartas de esclavos con cadenas, ni carros triunfales arrastrados por tigres, ni coros de doncellas medio desnudas quemando perfumes en honor del soberano que

presidia la ceremonia; y eso que aquel soberano tenia 200 millones de súbditos, y bajeles que llegaban á todos los confines del universo, y oro para sembrar, no el circo de Roma, que eso es bien poco, sino para elevar un monumento representado allí delante por valor de 4.000 millones de duros, y predominio para llamar á su casa una concurrencia como la que habia ido á verle:—todo lo contrario; por delante de aquel monarca pasaban solo unos oficiales galoneados que llevaban en alto sencillas banderolas, donde se leia *Clase 1.ª*, *Clase 2.ª* y hasta 36 clases más; banderolas semejantes, es cierto, á las de *Senatus Populus, Que Romanus*, pero que significaban sin duda otros triunfos de los del gran imperio antiguo, pues la correspondencia expresa de los signos misteriosos, segun indicaba el libro que se repartia, áun cuando tambien hacia alusiones á la España, y á la Galia, y á los germanos y á los atenienses, iba seguida de motes tan vulgares como *sustancias alimenticias, instrumentos de labranza, cáñamo y lino, productos medicinales* y otros tan groseros como estos; cada una de cuyas

enseñas aparecía rodeada de unos pobres hombres vestidos de negro, sin más adorno que una cinta azul en el ojal, y que confundidos por cierto honor inexplicable, bajaban la cabeza al emparejar con el Príncipe, siendo muchas veces ayudados á proseguir la marcha por grandes señores de la corte, por magistrados, por generales, por pontífices del culto divino, que se acercaban cariñosamente á ellos, como si dos mil años de progreso moral hubiesen trastrocado los papeles sociales.

Aquella procesion, desenroscándose despues por las calles floridas del jardin, y atravesando el majestuoso concurso, se encaminó á la puerta principal del gran palacio, que revestido todo él de banderolas, atronado por las armonías de los himnos, vivificado por los resplandores de la clarísima luz que penetraba por sus cúpulas de cristal, embellecido... (no decimos la palabra), peripuesto con los adornos naturales de tanto objeto galan, de tanto utensilio primoroso, de tanta ciencia, de tanta inventiva, de tanta laboriosidad risueñas, se vió invadido de repente, en alas

del deseo patriótico que sintió cada cual por apiñarse en el círculo trazado á su país, donde cada música hablaba una lengua, que todas juntas semejaban otra Babel; pero no la soberbia Babel castigada por Dios, sino la Babel industriosa digna del *Deus est machina* de su frontispicio.

Entónces, agrupada cada colonia extranjera alrededor del escudo de sus armas, y hablando todas ellas por la voz de sus músicos (voz que por desdicha no tenia intérpretes para los pechos españoles); oyendo sonar unos sus cantos nacionales, diremos, y preludiándoselos otros en su imaginacion, todos vimos deslizarse la comitiva por la extensa nave del palacio, orgullosos con tener un puesto en aquel certámen, con tener algunas páginas en aquel libro, con ser objeto de algunas consideraciones de aquel concurso; y esto en cuanto á la patria, que por lo que hace á la persona del que contemplaba, estamos seguros de que cada uno se tendria por dichoso con haber formado un átomo de aquella indescriptible multitud.

¿Qué premios obtuvo España en ese dia?

XVIII.

LOS PREMIOS DE ESPAÑA.

Cuando se hace el inventario de una casa, áun cuando esta sea pobre, son tantos los utensilios que hay que apuntar, que parece que la tal casa estaba provista de todos sus menesteres; y solo cuando se tuviera cuidado de poner junto al índice de lo que hay otro índice ó nota de lo que falta, es cuando se sabria que los habitantes de aquella vivienda, léjos de estar servidos con holgura, experimentaban á cada paso las molestias y dispendios de quien carece á veces hasta de lo indispensable.

Una cosa parecida ha sucedido en Londres con los productos de la Exposicion

española; pues si su número y clase han podido parecer ricos, y lo son en efecto cuando se forma la lista de lo que se llevó, esta misma clase y este mismo número aparecen sobrado humildes cuando se forma la lista de lo que faltaba. Nunca como el día de la distribución de premios pudo notarse esta comparación.

España recibió aquel día premios abundantes en productos minerales y sustancias químicas, en productos agrícolas, frutas secas, preparaciones de alimentación, vinos, bebidas y tabacos. Recibió premios no escasos en aceites y grasas, ceras y sus productos, en sustancias animales y vegetales usadas en manufacturas. Recibió asimismo premios en armas y objetos de guerra, en relojería, en instrumentos músicos, en algodón, cáñamo y lino, en seda y terciopelo, en lanerías y blondas, en artículos de vestir y calzar. Hubo algo para ella también en papel y cartón, en muebles y objetos de lujo doméstico, en vajilla, y tal cual producto más de abundante consumo, como chocolate, jabón y perfumería. Todo esto había lle-

vado España en condiciones de merecer premio, aun entrando en competencia con los demás países. Pero ¿qué no llevó? ¿Cuáles objetos no merecieron la honra de ser premiados?

España no llevó á Londres ó no merecieron la honra de ser premiados muchos productos de los más indispensables para la vida intelectual y manufacturera de las naciones. No obtuvo premios por nada de lo que se relaciona con el material fijo y móvil de los ferro-carriles, nada por carruajes de ninguna especie, nada por máquinas y útiles para la fabricacion, nada por maquinaria en general, nada por instrumentos agrícolas, nada por las artes que se relacionan con la construccion civil, nada por arquitectura naval y aparejos de buques, nada por instrumentos para las ciencias filosóficas, nada por aparatos y procedimientos fotográficos, nada por instrumentos horarios, nada por instrumentos quirúrgicos y sus aplicaciones, nada en fin, por una de las secciones más importantes que constituian la Exposicion universal. Tampoco sacó premios en pie-

les, plumas y cabellos, ni en aparatos para la educacion y sus incidencias, ni en hierro y quincalla, ni en acero y cuchillería, ni en obras de metales preciosos, ni en objetos de cristal, ni en alfombras y tapices, ni en cueros y sus infinitas aplicaciones, ni en artículos de vestir, ni en papel, imprenta y encuadernacion, ni en joyería, ni en imitaciones metálicas, ni en cuanta variedad de productos comprendia otra de las más trascendentales secciones del concurso.—España apareció provista de muchos y buenos objetos cuando se examinaban en sí mismos; pero apareció huérfana de una multitud de ellos, que se encontraban á cada paso en los departamentos de las otras naciones.

¿Y era esto satisfactorio? ¿Era justo siquiera?

Satisfactorio no podia ser nunca para ojos españoles el encontrar á su patria desprovista de tanto como en realidad faltaba; pues aún cuando hay gentes que creen que á todos los países no les dió el cielo facultades de hacer unas mismas cosas, y que allí hay bienestar y riqueza

comparativas donde existen en abundancia productos que faltan en otras partes, ni esto es cierto en absoluto, ni aunque lo fuese sería consuelo para el observador atento y desapasionado.—Muchas veces, delante de la estantería española, oímos decir á algunos de nuestros compatriotas que si á España le faltaba mucho, como la simple vista daba á entender, poseía en cambio productos naturales que apenas poseía nación alguna de las que nos rodeaban. Y esta inocente paradoja, capaz de tranquilizar por el pronto á pechos abatidos, se desvanecía como el humo ante los armarios de otros países, que no siendo ménos ricos que nosotros en producciones naturales, ostentaban sin embargo variada, numerosa y opulenta colección de productos manufacturados.

España, es cierto, aparecía rica en producciones naturales: ¿pues no habia de aparecerlo, si su pequeña exhibicion casi constaba de otra cosa?—De los mil seiscientos treinta y siete expositores españoles que han llevado sus productos á Kensington, mil doscientos treinta y seis no

han hecho más que meter en cajones lo que Dios les depara; y solo cuatrocientos uno han demostrado allí que la obra de Dios no es suficiente para la marcha natural del mundo, si esta obra no se modifica con el sudor y el trabajo de los hombres. Con un primer dato de esa especie el lector puede meditar, evitándonos muchas amargas consideraciones. Pues qué, ¿no hay más de cuatrocientos y un españoles que puedan enseñar lo que fabrican?

Si semejante cosa fuese cierta, valia más desprenderse de los lazos nacionales que nos oprimen, renunciar á la historia, romper las fronteras que nos separan de otros pueblos, acudir en auxilio de gentes extrañas pidiéndoles tutelar amparo, y no permanecer inertes aquí en este rincón del mundo, noticiosos de que por fuera existe mucho, mientras que por dentro carecemos de todo. No, esto no es verdad: ya lo demostraremos más adelante. Ahora prosigamos la historia.

España aparecia rica en producciones naturales, hemos dicho; pero para que esta riqueza sea satisfactoria se necesitan

dos circunstancias previas:—¿Aprovecha España todo lo que produce su suelo? ¿Produce el suelo de España tanto más de lo que el país necesita para el consumo propio, que arroje un excedente capaz de equivaler á la suma de producciones que le faltan?—Sin estos dos datos económicos toda la alegría que produce en los ojos la abundancia, toda la satisfacción que lleva al ánimo la fertilidad, son goces inocentes de niño, cuando no ofuscaciones de ignorante. España aparecía rica en producciones naturales, repetimos: España obtuvo muchos premios en este ramo. Llevó maderas; ¿pero en qué tienda se venden esas maderas? Llevó mármoles; ¿pero en qué tienda se venden esos mármoles? Llevó carbon; ¿pero en qué tienda se vende ese carbon? Llevó metales; ¿pero cuántas arrobos puede vender de estos metales?— Ahí está la fórmula de la riqueza y nada más. Poseer algunos ejemplares de un árbol útil para la industria que revele la posibilidad de su cultivo, y no arrojar bosques de ellos al mercado; poseer muestras de mármoles y piedras como pocas nacio-

nes del mundo, y tener que mandar por ellas á Italia y Francia para las necesidades del consumo; poseer en abundancia pasmosa combustible mineral, y tener que comprarlo al extranjero para encender las máquinas; poseer todo esto y muchas más cosas de esta índole para enseñarlas cuando la ocasion se presente, y vociferar despues los premios obtenidos en semejante exhibicion por ellas, es algo comparable al papá que enseña en la visita los premios ganados por su chico en la escuela, con planas ó dibujos que el pasante le hacia á hurtadas del maestro. Las exposiciones que no van seguidas de un índice mercantil donde conste la cantidad que se produce y el precio competible á que se produce, son exposiciones falsas, que no dan idea de la riqueza viva de los pueblos; halagan sin duda el amor propio nacional: «¡cuánto tenemos!» satisfacen los ojos de los que lo contemplan: «¡cuanto poseen!» pero ni halagan ni satisfacen, como dijimos más arriba, al observador atento y desapasionado.

Esto en cuanto á la riqueza material del

terreno; que por lo tocante á la riqueza del cultivo, tambien se incurre allí en frecuentes equivocaciones.— Veis, por ejemplo, aceite clarificado que gana premio, y creéis que el pueblo que lo presenta comerá un aceite exquisito; veis vino puro y de la más perfecta elaboracion, y creéis que el pueblo aquel bebe el mejor vino de la tierra; veis cien clases de trigos á cual mejores, y creéis que aquel pueblo se alimenta con el mejor pan del mundo; veis millares y millones de semillas susceptibles de producirlo todo, y creéis que aquel pueblo disfrutará las más variadas, sabrosas y equitativas verduras; pero tambien es esta exposicion falsa, porque aquello no da idea de la riqueza viva del país, sino de la riqueza encantada, de la riqueza que podria existir si todos los aceites se clarificasen, si todos los vinos se elaboraran, si todas las semillas recibiesen la misma prolijidad de manipulacion como la botella, el tonel y la caja de los premios. Pero presentar nueces muy gordas cuando no se les saca aceite, presentar remolachas muy grandes cuando no se les saca

azúcar; presentar espliego muy granado cuando no se le saca esencia, léjos de presentar riqueza, como muchos creen, es presentar algo de escasez y mucho de desidia, á no ser que se tenga por ricos á los pordioseros de Granada, porque beben con el ala del sombrero agua del Dauro impregnada de arenillas de oro.

Además, si se considera que en España no hay fresas más que en la primavera, ni pepinos más que en el verano, ni melones más que en el otoño, ni ápios más que en el invierno; que si llueve demasiado ó deja de llover una temporada, el trigo se alza hasta las nubes y hay que abrir los puertos á la importacion de cereales; que no podemos comer carne porque no tenemos pastos; que si nos gusta el queso hay que traerlo de fuera; que los peces y los mariscos no se nos venden sino á grandes precios y cuando los hay; que la salazon misma de nuestras abundantes costas es por lo comun inadmisibile etc., etc., tendremos que convenir en que la decantada abundancia es, no solo insuficiente para la exportacion, sino que en muchos, infinitos

ramos, alcanza con dificultad para el consumo. Y ¿sabeis lo que es una nacion que produce para su consumo y nada más? Pues puede compararse á ese hombre laborioso é instruido que pasara el dia trabajando en componer los muebles de su casa, y educar á sus hijos, y lavar ó coser su ropa, y tener al corriente lo que respecta á su familia; que con ser tan trabajador y tan fecundo y tan abundante, se moriria de necesidad á los pocos meses de este sistema.

Los pueblos, como los hombres, necesitan, ó producirlo todo, todo, absolutamente todo, ó contar con el exceso de una cosa para cambiarla por las otras que les hacen falta. En buen hora que la isla de Cuba no tenga industria; le basta su tabaco: en buen hora que no la tenga la América del Sur; le basta su algodón: en buen hora que no la tenga Egipto; le basta su trigo negro: pero si no la tenemos nosotros, ¿qué vamos á darle al mundo en cambio de lo mucho que le tenemos que pedir? Le daremos lo que le hemos dado hasta ahora: los metales á flor de tierra de

nuestras minas, el interés de un veinte por ciento de nuestro dinero, el oro que traigamos de América, la cifra de nuestra Deuda pública, los tesoros que hacinamos en tres siglos de dominacion casi universal; y por complemento de estas dádivas fundamentales, sacadas del corazon, no de la corteza del país, le daremos nuestra influencia política, nuestras escuadras de Trafalgar, las joyas de nuestras iglesias, las maravillas de nuestros museos y las preciosidades de nuestras casas, arrebatadas en esos cataclismos de los pueblos pobres que se llaman invasiones extranjeras.

Es necesario desengañarse y darle á cada cosa su nombre; por más que nos lastime: los mil doscientos treinta y seis expositores de productos naturales, no han llevado á Lóndres en su generalidad muestras de la abundancia y riqueza de nuestro país, sino de nuestro suelo: no han dado medida de lo que puede el hombre, sino de lo que puede la Providencia en nuestra España.

Apresurémonos á consignar algunas singulares excepciones.—No son solo mues-

tras de la riqueza fructífera del país lo que han llevado, por ejemplo, la Real Compañía Asturiana en sus hermosos ejemplares de carbon, y de planchas de zinc, y de blanco del mismo metal; ni la roca asfáltica y panes másticos de betun que ha exhibido la casa Boivin y compañía de Alava, cuyo último producto se usa con ventaja para barnices superiores, y reemplaza al betun de judea; ni las colecciones presentadas por establecimientos nacionales como el de Trubia que constaban de coke y mineral de hierro en su más perfecto estado de elaboracion; ó las fábricas de Riotinto que compiten en la calidad, abundancia y finura elaborable de sus preparados de cobre con las más perfectas del extranjero; y en general las fábricas todas particulares de la provincia de Huelva, cuyos resultados son en extremo satisfactorios, y han alcanzado, con premios ejemplares, renombre merecido. Tampoco pertenecen al producto muerto de la tierra las sustancias y composiciones químicas de los señores Berrengs, de Barcelona, cuyas lacas, cardenillos solubles y minios se han

considerado de gran estima; ni los productos farmacéuticos del Sr. Cros, de la misma ciudad, cuyos acetatos, ácidos y sales figuraban entre los mejores; ni el salitre artificial del Sr. Mengivar, de Bilbao; ni el blanco y rojo de plomo del señor Royo, de Valencia, quienes asimismo conquistaron premio y alabanzas, áun en medio de aquella riqueza imponderable que en este género de producciones ostentaban muchos pueblos, y sobre todos Inglaterra.—Ni confundimos en la calificación de expositores de materia primitiva, por ejemplo, á la Diputación de la provincia de Alava, que marchando delante de todas remitió numerosa y notable colección de frutos, no solo lozanos y bellos, sino de gran novedad en su mayoría y de difícil cuanto utilísima aclimatación algunos; ni la del Sr. Aicart, de Valencia, cuyas semillas, de procedencia extraña, cultivadas asimismo con abundancia y baratura, daban idea de lo que puede conseguir un inteligente agricultor en tierras como las de la margen del Turia, donde tantos y tan ricos cereales habían cosechado tam-

bien los Sres. Belda, Mompoe y Berenguer, y Betegon, que en competencia de calidad y precios los presentaban; ni las muestras de cebada de Australia que exhibieron los Sres. Calatrava y Collantes, de Madrid; ni los productos agrícolas de la Junta de Agricultura de Burgos y del Sr. Santana, de Salamanca; ni las harinas de la Aurora de Rioseco, Sr. Ruiz Zorrilla, de Soria, Sr. Peña, de Guadalajara, señor marqués de Villalcázar, de Salamanca, y Sr. Santos, de Leon; ni los almidones del Sr. Alfonso, de Játiva, señor Gallardo, de Barcelona, y Sres. García y Acuña, de Sevilla; ni los jabones de los Sres. Jimenez y viuda de Guerrero, de Mora, Sr. Carreño, de Sevilla, y Sres. Gracian y Sotello, de Málaga; ni los chocolates del Sr. Prada, de Leon, Lopez, de Madrid, y Meric y compañía del mismo punto; ni las muestras de vellon exquisito que presentaban los señores Vera, de Soria, Sacristan, de Segovia, y Marqués de la Conquista, de Cáceres; ni el alcohol del Sr. Flores, de Huelva, y la miel del señor Fuenmayor, de Soria; y las conservas del

Sr. Gallen, de Málaga; y el espíritu de anís del Sr. Jurado, de Sevilla; y las pastas del Sr. Lacambra, de Zaragoza; y las frutas secas del Sr. Monfort, de Huesca; y las sémolas del Sr. Portilla, de Sevilla; y las ceras de los Sres. Delgado y Serrano, de Huelva, y Sopena, de Burgos; y las bujías esteáricas del Sr. Garret, de Málaga, señor Lizarbe, de Soria, y fábrica Perla de Madrid. Ni tampoco dejaremos de hacer mención de la escobería y objetos de esparto presentados por el Ayuntamiento de Cartagena, así como de las colecciones de maderas del Sr. Govantes, de Filipinas, del cuerpo de Ingenieros de Montes de Madrid, y del Patrimonio de S. M. la Reina, que admiraban por su riqueza y resultados prácticos probables; ni de los corchos del Sr. Lacave, de Sevilla, García, de Huelva, y Patrimonio Real, de Cataluña; ni de las esencias de flores y yerbas aromáticas del Sr. Bovillard, de Valencia; ni de los cáñamos del señor conde de Ripalda, del mismo punto, y linos de los Sres. Muñoz, Lorenzana y Vegas, de Leon.

Todos estos expositores, y algunos más de que podemos olvidarnos, presentaban con sus respectivos productos, no solo muestras de la fertilidad del suelo, galas de la vegetacion y abundancia de materiales vírgenes, sino que ofrecian tambien elocuente testimonio del trabajo, industria y capitales empleados en el perfeccionamiento de la naturaleza. Pero ¿á qué número ascendian?—Nosotros hemos omitido los que lograron singularizarse con sus muestras de vinos, aceites y semillas, esos tres abundantes ramos de la produccion española, así como tabacos y frutos coloniales, apéndice además de la riqueza patente de nuestra patria, y con todo, áun sumado su número, no se halla en relacion con el equivalente de los demás países juzgados en el certámen internacional.

Veinticinco mil expositores próximamente han acudido á Kensington: de ellos han sido premiados doce mil trescientos, ó sea con leve diferencia la mitad: España figuraba por mil seiscientos treinta y siete expositores, y sus premios no han ascendido sino á doscientos ochenta y tres. Es

decir, que cuando para la generalidad del concurso se preparaba un premio por cada dos expositores, ó sea, el cincuenta por ciento, España no recibía sino un premio por cada cinco y medio expositores, ó lo que es lo mismo, el diez y ocho por ciento de recompensa. Pero en productos naturales es todavía más sensible el desnivel, porque de mil doscientos treinta y seis exponentes solo han sido premiados ciento ochenta y nueve, lo cual arroja un premio para cada siete, que equivale, no ya al diez y ocho, sino al catorce por ciento de la distincion.— Advertimos de paso, porque así debe hacerse en justicia, que ni los Jurados españoles, ni la Comisaría Régia, ni aún los particulares mismos, han podido formar queja alguna contra el gran Jurado distribuidor; quien por el contrario, se ha mostrado galante con España hasta el punto de la más hidalga cortesanía.

Y bien: ¿qué escala de premios es esa tratándose de productos naturales que constituyen lo que algunos creen el opulento patrimonio de nuestra patria? ¿Qué sucede aquí para que los frutos á cuya recom-

pensa se destina un cincuenta por ciento de mercedes, no consigan alcanzar más que un catorce?—Vuelva el lector los ojos á nuestra correspondencia sobre la exposicion especial de agricultura, y allí encontrará tal vez algo de luz para la resolucion de ese problema. ¿Tendrá efectivamente analogía un *cinco mil* de aquella carta con el *atorce* de esta?

Lo tiene sin duda alguna. Nuestros agricultores no han salido nunca de su casa, y es necesario que aprovechen la ocasion de los ferro-carriles para dar una vuelta por fuera de ella. Enamorados, digámoslo así, de sus garbanzos, de sus trigos y berzas, se figuran que no hay más berzas, trigos y garbanzos que los de su troje; dedicados á ensalzar á la Providencia divina (y hacen en ello perfectamente) porque les da cuatro, seis ó más cosechas en su heredad, creen de buena fe que no hay Providencia más que para España; consentidos en que donde hay bastante lo hay todo, se duermen en la confianza de la fertilidad, ó se rien de los hombres previsores que los estimulan; pero van á

un concurso universal con las demás naciones; llevan los productos escogidos de una tierra que no cabe mejor; los ponen á porfía lindando con los de otras que consideran casi estériles, y entonces una amarga pero elocuente verdad les acredita que Dios, al darlo todo, no da más que un poquito; y que ni la frescura de las tierras, ni la potencia de las minas, ni la fecundidad de los animales son recurso bastante para la verdadera riqueza, cuando no marchan á compás de las últimas especulaciones del ingenio y del trabajo humanos.

Sea como quiera, sin embargo, España ha hecho un buen papel en productos naturales; pues por fortuna nuestra, aunque faltaba mucho y aunque estaba pésimamente colocado todo, no hay ya hombre entendido en Europa que ignore lo que España posee, y deje de hacerse en su imaginacion el catálogo de lo que pudo llevar si hubiera querido. Pero ¿ha sido ni áun siquiera análogo su papel en productos artificiales?—Cuatrocientos un expositores y noventa y cuatro premios, nos excusan de dar una más enfadosa contestacion.

España efectivamente llevó poco, y lo llevó sin arte y sin concierto: de las treinta y seis clases de productos en que estaba dividido el certámen, faltó á cuatro por completo, exhibió insignificantes muestras en diez y nueve, y solo para trece tuvo verdadera materia de exposicion. Si ahora hacemos advertir que cuatro de estas clases pertenecian á la produccion que hemos llamado natural, quedarán reducidos á nueve los grupos industriales de su departamento. Veamos ahora cuáles fueron las omisiones absolutas.

Acero y cuchilleria.—Aparatos fotográficos y sus productos.—Instrumentos para las ciencias filosóficas y sus derivados.—Máquinas y útiles para la fabricacion.

Es decir, en la patria de las armas blancas no ha habido acero ni cuchilleria que exponer: en la patria de Carlos III, que ya á fines del siglo pasado montaba en el Observatorio de Madrid talleres para la fabricacion de instrumentos astronómicos y matemáticos, no ha quedado un residuo que mandar á Londres: en la patria del cáñamo y la seda, patria adoptiva á la vez

del algodón y el estambre, no ha habido un artefacto, un tornillo, una devanadera que llevar á la Exposicion universal; y por último, ni las fotografías de lugares y personas, de edificios y localidades notables se han encontrado tampoco en esos infinitos talleres de dibujo moderno que por todas partes nos embarazan con sus anuncios, para dar aviso siquiera de que los conocemos, á los concurrentes de las galerías de Kensington.

Hay para España una verdadera desdicha en ciertas casualidades indiscretas. Llega la época de los armamentos formidables, y nos presentamos sin acero; llega la época de las investigaciones filosóficas, y nos presentamos sin instrumentos para las ciencias; llega la época en que la humanidad se multiplica por las máquinas, y nos presentamos sin útiles de fabricacion; llega la época en que de la luz se hace un espejo perpétuo, y los españoles nos presentamos sin fotografías. ¿No parece, efectivamente, que un enemigo intencionado echó al mar los cajones de esos productos para que apareciéramos á los

ojos de la Europa como párias que desconocen la civilizacion?

Sí, eso es lo que parece; porque entre las diez y nueve clases de objetos en que España ha estado mal representada, figura por desdicha la primera, una cuyo epígrafe dice:— «Obras de educacion y aplicaciones á dicho ramo,»—la cual hubiera estado totalmente vacía si un catalan, más industrioso que otra cosa, no hubiese presentado un aparato para enseñar á escribir á los ciegos, único y solitario rastro de enseñanza que mostraba á los ojos del mundo una nacion de diez y ocho millones de habitantes.

Pues qué, ¿no hay en España casi un Ministerio de Instruccion pública? ¿No hay un Consejo superior del ramo? ¿No hay métodos y sistemas establecidos? ¿No hay un millon de especuladoras que explotan la instruccion en el menudeo de los útiles para la enseñanza? ¿No hay libros de texto?— Pero ¡ay! que han hecho bien en no presentar nada de estas cosas, porque en el inmenso local destinado á la singularísima exhibicion de las obras y útiles de

enseñanza, se hubieran visto entonces al lado de la agudeza de los franceses, de la proligidad severa de los ingleses y de la ingeniosa inventiva de los alemanes, cuyas bibliotecas, dibujos y artefactos de educacion pasman por su número y excelencia, se hubieran visto entonces nuestros libros de texto y nuestro material de escuelas, á despecho de los cuales aprenden á leer y á escribir nuestros adolescentes!

Y no es solo en educacion primaria donde aparecíamos desprovistos de recursos; habia despues otro ramo de más trascendencia, si es posible, en que la abstencion se hizo tan notable, como que éramos solos los que faltábamos á la cita. Hablamos del papel, imprenta y librería.— Parece mentira que un país cuya Casa Real protege con tal largueza la impresion de los libros; cuyo Gobierno, despues de costear establecimientos tipográficos, dedica grandes sumas al premio de las obras impresas; cuyas corporaciones literarias hacen tan costosos sacrificios para publicar los tesoros del ingenio español; parece

mentira que no haya tenido tampoco nada ó casi nada que llevar al palacio de Kensington. Porque aparte de un ejemplar (torpemente exhibido por cierto) de los *Monumentos arquitectónicos de España*, y que ni aún figuraba en el catálogo; de otro del *Atlas* de la guerra de Africa, que salió premiado entre los fusiles y cañones por pertenecer sin duda al Estado Mayor, y de unas cartulinas mencionadas honoríficamente á la casa Romani de Barcelona, solo hemos llevado con condiciones de distincion papel para fumar, ó lo que es lo mismo, el emblema de un defecto con que se burlan de nosotros en Europa.

Hace poco tiempo que un escritor inglés, de vuelta á su país de un viaje por España, escribía estos calumniosos conceptos sobre la juventud de Madrid:— «La juventud de la córte (decía poco más ó menos), se levanta tarde, y fuma *papelillos* hasta la hora de almorzar. Almuerza, y fuma *papelillos* hasta la hora de salir. Se viste con un *papelillo* en la boca, y se va á la Carrera de San Jerónimo ó á la Puerta del Sol á charlar un rato y requebrar las mu-

chachas, mientras fuma unos cuantos *papelillos*. Despues se va al café en busca de sus compañeros, y fuma *papelillos* hablando de política hasta la hora de paseo. En la Fuente Castellana da vueltas arriba y abajo con sus *papelillos* correspondientes hasta que se acerca la hora de comer. Come, intermediando los manjares con *papelillos*, hasta que calcula que los cafés estarán llenos de gente. En el café, ya se sabe, no hay más que fumar *papelillos*, hasta la hora del teatro. En el teatro fuma tambien *papelillos*, no solo afuera, sino dentro mismo del salon, en los intermedios, y á veces mientras la ópera. Concluido el teatro se va á la Iberia ó al Sui-zo (cafés de moda), y fuma *papelillos* murmurando de todo el mundo hasta la hora de la tertulia. En la tertulia fuma *papelillos* delante de las damas; y por último, se retira á su casa al salir el sol, acostándose con un *papelillo* entre los labios.

Ahora bien (decimos nosotros): si esta pintura tan grotesca como chistosa, que quizá se refiere con fundamento á la parte vaga de la juventud de todo el mundo, nos

la repiten á los españoles en Londres, ¿qué contestaremos cuando nos abran el catálogo de la Exposicion de 1862 y nos señalen la seccion dedicada á las armas de la inteligencia, donde no teníamos expositores, y donde solo alcanzamos tres premios en papel de Alcoy y de Navarra para cigarrillos?

Pero volviendo al tono serio que requiere este asunto, no hallamos palabras bastante duras para calificar á los culpables de omision tan vergonzosa. ¿Con qué derecho vendrán despues á pedir auxilios y subvenciones á la Casa Real ó al Ministerio de Fomento esos mercaderes de letras de plomo, que despues que cogen el dinero no pueden enseñar á nadie los productos de su inversion? ¿Qué justificado no seria exigir á todos los favorecidos en estos últimos años una responsabilidad moral y material por este abuso que casi tiene otro nombre?—Y volviéndonos ahora al Gobierno del país, permítanos que con el respeto debido le hagamos esta pregunta:—¿Qué no pudiera haberse hecho desde 1855 hasta ahora con las enormes, enor-

mísimas sumas sacadas de los presupuestos para auxilio y premio de la librería, si hubiese presidido á su reparto un pensamiento armónico y civilizador?

No es esta la primera vez que nosotros nos ocupamos en el asunto; y el que quiera, sitio tiene donde consultar mejores antecedentes. Pero séanos lícito transcribir aquí, con dolor, el último párrafo de un artículo que á principios de 1859, cuando todavía era tiempo de remediar esta falta, publicamos en un periódico, por cierto muy leído:

«En la Exposición universal de París (decíamos) verificada en 1855, el prisma para juzgar del grado de ilustración de los pueblos fué la imprenta y librería. Londres, París, Viena, y sobre todo Berlin, enviaron á aquel gran certámen los productos de sus imprentas nacionales, colocándolos en lugar preferente con gran pompa, y cautivando con ellos la atención del mundo industrial y artístico. A nada se dió allí tanta importancia por gobiernos y expositores como á los productos de la imprenta; de nada se hizo tanto alarde

cómo de los libros; y tenían harta razon en obrar así, porque los libros revelan en su forma el fondo que contienen, y el fondo y la forma de los libros son en el siglo actual la expresion más legitima de la cultura de las naciones.—En la Exposicion universal de París no hubo ningun libro español.»

Esto deciamos entonces, bien ajenos seguramente de que despues del certámen de 1862 tendríamos que repetirlo.

¡Y si fuese esa la sola cosa en que nos hubiésemos llevado chasco!—España no ha tenido nada notable que ofrecer en *hierro y quincalleria en general*. Algunos artículos de hoja de lata, algunos clavos con pretensiones de inoxidables, algun candelabro de mal gusto, hé ahí todo lo que hemos podido reunir de una materia que constituye *el trigo de la industria*, y de la que hay sin embargo un centenar de fábricas y talleres establecidos. España no ha podido mandar nada de *trabajos en metales preciosos, joyería y sus imitaciones*; pues á excepcion de la casa Soler, de Barcelona, que conquistó una medalla con sus obje-

tos de diamantes y oro esmaltado, los demás, hasta cinco expositores, mostraron unas filigranas de antiguo y no probado uso, que reducian la produccion española á lo inútil ó vetusto del arte.

Tampoco en *vidrios* hemos tenido más que tres exponentes, cuyos modelos se remontaban al origen de la industria. Y en *porcelanas y barros* debemos asimismo haberlo olvidado todo, porque si se exceptúa la fábrica de Pickman, de Sevilla, que obtuvo premio por platos y soperas de no muy exquisito gusto ciertamente, los restantes exhibidores ni áun el barro tradicional de nuestras bodegas quisieron llevar á la Exposicion. En *neceseres, cajas de despacho y estuches de viaje*, nuestra industria no produce más que petacas; contrasentido enorme al parecer, pero que solo se explica por los hechos, y sabiendo que en esta seccion no hemos tenido más que cuatro expositores filipinos, los cuales mandaron tabaqueras, ni notables al menos para ser premiadas, mas muy en armonía con el *papel de instruccion* para cigarrillos.

Acerquémonos ya á las secciones en que hemos tenido algo, por apartar la vista de cuadro tan sombrío.—La *tapiceria y muebles*, siquiera escasamente representados, tuvieron dos defensores distinguidos en los Sres. Castells, de Barcelona, y Zuloaga, de Madrid; quienes, el uno con madera esculpida y el otro con aceros cincelados, consiguieron fijar la atencion del público, no sin justicia y mérito poco comunes.—En *artículos de vestir* se distinguieron: Colomina y Martin, de Valencia, con sus abanicos; Gil y Diaz, de Búrgos, con sombreros de felpa; Domper, de Filipinas, con bastones de malatapay; Esquerdo, de Alicante, con tejidos de palma; Fortun, de Zaragoza, con sombreros y dibujos de su manufactura; Mitjana, de Málaga, con abanicos; Reinaldo, de Madrid, con calzado fino, y Martin, de Salamanca, con calzado ordinario; pero nada más. Es decir, que en artículos de vestir, todo menos vestidos presentamos; porque como en nuestro país no hay trajes provinciales, ni telas de originalísima visualidad, ni prendas de exquisito abrigo, ni objetos de

vestuario de inmejorable contextura, ha sido preciso acudir á utensilios de adorno, ó como si dijéramos de secundario orden, para establecer competencias absurdas ó manifestar instintos de imitacion.—En cueros, guarniciones y arneses solo García Dorado, de Valladolid, nos ha hecho obtener un premio; y en verdad que sus sillars y arreos de caballo valian toda una seccion de distinciones: gracias á este artífice, España no ha estado huérfana de uno de los artículos más usuales de la industria contemporánea.—Tambien las fábricas de Margarit, Fiter y Cammany, de Barcelona, han honrado al país con sus *encajes*, especialmente las dos primeras, cuyos mantos de blonda, artículos de *guipure*, pañuelos y mantillas eran de lo más acabado y rico que se presentaba en Londres.—Otras dos casas catalanas, los señores Achon y Ricart, únicos expositores de *telas como muestra de estampacion y tinte*, obtuvieron medallas con sus indianas *rouanetas*, lo cual no es poca gloria para el adelanto en que la estampacion y tintorería se hallan en los países extranjeros.

De aquí en adelante ya apenas tenemos que hablar más que de Cataluña.—*Alfombras y cortinas* de Quiblier; chales y vestidos de señora, de *lana y seda*, de Solá; paños y castores de Sallarés; cachemires y edredones de Galí; merinos y estambres hilados de Coma; lanillas de Casanovas; artículos de punto de Buxaren; paños de Vieta; pañuelos de Serret; castores y satenes de Santos; *géneros de seda* de Vilumara; cintas de terciopelo y raso de Santoja; servilletas y toallas de Sadó; glasés de Homs; sedas brochadas de Escuder, todos de Barcelona; brocados de seda y oro de Bonell y de Garin, de Valencia; gasas de Carrere, de Huesca; damascos de Castillo, de Sevilla; alternando con sedas, ya hiladas, ya tejidas, de Fornes, Víctor, Saber, Rubio, Pujal y algun otro, de Valencia, cuyos productos en este especial ramo se distinguian por su pureza y hermosura.

Por último, solo una mencion honorífica conseguimos en *algodon*, lo cual es un dato bien sensible, y esa fué para la fábrica de muletones de Lara, en Valladolid.

Por lo demás, para *instrumentos de cirugía* hemos llevado dentaduras, algun aparato ortopédico de estima, como el brazo artificial del Sr. Gallego, y otros enseres insignificantes, ninguno de los cuales alcanzó distincion señalada: en *instrumentos de música*, á pesar de ser esta la patria de la guitarra y la bandurria, no hemos llevado más que pianos regulares y cuerdas que merecieron premio: en *relojes*, Losada nos prestó sus cronómetros para ganar una medalla que los ingleses nos disputan con fundamento: en *arquitectura naval y aparejos de buques* nos reducimos á lona, cordelería y redes, que pasaron por alto entre las muchas excelentes de otros países: en *armas de guerra*, ya lo hemos indicado en otra ocasion, nuestro papel fué distinguido, porque presentamos y obtuvimos honrosa recompensa en las carabinas y fusiles rayados de la fábrica nacional de Oviedo por la escrupulosidad de la mano de obra y la ventajosa forma de las cajas, así como en la coleccion de armas blancas de Toledo, que hasta el dia no tiene rival. Y para acortar nuestra revista, en *trabajos*

del Ingeniero civil, nada; en máquinas é instrumentos de agricultura, nada; en carruajes, nada; en materiales de ferro-carril, nada; en maquinaria en general, nada.

Ahora bien: de la rápida é imperfecta reseña que hemos procurado hacer, ¿qué se desprende?—Que la exposicion española ha sido mala; que ha podido ser mejor ó casi buena; que la culpa la tienen por mitad exponentes y promovedores; que hay una atmósfera de desidia nacional que trasciende á todas las clases, y que es necesario combatir enérgicamente; que el país ha llevado un gran impulso, pero á medias, si no se le allanan las facilidades de evidenciarlo; y por último, que es un poético ensueño ó un delirio, loable si se quiere, lo de pensar en una Exposicion hispano-americana, mientras subsistan los actuales sistemas de ordenacion y de propaganda.

Terminemos por fin, esta larga y tal vez enfadosa correspondencia con una ingénuo declaracion. Nunca nos ha costado más trabajo escribir que en la ocasion presente; nunca hemos experimentado mayor

sentimiento que al trazar los conceptos anteriores; pero nunca tampoco hemos publicado un escrito con la conciencia de su espíritu patriótico, como el escrito á que vamos á hacer punto.

XIX.

CARÁCTER GENERAL DE LA EXPOSICION DE 1862.

¿Cuál ha sido el carácter de la Exposición universal?

Para contestar á esta pregunta con algun acierto es necesario haberse colocado muchas veces en la confluencia de las dos grandes galerías del palacio de Kensington, la de la industria y la de las máquinas, provistos ya del entumecimiento que la costumbre de resistir aquella terrible confusión participaba al ánimo, y reflexionar pacíficamente sobre las mil deducciones á que se prestaba el millon de objetos circunstantes.

Habia, en efecto, un punto divisorio entre la nave central del edificio de la industria y la construida con no ménos extension bajo el nombre de *Annexe* para las máquinas, desde donde el observador contemplaba á derecha é izquierda el nacimiento y el término del trabajo humano; la gestacion, digámoslo así, y el parto de la industria; el *alfa* y el *omega* del progreso social. Extendidos los brazos alternativamente en ambos departamentos, el uno percibia la atmósfera casi fresca de la naturaleza creada, mientras el otro se sentia rodeado del aire ardoroso que acompaña al embrion. Aquí entre el fuego se amasaba la idea, allí entre perfumes se admiraban sus efectos; porque el hombre para perfeccionar el mundo no ha tenido más que seguir las huellas del Hacedor Supremo, y enciende un horno para producir bellezas manufacturadas, como el volcan tiene encendido su cráter para producir las rosas de los campos.

En este punto de que hacemos mencion, el hombre podia abarcar con una sola ojeada la síntesis del gran certámen des-

plegado á su vista, y que es fácil concentrar en la siguiente fórmula:—REDUCCION DE LOS MEDIOS, AMPLIFICACION DE LOS PRODUCTOS.—Hé ahí la síntesis de la Exposicion de Londres.

Aquella galería de las máquinas, si grande comparativamente por la acumulacion de ingenieros y naciones, harto pequeña para tanto producto como encerraba la otra, podia sin embargo dar de sí en poquísimo tiempo materia suficiente para llenar muchas galerías como la que con asombro universal ostentaba los efectos de veinticinco mil expositores.—Sus innumerables artefactos, puestos en accion por la fuerza de poderosas máquinas invisibles, que representaban el poder de muchos millares de caballos, revelaban patentemente los secretos recursos con que el artifice arroja al mercado las maravillas del adorno y uso comun por reducidos precios. Parecia que para satisfacer la curiosidad humana se habia presentado en un salon la naturaleza vestida con todas las galas de la forma y belleza corporal, en tanto que á dos pasos de allí se procedia á la autop-

sia quirúrgica de los cuerpos, para mostrar los órganos interiores de donde emana la vida y el impulso creador inventado por el hombre. Simil exacto, ciertamente, pues allí no reinaba la coquetería y el esmero que en el otro salón: allí el pavimento abrasaba los pies con el calor que salía por los intersticios de las tablas, hasta producir una atmósfera de cuarenta grados; allí el olor, si no fétido y nauseabundo, era por lo menos extraño y angustioso; allí los manipulantes no eran señoritas de gran hermosura y seductores atavíos, sino operarios de tosca forma y atlético porte que con las manos ennegrecidas y el rostro sudoso auxiliaban los movimientos de las ruedas ó el continuo bullir de la masa elaborable: todo era diverso en aquel espacio, aroma, ruido, visualidad, concurso; y los que antes sacaban los pañuelos para mojarlos en el agua de azahar de la fuente de la industria, los sacaban también ahora para repeler los miasmas de tanto producto en ebullición, ó las contingencias de una mancha al acercarse á aquellos talleres improvisados.

Decíamos que la fórmula era producir mucho con las mayores facilidades, y efectivamente, la casi totalidad de las máquinas habían variado poco desde la última Exposición en cuanto á su índole, pero no en cuanto á sus resultados, cuyo visible aumento y simplificación se notaba por todas partes. En las de hilados cabían más usos; en las de tejidos se quintuplicaban, y á veces más las operaciones; las locomotoras andaban más y arrastraban mayores pesos; las máquinas de imprimir arrojaban mayor número de ejemplares; las de cortar lo cortaban todo con menor trabajo; las de batir obedecían dócilmente al capricho del batidor; las de coser se adelantaban á la vivacidad de la costurera; y por cualquier parte que se tendiese la vista, aún cuando había pocos mecanismos nuevos que admirar, se admiraban sin embargo mecanismos ingeniosos para ganar horas y economizar hombres.—La multitud de prospectos que por todas partes se repartían ó que amontonados al paso estaban á disposición de los transeuntes revelaban á porfía la misma fórmula:— «Yo

hago más en menos tiempo: yo hago lo mismo que ántes, pero más barato: yo hago lo que hacen todos, pero mejor.»

Y no era solo para hilar y tejer y batir y cortar y coser y fabricar los géneros conocidos hasta ahora como producto de las máquinas para lo que se encarecía mejoramiento y presteza, sino que tambien evidenciaban la fórmula numerosos artefactos que venian en auxilio de costosas necesidades, imposibles á veces de quedar satisfechas ni áun con la cooperacion de muchos trabajadores. Allí mismo á cuarenta grados de calor una máquina sencilla fabricaba hielo, manifestando, por ejemplo, que en Manila pueden tomarse sorbetes y aplicarse medicinas frias á los enfermos, sin ir á Petersburgo por la nieve como sucede ahora: allí, á la vista del público, se vaciaban en un recipiente cubos de agua cenagosa que, merced á una simple manipulacion, se convertian en agua clarísima potable: allí en un aparato de escasas complicaciones se fabricaba el vendaval, pues no de otra manera podemos llamarle á una enorme masa de viento ca-

paz de tronchar un brazo si se le interceptaba su corriente, y con cuya poderosa fuerza andan los molinos, se alientan los hornos ó se sanifica un recinto de atmósfera viciada: allí otra máquina bate las aguas tranquilas, con un tan recio impulso que produce cascadas espumosas á cuya corriente no pueden compararse los mayores y más ásperos saltos de las montañas; allí, volvemos á decirlo, no solo se sustituan las omisiones de la naturaleza y se economizaba el trabajo humano, sino que industrias maquinizadas ya, recibian la perfeccion á que parecia imposible que llegasen nunca las ruedas y los cilindros; pues la máquina de serrar, por ejemplo, no serraba en líneas rectas sino curvas y de capricho hasta producir adornos góticos para muebles y estantería; la máquina de coser daba á la ropa todas las inflexiones de su corte y hechura; la de bordar producía, no solo adornos de continuado y repetido dibujo, sino dibujos en sedas de colores como las armas de Inglaterra, el retrato de la reina Victoria y otros de tan variada combinacion como pudiera produ-

cirlos la bordadora más hábil y experimentada; la máquina de gasear líquidos producía agua de limon como el mejor repostero; la de prensar no se limitaba á comprimir y glasear los cuerpos, sino que de simple barro ó arenilla preparada, reproducía instantáneamente los mármoles artificiales allí expuestos con la dureza, tersura é inquebrantabilidad de las rocas.—Y cuando la imaginacion contemplaba confusamente aquella prodigiosa suma de materias elaboradas de tantas clases, formas y condiciones, observando que tan corta cantidad de brazos las produjeran con rara perfeccion y facilidad, más bajo el aspecto del que ayuda que del que hace, más con el empuje de la inteligencia que con el del cuerpo,—la primera idea que asaltaba era la de que el hombre, imitando tambien en esto á la obra de Dios, ha multiplicado la especie humana y las razas de animales trabajadores, sacándolas del fondo de la tierra bajo la forma de hierro y de carbon.

Cien mil caballos dice la estadística que circulan diariamente por las calles de Lon-

dres prestando la fuerza de su sangre; y las innumerables calles de Londres están llenas á todas horas de caballos que embarazan la marcha del transeunte: pues bien, en un salon de cabida semejante al del Prado de Madrid, la industria de 1862 habia colocado toda aquella fuerza ó acaso más de caballos, sin que esta muchedumbre de brutos impidiera el paso á la muchedumbre de observadores que contemplaban su marcha y sus tareas. ¿Cuántos ingenieros se necesitan además para producir el movimiento imaginativo suficiente á prestar el complicado trabajo que estas colosales fuerzas representan diluidas entre individualidades aisladas?—Toda esa inmensidad de criaturas y de bestias son, pues, el principal producto humano exhibido en las galerías del palacio de Kensington.

El hombre, con efecto, propende ante todo en el siglo actual á fabricar otros hombres de artificio, cuyos trabajos sustituyan á los del hombre de la naturaleza. ¿Será, como algunos creen, que persigue el bello ideal de la holganza?—No, por-

que es mala muestra de ese deseo el incesante trabajo con que lo persigue; y de ser el término de sus afanes la holganza, principiaria á encontrarla no trabajando. El hombre, al fabricar otros hombres productores, lo que desea es reducir la aspereza de su trabajo y redoblar el número de sus comodidades.

Hé ahí otro de los caracteres generales de la Exposicion de 1862. La comodidad. —Distingúase en los departamentos de todos los países un móvil expreso hácia producir todo aquello que pueda hacer más agradable la vida; áun en los fútiles utensilios del orden doméstico interior. Cada mueble, cada objeto de los presentados, lucia, al par de una belleza relativa segun el punto de su procedencia, un sello característico de comodidad, como si el mayor adelanto se cifrase en hacer satisfactoria al hombre la posesion de cuanto le cerca. No creemos engañarnos si decimos que las tres condiciones esenciales de los objetos manufacturados se hallaban representadas en esta sucesion cronológica: primero la comodidad, segundo la belleza, y tercero la

utilidad. Lo que equivale á decir en nuestro concepto que la Exposicion de que hablamos no es todavía ni con mucho la última palabra del ingenio humano; pues esta última palabra será, segun las prescripciones de la lógica, dotar á toda produccion primero de lo útil, segundo de lo cómodo y en tercer proporcion ó como accidente de lo bello, que es la cualidad que constituye el lujo.

No se crea, sin embargo, que el mundo moderno tiende á la semejanza absoluta con el mundo de otros pueblos de la historia. Hay muchos pensadores que creen de buena fe en los círculos concéntricos de los períodos, como si cada tira de la vida humana hubiera de envolverse en un ovillo semejante. Esto, que es la negacion del progreso humano, es á la vez la negacion de la evidencia.—Las exposiciones no son cosa nueva para el filósofo.—Desde el templo de Salomon, que es la exposicion del mundo babilónico, hasta el Parthenon de Atenas, que es la exposicion del mundo de Pericles, hasta el palacio de los Césares que es la exposicion del mun-

do de los Emperadores, hasta la catedral de Roma que es la exposicion del mundo de los Mártires, hasta el alcázar de la Alhambra que es la exposicion del mundo del Koran, hasta el palacio de Cristal que es la exposicion del mundo de Newton,— todas las épocas, todos los siglos, todas las civilizaciones han expuesto sus industrias y artes en estado de ser comparadas con las artes é industrias de Kensington. El lujo, la riqueza, la ostentacion fueron siempre el norte de aquellos verdaderos certámenes, ya se llamasen glorificaciones al Señor, ya se llamasen tributo á la belleza, ya homenaje á la gloria, ya holocausto á la virtud, ya encanto á los sentidos, ya satisfaccion de necesidades públicas.

Pues bien: esos certámenes nos manifiestan que nunca la civilizacion industrial y artistica propendió á lo cómodo como propende en el siglo presente, y mucho ménos á lo útil como propenderá en el siglo inmediato.—Prescindiendo de las épocas llamadas bárbaras, cuyos pormenores sociables nos son casi desconocidos, y con-

cretándonos á las sociedades cuya manera de ser nos consta por la tradicion, por la ciencia y por los hechos, nosotros nos atreveríamos á preguntar: ¿qué comodidades eran las de los griegos, cuáles las de los romanos, cuáles las de la aristocracia feudal, cuáles las de los árabes, cuáles, en fin, las de los pueblos más fastuosos, más ricos ó más civilizados?

Creeríamos ofender la cultura de quien nos lea recordando las deducciones de este género que se desprenden del estudio de Herculano y Pompeya en Nápoles, ó de los jardines de Farnesio en Roma, ó del Generalife en Granada. Los artistas é industriales de esas épocas, que alcanzaron sin duda un grado de potencia creadora como la generacion actual no ha conseguido todavía, estaban encerrados, sin embargo, en el estrecho círculo de la esclavitud: no hacian para ellos ni para sus iguales; hacian para los poderosos ó para el comun; eran poseedores de una ciencia que más que á sus propios pensamientos se debia al pensamiento conjuntivo de la sociedad que los alimentaba; satisfacian,

en una palabra, ajenos y muy contados instintos con sus obras; y como esas obras no participaban de otro ideal que la grandeza, apenas era conocido lo cómodo ó lo útil ante la imprescindible condicion de lo fastuoso y de lo bello.—Si necesitaran prueba estas razones, bastaria recordar que todo lo que la industria moderna copia de la antigua es precisamente lo que constituye el lujo sin resultados, mientras que los útiles de verdadera comodidad que se usan son debidos á invenciones del dia, que llevan, áun en sus ejemplares más modestos, el sello de las ciencias físico-matemáticas desconocidas en la antigüedad.

Bajo este punto de vista, pues, la Exposicion de Lóndres es un progreso humano que marcha al nivel, no de los progresos parciales de otras épocas y otras razas, sino delante y muy delante de los progresos de todas las razas y todas las épocas conocidas. Si el artífice de hoy no hace más que copiar al artífice de Grecia; si los objetos necesarios para un banquete regio, por ejemplo, no son todavía ni áun como eran los de los cónsules y patricios

romanos; si la mansion de una princesa no llega ni con mucho al lujo oriental de las sultanas granadinas ó cordobesas, confesemos que esto no es un atraso moral, sino ántes bien un verdadero progreso; pues aquellas civilizaciones terminaron desastrosamente enervadas por la molicie y por el lujo, al paso que la actual civilizacion posee el contrapeso de la utilidad y la comodidad, que neutralizan hasta cierto punto los escollos del fausto.—Todavía, repetimos, la Exposicion de Londres es censurable en ese particular. La amalgama de lo bello y lo útil no aparece en ella perfectamente realizada. Dominando como dominaba el pensamiento de lo cómodo, hubo en aquellas vastas galerías abundante cosecha de lo supérfluo. La industria de París sobre todas se distinguia por la exuberancia de sus objetos de adorno, que aunque abaratados, falsificados para que lleguen sin esfuerzo al alcance de la generalidad, no por esto dejan de favorecer los instintos perniciosos de la futilidad. Inglaterra y Alemania, por el contrario, procuran dotar á sus respectivas indus-

trias de la cualidad utilitaria con preferencia á la fastuosa; y áun cuando los pueblos meridionales nos oponemos en cierto modo á la sancion de esos productos apellidándolos poco bellos, Inglaterra y Alemania están en lo que conviene, toda vez que la belleza puede amalgamarse al servicio con más facilidad que el servicio á la ornamentacion.

De aquí queremos deducir que el carácter del último certámen inglés no es un carácter definitivo como lo parece á primera vista, ni de él se desprende que la industria haya llegado al límite de la perfeccion, como en presencia de tantos portentosos adelantos parece legitimo presumir: estamos en progreso eminente, es cierto; pero no en progreso definitivo; nos falta generalizacion, baratura, y nos sobra lujo, superfluidad.

En estos periodos de transicion, las clases medias son las que padecen; porque instigadas por tantos objetos como se ponen al alcance de su mano, objetos reservados poco hace á la opulencia y convertidos por las máquinas en materia de có-

moda adquisicion, se desean y se adquieren con un valor relativamente insignificante, aunque elevado y ruinoso en su conjunto; son, por decirlo así, una sarta de pequeños anzuelos que constituyen el arpon de la ballena.

Las clases proletarias no tienen tanto que temer del gran concurso. Mucho ha trabajado para ellas el ingenio industrial, y mucho prepara para en adelante. Las telas para su vestido, los instrumentos para su labor, los útiles para su cocina, las sanificaciones de sus tareas, los procedimientos económicos para su alimento, las comodidades para su vivienda, los objetos para su enseñanza, los utensilios todos que se refieren al pobre, ocupaban un extenso y privilegiado lugar en la exhibicion. Unido esto á la simplicidad y cómodos mecanismos de las máquinas, á la introduccion de procedimientos ingeniosos para sustituir los rudos trabajos, á la generalizacion de las aclimataciones exóticas productivas, á la adopcion de materiales de escaso valor intrínseco para el remedo de productos útiles de gran coste, y por úl-

timo, al verdadero ardor con que de todas partes se manifestaba el deseo de dotar ampliamente á los desheredados,—constituían en Kensington una atmósfera humanitaria capaz de confundir á los pesimistas, de tranquilizar á los impacientes y de repeler las asechanzas de los trastornadores. No era la Exposición de Lóndres, á la verdad, el punto más á propósito para dolerse del abandono de las clases proletarias y adquirir prosélitos en favor de las ideas disolventes que tanto halagan á ciertas imaginaciones: por el contrario, si algo neutralizaba los perniciosos efectos del lujo exagerado, era la exagerada solicitud también con que se pretendía proporcionar todo y aún más de lo indispensable á la porción más necesitada del auxilio ajeno, por lo mismo que al carecer de muchas cosas carece especialmente de la facultad imaginativa para proporcionárselas.

Este lujo de solicitud hácia la pobreza ó la ignorancia se extendía asimismo á los remotos países que reciben de Europa la civilización por el sistema colonial. Parecía que las grandes naciones se habían

dado cita de competencia para exhibir numerosos y excelentes productos de sus posesiones ultramarinas, como si quisiesen justificar con esto la terrible agresion que de vez en cuando dirigen los países cultos á aquellos que se niegan á entrar en el concierto civilizador del siglo XIX.—Francia é Inglaterra rivalizaban á porfia en esta lucha; pero preciso es confesar que la última nacion era quien se llevaba la palma de la victoria. Los productos de la Argelia, Guyena, Martinica, Guadalupe, Nueva-Caledonia, Isla de la Reunion y demás posesiones francesas, eran sin duda numerosos y apreciables; mas sin llegar siquiera á los de nuestras provincias trasatlánticas, se parecian mucho á los de ellas en lo rudimental, primitivo y espontáneo de sus clases y formas. Inglaterra, en cambio, presentaba verdaderas civilizaciones en los productos de sus vastos dominios coloniales. Australia, Nueva-Zelandia, Nueva-Brunswick, Nueva-Gales, la India, el Canadá, principalmente, ofrecian exposiciones completas de productos elaborados, á más de los naturales, que envi-

diarian naciones muy ricas y civilizadas de Eüropa. Baste consignar el número de expositores; que en Gales, por ejemplo, ascendia á 328, en la India á 532 y en Tasmania á 654; todos los cuales con su variedad, abundancia y fastuosa disposicion, ocupaban vastos departamentos, como si en vez de países abiertos ayer mañana al comercio del mundo, fueran opulentas y antiguas naciones del continente civilizado.

El gobierno inglés además habia hecho gala, con una habilidad admirable, del origen y término de su civilizacion colonial. Numerosas fotografías mostraban las colosales obras públicas, emprendidas y llevadas á cabo en esos remotos países á costa de inmensos sacrificios de todo género; retratos de los indígenas sustraídos al dominio británico alternaban con otros retratos de naturales incorporados al nuevo gobierno del país, mediando entre unos y otros la distancia de la barbárie al refinamiento; obeliscos y trofeos de producciones naturales alternaban asimismo con otros de productos manufacturados, como

demostrando qué fué lo que se halló en aquellas comarcas al verificar su conquista, y qué es lo que con aquellos productos se elabora en la actualidad; junto á la choza de un salvaje la casa de un ciudadano; junto á los harapos de un montañés indómito el traje pintoresco de un agricultor instruido; junto al tremendo abismo de la naturaleza primitiva, el viaducto de hierro fabricado con todas las perfecciones de la industria.—Asombra la suma de actividad, de trabajo, de dinero y de poderío que los ingleses han llevado á esas remotas tierras, donde sin los auxilios de la colonización europea pasarían los siglos de la historia sin tener que registrar ni un apunte siquiera en sus anales. Admira á la vez el poderoso instinto de propaganda que poseen ese puñado de isleños nacidos ayer mañana, cuya naturaleza se presta dócil á toda clase de climas, cuya lengua se dobliga á todo linaje de idiomas, cuyo valor se excita con toda suerte de empresas, cuyos tesoros se hallan siempre listos para toda especie de especulación.

Y cuenta que el hacer gala de produc-

tos exóticos, de apertura de nuevos continentes y roturaciones de comarcas inexploradas, era una de las grandes materias del certámen, por lo mismo que es quizá la mayor de las necesidades del siglo actual.—La Exposicion de Lóndres ha hecho comprender una verdad sospechada por todos, pero no conocida patentemente por nadie como ahora, y es, que el mundo antiguo envejece á pasos agigantados, y que hay que acudir al mundo nuevo por materiales.

Cuando se han visto bajo de un solo techo las producciones de todos los países, y la comparacion y el exámen han podido ser tan minuciosos como la índole del asunto requería, todos los pensadores han estado unánimes en confesar que es llegada la hora de recurrir á nuevos y desconocidos almacenes para dar abasto al consumo de una civilizacion que extiende prodigiosamente la percepcion de sus goces. Nuestras maderas van siendo raquílicas; nuestros frutos, insípidos; nuestros minerales, pobres; nuestra vegetacion, endeble; nuestras reses de pasto, insufi-

cientes para la alimentacion; nuestras plantas textiles, escasas para el vestido; y hasta los mares principian á regatearnos sus dones en esa activa é inmensa explotacion á que sujetamos el agua y el suelo en sus superficies y en sus concavidades.

El mundo nuevo mientras tanto ofrecia en Lóndres las primicias de su riqueza innata con el vigor, con el atrevimiento, con la lozanía de quien ha vivido siempre libre del hacha del leñador, del pico del minero, de la hoz del campesino, de la red del mareante, de la cuchilla del rabadan, ó lo que es lo mismo, de la devastacion, del consumo y de la avaricia de la industria. El contraste ha evidenciado que el mundo antiguo, si bien perfecciona sus procedimientos y afina sus especulaciones en alas de la necesidad, lo cual es un grande estímulo de progreso, principia á verse falto de recursos para acudir á todas sus atenciones; mientras que el mundo nuevo, abundando en oferta de materias primitivas, puede abrir á la vez anchos mercados al consumo del exceso de produccion industrial que el progreso mismo propor-

ciona. Hay, pues, una necesidad recíproca que solo nosotros conocemos, y que solo nosotros los europeos nos hallamos en el caso de satisfacer.

La Inglaterra marcha delante de esta empresa, y por eso va delante de la civilización del mundo; pero así como Francia la sigue de cerca y España no se descuida en el mejoramiento de sus colonias, es necesario que todas las naciones contribuyan al gran fin á que está llamada la Europa del presente siglo, como lo ha demostrado el libro de Kensington. Y aquí se ve de qué manera la cuestion social se liga con la cuestion religiosa en la necesidad de proteger las misiones, y de mantener viva la fe que fecundiza la ignorancia humana; y con la cuestion militar que aconseja difundir las escuadras y extender los buenos ejércitos; y con la cuestion política que exige el entrometimiento de los pueblos cultos en los salvajes, las intervenciones de los pueblos gobernables en los ingobernados, la expansion, digámoslo así, de las nacionalidades fuera muy fuera del recinto de las naciones.

Nadie que haya reparado con madura atencion el certámen de Lóndres puede ya preguntar con extrañeza: ¿Por qué van los ingleses á China? ¿Por qué quieren abrirse á viva fuerza las puertas del Japon? ¿Por qué exploran el Africa? ¿Por qué emplean sus hombres y su presupuesto en las navegaciones polares? ¿Cómo consienten que España y Francia se internen en Annam? ¿Cómo miran con benevolencia que los Estados-Unidos se establezcan en California? ¿Cómo sirven á Rusia para que subyugue al Cáucaso?

Los ingleses lo quisieran todo, esto es cierto; pero en la imposibilidad de una dominacion absoluta, propenden á la exploracion universal como consecuencia y estímulo del progreso humano. Los pueblos que les sigan gozarán antes que otros los beneficios del cambio en la escala que la industria moderna necesita: los que permanezcan retraidos sufrirán por el pronto la crisis de su exuberancia, y más tarde todos los resultados de una desidia vergonzosa é injustificable.— Muchos patriotas creen que el deber de las naciones es en-

castillarse dentro de las fronteras y reconcentrar la energía y los recursos de su casa dentro de la casa misma; semejante teoría no es otra que la del logrero ó la del menesteroso: ambos experimentan un fin análogo, el uno en la apoplejía de sus trojes, el otro en la extenuacion de su miseria. Los que así discurren tienen por aventureros á los gobiernos que se lanzan en empresas lejanas sin un interés inmediato, ó como si dijéramos tangible: llaman dilapidacion á los gastos que acarrea el establecimiento en remotas comarcas; creen sangre perdida la que se vierte en roturar países bárbaros, ya se invadan con la cruz, ya con el sable; pero esos humildes razonadores no reflexionan en que el hombre muy alto no desperdicia más vida que el hombre pequeño, y en cambio alcanza más, del propio modo que una casa de banca no asegura sus capitales hasta que extiende sus correspondencias indefinidamente. La cuestion está en no separar el tronco de las extremidades, en no pretender que marche cada uno por su cuenta, sino al contrario, imbuidos todos en la idea

del patriotismo, de ese patriotismo británico que produce refranes como el que dice: — *Donde está un inglés está Inglaterra.*

Los gobiernos previsores y que miran por el engrandecimiento de su país, no deben desperdiciar ocasion de ir á todas partes, solos ó acompañados de otras naciones á quienes tributen deferencias y amistades sinceras. Los tesoros que en ello se invierten son tesoros reproductivos; las fuerzas que en ello se distraen son fuerzas rehechas prontamente en favor del tronco que proporciona el impulso. Si hubo un tiempo en que la concentracion egoista pudo acarrear poderío, las nacionalidades de hoy no son grandes sino en relacion de la longitud de los radios que constituyen su circunferencia.

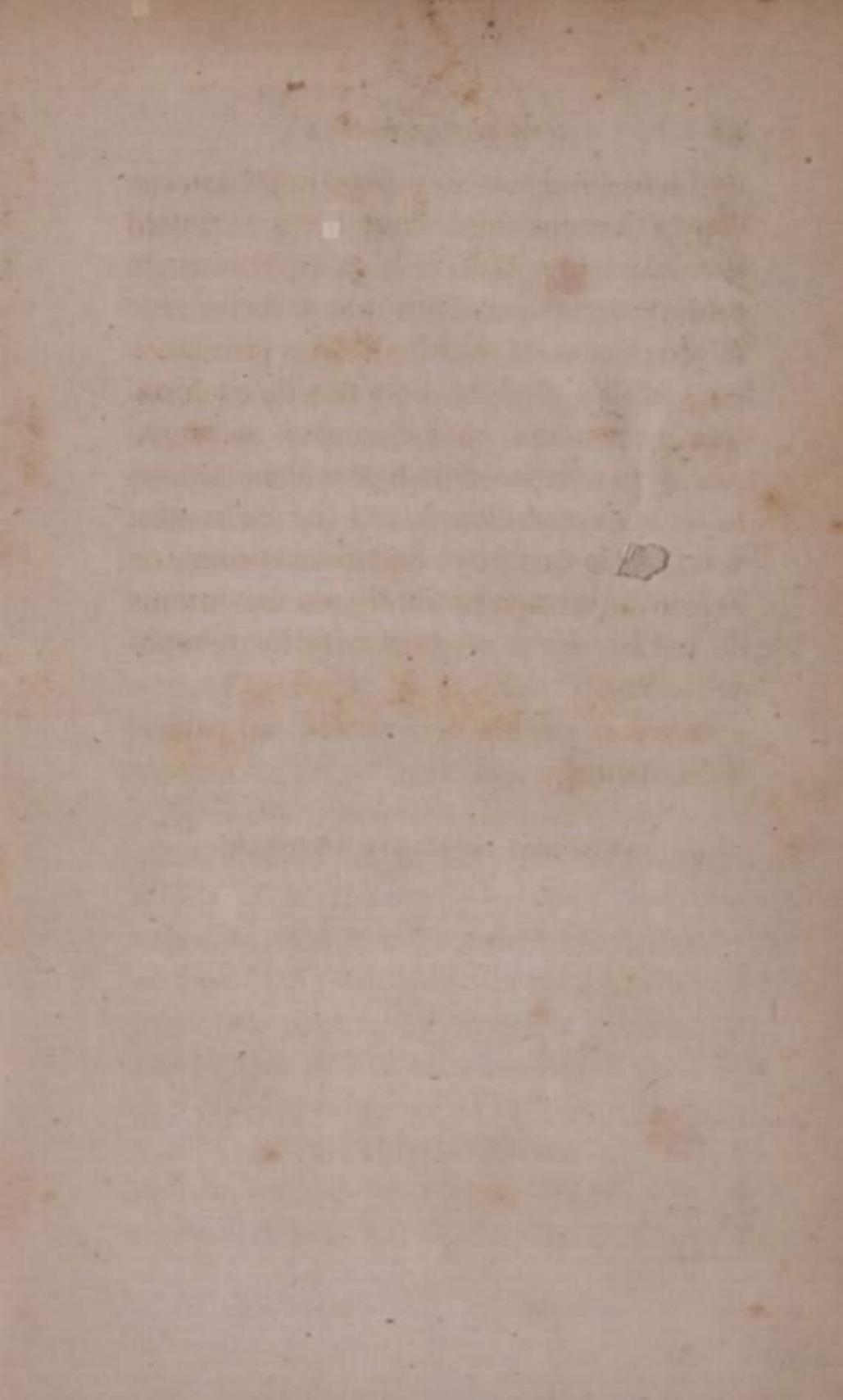
Europa está armada: la Exposicion de Londres lo dice dolorosamente. Ese furor naval, esa locura de aprestos guerreros que es una de las más expresas síntesis del último certámen, no deben, no pueden dirigirse al fin á que parece que se les destina. Todo el progreso seria bárbaro y criminal si esos medios de destruccion y

de lucha se preparasen para lidiar Europa contra Europa. Sea cualquiera el móvil que haya presidido á la acumulacion de esos elementos, móviles que á veces, bajo la apariencia de eventualidades próximas, no son sino sécretos instintos de eventualidades remotas, esos elementos se preparan, y han de invertirse providencialmente en la exploracion de nuevos horizontes; y tal vez lo que hoy condenamos como un delirio del tiempo presente, sea un síntoma de perfeccion y ventura para los tiempos venideros.

Sobre la cúpula de entrada del palacio de Kensington, decia:

PAX DOMINI SIC SEMPER VOVISCUM;

FIN.



7,000

- AN
- GRAN
- VSR
- VI

21

